

KARINA SAGREDO

Delirio
de mi
sangre



TRÍADA
Ediciones

Delirio
de mi
sangre

Delirio de mi sangre

© 2018, Karina Sagredo

© 2018, Tríada Ediciones Ltda.

San Antonio 19, of. 702

Santiago, Santiago de Chile

Tel.: (56 2) 2941 2668

www.triadaediciones.net

Impreso en Chile

Primera edición, septiembre de 2018

ISBN: 978-956-9362-15-6

Diseño y diagramación:

Tríada Ediciones

Diseño de portada:

Belén Cereceda

Diagramación ebook:

Carime Jackson

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.



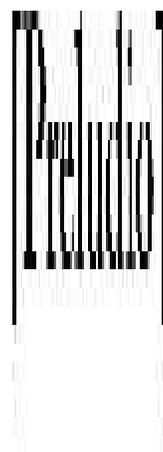
Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

KARINA SAGREDO

Delirio
de mi
sangre

*¿Podéis concebir la dicha en medio de disgustos y de lágrimas?
¿Os atrevéis a esperar el placer donde solo veréis repugnancias?
Así que hayáis consumado vuestro crimen el espectáculo
de mi desesperación os colmará de remordimientos.*

«Justine», Marqués de Sade.



Maldigo el día que regresaste.

Cautelosa me dejé ver tras la menuda presencia de Giulianna, mi dama de compañía, solo para distinguir con mayor claridad tus ojos de ámbar oscuro. La sala se encontraba repleta de gente. Amigos cercanos a la familia, todos con sus hijas ya en edad de contraer matrimonio intentando llamar tu esquivada atención y la decena de criados emocionados con tu retorno, alineados junto a nuestros padres llenándote de parabienes.

Lorenzo, el ser imaginario del que solo tenía vaga información y prácticamente nulos recuerdos, estaba de regreso en nuestra casa.

Inexplicablemente conmovida me sentí al descubrir tu desconocida y desconcertante figura tan cercana. Solo en aquel instante caí en cuenta de que jamás había destinado siquiera un breve espacio de mi tiempo para imaginarte.

«Tu hermana», indicó mi madre revelando ante ti mi rostro fascinado.

El trazo de tus labios esculpidos en el mármol de tu piel, marcó en tus mejillas dos profundas medialunas. Me detuve por un momento en ellas y luego bajé la mirada hasta tu mentón de ángulos perfectos, tu rostro despertó en mis ojos aún infantiles, una curiosidad especial. Mientras me sonreías, nuestra madre besaba tus manos y te tocaba el cabello para convencerse de que estabas ahí, después de tantos años, nuevamente a su lado.

Titubeante, me armé de coraje y me ubiqué frente a ti para saludar.

Tus ojos menguaron un instante y un mechón de tu cabello negro cayó por sobre tu amplia frente cubriendo el pliegue en tu entrecejo. Te acercaste a mí despacio y, al inclinarte, tu cuello desprendió aquel placentero aroma del almizcle.

—Hermosa, como quien te dio la vida. —Acariciaste suavemente mi cabello. Mis pupilas se dilataron y mi rostro encendido reveló mi estúpida inquietud.

Nuestro padre interrumpió aclarando profusamente su garganta.

—Vamos a brindar por mi hijo, el primogénito ha vuelto al hogar, desde hoy otra vida comienza en la hacienda de los Castiglione, como cuando

naciste.

—Como nacer otra vez —replicaste sonriendo a quienes te rodeaban.

Veinticinco años atrás, el 27 de enero de 1816, en esa misma hacienda que alcanza la cúspide de este idílico monte, nuestro padre aguardaba tu llegada.

Mm

[Molto espressivo]

*«...irónicos sus labios,
los pensamientos que ocultar ansía
a su pesar descubren desdeñosos.
De sus facciones las marcadas líneas
y de su tez cambiante los matices
atraen y turban a la par la vista;
y parece que ocultos pensamientos
en su alma incierta confundidos lidian.
Mas su secreto es ese: su mirada
los ojos que atrevidos la examinan
hace al punto bajar, que el de sus rayos
pocos audaces sostener podrían
el encuentro fatal que el alma hiela.
Vaga en sus labios infernal sonrisa
que cólera y espanto al par provoca:
y donde su mirada cae sombría
las alas tiende la Esperanza y huye,
y eterno adiós la compasión suspira»
«El Corsario», Lord George Gordon Byron*

Al borde del risco escarpado que corona el Monte Sant'Angelo, a pocos metros del camino de piedra que une la hacienda de Sant'Michele con el brutal declive, Pietro aguardaba la llegada de quien sería su aliado y compañero de lucha, el heredero de la majestuosa estirpe Castiglione: Lorenzo Michele Antonio, el primer hijo del más poderoso político hacendado y terrateniente de la península y la provincia de Apulia.

Confiaba en que fuese un varón. Aquello auguraría mayor fortuna para la familia, pues su posición, legado y misión no acabarían con la muerte propia.

Casi un año antes de la llegada al mundo de su hijo, luego de la derrota del imperio napoleónico, los Habsburgo tomaron parte importante de la península, motivo por el cual la familia debió salir del reino Lombardo Véneto, arrastrando consigo historia y abolengo en un deshonroso peregrinar hacia el sur, estableciéndose en Apulia, perteneciente al Reino de las Dos Sicilias, gobernado por los Borbones. Pietro se entregó a la lucha contra el orden decretado por el congreso de Viena, tomando como propias sus

arraigadas raíces nacionalistas y de impetuosos agitadores políticos, incluso ya desde que la Revolución Francesa en 1789 erradicara algunos estados italianos, reemplazándolos por otros dependientes de Francia. Su extrema convicción en el patriotismo, en la unidad de la península, erigida contra todo dominio extranjero, en especial el austríaco, lo transformó en un portavoz de la libertad y unidad de una misma entidad nacional, adhiriéndose enérgica y activamente al movimiento político de la Carbonería.

Lorenzo nació a las dos con treinta minutos de aquella lluviosa tarde de invierno, luego de interminables horas de trabajo. Surgió fuerte, huraño y con los ojos abiertos de par en par. Desde entonces, nuestra madre lo venera, adora su existencia como si fuese un ser milagroso surgido desde su vientre como una divinidad.

En su juventud, Pietro Castiglione, nuestro padre, fue un hombre de muy difícil trato, muchas veces arrollador, no existía en él consideración ni cortesía cuando el control y dominio de sus «pertenencias» se encontraban en otras manos.

—Señor, usted no debería estar aquí ahora mismo. —Se interpuso en su camino la partera, impidiendo momentáneamente su paso hacia la habitación —. La señora ha perdido mucha sangre y se encuentra muy débil.

—Encárgate de ella entonces, mujer, yo quiero ver a mi hijo —alegó apartándola bruscamente con el brazo.

Lorenzo fue hijo único durante los primeros quince años del matrimonio, criado bajo la estricta disciplina del patriarca hasta que tuvo edad para decidir por sí mismo y buscar su rumbo en otros lares.

Creció viendo a nuestro padre como la representación de liderazgo y autoridad en Foggia, en cuyo semblante la rudeza y el poder gestaban el gran respeto de sus pares y con mayor razón de la gente del pueblo, aun dentro de la insurrección de la que fue activo propulsor. Su mundo debía mantenerse bien estructurado, metódico, era él quien imponía estrictamente los lineamientos y reglas para que nada perturbase el propósito de la lucha que aún, a pesar de los años, defendía con tanto honor.

Por ello Lorenzo deseaba desde niño alcanzar el lugar de *invictus* que reconoce en su progenitor y coronar así la historia de su vida.

Por convicción y herencia familiar, Lorenzo era un tenaz patriota, miembro activo de la *associazione nazionale* italiana, una restaurada «Giovine Italia» gestora de unidad mediante la insurrección de la revolución.

El banquete ofrecido por nuestros padres la noche de su regreso al Monte fue fastuoso, el menú había sido elegido por nuestra madre en concordancia a sus gustos de antaño.

—Y bien, ¿qué te ha parecido el regreso, hijo?

—Todo está exactamente igual que cuando me fui, salvo Antonia, ella sí que ha sido una gran sorpresa para mí —dijo llevando a sus labios un pequeño trozo del *braciole* que con esmero prepararon para especialmente para él las criadas de la cocina.

Me sentí avergonzada.

Él me sonrió y le devolvió la atención a nuestro padre.

—He estado colaborando con Mazzini en Londres, desarrollando algunas estrategias políticas que logren «atrapar» de cierta forma a la clase trabajadora.

—Todos aquí hemos permanecido atentos a lo que pueda suceder, esperando el momento de actuar de forma concreta —interrumpió mi padre.

—Debemos educar al pueblo, divulgar nuestros principios acentuando el sentido patriota, dejando florecer con fuerza la «misión» de la nación, padre, debemos arraigar y reafirmar en nuestro pensamiento que somos italianos y que no habrá mano extranjera ni opresora capaz de doblegarnos, mucho menos existirá quien no siendo italiano luche con real valor y convicción por nuestra nación. Es nuestro deber mostrar aquel norte y señalarlo como meta: «Patria y unidad». Sabernos autosuficientes en nuestra lucha.

Cada persona en torno a su presencia en la mesa, lo oía atentamente. Todos deseaban enterarse de sus historias en Inglaterra, especialmente las acaecidas con Giuseppe Mazzini, el líder y cerebro político de la asociación nacional italiana, a quién el pueblo republicano siguió con idealismo y total convencimiento.

Durante cinco años, mi hermano estudió abogacía en la Università di Bologna, luego emigró a Inglaterra, en donde durante dos se dedicó a combinar sus estudios con la filosofía, otra de sus grandes pasiones.

Fue en Londres donde se afianzó aún más su convicción por una Italia unificada, al contribuir directamente con Mazzini y su ideología gestora de insurrección como único camino para la anhelada unión y libertad. Al mismo tiempo, la Universidad de Cambridge le concedió la oportunidad de conocer y admirar de cerca la obra de quien fuese igualmente uno de sus inspiradores en la vida: Lord Byron.

Terminada la cena, nuestro padre instó a sus invitados a pasar al salón de piano, que hasta ese momento funcionaba como el lugar donde se realizaban discretas asambleas con sus amigos y camaradas patriotas.

Mientras, un poco más apartado de la tertulia, Lorenzo levantó la tapa del pianoforte, lo que a nuestro padre incomodó visiblemente.

—El señor va a tocar el pianoforte —murmuró Giulianna en mi oído.

La miré con asombro. Para mí, aquel instrumento era solo un adorno al que jamás tuve oportunidad de acercarme. Alguna vez incluso llegué a imaginar que había algo muy malo allí. Sentí curiosidad de oír.

Nadie durante todos esos años tuvo el arrojo de sentarse en aquella banqueta que perteneció desde siempre a Lorenzo.

—Ven aquí. —Me extendió una de sus manos.

Me aproximé, tímida aún y sus labios reprimieron una sonrisa.

—¿Sabes tocar?

—No —respondí ruborizada.

—¿Nadie ha sido capaz de enseñarte algo de música? —Miró a nuestro padre arqueando de forma exagerada una de sus cejas. Me devolvió la mirada y tomó mi mano para ubicarme a su lado.

Al instante surgió de aquel piano una melodía estremecedora. Acercó su rostro al mío intentando no ser oído del todo.

—¿Sabes leer? ¿Escribir quizás?

Miré sus dedos moverse lentamente sobre las teclas del pianoforte y alcé mis hombros en señal de inseguridad.

—Solo reconozco algunas palabras.

Era indudable que debido a mi carácter tantas veces impertinente, lograba saber mucho más de lo que se me estaba permitido, tanta limitación me desesperaba y más de alguna vez me oculté en el despacho de nuestro padre para espiar mientras Carlo, uno de nuestros criados principales, aprendía a leer con el fin de aportar algo de asistencia ante tantos asuntos que atender.

—Vamos a buscar una institutriz.

—Nuestro padre no lo va a permitir. —Lo miré intentando disimular.

Lorenzo susurró una risa ante mi rostro cohibido.

—Él no va a oponerse —dijo sin mirarme—. Vas a aprender mucho desde ahora, pequeña, ya nada va a ser como hasta hoy, estoy convencido de que es la educación la que puede enaltecer o envilecer por la ignorancia a una persona, y tú no vas a ser como todas las niñas de este Monte, eres una

Castiglione —pausó su voz con una sonrisa—, eres mi hermana.

Continuó ondulando sus dedos sobre las teclas del pianoforte, mientras yo, absorta en la melodía, sentí algo de ansiedad ante aquella inesperada promesa de «otra vida». En menos de un día de conocerlo, Lorenzo se presentó en mi mundo como una especie de libertador, un héroe que, sin pensarlo y de un momento a otro, tenía toda mi admiración.

Cuando las velas estaban casi consumidas, se dio por terminada la primera de las muchas reuniones en las que mi hermano sería protagonista absoluto.

Desde niño conoció el espíritu y la pasión de los revolucionarios, y es aquella realidad la que marcó su vida de implacable idealismo. Mi hermano regresó a casa convertido en un líder liberal, tal y como mi padre deseaba, un demócrata, un mazziniano. Para él, Mazzini era fundamental en toda aquella lucha. Aun así, en ocasiones se encontraba en contradicción con ciertos puntos en los que el paladín de la unidad italiana no se advertía tan coherente.

A pesar de seguir un camino en línea recta hacia la unión de su ansiada patria unificada, Lorenzo jamás se dejó seducir por ideas absolutas, como buen filósofo ninguna ideología fue suficiente y verdaderamente fuerte para influir en sus propias reflexiones, aun cuando la revolución parecía ser el único principio inamovible dentro de sus convicciones.

Ms

[Agitato]

*«...Nuevo cielo, y tierra surgió,
y casi un rayo en mi mente divino.
Así en mi pecho nunca inerte
imprimió a viva fuerza tu brazo el dardo,
que después clavado llevé aullando hasta que al mismo día
volvió dos veces en su giro el sol.*

*Rayo divino fue para mi mente dueña mía, tu beldad.
Igual efecto dan belleza y acordes musicales,
que alto misterio de ignorado Elísio
parecen siempre revelar...»*

Giacomo Leopardi

Y—o no quiero casarme jamás.

Giulianna sonreía mientras me ensortijaba el cabello sobrante luego de acomodar el rodete con trenzas ajustadas a la altura de la coronilla.

Eleonora Ruggeri, la única amiga que tuve durante la infancia, iba a contraer el vínculo con un hombre casi trece años mayor que ella, exactamente el doble de nuestra edad.

—No podría siquiera concebirlo aún. —Una mueca imborrable se dibujó en mi rostro.

Tras el ventanal, mi hermano y su amigo Doménico, recientemente de visita en nuestra hacienda, recorrían sin prisa el gran jardín de encinos.

Me detuve durante unos instantes en el caminar sereno de ambos. Imaginaba la vida que quería en mi mente. Hacía ya tres años, desde el retorno de Lorenzo, mi existencia giraba en torno a libros, música y política, situación que no hubiese soñado para mí jamás de no ser por su causa.

—A su edad hay muchas niñas ya comprometidas —farfulló Giulianna, obligándome a desviar la atención hacia ella.

La verdad, hacía ya un año que había tenido mi primer «sangramiento de mujer» y mi cuerpo había cambiado rotundamente incluso desde antes de que aquello sucediera.

—¿No quieres casarte tú? —pregunté sin pensar.

Giulianna endureció su gesto y se inclinó para arreglar el listón de mi vestido.

—Lo siento, sé que no te gusta hablar de ello.

—No es eso, niña. —Me devolvió la mirada maternal—. La niña Ruggeri tiene la intención de volver a posicionar a su familia en la alcurnia que perdieron por culpa del padre, por eso va a casarse tan joven, pero si es ahora o en un año más, ella ya tiene el novio elegido, no puede escapar.

—No me gusta ese amigo de Lorenzo —interrumpí cambiando abruptamente el tema—. Me mira extraño, su presencia me incomoda, se comporta como un imbécil, él no tiene nada que ver con mi hermano, en ningún sentido.

—Extraño es que su hermano no se haya percatado de aquello, él siempre está tan preocupado de usted... Ya oí a su madre decir que ese Doménico tiene aspecto licencioso.

Mi madre no lo soportaba.

Apenas una semana había pasado desde que llegara a nuestra hacienda, cuando Doménico, probablemente aprovechando la ausencia de mi padre, sacó la voz para referirse a «mi belleza» como si hablase de la mujer a la que cortejaba.

Sus ojos clavados sobre mí hicieron que el gesto contenido de Lorenzo se manifestara en palabras agrias.

—Me temo que te confundes, mi hermana no está disponible, ni para ti ni para nadie. Nunca.

—El que está confundido eres tú, amigo, no lo hice con mala intención. Fue solo un halago a su belleza. Mi respeto es mayor. Lo siento. —Agachó la cabeza, aún con una sonrisa en sus labios.

Por su mirada, Lorenzo parecía contener su ira.

—No vamos a discutir por esto. Solo estoy esperando que te disculpes con ella.

—Cuánto lo siento, señorita. —Doménico estaba visiblemente incómodo. Asentí sin decir nada.

Su visita por una temporada indefinida tenía como principal objetivo el impulso de mi padre y la asociación a su incipiente carrera política.

Doménico Carduccio era el mejor amigo de Lorenzo en la universidad, por motivos ajenos a la política, su familia emigró desde Milán con rumbo a Inglaterra mucho antes de que él naciera, por lo que poco y nada de interés

tenía en la causa patriota. El motivo que prevalecía en él era más que nada económico. Un punto aún más lejano de toda ideología de la que Lorenzo era portador y por tanto, si no supiera que la familia de Doménico había sido tan hospitalaria con mi hermano durante su estadía en Londres, sería inexplicable su actitud al pensar siquiera en ayudarlo.

Tal vez si hubiera decidido fingir ser el mejor aliado y camarada político, la situación sería distinta. Sin embargo, su verdadera naturaleza afloró poco después de su llegada.

Los pasos en la habitación del piso superior, no me permitían descansar.

Me sentía avergonzada por la forma en la que ese amigo de mi hermano me miraba. Tal vez si hubiese sido de mi gusto, pero el sujeto era muy desagradable. Usaba el cabello largo, lo suficientemente sucio y aceitoso como para provocarme repulsión.

Además, por alguna razón siempre terminaba comparando a todo el mundo con Lorenzo. Nunca hubo alguien a su altura.

No recuerdo cómo me dormí, pero poco antes del amanecer, el silencio se volvió inquietante en la oscuridad de mi habitación.

—Es absurdo —murmuré al despegar mi espalda de la cama—, ni siquiera ha salido el sol.

Fue algo que no recuerdo lo que me sacó del profundo sueño y antes de poder siquiera producir algún sonido, una mano áspera y maloliente cubrió mis labios y parte de la nariz, impidiéndome el paso del aire.

Intenté despegarme sin resultados.

—Óyeme, «pequeña». —Rió al imitar la forma de tratarme de Lorenzo—. Tú ya estás en edad de compromiso, así que vamos a acabar con esto de una vez. Serás mía y luego de aquello, para no deshonorar a la familia, te haré mi mujer. Eso es todo, no debes hacer nada más, tendrás todo, viviremos donde tú quieras. No sientas miedo, no voy a dañarte, estoy seguro de que te va a gustar, solo ten calma.

Lentamente, me soltó, intentando apaciguar mi desesperación.

—Voy a dejarte respirar, pero no grites, si lo haces, mataré a Lorenzo, voy a matarlo —repetía mientras se montaba alterado sobre mi cuerpo.

Sin embargo, él jamás imaginó que dentro de mi mente soñadora mi hermano era un ser inmortal, tan fuerte, capaz de destruirlo en un instante.

Cerré los ojos y asentí con la cabeza, ansiando procurarle la certeza de mi silencio.

Al intentar quitarse parte de su ropa de noche, despejó mi rostro y logré liberar el grito enredado en mi garganta. Suficiente para que Giulianna, quien siempre parecía estar alerta a mis movimientos, me oyera y corriera ruidosa hacia mi habitación dejándolo en vergonzosa evidencia.

No comprendo aún en qué momento dentro de su nefasta estadía en nuestra hacienda recibió una mala señal de mi parte, imaginando que yo también lo deseaba, o peor aún, que toda esa situación lo llevaría de verdad a casarse conmigo.

La historia pudo terminar mucho peor.

De haber sido otra su crianza, un impulso muy distinto hubiese tomado las manos de Lorenzo al momento de entrar en mi habitación y encontrarse con tan repugnante escena.

Irremediable e incuestionablemente, Doménico fue expulsado a golpes y sin derecho a réplicas por mi hermano. De regreso en mi habitación, en dónde aún me encontraba paralizada, temblando frente a la puerta de ingreso, Lorenzo se ubicó en una esquina de mi cuarto dejándose caer lentamente, derrotado por la culpa. Desde allí me observó sin palabras durante algunos instantes.

Me acerqué con timidez y me acuclillé frente a su mirada perdida. Él se acomodó para ofrecerme reposo sobre su pecho.

—Voy a procurar que el desprestigio caiga sobre ese infeliz, pondré una lápida sobre su estúpida y pobre vida.

—Él no logró lo que quería. Ya me siento mejor —dije con la voz entrecortada, intentando en vano otorgarle algo de calma.

—¿Existe algo acaso con lo que pueda reparar mi falta de atención? Te he descuidado hasta este repulsivo punto. No quiero imaginar si él hubiese logrado lo que deseaba. —Tocó sus ojos con los dedos en señal de angustia.

Estaba asustada, casi sin voz, pero aun en aquel instante de conmoción absoluta sentí la necesidad de redimirlo de tanta culpa y me volví de frente hacia su cuerpo, sin imaginar que allí encontraría mucho más que el abrazo habitual. Mi nerviosismo era tanto que no logré hilar palabras durante una prolongada pausa.

—¿Te sientes mejor ahora? —Lorenzo acariciaba mi cabello con extrema suavidad

—Contigo a mi lado es imposible estar mal —murmuré.

—Estas temblando aún —dijo mientras su abrazo se intensificó para

intentar cubrir mi cuerpo casi despojado de abrigo.

Su cercanía y amparo hicieron surgir en mí sensaciones impronunciables, aquel abrazo tibio que despertó un incomprensible calor de mi piel se quedó grabado en mi mente, perturbando cada parte de mi consciencia.

—Puedes estar tranquila —dijo tomando una de mis manos para acercarla a sus labios. Sus ojos no se atrevieron a tocarme—. Desde hoy voy a permanecer a tu lado todo el tiempo que me sea posible.

Asentí y sus ojos se alzaron al cielo.

Desde aquel día su protección y cuidados fueron tan evidentes como su cambio de disposición hacia mí.

Un cambio que marcaría para siempre el resto de nuestras vidas.

Res

[Risolutio]

*«El mundo acaba de abrirse.
Aprendo lo que es un destino de mujer
y que es éste el que yo quiero.
Aprendo lo que es pensar,
lo que es un gran hombre, lo que es el universo.
Me libero de todos los viejos prejuicios religiosos,
morales, y falsos instintos.
Aprendo la sinceridad entera, la libertad de pensar
y de vivir su pensamiento con su espíritu,
su corazón, su cuerpo.
Inmensas revelaciones, sin trastornar,
porque todo estaba preparado...»*

Simone de Beauvoir

No menguaba aún la llovizna matinal en Barletta, cuando mi padre arribó a la «Hacienda del Sol» con el fin de trasladarnos a mi madre y a mí al Monte Sant'Angelo. La primavera se presentó esquiva durante aquel año y el particular tono purpúreo que durante esos días teñía el cielo, se vio envuelto en espesos cúmulos blancos.

Solo un mes antes, al finalizar el invierno, sorprendí a mi madre llegando a su vida mucho antes de lo previsto, justo cuando decidió tomar distancia del hogar y la rutina. No hubo tiempo de regresar al monte, razón por la que mi llegada ocurrió finalmente en la costa.

Desde el nacimiento de Lorenzo, para mi madre nada volvió a ser igual, su vientre se tornó muy débil y durante largos quince años, sus intentos por volver a engendrar fueron vanos. Un sinnúmero de pérdidas precedió a la noticia de mi existencia y su ya quebrantada fe floreció desde las ruinas.

Fue así como el 18 de marzo de 1831 y a sus treinta años, yo, Antonia Speranza Elisabetta Castiglione vine al mundo como la pequeña desgracia de mi padre –por el hecho de ser una «hembra»– y una secreta felicidad para mi madre, una mujer ya madura que solo deseaba una niña para enviarla al convento, servir a Dios y a ella misma en el ocaso de su vida. Pietro, sin

embargo, tenía otros planes en mente: desde mi nacimiento dictaminó que mi destino era casarme, situación que a medida que me hacía mayor le apremiaba de forma extrema, pues presagiando su futuro y con su historia pasada aún penando, creía adivinar las desolaciones por las que pasaríamos con él en un inminente exilio. Le apresuraba entonces buscar a alguien de nuestra altura que me desposara y, como última opción, cumplir con la costumbre entre las mejores familias, que indicaba que la hija no casada a una edad prudente debía ir al convento para así honrar a su familia.

Mi niñez transcurrió sin sorpresas, solo me asistían Giulianna y mi madre, quien, intentando con cierto éxito inhibir los rasgos rebeldes y poco delicados de mi personalidad, me enseñó algunas labores típicas de una mujer, en especial el bordado, además de varios deleites culinarios para complacer principalmente al marido en el caso de contraer nupcias.

No era la joven a la que todos miraban durante los paseos o en la misa dominical, no tenía los rasgos suaves de cualquier «niña noble», mi cutis no era el distintivo niveo aristocrático, por lo que, desde que tuve uso de razón, decidí dejar el aspecto físico a un lado y ocuparme de inventar alguna estrategia que me sacara de la vida que mi limitada existencia como mujer me ofrecía.

Aquel deseo de ampliar mi horizonte llegó de la mano de Lorenzo. Él expandió mi mente y acrecentó mi pretensión de salir de la ignorancia en la que prácticamente todas las mujeres estábamos condenadas a vivir. Yo tenía sueños, tenía mucho más en mente de lo que cualquiera pudiese imaginar, tenía ansias de saber, de leer la infinidad de libros que tapizan las paredes del despacho, de al fin comprender a mi padre en aquellas reuniones secretas ofrecidas en casa, en donde se hablaba de Italia e italianos en forma libre, sin temor. Fue mi hermano quien vino a mostrarme que existe otra cara.

Es probable que las mujeres de las que se rodeara en Inglaterra fueran mucho más capaces de resolver dificultades y pudieran dominar ciertos temas, tal vez hasta eran patriotas y revolucionarias, tal y como yo también soñaba ser. Era esa inquietud la que para mis padres parecía más un peligro que a una virtud: el conocimiento.

Los oí discutir en reiteradas ocasiones por mi causa, y en muy pocas nuestro padre aceptaba las opiniones que mi hermano tenía respecto a mi crianza. Durante un corto periodo incluso aceptó como una «grandeza» traer a una institutriz para enseñarme a leer y escribir, pues alegaba que

adentrarme en más asuntos solo lograría masculinizarme y darme esperanzas de poder pensar con libertad, cuando las mujeres ni siquiera teníamos voz para elegir.

—No te entiendo, ¿estás haciendo una especie de experimento? ¡Quieres moldear a Antonia a tu imagen! Es mi hija, tu madre la ha criado como una mujer de bien. Tú regresas a casa después de ocho años de ser el «hermano perdido» e intentas transformarla en una prolongación de tus ideas...

—Padre, únicamente estoy intentando hacerla sobresalir del resto, no tengo más propósitos.

—¡Estarás orgulloso! ¡¿Qué viene después de esto?!

—Las mujeres ya han tomado parte en las revoluciones del resto de Europa.

—Pues eso es perfecto, pero no para mi hija.

Mi hermano le quitó la mirada. Parecía hostigado.

—Vamos a continuar nuestra vida en paz, no podemos discutir por esto, le prometo que sus conocimientos no van a cambiar sus cualidades, ella continuará siendo la misma señorita, con la misma virtud. Es una Castiglione, permítale al menos la gracia de razonar y ser mejor que el resto.

—Supongo que visto de esa manera debo permitirte... —Mi padre miró hacia el ventanal golpeando reiteradamente su báculo contra el piso.

—Es mi palabra, padre.

Desde entonces, Lorenzo tomó un rol primordial en mi vida. Fue él quien me proporcionó el cariño, la protección y la palabra precisa del padre que yo necesitaba, pues el nuestro no tenía tiempo suficiente para esos menesteres que, a su parecer, solo precisaban la labor materna.

Enriqueta Barberini, nuestra madre, igualmente en oposición a lo que esperaba mi hermano, nunca perdió la esperanza de verme convertida en una dama a su propia imagen.

Ella, conocida por su belleza y porte, fue admirada y maldecida por las mujeres del Monte, pues a diferencia de la mayoría, no se advertían los años en su rostro lozano, y el secreto de su inalterable cabello negro azabache lo guardaban celosamente sus criadas de confianza. Siempre fue una mujer sumisa y cercana a Dios, todo en su vida parecía corresponder —según sus creencias— a su gran poder divino, aquello sumado al inmenso y único amor que le profesaba a mi padre y al hecho de haber traído al mundo a Lorenzo la hacían sentir bendecida, afortunada y agradecida por cada uno de los regalos

que le concedió la vida. Especialmente por su firme creencia de que el hombre es un ser muy superior a la mujer en todo orden de cosas.

Por ello la actitud de Lorenzo frente a mi educación la desconcertaba, pero nunca quiso contradecirlo, aunque tampoco era feliz si la porfía pasa por sobre la autoridad de mi padre.

—Antonia, hija, acompáñame hoy en el bordado.

Hice un gesto de hastío. Sin embargo, ella tomó de mi mano y a cambio me sonrió.

—Sabes bien que el rol de una mujer no es intentar alcanzar el lugar de un hombre. Puedo entender tu curiosidad, entiendo también que Lorenzo te provoque tal admiración, que quieras ser como él, pero tu modelo a seguir es tu madre... Soy yo quien está aquí para enseñarte cómo ser una buena mujer, una buena esposa en el futuro, tal como tu padre lo desea desde que naciste, y si tu talante no mejora, ningún hombre de nuestro nivel te tomará como merece una niña de familia. Todos deben ver en ti a una mujer de respeto y no a un intento de revolucionaria sin un mínimo de delicadeza. O eres una mujer, o eres una rebelde, y sabes bien que no vamos a aprobar nada que no esté dentro de nuestros valores.

—Nada más quiero aprender lo que mi hermano desea enseñarme. ¿Cree que su pensamiento es errado?

—Lo que yo creo es que él conoció otra realidad en Londres... Una que no es la nuestra. Inténtalo al menos, eres mi única hija, nuestra esperanza contigo es otra.

Resoplé resignada.

—No creo que aprender a leer sea algo que mancille mi dignidad, madre, creo que es al contrario. Déjeme aprender. No voy a ser una revolucionaria, se lo prometo.

Bajé la mirada esperando otro sermón.

—Fue la misma promesa que Lorenzo hizo a Pietro, solo quería asegurarme de trazar tu camino como corresponde. —Hizo una pausa algo nostálgica—. Te pareces mucho a tu hermano... salvo que en él la rebeldía es una virtud. Yo también lo admiro, ¿sabes? Mi hijo es un hombre inteligente y muy valiente.

La verdad es que en ningún momento tuve intenciones de ser aprobada o limitada en mis decisiones por algún hombre, tan solo aceptaría tales restricciones de parte de mi hermano.

No quería mostrarme desafiante, pero sabía que él sería mucho más permisivo en relación a los asuntos que me interesaban y de alguna forma quería dejarlo en claro.

—¿Cree que sea bueno que le hable a Lorenzo sobre esta conversación? Tal vez él no se da cuenta de que al consentirme tanto, pareciera no considerar su opinión como madre.

Se mostró desalentada.

—Veo que tu hermano te ha azuzado bastante con sus ideas y más que eso, ya tienes suficiente poder sobre él. —Me miró y dio un gran suspiro—. Prefiero que no le digas nada, ya te dije que Pietro habló con él.

—Disculpe, madre, no quería afligirla con esto. Lorenzo ha sido muy buen hermano, tan considerado y altruista al concederme parte importante de su valioso tiempo, que siento le debo mi respeto por querer hacer de mí una mujer de bien.

—Hija mía, desde niña has sido muy similar a él... Lo único que quiero es que comprendas la diferencia.

—La entiendo, madre. —Agaché la vista.

—Eres una niña hermosa, no hay algo malo en que aprendas ciertas cosas, pero debes estar consciente de no dejar de lado lo que de verdad importa.

—Así será.

De igual forma, Lorenzo manipulaba a su antojo las decisiones de ambos en la casa, y sobre todo las de nuestra madre, por lo que me tranquilicé teniendo por seguro que nada de lo que mi hermano había dispuesto para mí cambiaría.

Es verdad, ambos tenemos cualidades muy similares, no había tomado conciencia de mi personalidad escondida bajo el peso patriarcal del hogar Castiglione hasta que él apareció en mi vida.

Cuatro

[Lusingando]

*«Amé siempre esta colina,
y el cerco que me impide ver más allá del horizonte.
Mirando a lo lejos los espacios ilimitados,
los sobrehumanos silencios y su profunda quietud,
me encuentro con mis pensamientos,
y mi corazón no se asusta.
Escucho los silbidos del viento sobre los campos,
y en medio del infinito silencio, siento mi voz:
me subyuga lo eterno, las estaciones
muertas, la realidad presente y todos sus sonidos.
Así, a través de esta inmensidad se ahoga mi pensamiento: y
naufraigo dulcemente en este mar».*

«El Infinito», G. Leopardi

—**D**esperta, mi pequeña... —Entre sueños oí su cálida voz cerca de mí.

La fragancia del tabaco y el almizcle de su traje eran inconfundibles. Mi hermano permanecía en cuclillas a un costado de mi cama, mientras yo apenas abría los ojos.

—Dieciocho años, ¿eso es mucho, no? —Me sonreía mientras sacaba de su traje un libro de carátula verde claro. Me senté sobre la cama intentando dominar mi frondoso y ensortijado cabello, el que aquella mañana como nunca frente a él se encontraba a medio trenzar y sin control. La vergüenza se reflejó en mi rostro, mientras en sus mejillas se trazaron sus habituales mediaslunas reprimiendo una sonrisa.

Un año atrás, mi madre y yo nos encontrábamos solas frente a un pastel hecho por nuestras criadas; en Milán, las «Cinque Giornate» habían reafirmado la fe en que una unidad italiana era ciertamente posible,

provocando la exaltación de los liberales. El fervor del pueblo alcanzó tal punto que su presencia fue trascendental en las asambleas posteriores convocadas por la condesa Clara Maffei, una republicana que antes de verse obligada a salir de Milán, luego de la victoria austriaca en Custoza, reunía en su célebre salón a literatos, artistas, intelectuales y especialmente a jóvenes revolucionarios mazzinianos. Aquellas triunfales jornadas mantuvieron a mi padre y a Lorenzo alejados de casa durante un largo periodo, privándonos una vez más de sus figuras.

—¿Pasa algo, Antonia? —La voz de Lorenzo me sacó del ingrato recuerdo.

—¿Vas a quedarte, verdad?, lo prometiste. —Le sonreí con algo de aflicción por encontrarme permanentemente deseando que él no continuara en medio de tanto peligro.

—Mi promesa fue no perderme tu cumpleaños esta vez, y aquí estoy, en Novara ya todo está dispuesto, no hará falta mi presencia, además me tomaría mucho tiempo llegar allá. —Tomó con ambas manos mi cabello e intentó desanudarlo de un costado—. No te preocupes más por ello, ¿quieres?

Asentí sin mirarlo.

—Debo salir un momento, espero que disfrutes tu regalo, pequeña. Escucha —dijo acercándose a mí con delicadeza—, marqué algo que necesito que leas con atención, solo mantén tu mente abierta, libre de prejuicios, ¿sí?

—No me asustes... —dije. Él mordió sus labios y abrió exageradamente los ojos.

—Que tengas un hermoso día, mi preciosa. Te quiero —murmuró mientras volvía a despejar mi rostro con sus dedos.

—Y yo te quiero más de lo que podría admitir —dije sin pensar.

Sus comisuras de nuevo se curvaron en una sonrisa. Me apoyé en la cama para abrirlo, pero su mano calmó mi ansia.

—Voy a ausentarme unos minutos de casa, lee a solas para que puedas comprender. Sin nadie merodeando. —Volvió la vista hacia Giulianna quien sin mirarnos abría con simulada dificultad las cortinas de la habitación.

Asentí agradeciendo su obsequio. En seguida salió con una sonrisa intrigante. Apenas desapareció de mi vista, tomé el libro con un poco de ansiedad y timidez, miré de reojo a Giulianna y le hice prometer no abrir la boca, pues todos sabían que mi padre no era partidario de mi gusto vehemente por la lectura revolucionaria.

Al abrirlo, llamó mi atención el autor del volumen. Se trataba de Giacomo Leopardi, considerado un genio de la literatura, gran pensador, pero que luego de estar fuertemente ligado al movimiento liberal, decidió abandonar la política, por no sentirse representado en su totalidad por las convicciones que en el inicio le parecían justas.

Haber descartado alguna obra de Byron o Fóscolo para regalarme este texto debió significarle un tiempo extenso de decisión, por lo que lógicamente algo muy especial debía tener para mí su contenido. Él nunca me daba un libro sin un propósito, pues pretendía esculpir mis gustos y pensamientos de acuerdo a sus propias ideologías.

Detestaba de sobremanera la «literatura adorno», pues lo consideraba un pasatiempo de aristócratas sin sesos, escépticos, inútiles y aduladores de la monarquía, aquellos que no tenían por costumbre formar su filosofía personal. Una obra de Leopardi no debía sorprenderme. Fue un poeta melancólico, trágico, y sobre todo muy intenso, y aquello lo hacía un tanto «vetado» para las niñas de mi edad, lo que sin duda me hacía disfrutar aún más de este, «nuestro secreto».

Al abrir el libro, descubrí que el marcador de la página era un texto escrito de su puño y letra: «El infinito». Me hizo gracia ver que parecía corresponder a un extracto sacado de su propia vida en el Monte Sant'Angelo. Luego, al revisar el texto señalado, pude comprender la verdadera intención de ese regalo. Un torrente de calor subió por mis mejillas. Los nervios me hicieron cerrar el libro con torpeza.

Giulianna arrugó la nariz y me observó extrañada. Di un suspiro y aclararé mi garganta antes de devolverle la mirada con seriedad.

—¿Pasa algo?

—Iba a preguntar lo mismo. —Me miró directamente.

—Prepara mi bañera, estoy un poco mareada.

—Es extraño...

—No quiero hablar, solo quiero que me ayudes, necesito darme un baño.

Me dispuse a deshacer lo poco que quedaba de las trenzas que aprisionaban mi cabello en absoluto silencio. Un silencio que me acompañó durante el resto de la mañana.

Recordé las innumerables veces en las que, estando al lado de mi hermano, sentí esa fuerza desconcertante que me hacía explotar el corazón y odiarme por ello al mismo tiempo, el hecho de verlo como a un hombre

vigoroso, apuesto y encantador me hacía sentir sucia y me aborrecía cada vez por ello.

Mi corazón latía con fuerza. Tan solo el enunciado de la poesía me perturbaba. No quería seguir pensando. Era la primera vez que él me regalaba palabras que hablaban derechamente de amor, no de amor de hermanos, sino de «ese amor», amor de esposos. Me sentí mísera de solo pensarlo.

—Debe ser un error, un error mío... —Un nudo enorme y palpable en mi estómago comenzaba a arruinar mi día.

Recordé también el preciso instante en que comencé a verlo con otros ojos, aquel día en que lleno de cólera expulsó a Doménico de nuestra casa. Su iracunda mirada me quemaba, no sabía cómo abrazarme ni cómo tocarme. Finalmente fui yo quien me arrojé a sus brazos, asustada, agobiada por el miedo y la vergüenza.

En ese momento —cuando su cuerpo cálido se encontró con el mío a medio vestir, al sentir su corazón exaltado oprimiendo mi pecho— desuní al «Lorenzo hermano» del «hombre» y lo situé en un lugar en donde nunca debió aparecer, en mis sueños, en mis pensamientos, en todo lo que me rodeaba.

Fui incapaz de volver a tomar el libro durante el día.

—Es la hora de la merienda, Antonia —repitió Giulianna dos veces antes de que pudiera prestarle atención.

—No tengo apetito. Me siento mal.

—Todos la esperan allá abajo, es su cumpleaños...

Di un suspiro y salí de la habitación sin ánimo. No quería ver la cara de mi hermano en la sala del comedor, pero para mi desgracia fue lo primero que vi al entrar. Me observó silencioso. Estiró sus labios y los mordió por dentro, como de costumbre cuando piensa algo que no quiere decir.

«¿Y si él siente lo mismo?», me preguntaba. Volví a dirigirle la mirada y él inclinó la suya al instante.

Luego de unos segundos, tomó un sorbo de agua y comenzó una discusión con nuestro padre, como ya venía siendo una costumbre entre ellos desde que don Bartolomé Mattioni, su más grande amigo y mi padrino, un potentado terrateniente de Apulia, terminara transformándolo en un prosélito de la ideología contrarrevolucionaria, convenciendo a nuestro padre de un ideal de independencia bastante alejado de la rebelde tradición familiar de los Castiglione.

—Estás cerrado a todo, no sé en qué mísero momento decidiste ser un tozudo intransigente. Óyeme bien, el medio no es más importante que el fin, no está mal cambiar de estrategia, siempre que ello no implique cambiar de idea.

—Escúcheme usted, padre, yo reniego de su nueva idea conservadora, no intente persuadirme porque no voy a ceder, no voy a traicionar a nuestra asociación ni a mi propio ideal para correr tras Francia, ni tras la monarquía, necesitamos tener conciencia de una nacionalidad, para luchar con fuerza por ello, jamás triunfaremos en virtud de manos extrañas, usted sabe que Italia puede emanciparse con fuerzas propias, y también sabe que no habrá resultados sin insurrección, nosotros no solo somos conspiradores, también regeneradores, por ello no comprendo la verdadera razón que lo hizo cambiar al bando de los «falsos nacionalistas». No me pida que lo siga en esto y me transforme en un reaccionario para lograr nuestro cometido.

—Tozudo, obstinado —Mi padre lo miraba con ira—, no estás traicionando nada, estás más preocupado de Mazzini que de Italia, ¿dónde está tu agudeza, tu buen juicio, Lorenzo?! La experiencia que me ha dejado la insurrección durante tantos años ha sido solo de fracasos, ¡incluso desde antes de que nacieras! Yo también fui un idealista, pero estoy cansado, ¡las asociaciones fundadas con muy buena intención, pero muy poco apego a la realidad no nos han dejado más que aspiraciones sin consecuencias favorables! Fui carbonario, participé de la Giovine Italia, no quiero pasar mi vida huyendo, en asociaciones secretas, ¡yo quiero resultados! ¡Quiero a los Borbones fuera de Apulia, quiero a Austria dejándonos vivir en paz, desocupando nuestro territorio y eso no ha sucedido pese a la cantidad de años que hemos perdido!

—No lograremos sacar a los Borbones de Apulia si no somos capaces de liberarnos primero de Austria. —Suspiró agotado

—Ya le dije que no viajaré a Novara, no comprendo que más quiere que haga, estamos en guerra, y estoy por primera y última vez dando un paso hacia un costado, pero quiero asegurarme de que sepa que mi decisión de continuar en la asociación es irrevocable.

Nuestro padre rió, irónico, y luego dirigió su mirada hacia mí.

—¡Muy bien! Es un buen regalo para tu hermana que tu cerebro al menos esté funcionando en forma intermitente. Tal vez sería mejor si decides pensar siquiera en obsequiarle una sensatez algo más duradera en vez de notificarle

que continuarás tozudo en medio de la tempestad.

—Si voy a quedarme esta vez en Foggia será solo por ella.

Mi padre guardó silencio.

No me atreví a levantar la mirada, mi padre era muy duro en sus discusiones, jamás hubiese permitido que dijese alguna palabra mientras él objetaba cada acto de Lorenzo.

Con el correr de los años, mi hermano se transformó en un estratega, para mi gusto, superior a algunos de los líderes más bien sofistas de la alianza de jóvenes republicanos. Su pensamiento individual adquirió tal fuerza que poco a poco fue limitando el paso a otras concepciones surgidas incluso desde su propia coalición, situación que nuestro padre aborrecía. Acostumbrado a ser su mayor ejemplo, en ese entonces se vio sin el control en sus manos lo que desestabilizó rotundamente la armonía de nuestro hogar.

La vejez alcanzó a Pietro al mismo tiempo que la ambición de ver cumplido su anhelo y el de sus ancestros: liberar a Italia y transformarla en una sola nación antes de partir a los brazos de nuestro señor.

Aunque Lorenzo respetaba y honraba a nuestro padre, lejos quedaba aquel hijo queriendo ser reflejo del progenitor, y ciertas situaciones transformaban cualquier momento del día en uno de terrible incomodidad, especialmente cuando ambos se encontraban cerca.

Mientras las cosas importantes de nuestra convivencia familiar sucedían, mi inestable pensamiento tomaba otra ruta. ¿Por qué sentía explotar mi corazón al tenerlo cerca?, ¿por qué solo a su lado yo experimentaba felicidad? Me ruborizaba pensarlo. Confundida como estaba, no podía probar siquiera un bocado. Me excusé de sentirme un poco indispuesta y me retiré hacia mi habitación con Giulianna siguiendo mis pasos.

Mi madre había mandado llamar a la costurera para retocar el vestido que usaría esa tarde, por lo que aún me quedaba más por hacer antes de la fastidiosa cena en mi honor. La celebración contaría con la presencia de grandes personajes políticos y de la alta sociedad de Foggia acompañados de sus familias, entre ellos mi padrino, don Bartolome Mattioni, quien en complicidad con mi padre habían acordado presentarme a su sobrino, Alessandro Biava. El plan era simple: transformar al joven en mi afortunado marido.

Aflojé el vestido que traía puesto para quedar fácilmente libre cuando llegara la mujer, mientras Giulianna y María, la fastidiosa española que mi

madre «adoptara» como nueva criada, me ayudaban en la molesta labor de ajustar mi corsé.

Intenté en ese instante tomar de nuevo el libro para continuar la lectura.

—Léame un poco, me gusta escucharla leer.

—No es divertido, Giulianna, es sobre política, cosas de hombres, a Lorenzo le agrada que lea de estos temas, pero en verdad no creo que sea importante para ti.

La mirada indiscreta de María sobre mi libro me inquietó aún más y decidí expulsarla de mi habitación.

—No quiero que ella esté cerca de mí, no la necesito, siempre está mirándome con desprecio, al parecer no sabe el lugar que ella ocupa en esta casa, la he visto cuando mira a Lorenzo, me avergüenza.

Giulianna sonrió mirando hacia el suelo.

—Siempre se hace lo que usted dice en esta casa, «*mi niña consentida...*»

Sonreí de manera forzada y abrí el libro con algo de nerviosismo.

El primer amor

«Regresa a mi mente el día en que la batalla de amor sentí por primera vez y dije:

«¡Ay de mí, si esto es amor, cómo atormenta!» Con los ojos clavados en la tierra, yo contemplaba a aquella que inocente, mi corazón hizo vibrar primero.

¡Ay, amor, y cuán mal me gobernaste! ¿Por qué tan dulce amor debió consigo llevar tanto dolor, tanto deseo, y no serenidad, y no plenitud y no sencillez, si no más bien lleno de angustia y lamento, al corazón descendía tanto deleite?»

Una intensa emoción me abrasó desde los pies hasta el rostro. Giulianna ya había comenzado a deshacer el peinado para comenzar otro especial para esa noche, pero no la notó.

La costurera llegó durante las primeras horas de la tarde a ajustar el vestido rosa que usaría, por lo que debí dejar la lectura para después. El sol ya había comenzado a declinar y pronto llegarían los invitados.

Una vez terminado el acomodo del abultado vestido, Giulianna continuó con mi largo y complicado cabello. Tomé por tercera vez el libro y me dispuse a examinar el poema, esta vez sin interrupciones. Giulianna no sabía

leer, pero permanecía tan atenta a mis expresiones que le pedí que me dejara un momento a solas.

—No puedo, hija, los invitados ya deben estar cerca y además el señor también la tiene por especial encargo. No puedo dejarla sola en ningún momento, menos ahora que habrá visitas. Él teme que cualquier hombre quiera tomarla a la fuerza. Recuerde lo que le pasó con ese «amigo» de él...

No la dejé terminar la frase y salí rauda de la habitación, directo a la suya. Golpeé con fuerza, pero él no estaba ahí. Bajé las escaleras, apresurada; en la sala solo se encontraban las criadas adornando las mesas para recibir a nuestros invitados. Corrí hacia afuera sabiendo que lo encontraría sobre la roca donde acostumbraba a fumar el tabaco que le enviaban sus amigos desde Londres. Me dirigí hacia allá dispuesta a increparlo, arrebatada, furiosa por su intromisión. Me detuve tras él y grité bruscamente su nombre.

Se dio la vuelta, sorprendido, y antes de que pudiese continuar hablando, se acercó a mí, severo y me ofreció su mano. En seguida me situó delante de él para mostrarme el paisaje que le regalaba el atardecer, iluminado únicamente por el reflejo del sol agónico hundiéndose en la inmensidad del océano.

El ambiente álgido me hizo temblar; recogió mi cabello con sus manos y lo situó hacia el lado por sobre mi hombro, luego me rodeó con sus brazos y se inclinó lo suficiente para lograr acercar su rostro al mío.

Hubo un silencio inquietante.

Aun cuando sus abrazos hacían volar mi imaginación, no esperé demasiado para romperlo. Estaba molesta.

—Necesito hablarte —dije intentando no olvidar a lo que iba.

Me volteó para situarse frente a mí. Asintió con la cabeza, dio un gran suspiro y esperó. Su mirada me desconcertaba, pero pude sacar la voz de igual modo.

—¿Por qué me tratas como a una niña de tu propiedad? No solo le ordenas a Giulianna que me cuide de «los hombres», sino que además te atreves a pedirle que no me deje siquiera pensar a solas en mi habitación. ¡Tú no eres mi padre, Lorenzo, eres mi hermano! ¡¿Hiciste acaso un pacto con nuestra madre para mantenerme soltera y así pasar el resto de mis días cuidándola?!

Visiblemente irritado, puso un dedo en mi boca para silenciarme.

—El deber de Giulianna es cuidarte, nadie la ha enviado a hacer algo distinto. Además, soy tu hermano mayor y me debes respeto. Tengo el

consentimiento de mi padre para actuar en su lugar en ciertas ocasiones. Ahora entra a la casa a terminar tu peinado y espera a que lleguen los invitados. Ya suficientes molestias tengo con que mi padre pretenda infiltrar a un «moderado» majadero en nuestra casa para intentar adueñarse de ti y de nuestras tierras, y ahora tú misma, intentando emanciparte.

Reprimí el llanto de rabia y mordí mis labios, pero no me moví de allí. Aguardó unos instantes mirando el horizonte y luego se volteó de nuevo hacia mí con su inconfundible mirada sarcástica.

—No me dijiste si te gustó mi regalo, Antonia.

Su cambio de tono me provocó aún más ira. Lo miré con desprecio, pero también un poco avergonzada. El ardor de mis mejillas no podía delatarme debido a la inminente oscuridad.

—Aún no lo abro.

—¡Mientes! —Me miró sonriendo—. ¡Vete a casa! Hace frío.

—Estoy feliz de que no vayas a Novara...

Lorenzo sonrió por fin.

—Mi cariño, es la primera vez que faltó en una situación como esta, lo hice por ti... es solo por ti que continuó aquí.

—Estaba intranquila, podías morir allí y yo podría morir si algo te sucede.

—¿Puedo saber la razón por la que podrías a llegar a morir sin mí?

Mis labios se secaron y debí tragar mi inquietud.

—No... es decir, no lo sé... eres muy importante para mí.

—Entra a la casa —dijo acariciando mi cabello.

Bajé de la roca enojada conmigo, pensando en que lo que de verdad quería decir debía quedar en el más absoluto silencio.

Giulianna me esperaba abajo para arroparme. Hacía en realidad mucho frío y yo seguía con el cabello a medio trenzar. Al subir a mi habitación, ella me observaba a través del espejo, mientras me peinaba cuidadosamente.

—Lorenzo la protege mucho, ¿no, hija? A veces no parece su hermano —me dirigió una mirada seria.

—¡Pero lo es! —le enrostré antes de que continuara entrometiéndose—. Lo que parezca no es un tema tuyo.

—Lo siento —se lamentó con un suspiro de resignación—, sabe que quisiera verla vestida de novia, es mi sueño verla radiante cruzar el corredor de la casa para encontrarse con un novio altivo. Con Lorenzo no va a poder, ¿lo sabe?, la virgen tenga presente mi oración —dijo mirando al cielo.

—¡Dios mío, Giulianna! ¡Tu imaginación exaltada! Yo no necesito un novio altivo. —Reí por su impulsivo y romántico relato—. Mi madre debió prohibirte que hablaras tanto. ¡Dios! Bajemos al salón, ¿quieres? Querías hacerme reír, pues lo conseguiste.

Giulianna rio sin muchas ganas, pero desvió la conversación de la manera que yo esperaba. No podía explicarle a ella, ni a nadie lo que ocurría conmigo.

La sala se sentía calurosa, atestada de los susurros envidiosos de las mujeres del Monte y sus hijas, los que cesaron brevemente con mi aparición. Mi padre me esperaba sonriente con un precioso anillo de plata sobredorada, ostentosamente coronado con un rectangular brillante.

—Mi hermosa hija, es muy probable que tu próximo cumpleaños sea celebrado en tu propia hacienda, junto a tu esposo.

Fingí una sonrisa, ya sabía de su intención de casarme con el sobrino del tío Bartolomé y aún no estaba reconciliada del todo con aquella idea, incluso si se trataba es un hombre apuesto y acomodado, no me hacía gracia verme ligada a alguien solo porque la edad de casarme me alcanzara. Estaba segura de que no era «el hombre ideal» para mí, pero mi padre era astuto, no existía nada en el mundo que él verdaderamente no quisiera mejorar, o controlar. Si mi pretendiente era adecuado ante sus ojos, haría hasta lo imposible por posicionarlo dentro de nuestro entorno. Probablemente hubiera sido él mismo quién nos proveyera de aquella hacienda de la que hablaba con tanto entusiasmo. Alessandro era un médico ya mayor, un liberal centralista que colaboraba en forma diligente de la distribución entre sus pares de la revista *Il Risorgimento*, creada por Césare Balbo y el conde de Cavour, quien lideraban la contraparte de la asociación mazziniana, este último en particular es el reaccionario que Lorenzo más detestaba. Para él, Camillo Benso no era más que un extranjero intentando intervenir de la peor forma en una lucha que para él no admitía otra fórmula más que la revolución. Su modo de concebir y dirigir su parte en el movimiento liberal, favorecía una unificación de la península alrededor de la dinastía piemontesa, situación que causaba resquemor entre los mazzinianos.

Ignoraba si el doctor Biava tenía ideas liberales por convicción o solo para impresionar a mi familia, pero de igual modo mi padre estaba satisfecho por haber conseguido un pretendiente para mí, justo cuando ya estaba, como decía Giulianna, en edad de tener un novio y de pensar derechamente en el

matrimonio.

—Sí, padre, tal vez el próximo cumpleaños sea en mi propia residencia, pero si he de casarme, quisiera permanecer cerca de ustedes, este siempre ha sido y será es mi ideal de hogar, no quiero estar lejos, irme de casa significaría perderlos de vista en mi día a día, no hay más haciendas tan cerca de esta.

—Es así como debe ser, hija. Además exageras, podemos mandar a construir una hacienda cerca de esta, puedo comprar el sitio que deseas. —Mi padre sonrió sin prestar atención a mi sentimentalismo y me ofreció el brazo para llevarme a saludar a los invitados.

Luego de los saludos de rigor y la recepción de los obsequios de quienes se encontraban rodeándome, mi madre me enseñó la mesa en donde relucían las exquisiteces que cocinaran las criadas y se elevaban los enormes y tupidos ramilletes de rosas y claveles pálidos adornándola. Mucha abundancia debía notarse para aparentar frente a las niñas de alta sociedad que me visitaban. Agradecí por buena educación y me dispuse a guardar silencio, salvo para conversar con las otras señoritas de temas tan corrientes, casi por norma, como el clima, las joyas, las ropas, los bordados y tal vez sobre algún soltero codiciado.

Yo realmente no tenía amigas y estas reuniones eran en rigor muy aburridas, salvo por la muestra de mi destreza en el piano, que repetía cuando alguien nos visitaba. Ello me provocaba gran placer, debido a la fascinación por la música que mi hermano me inculcó. Así lograba abstraerme de toda la mediocridad e insignificancia que rodeaba a las mujeres con las que debía relacionarme.

Lorenzo entró a casa, disgustado, tensando visiblemente la mandíbula y con el ceño fruncido, mucho más aún que de costumbre. Hubo gran murmullo con su aparición dentro de la sala, algunas miradas incluso se centraban maliciosamente en mí. Lorenzo lo sabía, nuestra relación tan cercana siempre había dado de qué hablar a las mujeres fisgonas e imprudentes, especialmente a las niñas que soñaban su destino junto al principal heredero de la fortuna Castiglione.

Caminó hacia mi padre, dirigiéndome una fugaz e irascible mirada. Tras sus pasos se acercaba al fin el doctor Biava, su ondeado cabello marrón claro caía apenas rozando sus hombros, lo que le daba un toque de rebeldía que no permitía a nadie mantenerse indiferente. Sus fascinantes ojos turquesa

parecían sonreír a un tiempo con sus marcados y encantadores labios. Alessandro era dueño de la más alucinante e inmaculada sonrisa que jamás hubiera visto, y mientras se despojaba galante de su sombrero, no me quitaba la vista del rostro. Me detuve en sus manos, tan preciosas y cuidadas, como si de ellas fuese a emanar alguna especie de magia en cualquier instante.

—¡Felicidades! —dijo jovialmente. Su tono de voz era aún más grave que el de Lorenzo, lo que provocaba la visible inquietud de las presentes. Tomó mi mano para rozarla con sus labios ante la esperanzada mirada de mis padres y la ira nada disimulada de Lorenzo, quien parecía estar a punto de golpear a cualquier persona que se le cruzase por delante.

Alessandro traía consigo una hermosa caja en forma de corazón. Dentro de ella, algunas delicias dulces traídas desde Suiza. No sabía muy bien cómo actuar. Era la primera vez que alguien intentaba halagarme e impresionarme de manera amable.

Durante la noche, Maddalena Codazzi, hija de un hacendado residente en Manfredonia, se instaló junto a Lorenzo como su acompañante. Indudablemente ella ansiaba, desde siempre, ese «sitio» al lado de mi hermano, por lo que prácticamente se sentía dueña de su noche. No pude más que sonreír por lo incómodo que se veía él a su lado. Me acerqué a Lorenzo para preguntar qué quería escuchar al piano durante la velada.

—Lo que tú quieras estará bien para mí, aunque sabes que Field tiene mi admiración desde mis tiempos en la universidad.

—Tocaré para ti esta noche entonces —dije conteniendo cualquier expresión que pudiera hacerme ver encantada.

Me sonrió con los ojos y asintió con timidez sin dejar de mirarme. Le devolví la sonrisa y luego me volteé hacia Maddalena, dándole una estúpida mirada de triunfo. Ella me sonrió con malicia.

—Usted más que su hermana, parece su prometida. Tienen una relación muy especial ambos, ¿no? —dijo, para luego sonreírle a mi hermano, cómplice.

Miré a Lorenzo seriamente. Él se limitó a bajar la vista y sonreír con apenas una mueca avergonzada.

—Es mi hermano —dije absolutamente irritada—. De él he aprendido todo. Es mi amigo, mi compañía. Somos como una sola persona.

Me di la vuelta sin esperar respuestas y me dispuse a tocar el décimo *Nocturno* de John Field. Le había costado tanto trabajo enseñármelo, que la

inquietud se apoderó de mis manos en el inicio, tocando las primeras notas más erradas de mi vida.

«Maldita partitura», pensé sin decirlo. De pronto, las manos de Lorenzo asomaron tras mis hombros, deslizándose lentamente por mis brazos hasta llegar a mis dedos. Al instante sentí una sutil descarga que nos hizo gracia al mismo tiempo.

Quitó la mano en acto reflejo y su sonrisa me devolvió la confianza.

—Solo cierra los ojos y siente la vibración del *pianoforte*... la música no se ve, siéntela aquí. —Guió mis manos y las ubicó justo bajo mi pecho—. ¿*Nocturno*? —indagó ubicando su rostro demasiado cerca del mío.

—El décimo. —Le sonreí nerviosa.

—Casi tan suave como tú. —Inclinó su cabeza señalándome el inicio.

Luego de aquella aplaudida interpretación, los invitados regresaron a sus círculos para conversar, mientras yo me acercaba al doctor Biava, quien sorprendentemente se detuvo para leerme un soneto sacado de «La vida nueva» de Dante Aligheri, padre de la literatura italiana. Fue el primer libro que leí alentada por Lorenzo.

«Muéstrase tan hermosa y recatada la dama mía si un saludo ofrece que toda lengua, trémula, enmudece y los ojos se guardan la mirada. Sigue su rumbo, de humildad nimbada y al pasar ella su alabanza crece. Desde los cielos descender parece en virtud de un milagro presentada. Tan amable resulta a quien la mira, que por los ojos da un dulzor al seno que no comprenderá quien no lo sienta. Y hasta parece que su boca alienta un hálito agradable, de amor lleno, que va diciendo al corazón: ‘¡Suspira!’»

Hubo un silencio en extremo inquietante. Mi padre estaba atónito y la furia de mi hermano desatada, fue él quien decidió darle fin a la velada por considerarlo una insolencia hacia la familia y especialmente hacia mí. Hablarme de ese amor vehemente frente a todos, referirse a mí como una dama de su propiedad frente a mi madre y las demás niñas... Sin duda carecía de toda cortesía.

Igualmente mi padre decidió bajar la guardia aquella vez y resolvió disculpar a Alessandro, considerándolo un atolondramiento por la inexperiencia, además de reflexionar que esta podría ser la última oportunidad de casarme, pues la edad ideal para concebir hijos se me estaba

yendo demasiado rápido y nadie iba a querer a una mujer con el vientre marchito para desposarse. Por esa razón decidió convidarlo a nuestra casa en otras circunstancias, con mayor serenidad, y una vez pasado el bochorno de su torpe arremetida.

Por mi parte, aproveché el *impasse* para pedir el permiso de mi padre y así retirarme a descansar. Volví a mi habitación complacida por haberme transformado en el centro de atención y lo más importante de la noche para Alessandro. Una envidia para las demás muchachas, sin duda.

Impaciente, encendí el candil y me dispuse a tomar el libro, escondido bajo la cobertura floreada de mi cama. Luego, me recosté a leer.

Repetí muchas veces el poema aquel. Quise pensar vanamente en los ojos del doctor Biava, pero no me complacía recordarlo, tal vez sería mejor si intentaba no pensar, poner mi mente en cero. Fue inútil, era el rostro de Lorenzo el que venía a mi recuerdo una y mil veces. Cerré mis ojos y me abandoné a la esperanza de tenerlo conmigo. Aluciné despierta al repasar su rostro anguloso, sus labios. Difícilmente podía dormir. Sabía que no era lo correcto, por lo que puse el libro sobre la mesa y decidí quedarme a oscuras y en silencio. Me cubrí hasta los ojos intentando concentrarme. Mientras, afuera, muy entrada la noche, mi hermano parecía un animal encerrado. Oía sus pasos firmes colmando el vacío del segundo piso. Al parecer no podía conciliar el sueño, hasta que al fin golpeó mi puerta sin esperar respuesta para entrar.

Permaneció a mi lado silencioso y revivió la luz del candil. Aquellas recién estrenadas lámparas de gas evidenciaron su sonrisa como si de un sol de mediodía se tratase. El libro estaba abierto justo en las páginas que deseaba que yo leyera—. Dime, ¿a qué vienes? —dije, brusca y avergonzada; sentía que mi rostro era lo más incandescente dentro de la habitación.

Lorenzo no pudo resistir su fastidiosa risa de burla.

—No lo sé. Vine a conversar, a preguntar si sigues molesta. Quiero saber si te gusta ese Alessandro Biava.

—Lorenzo, nunca he tenido una conversación con Alessandro. Solo lo he visto unas cuantas veces en la iglesia. Por primera vez he oído su voz más que de costumbre y no... ya no estoy molesta.

—«Alessandro». —Hizo ademán de burla y arrugó su nariz con rabia—. Hablas de él como si ya fuese tu esposo. Seguro lo verás más seguido. Ahora que te conoce parece bastante interesado.

—Necesito dormir —dije indiferente.

Lanzó una reprimida e irónica risa mientras se acercaba a mí. Tomó mis manos para levantarme y me abrazó con fuerza.

—Solo quiero protegerte, si estuviese en mis manos, no permitiría que ningún hombre te tocara.

Su corazón estallaba y se agudizó aún más mi miedo. Temía de lo que yo misma pensaba, de lo que quería decir y hacer. Intentaba mantener mi respiración a ritmo normal, pero se me hacía muy difícil.

Fue entonces cuando Giulianna irrumpió en mi habitación sin previo aviso. Lorenzo suspiró molesto y se levantó de mi cama sin dirigirle la mirada. Me besó en la frente con cariño y ambas lo observamos alejarse hasta cerrar la puerta. Luego oí sus pasos hacia su habitación.

Me quedé mirando el horizonte sin palabras.

—Hija, esto no está bien —Giulianna habló con dulzura.

No pude hablar. Algo en mí de verdad no andaba bien. Tomé su mano con fuerza y le pedí que no me dejara sola esa noche.

Tenía miedo de mis propios pensamientos.

Cina

[Disperato]

*«Muchas veces revélase a mi mente
el estado a que Amor me ha sometido,
y en fuerza de emoción pienso y me pido:
«¿Sufrirá más dolor algún viviente?»
Pues me acomete amor tan diestramente
que casi me derriba sin sentido,
no dejándome más que un desmedido
aliento que por vos razona y siente.
Buscando salvación, lucho a porfía,
hasta que en postración sin valentía,
busco en vos el remedio que apetezco.
Y cuando al contemplar alzo los ojos,
me ganan los temblores y sonrojos
mientras, yéndose el alma, desfallezco»*

«La Vida Nueva», Dante Alighieri

Caminar por el monte me serena.

A menudo Lorenzo me lleva a Manfredonia, un pueblo cercano a la costa. Junto a él recorro abstraída el puerto, su alba y nacarada orilla, disfruto del sonido de las olas, las aves rondando libres, emitiendo su canto alrededor me hacen sentir en otro mundo, imaginando miles de situaciones censurables. Él mismo a mi lado no dimensionaba el laberinto de mi mente llevándolo por lugares inesperados.

Cuando el tiempo apremiaba, acostumbrábamos a compartir largas caminatas por el bosque de «nuestro monte», allí las conversaciones eran la magia que borraban de la memoria la habitual carga de responsabilidad sobre sus hombros, la cotidianidad de su vida se había transformado de un momento a otro en un lastre y yo era la única persona que podía desviar su atención para alivianarlo.

Luego del desastroso episodio de Novara, y la abdicación posterior del rey Carlo Alberto en favor de su hijo Victor Manuel II, Lorenzo se encontraba oprimido, aunque no totalmente doblegado. La desazón colmaba el ambiente del hogar, por lo que decidí pedirle un día para que ambos pudiésemos evadir

tanto desastre.

Su brazo firme me sostenía en la arena blanda del puerto. El frío era petrificante, pero a su lado parecía más tolerable. Llevábamos varios minutos caminando en absoluto silencio, cuando su voz rompió la quietud de nuestro andar.

—No he oído tu comentario acerca del libro que te regalé, te pregunté antes y nunca contestaste, pensé que ibas a manifestar tu interés o tu desagrado sin tener yo la necesidad de indagar.

Sonreí, sonrojándome al instante. Suspiré nerviosa y miré hacia el mar sin decir nada.

—¿No te gustó? —preguntó con voz decepcionada.

—¡No!, es decir, sí, me gustó. Mucho. Has estado tantos días con tanto que hacer, no habíamos tenido oportunidad de hablar... —Iba a preguntar la razón que tuvo para regalarme esas palabras tan intensas, pero en el horizonte vislumbramos una figura masculina acercándose a nosotros con elegancia. De su brazo también venía otra persona.

Se trataba del doctor Biava, acompañado de una mujer madura. No lo había reconocido, ya que llevaba el cabello recogido. Parecía mucho más atractivo que otros días. Podía notar el trazo perfecto de su nariz como si estuviese dibujada a pulso en su rostro.

Casi un mes había transcurrido desde el bochorno de mi cumpleaños. No lo había visto en la misa dominical, ni había tenido noticias de él, por lo que me causó una grata sorpresa encontrarlo en mi paseo de rutina.

Antes de que él pudiera oír lo que decíamos, Lorenzo me miró molesto, pero aun así esbozó una sonrisa irónica.

—Hermana, creo que al doctor Biava le gustan las mujeres mayores —susurró en mi oído.

Apenas alcancé mirarlo, irritada.

—¡Buenos días, señorita Antonia! —me saludó Alessandro con una enorme sonrisa. Sus ojos turquesa parecían pálidos a la luz del día.

—Buenos días —asentí un poco avergonzada.

—Disculpe mi osadía, no es mi intención importunarla. Su dama de compañía me comentó que hoy vendría a caminar más cerca del mar y pensé que era la única posibilidad de volver a verla y disculparme por mi imprudencia en el día de su cumpleaños.

Mientras decía esto, se acercó para saludar a Lorenzo, quien con ojos

encolerizados amenazaba sin palabras la imprudencia de Giulianna, luego devolvió el saludo a Alessandro en hosco ademán.

—Un atrevimiento en verdad —dijo mi hermano sin quitarle los ojos de encima.

—Disculpe, Lorenzo, señorita Antonia, si los he ofendido —dijo de inmediato Alessandro—. Quisiera aprovechar la oportunidad de presentarles a mi madre, Clarissa Biava.

—Buen día —saludamos ambos casi al tiempo.

La mujer de aspecto encantador y distinguido, no mayor de cuarenta y cinco años, cabello marrón y ensortijado, bien mantenida y de ojos tan hermosos como los de su hijo, me saludó sonriendo, para luego voltear su mirada audaz a Lorenzo, lo que me dejó perpleja.

Ella era una mujer mayor y poseía una doble moral tan evidente además, que me sonrojé de solo imaginar lo que deseó al mirar de esa forma a mi hermano.

Conocíamos poco de su historia. Sabíamos que era viuda desde hacía un año, pues su marido ya era un anciano cuando la desposó. Alessandro era su único hijo y al parecer, aunque no pertenecían a la burguesía, a ella le encantaba vivir de las apariencias, por lo que unirlo a mí en matrimonio parecía lo más conveniente, de esa manera podría acercarse a la riqueza con la que soñaba.

Alessandro rogó a Lorenzo que le permitiera caminar de mi brazo de regreso a casa, situación a la que mi hermano accedió con falsa complacencia, solicitando a su vez el brazo de su madre. Irritada, dejé escapar un hosco suspiro.

Antes de ver acrecentados mis celos, la voz de mi acompañante detuvo mi molestia.

—¿Tuvo la oportunidad de oír «Il Corsaro»?

—Oh, el maestro Verdi... Lorenzo y yo sentimos una profunda admiración por él. Extraño fue que pudiese estrenar «Il Corsaro» en Trieste sin que los censores lo evitaran.

—Sí, en efecto, aunque según lo que dicen la obra no fue tan exitosa. Como la hace poco estrenada «La battaglia di Legnano», una obra de alto contenido político que merece ser apreciada.

—La obra de Verdi corresponde a un deseo patriota, republicano y revolucionario —interrumpió Lorenzo—. Piave es un poeta, hizo un buen

trabajo fundamentando su libreto en la obra de Byron. «Il Corsaro» es un poema magistral y a pesar de ser Verdi un gran y virtuoso maestro, me queda la sensación de que no logró concluirlo exactamente como hubiese deseado. De todas formas es un deleite para quienes lo admiramos. Creo firmemente que «La battaglia di Legnano» fue mucho más lejos de lo que pudiésemos haber siquiera soñado teniendo a los censores austriacos sobre ella todo el tiempo, es muchísimo más patriota en sus líneas. Cammarano hizo una gran diferencia con aquel texto.

—Sin embargo, me parece que ustedes están perdiendo el sentido del arte que representa esta obra, apreciar la música es el sentimiento que debe primar, sin dejar de lado la política deberían darle cabida también a la maestría de Verdi como músico —dije mirando directo a mi hermano.

—No lo creo, Antonia, nada le inspira mayor nobleza a Verdi que el honor a nuestra patria, la unificación es su ideal, él es un republicano, un apasionado republicano —corrigió.

—Sabe bien que no siempre fue así —replicó Alessandro—. De hecho, «Nabucco» fue dedicada a su alteza María Adelaida de Habsburgo, ¿no?, es decir, también yo siento admiración por él, no quiero decir que no sea un patriota...

—Eso fue ya hace algunos años, suficientes —interrumpió mi hermano—. Verdi aún no tenía conciencia de la importancia de esta lucha, fue el mismo pueblo y nosotros, los patriotas, quienes a raíz del éxito de «Nabucco» le hicimos ver que su obra fue una visión de patria, unidad y libertad. Solera y él probablemente no sopesaron lo que estaban creando, pero lo que viene después de aquello es el despertar de su pasión por Italia.

Alessandro miró a Lorenzo con hastío y volvió la mirada hacia mí.

—Admiro en usted su capacidad de equiparar temas tan políticos como artísticos.

Lorenzo se mantuvo con una sonrisa fingida en los labios, mientras la madre de Alessandro me miraba a ratos con absoluto desdén.

El secretismo entre ellos se incrementó a medida que tomaban distancia de nosotros. Eso me mantuvo irritada y algo distraída de la conversación con el doctor Biava durante el resto del camino. Fue mucho más desagradable aún cuando noté que su mano rozaba suavemente la de Lorenzo, provocando sonrisas demasiado cercanas para mi gusto.

—Quisiera poder convidarla a presenciar alguna de las obras de Verdi —

me insinuó temeroso Alessandro.

—Quisiera poder acompañarlo —le sonreí con natural coqueteo.

—Podemos acompañarlos también —insinuó la mujer, mirando de reojo a mi hermano—. Desde que quedé viuda, no he tenido ocasión de oír una linda obra musical.

«Desde que quedó viuda solo necesita un hombre que la satisfaga», pensé en silencio. «Desvergonzada», me repetía incansable hasta que llegamos al coche.

Hacia el fin del camino, Lorenzo cambió de parecer y los convidó a pasar por nuestra casa, pero Alessandro se excusó, comentándonos sobre una grave enfermedad que se había propagado rápidamente por España y ya estaba cobrando sus primeras víctimas a lo largo de nuestro territorio. Se trataba del *cholera morbus*, por lo que debía dirigirse a Sant' Giovanni Rotondo, un pueblo cercano al nuestro, a realizar una visita y verificar si algunos enfermos que presentaban los síntomas, lo estaban realmente, por lo que debía permanecer allí al menos lo que quedaba del día y la noche entera.

—Siendo así como usted nos relata, espero no intente regresar durante algunos días, pues solo logrará contagiar a mi hermana —le indicó Lorenzo con sonrisa burlona.

—No se preocupe, Lorenzo —dijo Alessandro sonriendo—, sé manejar estas situaciones. Como médico debo tratar pacientes con terribles enfermedades a diario.

Lorenzo se despidió de él y en seguida besó la mano de la señora Biava, sin dejar de sonreír. Alessandro hizo lo propio conmigo y se alejaron pausadamente por el sendero aledaño.

No nos hablamos durante el camino en el coche. Al llegar, para subir las empinadas aunque cortas escaleras que nos llevarían a la puerta de nuestra casa, debía necesariamente recibir ayuda.

Los altos botines que usaba no me permitían el paso firme para continuar sola. Lorenzo se dispuso a tomar mi mano para ayudarme a subir, pero me negué indiferente, y decidí apoyarme en los brazos torpes de Giulianna.

Luego del corto pero trabajoso trecho hacia el mirador frente al portal, Lorenzo le ordenó dejarnos a solas.

—¡No quiero hablar contigo, Lorenzo! ¡Esa mujer es una desvergonzada! ¡Repugnante! —Las palabras salían de mi boca como un volcán en erupción. Mi odio era incontrolable. No fui capaz de dominarme.

—¿Qué estás diciendo? ¡Cálmate, Antonia! —me ordenó con un grito—. Vete a tu habitación y cuando estés más calmada, conversaremos.

—¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero que me sigas, ni quiero que me expliques nada!

Tomé mi vestido y corrí con lágrimas de ira en los ojos. Giulianna me siguió los pasos, como siempre. Permanecí en mi habitación toda la tarde, no quise aparecer frente a Lorenzo durante la comida, por lo que fingí sentirme indispuesta. Luego de aplacar un poco mi rabia, me senté frente al espejo del tocador e intenté trenzar de otra forma mi cabello y maquillar un poco mi rostro. Era la primera vez que lo intentaba y no sabía por qué lo hacía. Una parte de mí, de un momento a otro, quería parecer mayor o más atrevida.

Bajé a la cena un poco retrasada. Me acomodé en silencio mirando al suelo. Me sentía algo avergonzada por mi nueva apariencia, por lo que no quise reparar en el rostro de Lorenzo, quien se sentaba casi de frente a mí, al lado derecho de mi padre. El *antipasto* estaba servido, por lo que mis padres se encontraban ya un poco irritados por mi tardanza.

Lorenzo rompió el silencio con una risa contenida, casi burlona.

—Mi hermana se puso muy bonita para venir a cenar hoy, ¿no crees, padre? Hueles a flores, o tal vez a algo mezclado con tu aroma a canela de niña pequeña.

Lo miré fijamente, indignada.

—Ya no soy una niña, soy una mujer, ¿que no puedes verlo acaso?

—No seas grosera, Antonia, no tienes permitido una discusión sobre «ser mujer» en mi mesa, discúlpate ahora mismo con tu hermano —dijo mi padre, severo.

—Discúlpeme, padre. Mis disculpas, hermano. —Dirigí mi vista enfurecida y silenciosa hacia la mesa.

—Entiendo que la madre de Alessandro Biava no sea de tu agrado, es algo común entre una nuera y su suegra —Lorenzo parecía divertirse con la situación—, pero no por ello debes permanecer irritada el día entero, a mí no me gusta ese doctor para ti, pero veo que nuestro padre tiene como meta excepcional ofrecerte a aquel sujeto como lo único bueno que encontró bajo el cielo de Foggia.

—Yo no voy a dar explicaciones sobre lo que resuelvo hacer cumplir. Antonia es mi hija y dispongo de este tipo de decisiones como mejor me parezca —dijo mi padre, algo molesto.

—Si fuese mi hija, preferiría enviarla a un convento antes de verla amarrada a ese pobre infeliz.

—¡Pero no lo es! —se apresuró mi padre encolerizado—. No quiero continuar con este tema, Lorenzo, esto lamentablemente no es de tu incumbencia, ya tendrás tus propios hijos y bastante trabajo del que ocuparte. Busca una mujer, dame nietos, quiero ver propagado mi nombre y aún no haces nada para que ello ocurra.

Lorenzo lo miró serio, pero contuvo su respuesta.

—Vamos a comer ahora.

Luego de algunos instantes en que solo oí platos y respiraciones algo agitadas, mi madre quiso entablar una conversación con Lorenzo, tratando de despejar la incomodidad del momento.

—Me gustaría caminar un día con ustedes por la playa, hijo, hace tiempo que no tengo la dicha de contemplar el mar desde cerca.

—Claro que sí, madre, vamos a planificar una mañana juntos.

—¿Quieres ir al piano más tarde y tocar algo para tu madre?

—Lorenzo y la música —interrumpió mi padre en forma irónica—. Tal vez tu camino en realidad era ser una versión desastrosa de Verdi, haciendo revolución escondido tras un piano, o peor, un bufón cantando óperas.

Mi madre agachó la cabeza

—No podré hoy, madre. —Lorenzo prefirió ignorar a nuestro padre—. La señora Clarissa Biava, a quienes ustedes escogieron como parte de la familia, tiene algunos problemas legales a causa de la herencia de su difunto marido, así es que me ofrecí para ayudarla.

Mi rostro se retorció de ira.

—Esa señora está sola, Lorenzo. No creo que sea prudente visitarla a esta hora —dije desesperada.

—No te preocupes, solo será un momento...

—Otra vez pidiendo explicaciones, hija —dijo mi padre, resignado—. Hoy ha sido extremadamente desagradable estar sentado a la mesa con ustedes, ¿en qué momento decidieron ambos disgustarme a la vez? —Dirigió su mirada a Lorenzo—. Necesito que conversemos a tu regreso.

Lorenzo asintió, ya estaba acostumbrado a las discusiones con nuestro padre e intentaba siempre conciliar la calma en casa, por más ira que le provocaran las notorias discordancias que existían entre ambos.

No me devolvió la mirada, pero sabía que había satisfacción en ella, por el

hecho de dejarme así, con el disgusto a flor de piel.

Pidió permiso para levantarse, pero antes, se dirigió a nuestros padres.

—Quiero saber si estaban al tanto de una epidemia de *cholera morbus* en la región y alrededores. El pretendiente de mi hermana está intentando sanar a algunos contagiados en Sant’Giovanni.

Ambos alzaron las cejas, desconcertados.

—Es mejor que permanezca en cuarentena y no le permitan la entrada por un tiempo. —Me dirigió una sonrisa malévola y un tanto forzada—. Debería pensar en esto, padre.

Después de haberse ido, pedí la aprobación de mi padre para levantarme de la mesa. Me fui a descansar, intranquila. No podía dormir, tampoco oí los pasos de Lorenzo al entrar a su habitación en ningún momento durante la noche.

Al día siguiente, en horario de la merienda, no apareció en casa. Era muy extraño que, encontrándose en sus días de descanso, no quisiera compartir con la familia. Casi al momento de levantarnos de la mesa, se presentó raudo, excusándose por no habernos acompañado.

—No llegaste anoche... —le enrostré irritada y sin pensar.

Quise levantarme y gritarle por su desfachatez, pero logré gobernar mis sentimientos y agaché la mirada. Ni mi madre ni yo teníamos derecho siquiera a preguntar algo referente a su privacidad, y yo ya estaba excedida en disgustos hacia nuestro padre por crearme con autoridad de pedir explicaciones. Los hombres tenían pleno derecho de hacer lo que quisieran en ese ámbito, ya sea con una viuda en su casa o en un burdel. Lo sabíamos ambas. Las cosas de hombres no se discuten.

Mi rabia mitigó con la inesperada visita de Alessandro durante la tarde. Venía de regreso de Sant’Giovanni Rotondo, trayendo consigo un hermoso dije de piedras de color rosa como obsequio para mí. Pietro, aunque temeroso por el contagio de la enfermedad, recobró esperanzas de verme casada en un tiempo breve y le permitió a Alessandro visitarme, y por ese día, recorrer el monte, siempre con la cautelosa presencia de Giulianna.

De camino nos encontramos con una peregrinación hacia la gruta de San Michele Arcangelo. Las casas adosadas en fila a lo largo de las estrechas vías se encontraban adornadas con claveles y margaritas ancladas al tapiz de hiedra en sus paredes. Durante ese día en particular se concentró una cantidad importante de fieles, por lo que el escenario nos llevó a disfrutar la tarde

sentados bajo el «Atrio de la columna». El *campanile* se observaba radiante y a nuestros pies, adoquines embellecidos con abundancia de aromáticos pétalos blancos, transformaban el ambiente sereno del Monte Sant'Angelo en uno de grata festividad. Una vez que la procesión entró en la iglesia, Alessandro decidió hacer a un lado su timidez y hablar con sinceridad.

—Necesitaba este momento a solas con usted. —Miró hacia el cielo mostrándome en todo su esplendor sus fulgurantes ojos color turquesa—. Creo que estoy enamorado de su persona.

—¿Lo cree? —dije sonriendo.

—Estoy seguro —dijo sonrojado, bajando el tono de su voz.

—Usted siempre logra hacerme sentir tan bien —dije avergonzada.

Hubo un agradable silencio antes de que Alessandro sacara un pequeño y delgado libro de su bolsillo. Esta vez tuvo la gentileza de leer para mí algunas poesías románticas y halagarme con sus preciosas palabras como nunca nadie lo había hecho. Fue una tarde colmada de cortesías y elogios. Él tenía el poder de hacerme sentir distinta y sin duda lo necesitaba. Precisaba despejar con rapidez todo lo ocurrido con Lorenzo, olvidarme de él, o más bien, recordar que se trataba de mi propio hermano y que el doctor Biava sí podía darme la felicidad que yo ansiaba.

La tarde se hizo breve y ya el viento se tornaba muy frío, por lo que Alessandro me cobijó bajo su gran abrigo, para luego caminar de regreso a casa.

Al llegar, me di cuenta de que algo no estaba bien, pues fue nuestra propia madre quien nos recibió visiblemente intranquila. No tuvo siquiera la delicadeza de convidar a Alessandro a pasar a la sala. Gracias al cielo a él no pareció incomodarle realmente, muy por el contrario, solo estaba preocupado de agradecer en forma sincera la oportunidad que le diera mi padre de acercarse a mí de nuevo, y se alejó prometiendo regresar a diario a compartir conmigo tardes de lectura y música, lo que también agradecí.

Cuando entré en la sala, encontré a Lorenzo sosteniendo una copa en sus manos. Se detuvo fijamente en mi cuello con el regalo de Alessandro pendiendo de él. Tomó el último sorbo del brebaje y devolvió la copa al piano con brusquedad. En seguida limpió sus labios, descompuesto, y se alejó hacia su habitación sin pronunciar palabra.

Pregunté a mi madre qué ocurría.

—Ha bebido bastante mientras estuviste fuera de casa. Hasta increpó a tu

padre por permitirte salir de aquí con el doctor Biava. Creo que ya no lo podrás repetir. Desde ahora tendrán que verse aquí, en casa, con nosotros cerca.

—¡Pero, madre! Solo recorrimos una pequeña parte del monte con Giulianna a nuestro lado. ¡Ella no se separó de nosotros!

—Lo sé, hija, y tu padre también lo sabe, pero tu hermano es muy aprensivo contigo, lo sabes. Eres como una hija para él.

«Está celoso», pensé, y aunque siempre intentaba silenciar esas ideas, realmente era lo que quería. Me embargaba un extraño sentimiento de satisfacción. Un gusto del que disfrutaba y temía al mismo tiempo mientras subía las escaleras junto a mi dama de compañía.

Llegué al final de la escalera y miré hacia su habitación. En solo un instante se apresuró a abrir su puerta sosteniéndose en ella. Estaba esperando a que yo subiera. Nunca vi a Lorenzo en ese estado y temía lo que pudiera decir o hacer así, tan falto de control.

Me paralicé mirándolo sin decir nada.

—Ese hombre te besó, ¿verdad?

—Déjame, Lorenzo. Tú no tienes derecho a tratarme así.

—¡Dime si lo besaste! —gritó acercándose a mí con furia.

Aunque estaba indignado, tomó de mi mentón con extremo cuidado para no causarme daño. Luego de tan solo un instante mirándome, y raspando con enfado sus dientes, suspiró con pesar y giró su rostro para finalmente soltarme.

Dio a Giulianna una amenazante mirada de odio.

—¡Mírame! Mírame a los ojos y no bajas la mirada, Giulianna.

—Sí, señor —dijo ella intentando mantenerse firme.

—¡Haz bien tu trabajo! ¡No quiero que ese «doctorcito» toque a mi hermana! Eres tú quién debe cuidarla.

Sin decir una sola palabra más, se dio la vuelta para regresar a su habitación. No le volví a dirigir la vista y entré rápidamente en la mía con la cabeza inclinada. Giulianna cerró por dentro, asustada.

El golpe en su puerta me aclaró que no volvería a buscarme. Me quedé más tranquila, pero solo logré conciliar el sueño muy avanzada la noche.

Me desperté en algún momento de la vigilia, un poco asustada por el viento golpeando en mi ventana.

«Será una larga noche», pensé...

Me levanté a mirar a través del ventanal de mi habitación. Al parecer ya amanece, pero aún está muy oscuro. No dejaba de pensar en Lorenzo y su arrebato de esa tarde. Me arrojé con ánimo de ir a su habitación. La verdad, no tenía muy claro lo que buscaba allí, pero de algo estaba segura: quería estar con él, de cualquier forma.

Caminé descalza por el corredor para llegar a su habitación. Ya inventaría qué decirle a Julianna. No quise golpear a la puerta, simplemente abrí pero debí detenerme bruscamente.

No pude dar un paso más. Me vi obligada a permanecer allí suspendida por el impresionante espectáculo que mi hermano tenía con María, la inmunda criada recién llegada. La maldita era una burda bastarda, fruto del amorío indecente entre algún noble del reino de los Borbones con alguna criada desconocida.

«Piojosa, imbécil».

Los observé por largo rato, tal vez fueron segundos, pero me parecieron eternos.

Ella estaba desnuda por completo, con el cabello libre, esparcido sobre su rostro y parte de su cuerpo, sentada sobre el cuerpo a medio vestir de mi hermano. Sus manos la recorrían como moldeando su carne. Parecía tan complacida, que sus fuertes suspiros pronto se transformaron en quejidos, salvajes y estrepitosos.

No pude más que sentir desprecio, celos y odio por verlos así. No se dieron cuenta de mi presencia y decidí regresar a mi habitación. Al darme la vuelta escuché a Lorenzo decir mi nombre, por lo que me apresuré aún más en volver, cerrando sin querer la puerta de golpe.

Corrí, odiándome por haber decidido ir allá. Al cabo de algunos minutos sentí tocar mi puerta, pero permanecí en silencio.

No volvió a intentarlo. Oí sus pasos de regreso a su habitación. Luego de eso apareció Julianna, alertada por el golpe de la puerta.

—No puedo dormir por el temporal —dijo al percatarse de que me encontraba despierta y sentada sobre la cama cubriéndome el cuerpo con las cobijas.

—Tampoco puedo dormir —le dije—. No sé qué hora es.

—No lo sé, pero creo que la noche ya se acabó, al menos para nosotras —dijo con risa contagiosa—. ¿Salió de aquí, Antonia?

—No, no, sentí un golpe de puerta y me desperté... Solo eso.

La noche de verdad fue larga, angustiada. Por más cansada que estaba no logré conciliar el sueño. Lorenzo no volvió a aparecer frente a mí durante un lapso tan extenso, que dolía. Sus viajes sumados a todo lo ocurrido con nosotros, transformaban el tiempo en agonía. Mientras, sagradamente, día tras día, Alessandro me visitaba con innumerables obsequios y derrochando gentileza.

Me agrada tanto su compañía, pero no logro sentir amor. Mi corazón está colmado, no hay espacio para más. Maldigo cada día por sentirme así, imposibilitada para sentir algo por él, aun siendo hermoso, culto, inteligente, tan lleno de vida.

A veces siento que debo escapar de aquí, tal vez huir al norte, a Venecia, allá tenemos algunos familiares lejanos, pero aquel es territorio austriaco en su totalidad, y mi apellido pesa para mal, tal vez si reniego de él...

La desesperación se torna insoportable a ratos, solo al sopesar cada punto de una eventual huida, retomo la serenidad y la cordura. Salir de aquí es insano, pero no más que enamorarme de Lorenzo, eso sí es una aberración.

Sis

[Andante lento appassionato molto]

*«Bien sabes con qué valiente pasión guerrera
yo me mostraba cuando a las armas nos llamaban los clarines.
Y ahora... Ante ti puedo mostrar el secreto temor que invade
los pliegues más recónditos de mi alma»*

«La battaglia di Legnano», Salvatore Cammarano.

Ainicios de 1848, el papa Pío Nono decidió desmarcarse en forma definitiva del movimiento liberal, haciendo pública su condena a los republicanos por llamar a instaurar una constitución en Roma, situación que, como consecuencia, lo restaría a él y a sus cardenales de toda potestad.

Esta decisión, cuyo propósito fue amenazar los logros obtenidos y así recuperar su poder en los Estados Pontificios, fue comunicada mediante una alocución pública que solo logró confundir y desanimar a nuestros patriotas que libraban la guerra de independencia en el norte. Poco a poco las buenas intenciones del otrora «papa liberal» se fueron desvaneciendo, dando paso a un ambiente caótico.

Luego de que la asamblea constituyente de febrero de 1849 decidiera por fin promulgar una república como nueva forma de gobierno para los Estados Pontificios, el papa sin más, resolvió no solo tomar distancia, sino también traicionar a la causa liberal solicitando a algunas naciones católicas que interviniesen con armas a fin de recuperar su soberanía.

Tales nefastos sucesos se coronaron con la huida de Pío Nono hacia Gaeta, condicionando su regreso a una eventual restauración de su dominio. En julio, Francia respondió a su llamado y ocupó la ciudad. La república romana estaba acabada, por lo que gran parte del ejército de revolucionarios desertó. Tal fracaso se transformó en un duro golpe para los republicanos, quienes en su mayoría debieron huir hacia otros lares.

Mi ansiedad llegaba a su límite, Lorenzo llevaba más de dos meses en Turín, sumido en una serie de asambleas congregadas por los pocos patriotas mazzinianos que pudieron mantenerse activos y ocultos en aquellos lugares en nombre de la Revolución.

Luego de noches sin poder dormir pensando en él, en mi culpa y angustia por no poder controlar mi sentir, decidí volver al piano para intentar calmar

toda aquella inquietud y en cierta forma también mi tristeza. Alessandro no vendría esa tarde a causa de sus labores fuera del Monte, y yo no tenía ganas de salir de casa, aunque el día era perfecto para un paseo por la costa. Di un suspiro y me senté dispuesta a tocar a solas, como lo hacía desde hace días. Apenas comenzaba cuando mi hermano apareció frente a mí, irrumpiendo en la sala en donde me encontraba.

—Disculpa —me habló con dulzura desviando su mirada hacia el suelo. Retrocedió algunos pasos para dejarme, pero algo lo detuvo allí.

Mi corazón convulsionaba sin control. Me avergoncé por el desconcierto que me provocó encontrarnos de súbito y miré a la ventana para no mostrarle mi rostro encendido. Cerró suavemente la puerta tras él y se me acercó en silencio.

—Te extrañé —murmuró al alcanzar mis manos.

—Y yo a ti.

Intenté ocultar sin éxito el rubor de mi rostro.

—Nunca habíamos permanecido tanto tiempo lejos... no ha sido agradable la sensación, ¿sabes? Prometí que iba a protegerte siempre y finalmente debí dejarte sola. —Reprimió sus palabras con un gesto de marcada molestia en los labios.

En su mirada se reflejaba el sentimiento de culpa.

Y aunque ignoraba si esa culpa era por la misma causa que yo también la sentía, o si era por el antiguo episodio con su amigo en mi habitación, me aventuré a insinuarle solo esto último, para dejarlo en libertad al fin, o tal vez un poco más tranquilo en relación a mi inminente compromiso con Alessandro.

—Escucha, desde que Doménico, tú sabes, intentó sobrepasarse conmigo... Me has cuidado como a una hija. No quiero que sigas culpándote por ello, no quiero que continúes haciéndote cargo de mí, no de esta forma, no quiero ser un peso para ti, ha pasado mucho tiempo ya de aquello.

Su mirada se tornó dolorosa y negó con la cabeza. Inhaló suficiente aire para decir algo, pero se detuvo antes de poder hablar. Permanecí en silencio esta vez mirando las teclas de mi piano, luego lo miré a los ojos, sus hermosos ojos de color canela, profundos y brillantes. La oscuridad que los rodeaba estaba más marcada que de costumbre. Esto me conmovió y los acaricié con ternura para luego trazar la línea de su rostro anguloso, y terminar el recorrido en su perfecto y pronunciado mentón.

Se levantó para hacerse un espacio a mi lado en la banqueta y ubicó sus manos sobre las teclas. La música se fundió mágicamente con su voz. Aquella voz a ratos oscura y tan conmovedora emergió desde el fondo de su garganta como un huracán embotellado rogando por liberarse.

—*Va, pensiero, sull'ali dorate; va, ti posa sui clivi, sui colli, ove olezzano tepide e molli l'aure dolci del suolo natal...*

Volvió la vista a mis ojos y sonrió, mordiendo sus labios con firmeza. Yo, sin pensar, repetí en forma instintiva la acción.

Intenté contener mi inquietud.

—¿«Nabucco» es una obra perfecta, no? Solo un genio podía componer tal melodía para aquel himno de libertad. —Me observó encantador.

—Deberías ser un cantante —insinué avergonzada por la mínima distancia que me separaba de su rostro.

—No hay tiempo para eso —me sonrió negando con la cabeza y su lengua rodeando sus labios—. En un país despojado de independencia no puede existir mayor preocupación que la lucha por conquistar nuestra soberanía y créeme que cantar no se vería nada serio.

—Eres un privilegiado, tu voz es sorprendente, eres mucho mejor que Ronconi. *Va pensiero* tiene el mejor barítono en nuestra casa.

Lorenzo mordió sus labios encorvados en una sutil sonrisa.

—El canto no es lo mío, voy tras otras ambiciones.

—Verdi es un genio, lo acabas de ratificar, defiende nuestra causa, él es tan patriota y respetable como tú.

—El canto y el *pianoforte* no son más que un gusto, un capricho tal vez.

—Esas palabras son de nuestro padre, Lorenzo, estás hablando como él, con su pensamiento arcaico, insinuando que quién es capaz de apreciar la música no merece ser tratado con seriedad.

Dio un suspiro y sonrió de medio lado, marcándose en su mejilla una *fossetta* de luna.

—Estoy componiendo un *nocturno* para ti. Quisiera terminarlo cuanto antes... —Despejó mi frente de un bucle de mi cabello y lo sostuvo durante un momento.

Le sonreí complacida, él siempre amó la música y por el mismo motivo, en forma constante creaba breves, pero hermosas composiciones, muchos inicios sin final a causa de su poco tiempo y del énfasis que le daba a su pasión por la política y la revolución.

Me conmovió enormemente que pensara siquiera en componer algo pensando mí...

—Un nocturno... para mí. —Lo miré emocionada.

—Para ti, pienso siempre mucho en ti, especialmente ahora... —Su mirada se tornó preocupada.

—¿Pasa algo?

—Escucha, te diré algo que no va a agradarte. Nuestro padre vendrá a contártelo, pero quiero que lo oigas de mi boca primero. Debemos dejar El Monte, él y yo, pero esta vez, no iremos ni a Milán, ni a Turín. Esta vez debemos dejar la península por un período prolongado. Ya sabrás que el papa apeló al catolicismo de algunas naciones para recuperar su poder.

Asentí sin mirarlo.

—Pues bien —suspiró con resignación—, demoraron, pero Francia decidió intervenir por él, y sus ejércitos actuaron ya contra Roma, no hay nada más que hacer por ahora, si nos quedamos, hasta podríamos ser ejecutados sin oír razones. —Tomó mi mano con gesto triste—. Nuestro padre se hastió de la violencia revolucionaria de la que yo continúo formando parte, pero esta vez no hay opción, si él no se va conmigo, corremos el riesgo de exponerlas a ustedes también.

—Después de aquel desastre en Custoza, e incluso luego de la reciente derrota en Novara, pudieron quedarse, no hubo mayores consecuencias, nadie los buscó, solo bastó con retirarse, actuar con cautela, ¿por qué razón ahora es necesario un destierro? —pregunté desesperada.

—Llevo a Italia en la sangre, estando aquí puede que encuentre la muerte, con honor, pero ello no será un aporte ahora. Debo continuar, y tal como Mazzini ha debido salir en diferentes ocasiones y en otras ha logrado permanecer, pues hoy he sido yo el afectado, y en este momento la única forma de resguardar mi vida es el exilio...

De alguna forma lo intuía, me di cuenta de la gravedad de la situación y que nada se podía hacer frente a este revés. Lo sentí como mi derrota personal, siempre seguí de cerca la causa liberal, siempre amé la ideología que mi hermano me inspiró, siempre sentí como mías las victorias y las derrotas, pero hoy, ya no deseaba nada de eso en mi vida, por primera vez maldije muy dentro de mí, toda esta existencia llena de obstáculos, de no poder siquiera llamarme a mi misma una italiana y por cierto, de encontrarnos siempre en peligro. Lorenzo, aunque abatido, denotaba gran

impaciencia porque llegara pronto el momento de partir.

—¿Qué vas a hacer allá?

—Nuestro padre tiene amistades influyentes en Grecia, en el inicio seguro me encargaré de algunas funciones judiciales como la mayoría de los abogados que vamos a Santorini y por cierto continuaré en el apoyo a la redacción de la propuesta de Estado que Mazzini tiene como proyecto, ahora tendré mucho más tiempo para ello. Por otra parte, desde allá tendré que administrar nuestras tierras... es en esta tarde en la que voy a necesitar tu ayuda para ello, mi pequeña.

—Claro, hermano, haré lo que me digas.

Sonrió levemente mientras acariciaba mi mejilla.

—Me duele dejarte. —Volvió la mirada al suelo como si allí fuese a encontrar las respuestas que necesitaba.

«Me duele que te vayas», pensé sin poder decirlo. Algo en mí temía siquiera pronunciar alguna palabra que estuviera fuera de las reglas o más allá de su propia comprensión.

Sus manos acariciaron las mías con dulzura, luego las acercó a sus labios para besarlas.

—Debemos pasar más tiempo juntos antes de que esto suceda. No quiero seguir alejado de ti.

—Te vi con María —dije solo para desahogarme del recuerdo.

Sonrió moviendo su cabeza, luego su gesto desapareció para abrir paso a una hosca mirada. Sus enormes y brillantes ojos castaños se mantuvieron suspendidos un instante en mi rostro. Me observó con detención, desde mis manos hasta mi cabello, mis labios y mis ojos. Su respiración se hizo más intensa y corta.

Quise abrazarme de su cuello y besarlo en los labios, y solo en ese instante me di cuenta de que él también lo deseaba; su mirada me quemaba el rostro.

Lentamente y con algo de indecisión, comenzó a acercarse mirándome a los ojos. Sus labios se preparaban para iniciar nuestro camino a la perdición, pues ninguno de los dos temía ya las consecuencias que podría traer un beso. Algo en él lo deseaba realmente. Su valor fortalecía mi propio deseo y aquella verdad, nuestra condenable verdad, afloraba sin prudencia.

Las puertas de la sala se abrieron bruscamente para dar paso a la imponente figura de nuestro padre, quien como sombra llevaba a mi madre detrás, llorando en silencio. Para nuestro alivio parecieron no darse cuenta de

la situación.

—Antonia —dijo con desesperación mi madre—, tu padre y tu hermano nos van a dejar solas.

Aun cuando ya sabía de qué me hablaba, y a pesar de sus permanentes desapariciones de nuestra casa, las palabras de mi madre vislumbraban esta vez la realidad.

Él era lo único que yo tenía, mi único amigo, la única persona en quien confiaba, quien me había enseñado todo. Mi vida se quebraría sin él, de eso estaba segura.

Nuestro padre hizo aún más desafortunado el momento.

—Gracias a Dios, tu hermano no ha querido seguir a Garibaldi levantando barricadas y manchando sus manos con la inmunda sangre del tirano.

Lorenzo miró hacia el suelo con la mandíbula extremadamente tensa.

—Mi aporte es intelectual, económico, utilizo mi propio dinero para enaltecer la causa.

—¿Y con parte del dinero de nuestras tierras, no, Lorenzo?

—Padre, fue usted quién me cedió el mandato de las tierras, ellas también son mías, además debo ocuparme de una parte importante de la administración jurídica de toda la bendita provincia, yo ya no soy un niño a su merced. Además, fue usted quién me inculcó cada idea. Nuestra familia por tradición ha sido patriota, usted siempre ha estado a favor de una revolución, no olvide nunca que usted fue tan o más revolucionario que yo, que no le pese en demasía salir de Foggia, porque no soy yo quién lo obliga, es nuestro nombre el que le trae tantas desgracias. —Su voz sarcástica marcó cada palabra con alevosía—. Esto es solo para proteger a mi madre y a Antonia, recuérdelo siempre, y si lo olvida estaré yo a su lado para recordárselo hasta el último momento, pues al parecer usted ya no se encuentra en sus cabales.

—Lorenzo, por favor, ¡respeta a tu padre! —Era la primera vez que oía a mi madre alzar la voz contra mi hermano.

—Está bien, mujer. —Nuestro padre le ofreció una mirada de calma y en seguida se dirigió a Lorenzo—. Solo te he pedido un voto de confianza para Cavour, algo tan simple como un maldito voto de confianza, no tendríamos que huir de aquí como maleantes, podríamos estar atentos, trabajando para la unificación de otro modo.

Lorenzo sabe valerse en forma inteligente de su poder e influencias al

servicio de la creación de nuestra nación y ciertamente su lucha no responde a una presencia directa en las trincheras como lo hace Garibaldi, un militar y patriota revolucionario seguidor de Mazzini quien además de formar parte activa en nuestra lucha, ha participado en combates de liberación en América del Sur. Por este motivo, estaba segura de que al menos su inteligencia habría de llevarlo por un buen y mejor camino. Y por cierto, me da la tranquilidad de no saberlo expuesto a la muerte como si fuese un combatiente siempre frente al cañón enemigo.

Luego de un pavoroso silencio entre ambos, el semblante de tortura de mi hermano desató mi angustia y el llanto brotó desde mis ojos. No me gusta llorar con personas cerca de mí, además, sopesando el momento previo, no encontré una mejor opción que salir corriendo de la sala sin mirar atrás. Llegué a mi habitación y cerré la puerta de un golpe.

Me arrojé a llorar sobre la cama sin detenerme, pasó mucho tiempo sin que quisiera levantarme de allí, tal vez horas, hasta que al fin lo oí venir. Cerró la puerta de la habitación asegurándola por dentro y caminó lentamente hacia mi cama. Se mantuvo inmóvil y silencioso algunos instantes hasta que decidió acomodarse a mi lado. Reposó su mano en mi espalda para deslizarla suavemente hasta llegar a mi cuello.

Me di la vuelta, y él estaba ahí, afligido como yo. De su boca no se oyeron palabras. Tomó con impresionante dulzura mi cabello y lentamente, con tan solo una caricia, deshizo mi peinado, ya revuelto por el arrebató de mi llanto. Este cayó libremente sobre mis hombros. Me avergoncé en seguida, pues ninguna mujer honesta y recatada o que presumiera de serlo, permitía dejarse ver con el cabello completamente suelto frente a un hombre. Recordé de inmediato a María aquella noche tempestuosa en la que deseé con tanto fervor estar en su lugar. Por ello no opuse resistencia a lo que me imploraba su mirada.

Puso sus labios en mi cuello y aspiró mi perfume. Finalmente se acercó a mi boca, poco a poco, como intentando jugar con mis fuerzas.

Sus manos comenzaron a bajar desde mi cuello hacia mi pecho pretendiendo ponerlas dentro de mi vestido. En forma instintiva lo interrumpí, tomándolas con fuerza para que no continuara, pero su mirada fue tajante. Hizo ademán de negación en forma punzante y hasta un poco graciosa, y yo solo conseguí cerrar mis ojos para controlar el pudor que esto me provocaba. Una vez logrado su cometido, recorrió mi cuello con su

lengua hasta llegar a mis labios, su beso intenso y febril me hizo gemir suavemente.

Separó impaciente mis piernas con sus caderas, y recogió en forma abrupta mi vestido hasta la altura de mi cintura. Pude sentir el roce de un puñal intentando salir de su ropa y traspasar mi cuerpo. No sabía qué hacer, ni siquiera sabía cómo besarlo. No sabía mover mis labios. Ignoraba por completo qué inventar con mi lengua. Mis manos permanecieron petrificadas a cada lado de la cama. Estaba asustada, pero su actuar solo logró avivar mi sentir y mi necesidad urgente de ser suya.

De pronto, unos delicados golpes en la puerta nos separaron de improviso.

—¿Antonia?

Giulianna, seguramente enviada por mi madre o tal vez por iniciativa propia, venía a consolarme.

Lorenzo intentó reponerse sentándose a los pies de mi cama y peinándose con los dedos. Yo abotoné rápidamente mi vestido y acomodé mi cabello sujetándolo con mis manos. El rubor en mis mejillas y mi falta de aliento me delatarían, pero el llanto previo todavía podría hacerme disimular la agitación.

Me incorporé de la cama y abrí la puerta. Presumí que ella sabía lo que había sucedido, pues no intentó de ninguna manera entrar sin mi permiso, como casi siempre hacía en especial cuando sabía que Lorenzo estaba conmigo. Esta vez solo me indicó con voz suficientemente alta para que se escuchara desde adentro, que mi padre buscaba con urgencia a mi hermano. Una vez que logró cerciorarse de que todo estaba bien, entró impaciente y mirando con algo de temor a Lorenzo, mientras él salía de mi habitación, raudo, sin mirar atrás, escondiendo el deseo, y arreglando su cabello como de costumbre.

Quería correr tras de él, pero era imposible. Esto era una pesadilla. Él debía dejarnos y no había más que hacer. Lloré desconsoladamente abrazada a Giulianna. El dolor no cesaba. Yo no estaba en mis cabales y nadie podía ayudarme.

El amanecer se tardó en llegar. Deseaba con ansias encontrarme con mi hermano en algún momento del día, y salir a caminar quizás. Pero él no dio señales de estar cerca. Comprendí que tal vez podía estar arrepentido o al menos confundido con todo lo que había pasado.

Lorenzo y mi padre debían salir de Foggia en poco tiempo, nuestra madre

preparaba con esmero una modesta reunión en casa para despedir de cierta forma a su hijo preferido. No estábamos en la mejor disposición para ofrecer algún tipo de recepción, pero ella insistió, pues podía perfectamente ser la última vez que estuviésemos juntos como familia. Y un ambiente que nos alejara de tanta tragedia sería un buen escenario.

No obstante, sabía que debía continuar ocultando mis sentimientos. Fingir se me hacía tan difícil, más aun a partir de lo que había surgido entre nosotros. No sabía si podría prolongar la farsa, ni distinguía con certeza si él sentía lo mismo. Yo le amaba con el alma. No existía nada más en la vida que yo deseara más que ser su mujer, y solo pensar en su ausencia me provocaba un dolor tan intenso que rebasaba mi miedo.

Decidí entonces escribir una carta. Era urgente despojarme al fin de todo lo que sentía por él y dejarlo en sus manos.

Lorenzo,

No sé bien cómo hablarte pues no entiendo aún mis sentimientos. No tengo respuestas para esta emoción que se apodera de mis sentidos cuando estoy cerca de ti. Me estremece tu mirada. Eres tú quien domina mi cordura, mi vida entera. Mi corazón solo vive por ti de esta forma tan inhumana que me hace desear mi propia muerte. No quisiera llevar el peso de este deseo sobre mí, pues mi vida se ha transformado en un hondo e interminable padecer por no saber cómo gobernarme frente a esto que me oprime el corazón. Quisiera despertar de este sueño, enterarme que no somos hermanos, que fuimos engañados, mas sé que la cruel verdad siempre ha sido esta, y que debo conformarme con el único amor que estamos destinados a sentir, el amor de hermanos... Si tan solo me dijeras lo que tanto en mis más recónditos sueños he deseado escuchar. Si tuviese la certeza de tu amor, yo dejaría todo para ir tras de ti. Obtendría la fortaleza necesaria para pasar por sobre todos y así permanecer por siempre a tu lado. Estoy dispuesta por ti, a olvidar que llevamos la misma sangre.

Te amo.
Antonia.

Lorenzo siempre intentaba huir cuando algo lo sorprendía sin fuerzas. Esa era sin duda su gran debilidad. Un hombre que parece tener el mundo en sus manos, pero que no puede sostener el peso de lo inadmisibile, lo que juega con su estabilidad y en definitiva lo expone frente a todos. En realidad no sé quién podría vivir tranquilo en esta situación, no lo culpo.

El día esperado llegó. Había estado tan nerviosa durante el día, ansiando el momento de volver a encontrarlo. Alessandro fue el primero en arribar a nuestra casa, luego de eso lo hizo Maddalena, quién, dotada de gran hermosura, llegó para jugar todas sus cartas esa noche. La miré con altivez y un poco de temor también. Ella iba dispuesta a que no fuera una real despedida entre ambos, mientras yo solo vivía de esta ilusión con algo que jamás llegaría a ocurrir en verdad. Me asustaba el hecho de imaginarlo casado con otra mujer. Cualquiera que tuviese la fortuna de ser dueña de su amor sin tener que ocultarse.

Finalmente mi hermano hizo su llegada a casa. Maddalena Codazzi y parte de sus seguidores revolucionarios, quienes también debían salir de la provincia, en su mayoría hombres importantes en política y grandes terratenientes, lo mantuvieron a él y mi padre rodeados de parabienes por mucho tiempo, lo que me hizo recordar aquel día de su regreso a casa, cuando vi por primera vez su rostro y admiré por sobretodo su hidalguía y valor.

Intercepté primero la mirada poco amistosa de Maddalena, quien intentaba cautivar de manera visiblemente poco ortodoxa a mi hermano a pesar de su honorable y casta reputación.

Intenté concentrarme solo en hacer que Lorenzo me distinguiera dentro de tantas personas. Me di cuenta de que también él me buscaba con la mirada. Cuando nos encontramos al fin, nos detuvimos por unos momentos. Es tan hermoso. Amo sus ojos, su nariz, sus rasgos tan masculinos pero a la vez tan dulces, situados perfectamente en armonía con su rostro.

Dejé escapar un suspiro tan profundo, olvidando por completo el tumulto que permanecía a mi alrededor y especialmente a Alessandro, quien continuaba a mi lado.

Estaba tan ansiosa por saber qué haría Lorenzo al acercarse a mí, que no pude esperar. Pedí el permiso de Alessandro y avancé entre los invitados hacia donde se encontraba mi hermano. Me ubiqué frente a él y le sonreí sin

decir nada. En ese momento se excusó también con su acompañante para abrazarme con fuerza.

—Yo no sé si voy a quemarme en el infierno por esto, pero necesitaba verte, sentir tu cuerpo otra vez —dije acercándome a su oído sin pensar.

Me ofreció una mirada inmovible para luego liberarme de su abrazo. En forma breve y algo rígida, tomó mi mano para acariciarla.

—Escribí algo para ti, hermano —dije algo decepcionada, entregándole el papel arrugado entre mis manos.

Él lo recibió sonriendo apenas y bajó su vista sin decir nada. Luego de unos instantes en silencio, volvió a mirarme rápidamente y caminó en forma disimulada hacia la escalera. Lo seguí nerviosa, de forma tan evidente que me odié al instante por ser incapaz de fingir un solo segundo. Entró en su habitación dejando abierta su puerta para que pudiese entrar. Se sentó en la cama tomando su cabeza con ambas manos, luego las ubicó sobre su rostro sin quitarlas de allí durante un instante. Estaba tan nerviosa que no podía hablar. Mi cuerpo entero temblaba. Mis manos estaban humedecidas y rígidas.

Al fin, tomó mi carta y comenzó a leerla frente a mí. El pavor se apoderó de mi sosiego y mi rostro se encendió con brusquedad. Luego de algunos minutos con la carta entre sus manos, me miró fijamente desde su sitio.

—Escucha, no sé cómo decirte esto, Antonia.

—Dime lo que sea, creo que podré soportarlo. —Pensé de inmediato en su rechazo y en mi estupidez al escribir tan irreflexivamente esa carta.

Lorenzo volvió a mirar al suelo y profirió un profundo suspiro de valor.

—No entiendo cómo llegamos a esto. A veces quisiera despertar lejos de aquí. No quiero pensar, no quiero estar cerca de ti, pero se me hace imposible evitarlo.

Iba a decir algo, alguna cosa que aminorara su culpa. Iba a pedirle esa desastrosa carta para romperla e intentar que él la olvidara, pero su voz me calló.

—Te amo —dijo con el dolor modificando apenas su grave voz.

Me paralicé ante su confesión. Era lo que soñaba oír. Muchas veces lo había imaginado, pero escucharlo de sus propios labios me desconcertó. Mi pulso se disparó confundíendome aún más de lo que ya estaba. Me acerqué para abrazarlo, pero al llegar a su lado me encontré con sus hermosos labios y no pude hacer otra cosa que besarlos sin pudor, ¿cómo no hacerlo? Era lo que

más amaba de su rostro divino. Él me tomó por la cintura para guiarme hacia su cama, pero algo lo retuvo en el momento.

—No puedo hacerlo, Antonia. Te amo. Estoy loco por ti, pero no puedo hacerte daño. Debo irme lejos ahora y no vamos a estar juntos durante mucho tiempo. Si llegamos a la cama hoy, sería mi perdición y la tuya tal vez. Además no quiero pensar en si nos descubren. ¿Me comprendes?

—No comprendo. Yo no quiero separarme de ti, no me siento capaz de estar sola, por favor llévame contigo, te amo.

—Calma, te prometo que vendremos por ustedes en cuanto podamos hacerlo. Pero ahora es imposible. El escenario no es favorable para nosotros.

Permanecí en silencio con un nudo en mi garganta.

—Voy a esperarte...

Lorenzo sonrió mirándome a los ojos.

—¿Crees que vamos a ir al infierno por esto? —dije desenterrando nuestras profundas y arraigadas raíces de la fe en Dios con las que fuimos educados.

Me observó con una sonrisa disfrazada de seriedad.

—Sería un buen viaje para mí, recorrer como un turista cada círculo del infierno hasta llegar al maldito ápice y saludar al dueño de casa. —Encogió sus hombros sacando una risa maliciosa—. No es algo de lo que realmente quiera huir.

—¡Lorenzo! Dios te libere que aquel martirio.

—Antonia —Me silenció un momento para intentar darle algo de sensatez a mis torpes palabras—, el infierno y el cielo son parte de la literatura, una amenaza para atemorizar a algún descarriado de la fe. —Sostuvo el cabello que caía por sobre sus ojos—. Aunque por otra parte, siento que negar el infierno es como negar la vida misma. —Mordió sus labios, dubitativo—. Al menos concédeme la duda sobre la existencia del cielo. El cielo debe ser el consuelo de los insulsos que buscan alivio.

Sonreí cerrando mis ojos y me mantuve allí durante algunos instantes.

—Este es el infierno en verdad —dije al fin—. Tal vez no haya nada de qué huir realmente.

Lorenzo dobló mi carta y la acomodó dentro de su libro de cabecera. Antes de salir de la habitación, guio mi mentón hacia su rostro y besó mis labios con mesura.

Ambos sabíamos que amándonos así no lograríamos más que desgracias.

Eso nos hacía inmensamente vulnerables. Tal vez estando lejos mejoraríamos. Nadie podría saberlo.

Los pocos días que tuvimos para estar juntos antes de su partida, permanecimos más unidos que nunca. Jamás las caminatas por la playa fueron tan próximas, extendidas, tan secretamente prohibidas. Y aun cuando nunca acabamos en el lecho como deseaba, cada beso furtivo, cada abrazo que me afiebraba el cuerpo al sentir el suyo acalorado de pasión, cada caricia que hacía de nuestra unión una invencible fortaleza, consolidaba irremediabilmente nuestro clandestino vínculo, a pesar de las culpas y del rumbo que sabíamos destinado al más rotundo fracaso.

A fines del mes de julio de 1849, nuestros hombres revolucionarios abandonaron el hogar familiar en el Monte Sant'Angelo. Garibaldi y nuestro ejército de libertadores fueron perseguidos por tropas francesas, quienes atendiendo el llamado del papa, generaron un caos masivo y disolvieron la recientemente creada República romana. Muchos de los insurrectos patriotas fueron hostigados hasta ser obligados al destierro, muchos más fueron ejecutados. Quienes aún se mantenían en la lucha, decidieron finalmente abandonar la alianza temiendo por sus vidas. El descontento del pueblo fue terreno fértil para Pío Nono y los cardenales que solo deseaban retomar el poder de los estados papales, dejando a los patriotas en un funesto escenario.

Esto obligó a nuestro padre a dejarnos, muy a su pesar también, aun cuando estaba real y claramente distanciado del radicalismo de Mazzini y Garibaldi. Las revueltas y reuniones secretas de conspiración en las que participaba Lorenzo, y nuestro propio nombre, involucrado desde siempre en la revolución, dejaron en jaque su argumento frente al fracaso en estos últimos intentos de sublevación y no hubo más alternativa que el exilio.

En los días que tuvieron para organizar la salida, decidieron reubicarse en Grecia, un lugar particularmente importante para las intenciones de Lorenzo debido, entre otras cosas, a su admiración por Lord Byron. Fue así como resolvió que Grecia era su destino, tomando en cuenta además que desde niño se instruyó en idiomas como el griego y el latín casi de forma paralela a su dialecto nativo. Aquello siempre fue para nuestro padre y muchas de las familias burguesas un importante signo de distinción y educación. Por otra parte, Santorini tejía uno de los misterios que más provocaba su fascinación, pues se dice que el enigma de la Atlántida tiene su respuesta precisamente en el área que hoy ocupa la isla. El hecho de poder establecerse en forma fácil y

discreta para continuar concentrando esfuerzos en la unificación de Italia, sumado a la similitud de cierta forma con nuestro Monte transformaba a Santorini en el sitio perfecto.

Antes de emigrar, mi padre juró que regresaría. Mientras su promesa pudiera llevarse a cabo, nos dejó custodiadas y amparadas por el tío Bartolomé a fin de administrar sus fincas y tierras, sin ser perseguidas, ni confinadas a un submundo después de haber pertenecido a la élite de terratenientes de la región de Apulia, viviendo en el mejor entorno social, y con el estatus de familia burguesa, acomodada y llena de lujos en un pueblo en donde agricultores y pescadores eran mayoría.

Bartolomé se había transformado en una especie de padre putativo para mí debido a los constantes viajes que Pietro y mi hermano realizaban para asistir a sus asambleas que generalmente tenían lugar lejos de Foggia.

Lorenzo había comenzado ya a cuestionar las intenciones del tío Bartolomé, aun cuando lo conocía desde que era un niño.

Era un hecho que desde que mi padre decidiera atender en cierta medida a su propuesta pragmática, la relación diera un vuelco importante, aunque continuaban cercanos, manteniendo un trato más bien familiar, los temas políticos hacían irremediabilmente mella entre ambos.

No tuve el valor de despedirme. Si alguna vez tuve el coraje de decirle a Lorenzo cuánto lo amaba, ahora mi esperanza era que el tiempo y Alessandro curaran este retorcido secreto. Esto solo nos llevaría hacia el infortunio y el «conocido» fuego eterno del que se hablaba con fervor en los sermones dominicales. Sería un sitio en el que habitaría para siempre si no daba tregua a este amor desquiciado.

—Esto es lo mejor para usted, hija —me repetía Giulianna para consolarme.

Vi a nuestra madre llorar mientras se alejaban. Lorenzo miró hacia mi ventana por largo rato, pero no pude corresponder en forma visible. Ya había utilizado el pretexto de sentirme indispuesta para no salir de la habitación y temía seriamente que en la despedida surgiera aquello que nadie con juicio querría ver ni oír.

Al verlo alejarse, solo pude aferrarme a la almohada para llorar, sentía que el aire se me escapaba de los pulmones con la fuerza de un látigo, cada parte de mi cuerpo dolía como si alguien estuviese retorciéndome la piel sin piedad.

Luego de aquel día, las únicas y más fieles acompañantes con las que contaba fueron las altas y húmedas paredes de mi habitación, las mismas que una vez fueron el cálido lugar en donde me vi atada al cuerpo ardiente de Lorenzo, ahora transformado en el lugar más frío y oscuro de la casa.

No quería ver la luz del día, cada jornada parecía más muerta que la anterior, el apetito desapareció por completo, no podía tocar piano, no quería tampoco recibir la visita de Alessandro, aunque a esto último solo accedía para complacer a mi madre, pero cada día junto a él era una tortura por el solo hecho de rendirme a la comparación.

Con el tiempo el dolor mitigaba, pero el sentimiento no moría y mi mente se desataba a ratos. Me preguntaba a diario si a Lorenzo le ocurría lo mismo.

El otoño pobló de coloridas hojas la entrada de nuestra casa. Hace ya cinco meses que Lorenzo y nuestro padre nos dejaron y no hubo noticias sobre ellos. Pasaron días en que me esperé lo peor, otros en que evadía la realidad y soñaba con que todos a nuestro alrededor desaparecían, dejándonos en libertad de convertirnos en marido y mujer.

Sentía tanta felicidad al imaginar aquello que podía pasar días, tal vez semanas, anclada a este oscuro deseo antes de caer en cuenta que mi cerebro no estaba funcionando bien. De todas formas, seguía fingiendo frente a quienes me rodeaban que estaba enamorada del doctor Biava. Cada día al despedirse, podía intuir su desaliento por nunca llegar a conseguir más que agradecimientos y sonrisas de mi parte.

—Pobre doctor —dijo Giulianna al verlo desaparecer en la lejanía con una sonrisa en sus labios—. ¿No cree que deba permitirle ya dar el siguiente paso?

—¿Un beso? —Mi risa brotó espontánea—. No podría. Aún no —dije mirando hacia el horizonte.

—¿Es porque el único que la ha besado es Lorenzo, verdad? No quiere borrar sus besos. —Me observó examinando mi reacción.

—¿Tú sabes todo? —le respondí sin negar lo anterior.

Me miró en forma sincera y tomó mis manos con cariño.

—Yo he visto muchas cosas; sé muchas más, pero de lo que estoy segura es que ese amor que usted siente por su hermano no puede ser, hija. Yo estoy aquí para acompañarla, para cuidarla, y si pudiese cambiar todo eso para que usted al fin se dé cuenta de que el doctor Biava es quien usted debe elegir como esposo, haría cuanto estuviese en mis manos.

—¿Qué pasa contigo? Tú siempre estás de mi parte.

—Tengo la esperanza de que esto sea solo una confusión suya. A veces los sentimientos se confunden —dijo friccionando sus manos.

—¿Qué es lo que tanto más sabes? —dije ignorando su sermón.

Me observó con notoria incomodidad y miró hacia el suelo tensando sus labios como si necesitase tiempo para improvisar alguna respuesta. Entrecerré mis ojos e indagué.

—¿Algo sobre sus amantes?

Giulianna sonrió parpadeando lánguidamente.

—María está enamorada de él. —Me ofreció una mirada compasiva—. Muchas mujeres lo están.

—Lo sé —dije mirando al suelo con odio.

—María ha sido incauta... O tal vez muy astuta —volvió a corregirse.

—Giulianna, sé clara, ¿qué es lo que quieres decir? —reclamé irritada.

—No me haga caso, en realidad solo quiero decir que ella ignoraba las consecuencias de intimar a menudo con alguien.

—¿Qué consecuencias? ¿No me digas que esa criada sufre pensando que puede terminar casada con mi hermano? —dije en tono despectivo.

Giulianna suspiró y luego sonrió intentando no dar importancia a mis agrias palabras.

—Ella siempre me contó horrorizada que el señor la nombraba a usted mientras «eso» ocurría —continuó con su característica sonrisa apacible—. Si no fuera porque María está loca por él, Antonia, y porque yo le prohibí abrir la boca de arpía que tiene, todo el mundo sabría ya que don Lorenzo piensa en usted de forma carnal. —Giulianna enrojeció y su rostro se volvió hosco—. Creo que él buscaba a María solo para satisfacer su deseo, casi todos los días, después de que ambos salían de paseo, él necesitaba agotar sus ganas, y ahí estaba ella, dispuesta a satisfacer lo que usted no podía darle.

Me quedé en silencio unos minutos. Un calor asfixiante me subió por el rostro a pesar del frío.

—¡Vamos a Manfredonia! —le dije en tono alborotado, intentando olvidar el fondo de nuestra conversación.

—Usted está loca, hija. El día está oscuro. Seguro va a llover. —Y rio sacando un poco de alegría de entre su cara de angustia, mientras caminábamos hacia el bosque cercano casi a tientas a causa de la niebla.

Al fin mi sofoco se disipaba con el velo húmedo que cubría parte del

lugar. Solté mi cabello para sentirme en libertad. Al hacerlo recordé a mi hermano nuevamente y pasé sin querer de disfrutar de un ánimo risueño a la desilusión por querer tenerlo cerca.

—El deseo es humillante —le dije sin sentir un mínimo de pudor por mi declaración.

—También me sentí así alguna vez, cuando era más joven —sonrió con añoranza.

—¿Has tenido un gran amor, Giulianna?

—Sabe que no me gusta hablar de eso —dijo en tono seco, como si hubiese pisado deliberadamente sobre terreno sagrado. Aun así le insistí.

—Háblame de amor. Tal vez yo estoy equivocada como tú dices, tal vez no es amor lo que siento.

—No lo sé, hija, eso que alguna vez sentí se transformó en nada con el correr de los años. De igual forma no era una real posibilidad, al igual que su amor por su sangre. Es mejor que olvide todo esto con Lorenzo. Yo la quiero bien, no quiero verla enfermar por esta causa. El doctor Biava es su oportunidad para ser feliz, aprovéchela.

Las damas de compañía deben su existencia privilegiada ante el resto de la servidumbre por cumplir el rol de escolta, protectora y ayudante en el caso de la mujer ya desposada, pero siendo yo joven y bastante insurrecta para los gustos y deseos familiares, Giulianna tenía por sobre todo la misión de ser principalmente «los ojos y oídos» de mi madre y permanecer alerta vigilando cada uno de mis pasos, especialmente para evitar el «pecado solitario» que puede traer como consecuencia la clorosis. Sin embargo, la función encomendada a Giulianna jamás se ha cumplido desde que tengo recuerdos. Ella es mi cómplice, alguien muy distinta a lo que mis padres esperarían, pues dedica su vida a cuidarme y malcriarme, me da el espacio que necesito, jamás dice alguna cosa en mi contra, ella es capaz de mentir y recibir todo el peso de la ira de mi padre por mi causa. La verdad, Giulianna se asemeja mucho más al ideal de una madre que a la actitud de una criada ordinaria. Sin ella como compañía, mi vida sería un infortunio. Nunca he preguntado su edad, pero a mi vista parece bastante joven. Su piel es fresca y de un tono canela claro, debe tener poco más de treinta años, lo noto más por su cabello negro, comenzando recién a teñirse de cenizas. Aun cuando de estatura es tan pequeña como yo, su vitalidad y fuerza son incomparables. De lo único que tengo certeza es que la vida no se ha mostrado fácil para ella. Según cuentos

que he oído al pasar, antes de que mi madre decidiera encomendarle la labor de cuidar de mí, Giulianna se ocupaba junto a su padre de las caballerizas de la antigua hacienda familiar en Barletta. Dedicarse a aquellos trabajos desde tan niña debió ser un suplicio y, aunque no conoce una existencia distinta, imagino que en su corazón alberga el sueño de tener la vida de una señora, pues su mirada se pierde –con un poco de tristeza– al observarnos a mi madre y a mí rodeadas de fastuosidad y comodidades, tal parece que mi realidad es el reflejo de todo lo que ella hubiese deseado para sí misma. A pesar de aquello, siempre parece muy feliz de dedicarse por completo a mi vida, prácticamente me vio nacer, por lo que estoy segura de que el sentimiento que la une a mí es sincero, puedo notarlo por su entrega.

Nos sentamos en completo silencio un momento sobre los húmedos maderos abandonados al costado de unos árboles amarillos de gran tamaño, sin importar el clima otoñal que nos enfriaba los huesos. Me quedé largo rato pensando en las palabras de Giulianna, una mezcla de situaciones cruzaron por mi mente, tal vez aquella criada endemoniada quería atrapar a mi hermano de cualquier forma, no quería imaginar las artimañas que siempre se dice utilizan algunas sirvientas mal nacidas para obtener beneficios de su amancebamiento con sus patrones. Luego de unos minutos en silencio, se dispuso a trenzar mi pelo con apacible dulzura.

Caminamos más lento que de costumbre a casa. Al llegar, Carlo, nuestro criado más antiguo, el de confianza, y toda la servidumbre de nuestra casa nos esperaban en la escalera de ingreso. Giulianna les miró confundida, y yo, entre todas esas caras de desgracia, solo conseguí entrar corriendo a la sala, presintiendo que algo muy malo estaba ocurriendo.

Mi madre estaba arrojada sobre el sillón de mi padre. Al verme llegar, corrió a mis brazos desesperada.

Tragué mi angustia para lograr sacar la voz.

—Madre, ¿algo ocurrió con Lorenzo?

—No, es... tu padre. Ha muerto... Está muerto.

A pesar de la sensación de lógica conmoción, el alivio de saber que nada le había ocurrido a Lorenzo aplacó la rigidez de mi cuerpo, de alguna forma debí fingir que me afectaba mucho más de lo que realmente sentía, por lo que me concentré en la tristeza que estaba sufriendo mi madre, y de lo que debía estar pasando con Lorenzo ahora.

Me preocupé también por nosotras. No sabía bien qué había ocurrido y en

qué situación nos encontraríamos después de esto.

—¿Cómo sabe eso, madre? ¿Qué fue lo que pasó?

—Una carta. —Mi madre no pudo continuar hablando, por lo que dirigí la mirada hacia Carlo, el único criado al que mi padre había enseñado a leer y escribir, pues mi madre no lee y nadie más que yo y él podíamos saber del contenido de esa carta

Él me extendió su brazo con la hoja arrugada entre sus manos.

La tomé para comprobar su veracidad.

Antonia:

Sé que serás tú quien lea esta carta y debes prometerme que serás muy fuerte para lograr aquietar el dolor de nuestra madre. Hoy nuestro padre ha dejado el mundo terrenal. No sabemos la causa, no sufrió enfermedad alguna. Creo que por algún motivo no soportó un segundo destierro en su vida, menos aún quedarse sin doña Enriqueta. Por este motivo, me juré permanecer acá hasta ver cumplido el propósito por el que nuestra familia bregó durante toda esta vida. Te amo, Antonia. No lo olvides jamás. Eres y serás siempre lo más importante en mi vida, pase lo que pase.

—Dios mío, Carlo leyó esto —murmuré sin ser oída. Lo miré asustada, pero él inclinó su cabeza en señal de fidelidad y silencio ante lo que había leído.

Me tragué mis nervios una vez más y me senté con la mirada perdida, intentando obtener algo de claridad, dentro de este inmenso caos. Carlo y los demás criados detuvieron los relojes a la hora en que mi padre murió: las cuatro y veinte de la tarde. Luego cerraron las cortinas y cubrieron cada espejo de la casa como era costumbre. Todos debíamos vestir riguroso negro durante al menos un año.

Al cabo de un par de días y una vez que la calma retornó en cierta medida a nuestro hogar, decidí adelantarme a la visita del tío Bartolomé. Él se encontraba fuera de Foggia y aquello me dio tiempo para revisar algunos documentos en relación a la situación legal de los dominios y haciendas familiares, como lo hacía cada mes, antes de que pasaran por sus manos, ya que esto debía ser enviado a mi hermano en Grecia sin «diferencias». Luego de algunas vueltas dentro del despacho de Lorenzo, recordé que debía enviar a algún criado a comunicar la muerte de mi padre a quienes correspondiera, además de consignar el nombre de Pietro en la misa del domingo. Giulianna no estaba conmigo en ese instante, por lo que entré yo misma en la cocina y llamé a María, quien se encontraba de espaldas realizando algunas labores. En el momento en que ella se volteó tímidamente a mirarme, observé que ella escondía, sin éxito, un abultado vientre bajo sus traposas vestiduras.

La detuve en seco y le pregunté qué tenía. Pero en seguida recordé lo que Giulianna había querido decirme. Esta última apareció corriendo tras de mí para tomar de mis hombros y alejarme de ella.

—¡Respóndele a tu patrona, maldita meretriz asquerosa! —grité sin mesura y excediendo el tono tolerable de voz—. ¡Saca a esta puta española de mi vista, Giulianna! ¡Sácala de mi casa o la mato, no quiero que siga sirviendo aquí! ¡Ella no puede tener un bastardo de mi hermano, menos en mi casa!

Subí a la habitación de Lorenzo encolerizada y di un golpe nefasto en la puerta. Por un momento olvidé la noticia de mi padre y todo lo que debía cumplir como formalidad, así como tampoco pasó por mi cabeza siquiera imaginar lo que podía llegar a deliberar mi madre a partir de este episodio, pues perdí tan peligrosamente la compostura que llamé la atención

prácticamente de toda la servidumbre y de quién pudiese oír desde afuera.

«No debo perder el control de esta forma, no debo hacerlo». Me senté sobre la cama de Lorenzo, absolutamente fuera de mí. Necesitaba calmar mi ira de alguna forma, debía hacer algo para corregir mi atolondrado acto de insensatez. Miré a mi alrededor y tomé su almohada con premura. Al acercarla a mi rostro, sentí su aroma impregnado en ella. La retuve entre mis brazos y la ceñí a mi cuerpo sin poder apartarla. Aun así me sentía ahogada, enfurecida. Entonces escuché los pasos de mi madre acercarse rápidamente a la habitación.

—¿Es verdad, Antonia?

La dureza de su tono de voz me descompuso todavía más. No tenía una excusa creíble para justificar mi comportamiento. Tragué saliva mirando hacia el suelo.

—¿Qué cosa?

—La criada, María, se iba de aquí maldiciéndote, gritando que Lorenzo y tú se acostaban, que son unos desviados...

—Madre, esa mujer está enferma. Era ella quien se acostaba con él.

—La expulsaste de esta casa en forma absurda, ¡a punto de dar a luz! ¿Qué es lo que pasa contigo?

Miré hacia el suelo sin saber qué más decir. Inspiré aire de manera entrecortada e intenté calmarla, insistiendo en que aquello era una aberración producto de los celos de la criada.

—Madre, yo no podría mirar a mi propio hermano como mi esposo, lo sabes —porfíe en mi «convicción» intentando no volver a exaltarme.

—De todas formas le pedí que se quedara, ella es muy necesaria acá, y además, lleva en su vientre la sangre de mi hijo.

La miré con ira en los ojos.

—Ella no merece estar aquí, madre, acaba de levantar falso testimonio contra mí, algo gravísimo, ¿cómo puede esperar que respire el mismo aire que esa mujerzuela?

—«Falso testimonio». —Miró fijamente a la almohada que, sin darme cuenta, aún sostenía firme entre mis brazos—. Toda criatura que tenga la sangre Castiglione corriendo por sus venas será tratada como tal, te guste o no, sea hijo de criada o de alguien noble. Es una decisión mía y es lo que tu padre hubiese deseado.

—Ella me odia y, ¿de igual forma la retendrá aquí?

—Ella se quedará, Antonia, no voy a discutirlo más, si sale de esta casa, lo primero que hará será continuar con sus habladurías, prefiero mantenerla aquí, con la boca cerrada y cuidando al hijo de Lorenzo. Intenta mantenerte alejada de esa criada, de la misma forma se lo pedí a ella. Y por ahora vamos a respetar la memoria de tu padre —dijo dándome la espalda—. Luego hablaremos de eso, como también fijaremos cuanto antes el matrimonio tuyo con el doctor Biava.

Resoplé antes de darme la vuelta a mirar hacia la ventana. Mi madre salió de allí en silencio. No sé si creyó en mi palabra, pero su mirada perdida me demostró que era muy difícil que lo olvidara por completo.

Un sentimiento de frialdad me paralizó entonces. Estaba consciente de que en algún momento debía aceptar lo del matrimonio con Alessandro, pero no tenía la mínima intención de cambiar mi actitud. Pensé por un momento en correr a abrazarla y negar más convincentemente todo, pero no era algo que surgiera de mí en forma franca. Mi relación con doña Enriqueta era tan álgida como la que tenía con mi difunto padre.

Regresé a mi habitación, y saqué de entre un libro sobre mi mesa de noche la carta que envió Lorenzo, repasé sus letras con los dedos mientras mis lágrimas caían sobre el papel maltratado.

La noche transcurrió lenta.

Muchas cosas sucedieron en tan solo un par de días, muchas cosas también murieron junto a mi padre. Una parte de mi madre: su orgullo, su nombre y también algo en mí estaba irrevocablemente muerto, pero eso ya había ocurrido hace tiempo, hace mucho tiempo atrás.

Sute

[Calando]

Después de un año de ocurridos aquellos sucesos, mi vida seguía siendo un tormento. Mis miedos disfrazados de valentía me hicieron endurecer la armadura propia para no sufrir.

Mi madre nunca pudo superar la soledad y la tristeza con la que vivía a diario. Estábamos juntas, pero no nos acompañábamos. Apenas me miraba. Íbamos a misa dominical para aparentar unión y así detener el sinnúmero de habladurías que nos rodeaban después de los rumores que propagó María, la criada amancebada de Lorenzo.

Ella se paseaba por la casa con la hija de mi hermano como si con ello, Lorenzo, aunque lejos, fuera parte inquebrantable de su propiedad privada.

Sumado a ello, su forma de mirarme y de enrostrarme su supuesta familiaridad y «cercanía» con él, por tener a su hija, me molestaba al punto de arruinar mis días allí.

Lorenzo lo sabía, ignoro si hacía algún esfuerzo por parecer el padre, pero la niña lleva su apellido, y desde entonces, María ya no es más una simple criada en mi casa.

Era insoportable.

A ello se agregó la amargura diaria de doña Enriqueta a propósito de mi creciente personalidad impulsiva y rebelde, contra la que no pudo hacer frente, lo que, sin embargo, me sirvió para dilatar con una y otra excusa mi compromiso con el doctor Biava. Tenía casi veinte años y no estaba casada todavía. Toda una tragedia para alguien en mi posición, por lo que mi madre me dio un ultimátum: o me comprometía al concluir el año con Alessandro o era expulsada de casa a un convento en Lombardía con la hermana de mi padre.

—Ya no sé cómo esconder la vergüenza cuando caminamos del brazo frente a la gente, ni cómo fingir para que el doctor Biava no crea ciertas las

aberraciones que todo el pueblo comenta. Gracias a Dios, Lorenzo está lejos, muy lejos de ti.

—Culpe a su criada con privilegios, madre... Fue ella la que esparció veneno entre mi hermano y yo, reconozca que tiene a una desquiciada viviendo en nuestra casa.

La despreciaba. Mi corazón estaba lleno de repudio por no creer en mi palabra y por no darme más que tormentos durante este tiempo.

Escribí una carta algo ambigua a Lorenzo, pues temía que fuese leída por otras personas, confirmando el mito que se había tejido en torno a nuestra relación. Pero intenté igualmente hacerle ver que la situación no estaba bien en el Monte y que lo único que deseaba era ir a Grecia para estar a su lado. Usé el lacre y el sello de mi padre para asegurarme de su confidencialidad y se la di a Carlo para que la hiciera llegar al servicio postal de Foggia.

Mientras tanto, Alessandro y yo parecíamos más enamorados que nunca. Me sorprendía de mi propia capacidad para engañar al pobre, pero la situación en la que nos encontrábamos se hacía cada día más insostenible. Los noviazgos nunca son tan largos, apenas dan tiempo para conocerse antes del matrimonio. Pude manejar la situación hasta ahora, pero ya no podría hacerlo más.

La tarde en que esperábamos la visita de Alessandro y su madre a tomar el café para fijar la fecha de nuestro matrimonio, Carlo me interceptó misterioso fuera de mi habitación.

—Señorita Antonia —dijo en voz baja—, esto es para usted, llegó en el pailebot que arribó ayer a Manfredonia.

Sacó de su bolsillo un arrugado sobre.

—¿Es de mi hermano?! —pregunté aturdida. Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él, que no podía esperar para leer el contenido.

Para mi sorpresa, había solo un escueto papel escrito hacía más de una semana:

Nuestra madre se encargó de hacerme llegar la información de su matrimonio en una fecha próxima, la felicito pues, futura señora Biava. En caso de que su voluntad sea otra y no tenga intención de cambiar su apellido, le ofrezco mi hogar. Arreglé un viaje para usted y su dama de compañía, solo debe ir al puerto en Manfredonia y dirigirse al capitán del pailebot. Él está en conocimiento de su viaje. Debe darle aviso con antelación del día exacto en el que decida salir de casa, así, ambos estaremos preparados para el día de su arribo a Santorini.

Mi amada hermana, solo le pido que lo piense, aún está a tiempo para no vivir atrapada allí. La esperaré en el puerto de Skala a su llegada.

Respetaré sea cual sea su decisión.

Lorenzo.

No sabía si reír o llorar. Opté por ambas a la vez y me abracé a Giulianna, quien miraba perpleja a Carlo, mientras me acariciaba el cabello con amor maternal.

—Carlo, debes arreglar para mí ese viaje cuanto antes, ve ahora mismo donde el capitán de ese pailebot a Manfredonia y averigua cuándo emprende el próximo viaje hacia Santorini, necesito que lo dejes concertado cuanto antes, solo debes informarme el día y el horario, que yo estaré ahí.

Tenía que salir de esta casa de cualquier modo y en forma urgente. Estaba impaciente, no quería que algo fuese a salir mal y verme amarrada para siempre a Alessandro.

Es cierto, siento muchas cosas por él, pero nada parecido al amor que abrigo por Lorenzo. Estaba en una encrucijada. Podía decirle a mi novio lo que estaba sucediendo, considerar su valor como amigo, y ponerlo al corriente de lo que en verdad iba a hacer. Decirle que no puedo casarme con él, que iba a ir a Santorini con mi hermano, o simplemente abandonar todo en el más absoluto silencio, solo para no ver su sufrimiento, su deshonra y al mismo tiempo darle motivos a mi madre de obligarme por cualquier medio a casarme con alguien a quién realmente no amaba.

Bajé a la sala simulando tranquilidad. Saludé con fingida amabilidad a la señora Clarissa Biava y me ubiqué al lado de mi novio, quién me sonreía ilusionado.

¡Dios, no podía hacerlo! Un súbito miedo se apoderó de mí. No lo amaba, pero le debía mi gratitud, mi respeto. Era tan hermoso. Su sonrisa blanca no me dejaba pensar. ¿Y si decidía no ir a Santorini? ¿Si decidía casarme con él y olvidar que tenía un hermano esperando para ser también mi esposo? «Estoy loca», pensé. Lorenzo y yo somos hermanos. En cambio Alessandro sí quiere casarse conmigo.

No sé cuánto tiempo estuve sin prestar atención a los planes de la señora Biava y mi madre, pero al parecer los tres tenían una idea muy clara de lo que debía ser el festejo. Nuestras madres, al menos, parecían fascinadas con la ostentación que debía reflejarse, en especial con mi vestido. De pronto, la profunda y dulce voz de Alessandro acalló mis pensamientos.

—¿Me acompaña? —Vi el rostro iluminado de mi novio intentando tomar mi mano.

—¿Dónde vamos?

—Le pregunté si quería caminar conmigo por el jardín, Antonia.

—Oh, sí —le sonreí—. Sí, vamos. —Hice una señal para pedir el permiso de mi madre y la señora Clarissa, y me levanté de la silla, confundida.

Caminamos hacia el jardín por el largo corredor que apuntaba a la calle. Al salir me detuve en forma repentina bajo el frondoso manzano que cubría la vista del portal de la casa. Lo miré directamente a los ojos y el deseo de un beso me abrumó por un instante, «después de todo, no debo pensar en Lorenzo hoy». Sonreí. Alessandro me miró algo confundido.

—¿Le parece bien la fecha que acordamos?

—¿La fecha?

—Sí, Antonia, son solo tres semanas. Debemos preparar muchas cosas, planificar la celebración, hacer las participaciones.

—Sí, sí... —miré al suelo completamente descolocada.

—¿De verdad no le sucede nada malo?

—No, yo... tengo un poco de frío...

Lo miré a los ojos y di un suspiro de valentía.

—En realidad, Alessandro, yo quería pedirle algo.

Me observó con inquietud, esperando mi petición.

—He estado impaciente pensando en usted, quisiera poder acercarme más a mi futuro esposo.

Se ubicó frente a mí y tocó mi rostro con sus manos suaves.

—Lo que quiero decir es que ya hemos esperado suficiente...

Suspiré sin poder hilar ideas

—Solo dígame. —Alessandro sonrió sin apartar su mirada de mi rostro avergonzado.

—Yo... quiero que me bese —le dije casi sin decoro.

Sus grandes ojos turquesa se abrieron desmesurados brillando bajo la tenue luz del atardecer. Tomó mis manos, tal como lo hacía mi hermano, y se acercó a mis labios sin prisa. Sus ojos abiertos de par en par se cerraron en el momento en que nos rozamos la piel.

Yo, por el contrario, permanecí atenta a su rostro de ángel mientras nos besábamos. No quise fingir en absoluto que jamás lo había hecho, por lo que pude percibir con libertad y placer el dulzor de sus labios, al tiempo que buscaba impaciente su lengua. Su respiración comenzó a hacerse cada vez más fuerte, mientras sus brazos me aprisionaban con intensa pasión.

Mi recato ya no existía, pues mis manos se fueron en búsqueda de lo

prohibido. Toqué su cuerpo, como nunca antes pude hacerlo con Lorenzo, y permití que Alessandro también lo hiciera. No quería cerrar mis ojos, pues sabía, en forma certera, que me sería inevitable comparar, que lejos de disfrutar el momento con mi novio, la situación se volvería insalvable por imaginar que era Lorenzo a quién besaba.

De igual manera aprecié la diferencia: los besos de Alessandro eran tan sutiles, tan delicados y calmos, que me desesperé intentando hacerlos más intensos.

Él se encontraba embriagado con aquel entusiasmo poco convencional para quien nunca antes ha besado. Sonreía al imaginar qué pensaría él y el mundo si supieran quien fue el dueño de mis primeros besos, quien fue el que me enseñó a besar y a tocar así.

—Ya no aguanto más, quiero casarme con usted lo más pronto posible — dijo Alessandro sin aliento.

Yo no quería escucharlo hablar. Realmente no sabía lo que deseaba en ese momento, si permitirle tocarme y besarme hasta extasiarnos solo para liberarme de la culpa de dejarlo, o si de verdad deseaba que Alessandro me obligara a reconsiderar quedarme en Foggia y olvidar Santorini y a Lorenzo.

—No diga nada. Deje que este momento sea nuestro, íntimo, sin palabras. —«Convéncame de quedarme por favor», pensé sin poder decirlo.

No pude hablar sobre mis planes. Mi cobardía fue mayor. Con mi silencio sepulté todo atisbo de fortuna para mi vida, todo lo bueno que pude haber logrado al lado del perfecto doctor Biava.

—¿Me perdonaría cualquier cosa? —pregunté mirando fijamente sus ojos de cielo.

—Yo por usted daría mi vida.

Le sonreí con tristeza. Sentía que esa sería la última vez que vería a Alessandro.

Afligida, regresé a mi habitación, luego de aquella despedida. Carlo me siguió hacia el corredor con nerviosismo.

—El viaje ya está concertado, el pailebot hará salidas continuas hacia Grecia durante un mes entero, lo que significa que en una semana más estará nuevamente en Manfredonia para el próximo zarpe. Mañana el capitán llevará las noticias de su viaje al patrón.

—De acuerdo, saldremos de aquí en siete días más. Yo no continuaré esperando —dije con la voz entrecortada.

Giulianna me observaba ansiosa, irritada, casi a punto de perder el control, frente a la puerta de mi habitación.

—¿Qué pasa, Giulianna? ¿Vas a delatarme?

—Sabe bien que no podría hacerlo —dijo apesadumbrada—, solo creo que está firmando su sentencia. Usted tiene a su prometido, Lorenzo tiene su sangre, eso no es correcto...

—Dios, Giulianna, haz lo que quieras voy a salir de aquí, ve donde mi madre, haz lo que mejor te parezca, yo me voy con Lorenzo aunque todo el mundo se oponga, aunque me dejes sola, con o sin ti voy a viajar, no tengo miedo. ¿Es que no quieres verme feliz?

Miró hacia el suelo atormentada, su mandíbula estaba excesivamente rígida. De no ser una criada, seguramente hubiese alzado su voz.

—¡Háblame, Giulianna! ¿Quieres decirme algo? ¿Quieres inculcarme alguna virtud religiosa? ¿Algo de lo que me haya perdido en algún sermón?

De pronto en vez de ser mi amparo te transformas en un problema.

Dio un suspiro doloroso y se echó a llorar sin consuelo.

—¿¡Qué es lo que pasa contigo!? ¿Por qué me haces esto justo ahora?

No hubo respuesta.

Intenté con dificultad no darle mayor importancia a su repentina «moralidad» y falta de aliento cuando más la necesitaba, pero me sentí tan incomprendida y molesta que decidí quedarme a solas esa tarde. La envié fuera de mi habitación muy a su pesar.

—¡Al fin! —di un suspiro mezclado con llanto de alivio. Intuía que de alguna manera al llegar a Grecia todo cambiaría para bien. En Foggia me sentía ahogada y sin Lorenzo la vida se me hacía inaguantable.

Al anochecer, Giulianna tocó mi puerta. Cuando entró en mi habitación, la miré con dureza.

—Yo solo quiero su felicidad —murmuró.

—Lo sé, Giulianna, pero si no eres mi aliada ahora, entonces me iré sola por las buenas o en contra de todo, quiero que lo sepas, nada en absoluto me hará cambiar de opinión, nada me retendrá aquí. Mi felicidad está a su lado.

Intentó despejar su evidente molestia dando un suspiro.

—Tengo una semana para convencerla ¿no?

—Jamás vas a convencerme, te lo diré solo una vez más, nada hará que desvíe mi atención, si no quieres ir conmigo, entonces sabrás que esta será nuestra última conversación. Sé que intentarás persuadirme de cualquier

forma, mintiendo, inventando situaciones, pero la verdad es que no voy a ceder. Estoy tranquila, solo porque estoy convencida que no irás con cuentos a mi madre, solo por el amor que me tienes. ¿Has pensado alguna vez que esto puede ser solo un malentendido? Lorenzo y yo llevamos más de un año sin vernos, ¿qué tal si él solo quiere darme otra vida? Yo misma ya no quiero continuar aquí, no solo por él, siento que me ahogo, que pierdo mi tiempo encerrada en este sitio, Foggia está detenida en el tiempo, en Grecia no hay guerra, no hay tiranos! En cambio aquí, podría hasta morir por llevar el apellido Castiglione. ¡Sólo piensa un poco más Giulianna!

Ella me observó silenciosa.

—Nunca haría algo que comprometiera su felicidad, desde que me hice cargo de usted cuando a penas era una recién nacida, no podría traicionarla de ninguna forma.

Le ofrecí una mirada agradecida.

—Necesito que inventes que no me siento bien, que tengo sangramiento. No quiero ver a Alessandro, ni menos salir de casa o bordar con mi madre.

—Como diga— Giulianna aún estaba aturdida.

La semana pasó lentamente para mi, fingir estar en mis días de impureza me dio la oportunidad de preparar mi viaje sin distracciones, y por cierto, logré mantener a Giulianna a mi lado todo el tiempo necesario, solo así podría asegurarme que no iba a interferir de ninguna forma en mis planes.

La noche anterior sin embargo, se comportaba como un animal encerrado.

—El coche de su padre, lo vamos a usar para bajar a Manfredonia.

—¿Me estás pidiendo permiso? —Mi risa nerviosa llenó la habitación. Ella sonrió intranquila.

—Espero que Carlo sepa cómo hacer esto sin verse perjudicado.

—¿Quieres quedarte aquí con él? —le dije bromeando, pero a la vez intuyendo el motivo que tuvo para hablar con esa melancolía en los ojos.

—No. Si tengo que elegir, me voy con usted, ya sabe que la siento como la hija que nunca tuve.

La abracé con lágrimas en los ojos y me mantuve en silencio imaginando todo lo que vendría para mí en el futuro. Estaba luchando sin duda frente a todos y frente a todo. No solo hería de muerte a mi madre y en especial a Alessandro, estaba matando también a Giulianna con este viaje. ¿Valdría realmente esta huida el sacrificio por el que haría pasar a todos?

Recorrí con la mirada mi habitación, mis libros, mi cama, cada uno de mis

recuerdos. Mi vida entera quedaría encerrada en este lugar.

Saqué de entre mis libros «Las últimas cartas de Jacopo Ortis», una novela escrita por uno de los autores favoritos de Alessandro: Ugo Fóscolo. La ubiqué sobre mi mesa de noche, con una breve anotación entre sus páginas:

Alexandra, por si no nos volvemos a ver, recuerda de

buena forma nuestra historia.

Adonia

Me mantuve sentada frente al infeliz obsequio que formaba parte del desprecio del que sería víctima por mi causa, sentía que era mi deber dejar algo, una señal para que supiera que me alejé por voluntad propia, y que, dentro de mi locura, me encontraba bien.

Me quedé observando por última vez mi habitación mientras Carlo aprovechaba el descanso de mi madre para llevarse nuestro equipaje. Estaba tan nerviosa que no pude conciliar el sueño. De cualquier manera decidimos no cambiarnos la ropa de día.

Aún oscuro, Giulianna apareció en mi puerta para salir directamente al coche de mi padre.

—Gracias a Dios los caballos están tranquilos —dijo impaciente.

Ambas salimos de la mano. Luego ella se soltó de mí para besar tristemente a Carlo. ¿Cómo no pude ver que ella estaba también enamorada?, ¿acaso sólo podía pensar en mí? Si Carlo hubiese sabido que esto pasaría, probablemente jamás me hubiese dado esa carta, pero aquí estamos, a punto de salir de este sofocante lugar. Al subir al coche sentí todo el peso del amor del doctor Biava en mi pecho. Dudé unos segundos, pero cuando me senté en el coche, todo estaba resuelto, ya no había regreso.

Un largo viaje nos esperaba.

Permanecí asustada y ansiosa durante todo el camino a Santorini. No quería hablar con nadie debido a mi repentina. Aun así, una mujer un poco mayor que yo, quién viajaba con su dama de compañía y una pequeña niña, se me acercó para intentar conversar. No la había visto antes en ningún lugar, lo que me hizo recobrar un poco la confianza.

Iba a visitar a algunos familiares a Santorini por tiempo indefinido, no me dio razones y tampoco me interesé en pedirles por miedo a que estuviese intentando «robar» mi verdad con algún artificio.

Después de poco andar, y al cerciorarme de que ella no sabía nada sobre mí, le confidencí que iba tras mi novio, que había dejado todo atrás por ir con él. Su entusiasmo pareció encenderse de pronto, y al cabo de algunas horas la tenía dándome consejos francamente embarazosos, pero no menos graciosos sobre cómo debía comportarme con él en la intimidad.

—No utilice jamás una «sábana nupcial», usted debe ser todo para él, su mujer, su amiga, su amante, su meretriz, todo. —Me miró conteniendo la risa. Mi rostro encendido debía verse estúpidamente confundido—. Nunca

comprendí el uso de una maldita sábana con un agujero en medio. Sólo hágalo feliz, que no quiera buscar a alguien más.

—Pero, ¿eso le parecerá bien? —dije aún complicada.

—Estoy convencida de que es el sueño oculto de cada hombre —rio con una dramática carcajada—. De todas formas, estamos en otros tiempos, eso de la sábana, los tobillos cubiertos, el cabello recogido, la sangre de la primera noche.... ¡Patrañas!

—¿La sangre? —interrumpí retorciendo mis labios.

La mujer volvió a reír de buena gana y tomó de mis hombros con dulzura.

—Olvídelo, pronto sabrá más de la vida, usted parece aún más solitaria que yo —dijo sin perder la sonrisa, pero mirando hacia el suelo con algo de nostalgia. Luego de algunos segundos tomó aire para continuar—. Seguro alguien ya le enseñó que no debe ni respirar, ni hacer movimiento alguno cuando se entregue a su esposo, ¿no?

—Pues solo he oído que ese momento es para concebir hijos, no se debe mostrar gusto.

—¡Mal! ¿Usted lo ama?

Asentí sin decir nada.

—Todo está permitido entonces —dijo sonriendo.

Nuestro diálogo terminó abrupto. Giulianna observaba de cerca y prefirió interrumpir la efusiva conversación con mi «nueva amiga», instándome a descansar, puesto que no había dormido lo suficiente como para soportar el viaje sin algo de tranquilidad.

Al día siguiente, salí de la recámara solo para percibir el aire unos momentos, debido a que Giulianna se sintió indispuesta la mayor parte del día. O al menos eso hizo parecer.

De cualquier forma volví a toparme con aquella misteriosa mujer de quién no conocía ni el nombre. En forma furtiva me dio un papel con una dirección y un lacónico apodo en la parte inferior «Nina».

—Para vernos de vez en cuando en Santorini —susurró—. Puede preguntar por mí cuando quiera. No conozco a nadie en Grecia, al menos nos haremos algo de compañía si lo desea.

Le agradecí hacer más apacible mi viaje, aunque fuese por un momento, y prometí que la visitaría en cuanto me ubicara en la ciudad.

Al cabo de pocos días arribamos al puerto de Skala al amanecer. Mi asombro fue inmenso al ver aquella imponente montaña repleta de abruptos

declives y precipicios, y en su cima, desplegada ante nosotras, la pequeña ciudad. Al descender en el estrecho muelle, contemplé con asombro el encanto de aquel lugar de arena oscura, aprecié en toda su magnitud la cantidad de escalones serpenteantes frente a mis ojos, me detuve allí a observar en silencio, luego de algunos instantes reparé en la mínima cantidad de animales que aguardaba por los recién llegados. Imaginé la incomodidad de tener que subir la cuesta imponente con todas nuestras pertenencias.

—Esta maldita idea de venir a vivir aquí, Lorenzo...

Me alcé despacio buscando a mi hermano en medio de la aglomeración que se encontraba en el muelle, pero en su lugar, un hombre cuyo talante distinguido y cabellos dorados sobresalía entre todos, se acercó hacia nosotras con mi nombre escrito en una hoja.

Le sonreí afirmando mi identidad.

—Buen día. —Se quitó delicadamente el sombrero e hizo una breve reverencia con su cabeza—. Soy Vittorio, el asistente de su hermano. Su mano derecha en casa.

En seguida, un hombre enorme y de aspecto desaseado se nos acercó tomando sin gran esfuerzo todo nuestro equipaje y lo amarró sobre la montura de un asno mal cuidado.

Volví la mirada a Vittorio.

—¿Usted es italiano?

—Sí, vine desde Nápoles, huyendo, como casi todos. —Encogió sus hombros con gracia.

El hombre encargado del equipaje y los animales lo miró con recelo para indicarle que debíamos acomodarnos sobre un asno también para emprender el camino hacia la cima.

—«Donissima» —murmuró despectivo mirando de reojo a Vittorio. Giulianna soltó una risa casi imperceptible.

Recorrimos sin detención las calles sinuosas en donde cada cruce era una sorpresa. Las fachadas dispuestas en forma serpenteante dan la impresión de ser un haz de luz eterno, un juego entre el albor luminiscente que baña los adoquines y el sombreado del material pétreo que estructura en forma absoluta la imagen de Santorini.

Al llegar a la cúspide de la ciudad, un lujoso coche nos aguardaba. Vittorio miró cómplice a su conductor quién le respondió con una afectuosa sonrisa.

Los ojos de Giulianna parecieron salirse de sus órbitas, mientras yo, sin darle importancia, volví mi vista al mar. Sentí sobre el rostro la serenidad de aquel viento templado en contraste con la inquietud de saber a Lorenzo tan cercano a mí.

Muy cerca del final del camino el coche se detuvo y las puertas de la gran casa esquinada se abrieron de par en par.

No hubo un solo día que no imaginara este momento.

John

John

«Yo vuelvo a ti huyendo del reino incalculable
De ángeles prohibidos por el amanecer»

«Altazor», Vicente Huidobro

Una desconocida melodía de acordes ondulados fue la bienvenida a mi nuevo hogar.

Me detuve en la entrada con la respiración agitada. Miré alrededor y un placentero aroma trajo a mi memoria nuestra casa en el Monte Sant'Angelo, aquella mezcla inconfundible de dulzor y de la encina humedecida atizándose en la chimenea. Cerré mis ojos y suspiré, esperando calmar de alguna forma mi impaciencia.

El sonido terminó de forma abrupta en cuanto Lorenzo apareció sonriente bajo el umbral. Con solo una mirada, hizo salir de la sala a todos quienes entraron en ella, incluyendo también a mi eterna acompañante, a quien saludó con un breve pero alegre ademán.

Su aspecto se mantenía similar a la última vez que nos vimos.

—¿Oíste tu nocturno? —preguntó.

—¿Ya lo terminaste? —quise saber, sorprendida.

—Aún no, pero avanzo algo todos los días...

—Se oye hermoso, delicado. ¿Tiene un nombre?

Lorenzo caminó hacia mí, con calma, y se detuvo justo en frente para contemplarme de cerca. Sus manos se posaron con premura sobre mis caderas.

—*Delirio de mi sangre* —murmuró con su rostro tan próximo al mío que mis ojos se cerraron al instante.

La acalorada pasión llenó el torrente de mis venas. Ansiaba tanto sus besos, que apenas rozó mis labios me estremecí por completo. Me sostuvo entre sus brazos hasta perder el control de nuestros actos, mis faldas recogidas y mis piernas rodeando su cintura fueron el inicio. Sin prestar atención a nada más, subimos a la habitación. Allí, frente al gran ventanal ofreciéndonos la belleza del mar, su cama nos aguardaba confortable y perfecta.

—Te amo, pensé que jamás volvería a verte.

De mi boca no salían las palabras. Solo quería besarlo, tocarlo. Fue

demasiado el tiempo que pasé aguardando por su presencia.

Lorenzo se quitó parte del traje y luego se ubicó agitado al borde de la cama.

—Acércate —me ordenó extendiendo sus manos con expresión lasciva, mientras sus ojos se mantenían clavados sobre el palpitar intenso de mi pecho.

Recordé los consejos de Nina, y aunque estaba nerviosa por lo que él pudiese pensar, di algunos pasos hasta enfrentarme a sus ojos.

Más de un año había transcurrido desde la última vez que nos vimos, pero para nosotros nada había cambiado. Continuábamos con las mismas ansias de estar juntos, ambos perturbados por amarnos así. En seguida me ordenó soltarme el cabello.

—¿Esto te encanta verdad? —susurré delirante.

Recordaba con claridad el primer beso. Su primera oportunidad de tomarme la ocupó en desatar mi cabello.

—Te deseo tanto —murmuró con voz áspera.

No quise decir nada. Aún estaba aturdida por este sentimiento que me atormentaba día y noche mientras estaba en Italia. «No, yo no puedo amarlo, esto no es normal». Nos miramos a los ojos durante algunos instantes y se abrazó a mi cuerpo besándome sobre las ropas, mi vientre mi pecho, mi cuello. Hábilmente sus dedos desataron el vestido que resbaló por mis piernas y cayó a mis pies, dejando al descubierto la ropa interior cubierta por el corsé que aprisionaba mi cuerpo, el que tampoco se resistió a su deseo y se deslizó por mi piel como agua escurriendo suave. Cuando me quité la camisa que cubría mis pechos, despejó con sus dedos las tupidas hebras rizadas de mi cabello que intentaban ocultarlos. En seguida inclinó su cabeza hacia un costado y los contempló detenidamente.

Tragó saliva y humedeció sus labios entreabiertos. Desplazó la seda de sus manos por mis hombros hasta llegar a las bragas y las hizo descender hasta dejarme desprovista de ellas. Al instante se levantó ante mí con sus ojos brillantes de pasión, sus grandes manos se aferraron a mis pechos sopesándolos en forma sutil.

Jamás sentí un deseo tan apremiante.

Me estremecí de manera tan abrumadora, que mi mente se nubló casi por completo, solo deseaba saciar mi anhelo de tenerlo junto a mí, de ser suya al fin.

Di un paso más cerca, y acaricié su mentón, provocando que cerrara los ojos. Aflojé su camisa y se la quité lentamente, él ayudó deshaciéndose de la poca ropa que aún le quedaba puesta. Volví a distanciarme un poco para observar su cuerpo desnudo. Era tan perfecto que me aferré con urgencia a su pecho y besé sus labios, ansiosa.

No parecía yo, tan llena de lujuria.

Me abrazó durante un instante y luego con forzada delicadeza me dejó caer sobre el tibio lecho. Esta vez sí logré disfrutar de sus besos. Imité el movimiento de su lengua al jugar con la mía. Sentí cómo cada parte de su cuerpo se preparaba para fundirse al mío. Todo mi ser lo ansiaba.

Estaba transformada en un puñado de nervios, por ello tal vez en un torpe momento intenté sin convicción zafarme de sus brazos, cuando en realidad necesitaba tanto como él entregarme a aquel mágico momento.

Finalmente entre la negativa y el deseo, el miedo y lo fascinante, cerré mis ojos y dejé mis temores a un lado.

Mi Lorenzo, mi sueño, mi deseo más oculto, ahora tan mío. Cobijada bajo su cuerpo me sentía fuera del mundo, cada roce, cada embestida, su rostro apasionado y su mirada enloquecida me estremecían, me deslumbraban.

De pronto, su bestial locura transformó mi cuerpo en una hoguera, sus manos incansables, tan vulgares a ratos, dejaban marcas de fuego en cada espacio que tocaban. Arañé con fuerza su espalda casi sin darme cuenta.

Me observó con una provocadora sonrisa, para luego ofrecermelo el dominio de su cuerpo húmedo. Me rendí a mis propios instintos y continué con el ritual hasta acabar con sus gemidos entre mis labios y su simiente entre mis piernas. Mi destino estaba trazado, Lorenzo estaba marcando mi vida, cada parte de mí estaba ligada a él desde ahora.

Fue la intensidad de este primer encuentro y la presión de cada suceso que antecedió a mi llegada a Santorini, lo que me oprimió el pecho por un momento. Debí vestirme rápidamente y salir al exterior a refrescarme.

El hermoso y cuidado patio interior tenía como fondo el paisaje del mar, nuestro nuevo oasis. Mientras el viento me alborotaba el cabello, me sentía como un punto minúsculo en este lugar blanco, sereno.

Todo estaba tan en silencio que podía oír el sonido enmarañado de mi respiración y el pulso del corazón perturbado a causa del poder con el que mi propio hermano había logrado controlar cada uno de mis actos y sentimientos.

Cerré los ojos y respiré profundo el aroma marino, sentí las manos de Lorenzo deslizarse por mi cabello antes de tomar mis hombros y girarme hacia su cuerpo con autoridad.

—¿Estás bien? —preguntó, levantando con sus dedos mi mentón, en un intento por concederme algo de calma.

—Esto no es normal, esto no puede estar pasando —dije en forma dolorosa. Quise arrodillarme a increpar a un dios lejano a esas alturas, pero él no lo permitió. Enérgico, tomó mis manos y me levantó para amparar mi llanto sobre la tibieza de su abrigo, y aquel aroma de su piel que colma todos mis sentidos me obligó a permanecer inmóvil, me resigné al impulso de sentir el surco alucinante de sus labios entreabiertos sellando los míos con el ansia de este huracán de sangre que me duele, horrible lucidez que asciende hacia una catástrofe mayor, el amor que me arrastra, un trueno que se deja sentir sin reservas, que ruge fuerte frente a la desnudez del universo.

—Estás loco —murmuré mientras su lengua buscaba la mía.

Grité, gemí en silencio febril y me aferré irrefrenable y ciegamente a sus escápulas.

Odio y amor, nunca conocí tan de cerca la gloria y la desdicha al mismo tiempo a causa de la infame realidad. De lo único que puedo estar segura por completo, es de estar al borde de la locura.

Nos separamos agitados. Mis ojos permanecían congelados sobre el paisaje, mientras él acariciaba mi cabello dulcemente, intentando convencerme de mantener la calma.

—Este lugar tiene mucho de nuestro monte —dijo, esparciendo su aliento sobre mi cuello—. Antes se llamaba Santa Irene, ¿sabías? Fueron mercaderes venecianos quienes la llamaron así en honor a la patrona de la isla Santa Irene de Tesalónica.

Observé sus labios moviéndose en calma mientras me hablaba.

—¿Sabías que esta isla tiene la forma de una media luna? —dijo sonriendo con los ojos.

—No, no lo sabía —sonreí aún con lágrimas al escucharlo tan apasionado, enseñándome su nuevo mundo. Me abrazó por la espalda y acarició mis mejillas con su rostro.

—¿Ves el cono que sobresale de la caldera? —indicó hacia el terruño justo frente a nosotros. Seguí su indicación y sonreí ante la belleza de la pequeña isla a contraluz. Me volví hacia él para mirar sus ojos y descansé mi rostro en

su pecho.

—Los atardeceres en Santorini tienen fama, son maravillosos —murmuró rozando mi cuello con sus labios—. Podríamos apreciar el primer *tramonto* juntos hoy.

—Claro, estoy ansiosa por ver el atardecer a tu lado.

—Pensaba llevarte a visitar la tumba de nuestro padre uno de estos días —murmuró Lorenzo sin mirarme.

Suspiré angustiada, imaginando lo que hubiese pensado don Pietro de haber descubierto que sus dos únicos hijos vivían tan desafortunada historia de amor. Me mantuve en silencio por un instante.

—Puedo suponer lo que estás pensando, Antonia. —Lorenzo miró al horizonte y estiró sus labios, dubitativo.

—No me siento preparada para llegar allá de tu mano —dije entristecida.

Volvió su rostro hacia mí y me analizó con seriedad.

—¿Te sientes avergonzada de amarme? —preguntó mientras apartaba el cabello de mi frente.

—No. Es solo que frente a la tumba de nuestro padre... —me silenció unos instantes—. He estado pensando en qué decirle a nuestra madre, Lorenzo.

—¡Nada! No debes hacer nada por ahora —interrumpió—. En primer lugar, ella jamás vendría por ti, sería como dar de comer a puercos insaciables, más cuentos y más embustes para saciar al pueblo, además de dar a conocer públicamente que algo no muy bueno está sucediendo contigo. —Sonrió—. No, ella no dará ese tipo de señales frente al mundo. Confirmar de cualquier forma lo nuestro sería provocar una catástrofe dentro de la sociedad «refinada» de Foggia. Además, estoy seguro de que no quiere ver la realidad, ni menos intentaría reconocerla. Sin contar que ella, ahora sin mi padre, no juzgaría jamás mi actuar, no querría discutir conmigo.

Repentinamente, Lorenzo decidió cambiar el rumbo de nuestra conversación.

—Antonia, necesito hablar contigo de otros asuntos.

Lo observé sonriente, esperando que al fin me propusiera ser su esposa. Estábamos lejos de Foggia, el peso de la Iglesia en la península era absoluto, y con el correr de los años pasaba de una total imagen de doble moralidad — con el nacimiento del hijo del papa Alejandro VI y Lucrecia, su propia hija— hasta sostener una férrea e insólita postura moralista.

—Escucha, prometí que te amaría siempre y es lo que he hecho, créeme que

así es. Pero hay algo que es aún más importante que comprendas. —Hizo una pausa algo incierta—. No sé si estás preparada para esto.

Su tono de voz me preocupó. Permaneció en silencio algunos minutos mientras observaba el paisaje. No podía comprender aún lo que quería decir, siempre supe que el hecho de ser hermanos nos condenaría donde quiera que habitáramos. Tal vez nunca podríamos casarnos como yo tanto anhelaba, mis ilusiones comenzaban a desvanecerse.

Mientras pensaba en ello, tres personas aparecieron en el portal de la salida al patio. Una de ellas, una mujer, traía entre sus manos un ramo de flores, mientras las personas que parecían ser sus criados, traían consigo canastas llenas de, lo que a simple vista, parecían exquisiteces.

—¿Tenemos una celebración? —indagué extrañada.

—Es para ti —dijo sonriente, pero aún con la mirada inerte perdida en el mar.

La mujer, espigada, de tez pálida, cabello trenzado y azabache, el mismo color en sus ojos almendrados, se acercó a nosotros con elegancia abrumadora. Dejó las flores en manos de la que supuse su dama de compañía, mientras murmuraba algo cerca de su oído. Se ubicó frente a mí sonriendo. Él miraba al suelo sin poder siquiera hilar una idea, o decir alguna palabra. Debido a la inexplicable incapacidad de mi hermano de anunciar a su visita, decidí ponerme de pie para recibirla. Ella, tan distinguida, puso su mano sobre la de Lorenzo, quien la acercó lentamente hacia sus labios para besarla. Miré a mi hermano con una sonrisa confundida, esperando alguna señal. Entonces, justo cuando iba a presentarme, fue ella quien tomó la iniciativa.

—Antonia, qué alegría conocerte. Soy Grazia, la esposa de tu hermano —me aclaró con una impaciente sonrisa.

Mi rostro debió verse descolocado. Pensé que perdería el control, pero al revés de aquello, intenté permanecer inexpresiva, y aunque el impacto que esto provocó en mí logró desvanecerme, nada de esto consiguió derrumbarme. Grazia se acercó apresurada llamando a sus criados para ayudarme a llegar a mi habitación, mientras mi hermano, con ojos visiblemente apesadumbrados, solo pudo pedir para mí un vaso con agua para aliviar mi «cansancio».

—Creo, hermana, que el viaje te tiene muy agotada. Debes descansar un momento antes de la merienda. ¿Renzo te mostró tu habitación?

—¿Mi habitación? —Estaba entre confundida y molesta, increíble y

ridículamente molesta por cómo ella lo llamó.

Además, ni siquiera sabía si la habitación en donde recién me había entregado a él era la mía o la de ellos. Lo único que sabía era que todo este tiempo había vivido de una miserable ilusión. No solo había bloqueado en mi mente nuestro vínculo de hermanos, a ello debía además sumar su unión con otra mujer, aun cuando decía amarme tanto. Lo más ingrato de toda esta patética historia era que yo no tenía a nadie en el Monte Sant'Angelo, ni en algún otro lugar de Foggia para regresar. Alessandro debía odiarme por el desprecio del que fue víctima, y mi madre, simplemente a estas alturas no debía ya considerarme como su hija.

Al llegar a la habitación en donde consumamos nuestro amor, Grazia me confidenció que Lorenzo había dado órdenes precisas de adaptarla especialmente para mí. Se notaba que los criados habían borrado los restos de nuestro encuentro, tendiendo la cama y dejándola tal como la hubiera visto antes. Ahora la habitación se mostraba más luminosa, con el gran ventanal frente al mar, los libros apostados ordenadamente sobre una mesa, el aroma de la vainilla, la canela, el comfortable sillón mecedor, todo lo que pudiese hacerme sentir como en casa, libre y a gusto.

—Nada de lo que hay aquí es casualidad, Antonia, Renzo quería esta habitación para ti.

Me irritaba tanto que lo llamara así.

—¿Por qué lo llamas Renzo? —dije intentando parecer amable.

—Oh, eso es algo íntimo en verdad. Solo lo llamo así en casa, o cuando estamos solos, cosas de los dos. —Sonrió mirando hacia el suelo, avergonzada.

Su respuesta logró pasar el límite de mi tolerancia y me encontré golpeándola, arañándola con fuerza, y tirando de sus cabellos, tan perfectos y cuidados.

—¿Te molesta? —me miró confundida. En seguida reparé en que mi cabeza había trabajado muy rápido.

—No, no, solo me parece extraño. En Foggia y en casa nadie lo llama así, y yo siempre he sido la más cercana a él. —La miré a los ojos con el ceño levemente fruncido.

Ella sonrió suponiendo que tal vez yo estaba celosa porque Lorenzo ahora tenía una esposa que suplía en parte la confianza que tenía conmigo.

—Tu hermano deseaba tanto que llegaras —dijo interesada en hacerme

sentir bien—. Estaba celosa al principio de que fueras tan importante en su vida, pero llegaste para alegrarnos. Hemos deseado tanto tener hijos...

La miré desconcertada.

—...Y quieren que actúe como si yo lo fuese...

—Él te quiere como a una hija. Siempre me habló de ti con tanto amor, que no podríamos sino adoptarte como tal, y luego de la muerte de tu madre, se hizo evidente que debíamos traerte pronto a casa. Era lo único que él quería.

—La muerte de mi madre... —repetí al borde de la risa.

—Escucha, hermana, hay un pianoforte en la sala, es mío, fue un regalo que mi padre me dio cuando tenía tu edad. Lorenzo siempre dice que eres una virtuosa con la música. Puedes disponer de él cuando quieras.

«Nunca», pensé, «no voy a tocar tu maldito pianoforte jamás». Le sonreí dolida y en el más absoluto silencio asentí para darle una respuesta.

Quería llorar, gritar, salir de esa casa, pero me mantuve firme.

Suspiré exageradamente y cerré los ojos, luego me volteé hacia el ventanal sonriendo por lo absurdo de la historia, lo irracional del escenario en el que me encontraba. Miré hacia abajo y pude observar a Lorenzo, aún inmóvil sentado frente al mar.

Antes de disponerme a bajar a la merienda, Giulianna trenzó mi cabello, dejando algunos bucles libres, me perfumé, y di algo de color a mis labios. Sabía que en su interior hubo algo de paz al enterarse que Lorenzo ya estaba unido a otra mujer, pero no se atrevió a mencionarlo. Intenté mantenerme serena y muy decidida a permanecer firme. No quería que Lorenzo me viera quebrantada como cuando me enteré de su unión con esa mujer. Mientras cenábamos en completo silencio, ideé la forma de escribir una carta a Alessandro sin que mi hermano lo supiera.

Mi dolor y humillación eran tan grandes que prefería salir de allí cuánto antes y asumir mis culpas en el monte.

Lorenzo me observaba fijamente como intuyendo mis pensamientos.

—Quiero llevarte a caminar luego de la merienda, el otoño se ha comportado en forma especial últimamente, el atardecer se toma su tiempo y al anochecer la luna ha estado más visible que de costumbre, sé que va a gustarte, podemos pasar la tarde juntos hasta antes de que anochezca incluso, tenemos tanto de qué hablar. —Parecía casi rogarme por una respuesta afirmativa.

—Me siento realmente cansada, hermano, no sé si quiera en verdad.

Sus ojos llenos de culpa me entristecieron. Aun así permanecí con una fría sonrisa en mis labios, sin titubear.

—Tu hermana está cansada, Renzo, tal vez mañana...

—¡No he pedido tu opinión, Grazia! —gritó furioso dando un golpe en la mesa.

El fuerte sonido de los platos golpeándose entre sí, me sobresaltó. Nerviosa, bajé la vista con un extraño sentimiento, entre temor y gusto. Grazia era una mujer muy dulce, pero no sentí remordimiento por el trato que le acababa de dar mi hermano.

Ella bajó la mirada y pidió permiso para levantarse de allí. Lorenzo no le dio la cara. Parecía furioso, solo asintió y esperó a que ella saliera de la sala. Miró severamente a Vittorio.

—Déjanos solos, no quiero interrupciones, y en adelante no quiero a nadie cerca de mí cuando tenga que conversar con Antonia a solas, así como tampoco quiero que alguien entre a su habitación sin mi consentimiento, menos durante las mañanas. Está prohibido, incluyendo a Giulianna.

—Como usted diga, señor. Lo haré saber a todos.

En el instante en que Vittorio cerró las puertas de la sala, Lorenzo se levantó de su lugar y puso sus manos delante de mí sobre la mesa. Solo en entonces descubrí que en su mano izquierda había una sortija de alianza.

—Soy una estúpida —dije en voz alta mirando fijamente su mano.

—Antonia, te pido que me escuches.

—Esto fue una equivocación, yo debo regresar a casa, todavía estoy a tiempo.

—Tú eres mía.

—Yo soy tu hermana —le respondí.

Me destruyó con la mirada. En seguida se acercó y, de manera brusca, tomó de mi mano para arrastrarme a su lado.

—Escúchame bien, porque no volveré a repetirlo: yo no soy tu hermano, Antonia, tú eres mi mujer, fuiste mía, tu cuerpo, tu vida ahora me pertenecen. Desde hoy yo soy tu hombre, tu esposo, tengo poder sobre ti. Frente a todos yo tengo tu sangre corriendo también por mis venas, pero tú y yo sabemos lo que somos; nos amamos, sabes que te amo, más que a mi propia vida, pero no puedo expulsar a Grazia de mi lado, necesito de ella, ante el mundo, ante la sociedad. Tengo a mi esposa y no puedo dejarla para casarme contigo, lo sabes, toda nuestra lucha se perdería. Pensarían que estoy demente.

—¿Y no lo estás?! —dije con lágrimas en los ojos.

Se aferró a mí, atormentado. Sus manos me acariciaban la espalda con inquietud.

—No lo sé... —Hizo una pausa que conmovió mi alma, y luego continuó—. Estuve loco cuando no venías, cuando no sabía nada de ti, cuando me escribiste esa carta sin un solo te amo, cuando mi madre mandó escribir informando que al fin te casarías con el doctor Biava. No sabía si ya me habías olvidado, después de todo eres aún joven y tenías a un novio esperando enamorarte.

Estaba confundida, vulnerable. La única certeza que tenía era que no quería continuar con esto, quería desaparecer, pero la fuerza con la que él me atraía era más fuerte de la que yo podía sopesar.

—Necesito saber qué es lo que va a pasar ahora, cómo debo actuar.

—Primero, tu habitación será «nuestra». No dormirás sola allí.

No podía creer lo que estaba oyendo. Era una verdadera locura, no lograba imaginar cómo haríamos la vida de la que me hablaba sin que Grazia desconfiara.

—¿Cómo pretendes hacer eso?! ¿Y Grazia?

—No tengo un plan. Ella es mi mujer, debe saber callar. Además, no será la primera cuyo marido tenga una amante —dijo endureciendo su voz.

Hubo un silencio forzado entre ambos, luego sentí la necesidad de decir algo que rompiera el frío.

—Escucha, si ella vuelve a llamarte Renzo frente a mí, no sé qué voy a decir. No lo soporto, debes advertirle que ya no te nombre de esa forma.

Lorenzo rió ante mi impulsiva petición.

—Solo de ti podía esperar tanto caos en tu cabeza. Estás pensando mil cosas a la vez y luego lanzas todo en una misma idea. —Suspiró con fuerza intentando dejar de reír—. Pues bien, ya que tienes tanto qué decir, vamos a salir de aquí para apagar esa mente «dispersa».

—Soy igual a ti —repliqué molesta.

Tomó de mi mano para llevarme al coche. El viento jugaba con su cabello, y él, en un intento por quietarlo, utilizó un sombrero que le confería un aspecto mayor, en el que advertí la no tan sutil diferencia de su pálido semblante desde la última vez en Foggia hasta aquí. Me detuve en su rostro hasta que dio la orden de salir con rumbo, para mí, desconocido.

A muy poco andar, nos adentramos en un sendero sombreado. Las casas

desaparecían a medida que avanzábamos, hasta encontrarnos inmersos en la ruta rodeada por arbustos de vid. Las rocas me mostraron el fin del camino y lo que venía luego del vacío.

—¿Acantilados? —pregunté asombrada.

Lorenzo me guió de su mano hacia el borde. Desde arriba, el sonido, aunque muy tenue, era maravilloso, embriagante. El reflejo del sol comenzando a desvanecerse hacía parecer la inmensidad del mar como un enorme espejo anaranjado, un lugar lleno de diamantes sobresalientes.

Estaba atónita. Él sabe perfectamente lo que amo, lo que me sorprende, lo que me calma, los sonidos, las sensaciones, todo lo que me hace feliz.

—En la antigüedad, este acantilado servía como método de ejecución —dijo y sonrió encantado por la fascinación que provocaba en él contar historias—. A la víctima se le daba a elegir entre cometer suicidio, forzado, claro, o enfrentarse alternativas peores: la ejecución pública, con su tortura previa, como corresponde, o bien la muerte o algún daño a familiares o amigos. En el caso de adulterio, por ejemplo, cuando el delito era cometido por la mujer, una vez descubiertos los «amantes ocultos», existían sólo dos alternativas: ser lapidados por el pueblo, o venir a este acantilado y lanzarse por su propia cuenta. Morir por amor —susurró cerca de mi oído.

—Es un poco sórdido, ¿no? —dije mirando hacia ambos lados.

Rió contenido, mirando al cielo y arqueando dramáticamente una ceja.

—¡No estarás buscando fantasmas, Antonia!

—¡Claro que no! —musité avergonzada.

—Giulianna es la que te hace creer en esas majaderías, estoy seguro. —Sonreía mordiendo sus labios, divertido—. Este lugar es tan romántico, pasional si quieres. Sacrificarse por quién amas, esa es una de las muchas cosas a las que yo estaría dispuesto por ti —dijo acercándose peligrosamente a la orilla.

—¡Ten cuidado! —grité rompiendo el murmullo de aquel paisaje.

Lorenzo se volvió hacia mí, riendo. Tomó de mi cabello despeinado por el viento y me besó tan largo que por un momento perdí la noción del tiempo.

—¿Quieres volver a casa? —dijo sin despegar sus labios de los míos.

—No estoy segura de querer esperar la noche aquí hoy, tengo frío en realidad, pero quiero regresar. Este lugar está tan cercano a nuestra casa, podría caminar aquí con Giulianna uno de estos días.

—No lo creo. —Sonrió con sus labios exageradamente estirados—. Este

será nuestro lugar y volveremos juntos, lo prometo.

Al anochecer, en la soledad de mi habitación, me di cuenta de que las noches en Santorini son similares a las del Monte Sant'Angelo. Este lugar me concede esa sensación de paz que surge como un preciado consuelo en momentos de inquietud. Di muchas vueltas en la cama antes de la llegada de Lorenzo a mi habitación. Pensaba en que tarde o temprano Grazia sabría la verdad. Eso suponía otro muro para nosotros.

Pasé aquel primer amanecer en trance, anclada a su rostro dormido. Desde hacía mucho tiempo no me sentía tan segura, tan feliz, y aunque no sabía si esta era realmente «la felicidad», estar entre los brazos de Lorenzo me tranquilizaba, me hacía sentir inquebrantable, triunfante y protegida.

Con el pasar de las semanas, Grazia me convirtió en su mejor amiga. A ratos me quiebra la conciencia, o lo poco que me queda de ella, esa dulzura con la que me trata, sin sospechar que la mayoría de las noches, fingiendo exceso de trabajo, Lorenzo viene a mi habitación para cumplir con su papel de esposo.

Quisiera sentir afecto por ella, lo intento, pero es inevitable el desprecio que emerge de todo mi ser a raíz de su presencia.

Irrumpe en todo momento, haciéndome partícipe involuntaria de sus inseguridades, el maldito amor que siente por mi hermano y su odioso deseo de convertirse en la madre de sus hijos.

Hay días, como este, en que quisiera hacerle ver mi hostilidad, o tal vez gritar en su fastidioso dulce rostro el amor que siento por Lorenzo. El amor que ambos sentimos.

Para empeorar mi ánimo, Vittorio apareció en la sala trayendo noticias de Foggia.

Tras él, Grazia y su sonrisa eterna.

—Hay una carta, viene desde el Monte Sant'Angelo para usted.

Abrí los ojos exageradamente, rogando con la mirada que no continuara con su anuncio.

Sabía que esa carta podía tener solo una procedencia: mi madre.

—Gracias, Vittorio. —Sonreí tan fingida, apresurada para arrancar de cualquier forma esa carta de sus manos.

Una vez logrado mi cometido, la doblé la máxima cantidad de veces que pude, nerviosa.

Grazia quiso indagar.

—Debe ser de Alessandro —advertí, atosigada
Cansada de tapar mentiras con más mentiras.

Vittorio no había notado que tras sus pasos asomaba también «la dueña de esta casa», por lo que inclinó su cabeza y retrocedió para salir del lugar, un poco abrumado.

—¿Quién es Alessandro? —Grazia sonrió algo confundida

—Es mi novio, es decir, fue mi novio, debí terminar ese noviazgo para venir acá. —No sabía qué decir, ni si estaba bien nombrarlo. A estas alturas ya no sabía si Lorenzo iba a molestarse por esto o si era una buena idea para desviar cualquier suspicacia que pudiese surgir.

—¡Tienes un novio! —Su curiosidad se transformó rápidamente en entusiasmo—. Cuéntame, nunca me has hablado sobre esto, hermana.

—No puedo, Grazia, recordar a Alessandro me hace mal, estoy lejos de él.

—¡Antonia!, era tu novio, ¿qué impidió que se casaran, por qué no estás con él allá?

—Yo debía venir acá —titubeé.

—¿Qué es lo que pasa contigo! ¡Somos amigas, confía en mí!

Mis palabras carecían de sentido, cada vez que daba algún argumento a sus preguntas, sentía el peso de la mentira sobre mis hombros. Ella me miraba dudosa y yo sentía que en cualquier momento desistiría de continuar fingiendo. Debí simular desolación para que dejara de importunarme con sus preguntas. Sin embargo, en vez de salir de la sala, se ubicó frente al ventanal y suspiró antes de volver a hablar.

—Antonia, yo venía a desahogarme, aunque veo ahora que no es un buen momento...

Pensé que si la dejaba hablar podía olvidar por ahora el tema de Alessandro.

—Por favor, dime —hablé con interés—, debe ser algo importante.

Dudó por algunos instantes, pero luego se dio la vuelta para quedar de frente a mí.

—A veces pienso que Lorenzo tiene una amante —suspiró afligida.

La miré desconcertada, algo avergonzada. Me tragué la inquietud y sonreí con la mejor cara que pude mostrar. Mi vergüenza ya no tenía límites.

—Otra mujer, hermana —repitió tal vez para oír de mis labios algo que la tranquilizara, o quizá para advertir en mi rostro alguna pista.

—No lo creo, Grazia —dije, evadiendo su mirada.

Sentí vergüenza de preguntar algo íntimo, aunque quería saber más. Ella

tomó de mis manos y me vio directamente a los ojos, y por un instante estuve segura que ya había notado algo extraño en mi relación con Lorenzo.

Brusca, volví a quitarle la mirada intentando esconder sin éxito la incomodidad que me provocaba toda esta situación.

—¿Sabes que él está componiendo algo en el pianoforte? Es hermoso, lo he visto sufrir al inspirarse en aquella melodía. —Guardó un silencio doloroso—. Está plasmando en ella una vivencia, algo que desconozco, es un poema hecho partitura... y no es para mí.

—¿Cómo lo sabes? Es probable que nada más no te lo haya dicho.

—No... él no quiere que me entrometa en ello, no me quiere cerca cuando está en el pianoforte. No he podido jamás acercarme a esa partitura... pero tú sí.

Mi rostro se encendió de súbito dejándome en evidencia.

—Tal vez sea una sorpresa —dije en forma tosca, y sin mirarla a la cara, intentando desligarme de cualquier forma de la situación.

—Sin duda lo es... una sorpresa claramente, pero no de las mejores, el día en que sepa quién es la destinataria de tanto amor, yo tendré mi sorpresa....

No pude alzar mis ojos hacia su rostro.

—¿Él no te ha mencionado nada?

—Nada.

Me volví hacia el ventanal para intentar refrescar mi rostro. La escuché resoplar, resignada.

—No es un buen momento, Antonia, estás aún desconcertada con esa carta.

—Grazia, debo pedirte que no hables de Alessandro frente a Lorenzo, por favor.

Asintió sin decir nada y se retiró de la sala dejándome con el peor de los sentimientos cargando mis hombros.

Abrí sin esperar más tiempo esa maldita carta. No estaba equivocada. Ella sabía perfectamente que yo estaba con Lorenzo.

«Tuviste el arrojo de pasar sobre mí, sobre el honor de nuestra familia, incluso sobre Alessandro Biava, para irte tras tu propia sangre, Antonia. No mereces llamarte mi hija.

Desde el día en que decidiste salir del hogar que tu padre y yo construimos, del hogar en que fuiste criada como una princesa, no tienes el perdón de Dios, ni menos el mío. Para mí ya no eres una Castiglione.

Ambas sabemos a qué fuiste a Grecia, siguiendo a tu propio hermano, ambas y todo el Monte Sant'Angelo lo sabe.

Esta es nuestra vergüenza.

No puedo comprender aún qué pasa por tu cabeza, qué pasa por la cabeza de tu hermano y sobretodo, qué hay dentro de la cabeza de Julianna. Ella está a cargo de ti, y ahora también deberá hacerse responsable de tu inconsciencia.

Sin embargo, aún espero una explicación de Lorenzo, si él lo desea, como el hombre de esta familia, puede enviarte de regreso con alguna buena excusa, algo que explique tu comportamiento sin que proliferen todavía más las dudas hacia su relación y que acabe de una vez con la mancha que nos deshonra como familia.

Hazle saber a Lorenzo.

Enriqueta.»

Esperé largo rato a que mi hermano apareciera en casa. Al cruzar el umbral de la puerta, me arrojé a sus brazos para llorar. Había sido un día pesado, un día para olvidar del todo.

—¿Que es lo que pasa? —Sus manos suaves rozaban mis mejillas mientras hablaba.

—Llegó esta carta desde Foggia.... De nuestra madre, Lorenzo.

—¿La envió para ti? —preguntó extrañado.

—Sí, tal vez para advertirme que no puedo engañarla, que ya sabe que estoy aquí contigo.

—Eso es claro —dijo arqueando una ceja—. Ni siquiera tuvo la delicadeza de guardarse algo, no sabemos quién escribió esto, lo único claro es que la persona que lo hizo ahora también lo sabe. Nuestra madre perdió el buen juicio.

Demoró poco tiempo en leer y luego me abrazó con tranquilidad.

—Olvida eso, debió ser Carlo, no hay alguien más que él en casa, que sea de tal confianza y que además sepa escribir. Él nunca hablaría de nosotros con otras personas. Ha recibido mucho más de lo que podría siquiera soñar algún criado. Nuestro padre lo tiene muy bien posicionado. ¿Sabes que dicen? —Gesticuló en forma exageradamente despectiva—. He oído que él es una especie de «hermano nuestro». —Fruncí el ceño confundida—. Sí, el hijo de nuestro padre vaya a saber con qué mujerzuela —dio un suspiro hondo— Mantente tranquila...Tú no vas a ninguna parte. Voy a esperar a que todo esté más calmo y escribiré algo para ella, algo que la tranquilice. ¿Alguien más aquí sabe de esta carta?

—Grazia —dije, mirando hacia la nada—. Pero no sabe de qué se trata, ni menos que es de nuestra madre. Intenté desviar su atención con otra historia. Pero hay algo más —arqueó una ceja aguardando mis palabras—ella cree que tienes una amante, vino aquí a decírmelo justo cuando Vittorio traía esa carta.

Lorenzo sonrió y me besó apaciblemente.

—Esta noche no dormiré contigo. —Sonrió, entrecerrando los ojos—. Hoy vamos a silenciar los pensamientos de Grazia.

—No, no quiero estar sola...

Lorenzo puso sus dedos en mis labios y me besó en la frente.

—Está decidido. Llamaré a Giulianna para que te haga compañía esta noche si lo deseas.

Me sentí acorralada. Sola.

Deseaba que el día acabara pronto.

Algo se rompió aquel día entre Grazia y yo. Algo tal vez imperceptible, pero sin lugar a dudas fue desde aquel día en que la complicidad y la confianza excesiva que ella había depositado en mí, comenzó a disiparse, sin más. Tantos errores, la poca previsión de mis palabras, de mis actos.

La misma razón por la que nos habíamos unido tanto, hoy comenzaba a separarnos entre un mar de dudas.

Conforme pasaban los días y en forma paulatina, la candidez de Grazia se tornaba en una actitud adversaria, buscando instancias para «atraparme» con presunciones.

A pesar de ello, intentaba trabajosamente mantener conmigo una relación fingida y maternal. Mientras yo pretendía mantener la armonía, Lorenzo vivía su vida adherido a mí, cada día, cada noche, en la conversación y en el silencio. Lo nuestro ya no daba espacio a la duda. Las instancias se acababan y ya no estaba segura de qué debía hacer.

Maria

[Ritornando]

Tan pronto comenzaba a amanecer, los primeros rayos de sol se filtraban entre los bordes del cortinaje, posándose directamente sobre mi rostro. Aún me encontraba entre los brazos de Lorenzo. Intenté incorporarme, pero al moverme solo conseguí avivar una excesiva sensación de repugnancia. Había oído ruido afuera, aunque para mi favor, estaba estrictamente prohibido a todos entrar en mi habitación durante las mañanas, y nadie, en absoluto, desobedecía esta instrucción.

Algunos de los amigos de Lorenzo, italianos exiliados, vendrían con sus esposas a casa esa noche para compartir una cena. En Santorini convivíamos un grupo extenso de italianos y casi no compartíamos con los nativos de esta isla. Era común entre ellos realizar este tipo de reuniones en donde las mujeres se esforzaban para aparentar riqueza frente a las demás, en especial cuando correspondía ser la anfitriona. En este caso no solo brillaba la apariencia, sino también la casa. La ostentación se debía observar en la mesa, en donde la exhibición de las copas de fino cristal de bohemia y la pomposa vajilla de porcelana de Sèvres debía ser cuidadosa y pulcra. Por este motivo, el trabajo de la servidumbre comenzaba muy temprano por la mañana.

Mi hermano dormía plácido prácticamente tendido sobre mi cuerpo, las náuseas se hicieron cada vez más insoportables y decidí despertarlo para tomar algo de aire y detener mi malestar. Afuera el ajetreo se hacía también insostenible, debíamos dejar el sueño en aquel momento para evitar más sospechas.

Lorenzo reaccionó sin abrir del todo los ojos y se levantó de la cama casi dormido. Mi estado de vértigo se acrecentó al acercarme a la ventana. Traté

de respirar con lentitud, para que la sensación se apaciguara, pero no logró el efecto deseado.

—Ya estás despierta, ¿vas a bajar a desayunar?

—Tal vez iré más tarde, no sé bien lo que me pasa, la cena ayer me supo un poco extraña.

Mi hermano se levantó de la cama y se acercó hasta mí, atenazó mi mentón guiándolo hacia su rostro.

—Estás muy pálida. Pediré a Giulianna que prepare algo para que te sientas mejor.

Mi estómago me estaba jugando en contra y me sentía más adormecida que de costumbre, pero a medida que respiraba frente a la ventana abierta, se calmaba lentamente mi malestar. Esta podría haber sido una buena excusa para faltar a la reunión, pues las magnificencias y aires de grandeza de Grazia no me provocaban el más mínimo entusiasmo. A decir verdad, ella ya no era la misma de antes. Habían pasado casi tres meses desde mi llegada y esperaba en cualquier minuto alguna provocación de su parte, creo que solo por temor a Lorenzo no lo había hecho, pero sus celosas e incrédulas miradas estaban logrando cansarme.

Durante el día mi letargo fue excesivo, por lo que después de la merienda de la mañana debí retirarme a reposar. Tampoco tenía el suficiente aliento y disposición de permanecer allí, participando de los derroches de la mujer que mi hermano eligió para encubrir su amor por mí, después de todo era ella quien disfrutaba del sitio que yo merecía.

El frío de la tarde me hizo despertar a la fuerza. Giulianna me había abrigado pero no me sentía bien. Me dispuse a arreglar mi cabello para bajar a la cena cuando Lorenzo apareció en mi habitación. Siempre quería cerciorarse de que estuviese espléndida y no tan atrevida para presentarme frente a personas extrañas. Me apresuró a bajar a la sala, pues los invitados se encontraban ya en casa, muchos de ellos amigos de mi padre. Querían conocerme también y Lorenzo amaba lucirme en las reuniones, como obra de su propia creación.

Bajé un poco aturdida al salón del comedor. El ambiente estaba contaminado de olores entre suciedad, perfumes y comida. Esto me hizo retroceder. Intenté con firmeza retener las ganas de vaciar mi estómago. Giulianna tomó finalmente de mi mano y me arrastró al salón del piano para ayudarme a reponer.

—¿Qué pasa? ¿Está bien? —dijo preocupada, secando con un pañuelo húmedo el sudor que recorría mi cuello.

—Sí, déjame, me siento bien —le dije, asintiendo molesta—, desde hace días estoy un poco aquejada del estómago, pero se acrecentó ahora. Debe ser que las mujeres aquí al parecer no quieren imitar a la realeza y prefieren que las grasas protectoras del cuerpo permanezcan allí, intactas.

—El baño es solo para las criadas. —Rió.

—Pues yo prefiero darte trabajo, además mi piel se ve más clara y suave.

Giulianna iba a continuar indagando, pero Grazia interrumpió de súbito en el umbral de la puerta.

—Tu hermano te necesita. —Hizo una pausa para observarme—. Había olvidado que eres parte de la hermosa exhibición de esta casa, Antonia. Estás pálida. —Sonrió despectiva—. Intenta reponerte y ve a la sala.

Se dio la vuelta y nos dejó allí solas.

Giulianna me miró preocupada. Tomó aire para comenzar el sermón, pero no la dejé hablar.

—Vamos, no tengo ganas de decir nada. Estoy enferma, nada más.

Caminamos hacia la sala de comedor y di un gran suspiro antes de entrar para retener de alguna forma la brisa que circulaba por el corredor. Una vez sentados alrededor de la succulenta cena, Grazia decidió iniciar la afrenta.

—Estás muy silenciosa hoy, *hermana*, tu hermano y yo estamos preocupados pensando en encontrar un novio para ti y así verte como anfitriona pronto. —Sonrió—. Lorenzo dice que jamás has tenido un novio, me parece extraño que no recuerde a Alessandro.

El rostro de mi hermano pareció desencajarse, sin embargo respondí a la provocación de Grazia sin temor.

—Lorenzo olvida demasiado pronto las cosas importantes —lo miré directo antes de continuar.

No era algo que se hablara sin reservas en una cena, menos con visitas ajenas al núcleo, pero ella quería humillarme abiertamente, era innegable.

—Sí, estuve de novia antes de llegar acá, con el doctor Alessandro Biava, te lo conté hace algún tiempo.

Grazia continuó mirándome con una ceja levantada.

—Nunca me has querido hablar sobre él, *hermana*. —Me examinó sin vergüenza alguna—. ¿No le has contestado esa carta?

—¿Carta? —Lorenzo volvió la vista hacia mí intentando moderar su

cólera.

—Sí, Lorenzo, la carta que llegó desde Foggia hace un par de meses.

—Oh, esa carta.

Grazia esperaba que continuara mi relato. Le devolví la mirada y proseguí.

—Tuve que viajar acá y él nunca lo comprendió. La verdad es me provoca algo de dolor hablar sobre él, no es agradable.

Lorenzo estaba exasperado. No había encontrado aún el momento preciso para cortar el tema de forma definitiva. Al fin, aclaró su garganta y se dirigió a Grazia.

—Creo, esposa mía, que este no es un tema para tocar ahora mismo. —
Contenía la ira y simulaba apenas un guiño de sonrisa. Su gesto de desaprobación silenció por un momento a Grazia, quien solo frunció sus labios.

Uno de los invitados, intentando liberar a Lorenzo de aquel incómodo momento, alzó la voz para cambiar el tema refiriéndose a asuntos de política. Al cabo de algunos minutos, todos los sonidos se fundieron. Las conversaciones se fueron perdiendo para dar paso a un solo gran murmullo. Mis oídos se cerraron bruscamente y ya no me sentía en condiciones para mantenerme allí. Me levanté de la mesa, atosigada por los olores mezclados de las comidas y las personas que allí se encontraban. Giulianna me siguió a la habitación, pero Grazia también tomó parte en ello y subió tras nosotras a paso raudo, hasta que pudo detenernos al llegar al final de la escalera.

—Necesito hablarte —dijo tomando con fuerza uno de mis brazos.

Asentí con desgano sin dejar de caminar, solo quería que terminara pronto su reprimenda y así alejarla lo antes posible de mi espacio.

—He notado que estás un poco extraña, ¿tu período ha sido normal?

—¿A qué te refieres?

—No he visto que necesites compresas, no te he visto enfermar, no has permanecido en cama jamás desde tu llegada. ¡No enfermas nunca! Cada día que has pasado en esta casa ha sido en absoluta normalidad. ¿Hay algo que hayas hecho en Italia de lo que no nos hayas hablado?

—¡No, Grazia! —exclamé volteando mis ojos al cielo e intentando soltarla de mi brazo.

—¡Óyeme, Antonia! No estás bien y tú sabes de lo que hablo, ¿cuánto tiempo ha pasado desde que no tienes tu período?

La miré nerviosa y entré en la habitación con la cabeza inclinada, tragué la

saliva acumulada en mi boca para luego intentar hilvanar alguna idea, inferir alguna palabra, pero fue inútil. Mis labios estaban sellados, inmóviles.

—¿Quién fue, Antonia? —insistió, agobiándome—. ¿Fue ese novio que dejaste en Foggia acaso? ¿Alguno de los criados?

—¡Déjame! No sé de qué hablas —dije al fin.

—No quiero ni pensar en más alternativas, solo me queda una y es repugnante.

Me senté en la cama al borde del colapso, pero ella me levantó por el brazo.

—¿O tal vez fue tu «hermano»? —La palabra salió de su boca como una burla.

Lorenzo irrumpió en mi habitación, alertado por Giulianna. Grazia me había acorralado y ni siquiera yo estaba completamente segura de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué es esto, Grazia? ¿Por qué estás tratando así a mi hermana?

—¡Tu hermana está preñada! ¿No lo sabías? —Lo miró furiosa—. Yo necesito saber si ese niño es del italiano ese del que hablamos hace unos instantes o de uno de nuestros sirvientes. Ella jamás ha salido de esta casa y hasta donde tengo consciencia, solo tú dispones de ella y de esta habitación como si fuesen parte de ti.

Lorenzo se me acercó y tomó mi mentón con delicadeza, confundido, sin saber cómo hablar.

—Mírame...

Alcé la vista y le sostuve la mirada.

—¿Es cierto eso?

No supe cómo responder. Bajé los ojos y comencé a llorar. Nos quedamos en silencio un momento que pareció eterno. Un hijo era lo que menos esperábamos.

—Tengo miedo, Lorenzo. Sabía que algo extraño sucedía, pero no podía saber qué era, cómo podría saber esto...

Grazia rió con fuerza y miró hacia el cielo.

—Ustedes dos no son realmente hermanos, ¿verdad?

Lorenzo se acercó a ella completamente fuera de sí.

—Ella es mi hermana, sí, y la amo, ¿estás contenta de saberlo? —dijo oprimiendo sus mejillas sin control. En sus ojos solo había ira. Estaba transformado en otra persona—. Ahora vete de esta habitación, pero no

salgas de esta casa. Luego hablaremos de esto —dijo empujándola violentamente fuera de mi alcoba.

—¡Eres un enfermo! —le gritó desde la puerta, descontrolada.

Lorenzo cruzó la puerta rápidamente y la tomó con dureza por el cabello.

—Calla —dijo con los dientes apretados—, te dije que luego hablaremos de esto. Ahora sal de aquí antes de que mi juicio se esfume por completo. ¡Tenemos invitados, no lo olvides!

Me quedé paralizada frente a la puerta, viendo la escena y en espera de lo peor.

—Tal vez alguien pueda ayudarme. He escuchado antes que hay personas que interrumpen... todo —intervine con voz apagada.

—¡De qué hablas! —Me miró con furia—. ¡Es mi hijo!

—Nosotros no podemos tener un hijo. No es normal. Nos van a descubrir —dije, desesperada.

—¡Antonia, calla! ¡Calla! No sigas, porque no quiero perder la cordura contigo. Es mi hijo de quien estás hablando, es mi sangre de la que pretendes deshacerte. No voy a permitirlo.

—Yo no quiero un hijo tuyo, Lorenzo, somos hermanos.

Alcancé apenas a terminar la frase cuando se acercó a mí con la mirada enrojecida y, sin controlar su fuerza, estrelló su mano contra mi mejilla. No habría logrado mantenerme en pie de no ser por la pared que se encontraba detrás. De inmediato quiso sostenerme para evitar mi caída, pero rechacé enérgica sus manos.

Lo miré con odio, con tristeza también.

Era la primera vez que alguien me golpeaba, pero la segunda que él me hería de esa forma. Intentó disculparse, pero ignoré su arrepentimiento.

Durante algunos días no volví a dirigirle la mirada, ni menos la palabra. Permanecí la mayor parte del tiempo recluida en la soledad de mi habitación, acompañada solo por Giulianna.

—Desde que llegamos aquí no he podido cuidarla como quisiera. Jamás hubiese consentido que esto llegara hasta este punto, Antonia, jamás estando en mis manos hubiese permitido que usted se acostara con su propio hermano. —Hizo una pausa extremadamente desoladora—. Pero él solo me permite estar con usted el tiempo necesario, no hay nada que hubiese podido hacer para redimirla de esto. Ahora es él mi patrón.

Giulianna estaba apesadumbrada. Muchas veces quiso hablar conmigo de

este tema, pero yo quería bloquear lo que ya suponía desde hace un tiempo, como si no hablando de ello pudiese borrarlo en la vida real. Ya era tarde para cualquier tipo de arrepentimiento, tenía una relación sórdida y terrible con mi hermano mayor y de aquel amor surgiría algo peor a la vista del mundo: un hijo.

Ella siempre ha permanecido cerca, pero ahora, la sentía parte de mi ser, me llenaba de cuidados a diario y me transmitía todo lo que ocurría en casa durante el día.

—Él se siente culpable. Deambula por la casa como un demente. Bebe mucho cuando nadie puede verlo. Vittorio se transformó en su pañuelo de lágrimas, él lo sabe todo también, incluso más, porque he oído a Lorenzo contarle hasta sus más profundos sentimientos. Y Grazia, ella permanece callada en todo momento, con la mirada perdida. Todo está muy mal aquí, Antonia.

Lorenzo no aparecía por mi habitación desde que se enteró de mi gravidez. Una semana exacta había transcurrido desde aquello, cuando al fin oí tocar mi puerta. Yo misma abrí para decidir si dejarlo entrar o no. Para mi sorpresa era Grazia quien se encontraba del otro lado. Puso su mano en el borde de la puerta para impedir cerrarla.

—Necesito hablarte.

La miré con desdén, pero no tenía más remedio que escuchar lo que venía a decir.

—Escucha, no es de mi agrado estar aquí, ni compartir mi casa contigo, menos que seas mi cuñada y que junto a tu hermano hayan nacido ambos desequilibrados.

—Dime qué necesitas, Grazia —dije hostigada—, es demasiado temprano para una discusión contigo... de verdad, no lo necesito.

Se abrió paso casi a la fuerza y entró en mi habitación haciendo salir con un gesto a Giulianna. Una vez que la puerta se cerró, se sentó en mi cama esparciendo su fuerte y viciado olor a flores en mi habitación.

—Quiero mantenerte informada de la decisión que tomamos con mi esposo respecto a vuestro hijo. —Intentaba mantener la calma—. Tú no quieres a ese niño y aunque lo quisieras no tienes alternativa. Ese hijo será mío, será de Lorenzo y mío, yo lo criaré como si hubiese salido de mis entrañas. Él nunca lo sabrá. Está prohibido para ti abrir la boca si no quieres dañar la imagen de tu hermano y si no quieres que además tu propio hijo te

juzgue como a una enferma, una pervertida. Recuerda que el incesto no es legal, Antonia, y peor que aquello, el que tú y tu hermano tengan una relación es una humillación para una familia que se jacta de poder y distinción. Todos deben pensar que ese hijo fue concebido por nosotros, por lo que permanecerás encerrada aquí hasta que nazca.

»Si llegas a enfermar o sentirte indispuesta, debes comunicarlo, mi familia ha tenido desde siempre un médico de cabecera, solo al doctor Risatti podría confiarle tu salud desde ahora.

Hubo una pausa hasta que volviera a atacarme con sus bajezas.

—Imagino que «tu amante» no te lo ha dicho aún, pues ahora que lo sabes, puedes estar más tranquila. Podrás disfrutar de tu vida en forma normal, como si nada de esto hubiese ocurrido.

La miré con desprecio, pero al menos sabía lo que sucedería. Antes de cerrar la puerta, se dio la vuelta para hablarme de nuevo.

—Ten claro que una vez que nazca ese niño, haré lo imposible por sacarte de aquí, Antonia. No te quiero más en mi casa, Dios te puso aquí solo para darme el hijo que necesito y así retener a mi esposo. —Sonrió complacida, pero no menos dolida.

—¿Cuál es tu plan? ¿Crees que Lorenzo te dará algún crédito si fue él mismo quien hizo lo imposible por traerme acá?

—Escúchame, niña, Renzo es mi hombre, estamos casados, Dios es el testigo de nuestra unión y quiéralo o no, lo amo. —Hizo una pausa intentando disipar el nudo en su garganta—. Él es un hombre muy respetado aquí y ahora debe a mí su permanencia en ese sitio de prestigio, porque si yo hablara podría lapidarlo junto a ti y el nombre de tu honorable e insigne familia y relegarlos a lo más recóndito de la basura, de la porquería en la que juntos están ya hundidos. Es mejor que aceptes tu destino, después de todo fuiste tú la que decidió seguirlo. Estás aun más enferma que él.

—¿Qué tantas cosas podrías hablar? ¿Te pondrías acaso en vergüenza frente a todos diciendo que *tu esposo* tiene una relación con otra mujer en tu propia casa? ¿Que tuvo que venir su propia hermana a darle el hijo que tú no le has dado aún?

Ella rió, aunque la ira brotaba de sus ojos.

—Jamás vas a poder humillarme como deseas, tú estás loca. Se ve que no conoces a tu hermano, yo tengo más argumentos para destrozarlo, pero mientras sea mi marido le debo respeto. —Suspiró y miró hacia la ventana

buscando liberarse de su cólera—. Además, yo lo amo.

No volvió a darme la cara y caminó hacia la puerta. Me quedé mirando por largo rato las flores talladas en el respaldo de mi cama. El olor de Grazia seguía sofocándome, por lo que decidí abrir la ventana de par de par. Cerré mis ojos para quedarme a solas con el sonido del viento acompañándome.

Imaginaba mi vida si la decisión hubiese sido quedarme en el Monte Sant'Angelo con Alessandro. Muchos recuerdos vinieron a mi mente y mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Cómo llegué a amar perdidamente a mi propio hermano y encontrarme inmersa en este mundo de horror?

Volví a mi cama y me quedé dormida allí, con un dolor profundo quemándome el corazón. Un golpe al cerrarse la ventana me hizo sobresaltar.

—¿Cuándo me vas a perdonar? —La dulce voz de Lorenzo me estremeció, pero no quise abrir mis ojos.

Me besó los labios con suavidad y tocó con sus manos las mías.

—Perdóname, Antonia, yo te amo.

No podía soportar más su ausencia, por lo que abrí los ojos con lentitud. Me miró por largo rato sin decir nada. Luego de eso, besó mis manos, ansioso, esperando alguna palabra.

—Tu esposa vino a hablar conmigo, pensé que serías tú quien vendría a informarme sobre el destino de nuestro hijo.

—«Nuestro hijo» —repitió con dolor. Se levantó de mi lado para afirmarse con pesar sobre el marco de la ventana—. ¿Te das cuenta de que podríamos haber sido tan felices juntos?

—Si no te hubieses casado con Grazia —dije, irritada.

Se quedó mirando el cielo azul, con el sol sobre su rostro.

—Tal vez... —dijo sin mirarme.

—No debiste hacerlo si me amabas de verdad.

Me devolvió la mirada ensombrecido y respiró profundamente.

—No hay un solo día en mi vida en el que no maldiga mi sangre, Antonia, la maldigo junto a nuestro padre y nuestra madre, maldigo la perversidad con la que Dios nos separó en la niñez para llegar a esto. ¡Maldita sangre! ¿Por qué debía enamorarme de ti en esta miserable vida?!

—Tal vez en otra vida —dije acongojada, conmovida por su dolor.

Su risa forzada llenó todos los espacios de mi habitación.

—¿De qué me hablas! ¡No existen otras vidas! La realidad es que ese Dios al que tanto veneramos es el que nos puso aquí, en este sitio, viviendo esta, la

única vida que existe, ¡como dos miserables enfermos!

—Tengo miedo, Lorenzo.

Se aferró a mí con fuerza, acariciando mi cabello.

—No te preocupes por nuestro hijo, él será bien cuidado y bien educado. Es mi hijo. —Me miró con seguridad—. En cuanto a Grazia, ella sabrá mantener el silencio y obedecer lo que yo exijo. Lamentablemente sabe mucho, pero nuestro hijo la mantendrá calmada y feliz, o al menos aparentará serlo. Te lo aseguro.

Iba a contarle de los planes que Grazia tenía para sacarme de su lado, pero me interrumpió con una sonrisa.

—Tengo un regalo para ti, allá en la sala que no ocupamos. La acomodé especialmente. Esta casa en realidad... —sonrió mirando el suelo—. Esta casa está hecha para ti.

Antes de salir de la habitación, tomó el listón que me apresaba el cabello y lo quitó suavemente. Me silenció con un dedo sobre mis labios.

—Quiero que permanezcas así, siempre.

—Lorenzo, esto no es prudente.

—Pero es lo que yo quiero —dijo endureciendo apenas su mirada. Luego sonrió—. En nuestra casa debe ser así, además no tienes necesidad de salir de aquí.

Lo miré avergonzada. Él sonrió y me besó en la frente.

—De acuerdo, puedes usar algunas horquillas para quitarlo de tu rostro si te molesta, pero debe permanecer libre. No quiero trenzas, no quiero verte como criada o como mujer mayor. —Esperaba mi aprobación, como mi padre lo haría.

Le sonreí y bajé la mirada, pero él levantó mi rostro con delicadeza para oír mi respuesta.

—Sí, así lo haré —dije resignada.

—De acuerdo, vamos a ver tu regalo. Quiero ver tu rostro cuando entres en esa sala.

En silencio, caminamos tomados de la mano por el extenso corredor que nos llevaría a la sala en donde se encontraba mi obsequio. Para nuestro pesar, la cara amarga de Grazia nos aguardaba en el camino.

—Veo que se han reconciliado los hermanos —dijo con ironía, mirándome directamente.

—¿Por qué no miras a Lorenzo, Grazia? Sabes a quien dirigirte con

desprecio para no recibir una bofetada de regalo, ¿no?

—La única que ha recibido bofetadas en esta casa eres tú, *hermana*. —Su tono de voz era arrogante.

Lorenzo estaba molesto, pero se guardó los comentarios odiosos.

—Déjanos un momento a solas, nada más te pido. Soy tu esposo, estaremos juntos para siempre, ¿no te tranquiliza eso acaso? ¿Tienes necesidad de ofender así a mi hermana?

—Eres tú quién me ofende cada día con esta mujer viviendo en nuestra casa, Lorenzo, si no fuese por nuestro hijo...

—Grazia, soy tu marido —dijo en tono forzosamente apacible—. Esta conversación no tiene asidero. Me debes obediencia, no estás aquí para decirme lo que debo o no debo hacer. Si quieres que todo termine tan bien como lo planeamos, si no quieres sentirte despreciada, déjame continuar con mi vida y no te involucres más en esto. Intenta hacer nuestra vida más agradable, ¿quieres?

Me quedé en silencio mirando sus caras. No quería participar de la conversación, ni me correspondía abrir la boca, pero me sentía avergonzada. Estaba en el lugar equivocado y no había regreso para este camino que yo misma había elegido. Nuevamente recordé los ojos de Alessandro, pero interrumpí rápidamente el pensamiento.

«Estoy aquí, con el verdadero amor de mi vida. Si es o no un desacierto, para mí, es imposible de distinguir».

Cerré mis ojos y di un largo suspiro hasta que Grazia se dio la vuelta para desaparecer de nuestra vista. Lorenzo acarició mi mejilla con su acostumbrada dulzura, luego de eso abrió la puerta de la sala desbordada por la luz del sol.

Al entrar a la pequeña pero acogedora habitación, apareció como un oasis frente a mis ojos, un magnífico y resplandeciente pianoforte caoba dando la espalda a las grandes ventanas. Sobre él, destellaba enorme un ramo de rosas rojas.

—Es tu pianoforte, solo tuyo, además podrás disponer de esta habitación como quieras.

Todo se veía tan iluminado, parecía que los tenues rayos del sol habían escogido justo ese único momento para brillar en la cubierta de mi precioso regalo. Sobre un lustroso mueble tallado con figuras angelicales, había partituras y algunos recuerdos de nuestra casa en el Monte Sant'Angelo, un

precioso retrato familiar y otro de ambos, antes de que él viajara con nuestro padre a esta casa. En medio de aquellos recuerdos, sobresalía un tupido ramillete de corteza de canela atado con un lazo de color dorado. El aroma dulce y penetrante de una de mis esencias favoritas me hizo respirar hondo y sonreír agradecida.

—Es hermoso... y solo mío —dije acariciando la superficie con mis dedos—. Gracias, necesitaba volver a tocar. —En seguida abracé a mi hermano con abrumadora emoción.

—Lo sabía. Quería hacerte feliz. Necesito que me perdones, perdí el control... Sabes que te amo.

—Te perdono, porque te amo también —le dije antes de besarlo con la pasión brotando de mi cuerpo.

Me aferré a sus brazos. Sus manos firmes sobre mi espalda me confortaban tanto que no quería separarme de él. Finalmente pronuncié lo que hacía tiempo necesitaba dejar escapar.

—¿Cómo conociste a Grazia, Lorenzo?

Inclinó la cabeza y ubicó su lengua en la comisura de sus labios durante algunos instantes.

—¿Ya comiste algo?

—Aún no.

—¿Y Giulianna? ¡Dónde está esa maldita criada cuando la necesitas!

—Por Dios, déjala, seguramente me vio durmiendo y no quiso molestarme, ya había pasado un mal rato con tu mujer a primera hora en la mañana.

—Vamos a salir de aquí para que puedas alimentarte.

—Por favor, responde lo que pregunté: ¿cómo fue que Grazia apareció en tu vida?

—¿Es necesario hablar de esto ahora?

—Sí, para mí lo es, necesito comprender.

Resignado, apretó sus labios con fuerza y en seguida se sentó en la banqueta del piano, dejándome espacio para acompañarlo a su lado.

—Ella era hija de un abogado al que nuestro padre conocía bien, pues fueron muy amigos en Foggia durante su juventud. Él viajó a Grecia por motivos familiares principalmente. Cuando llegamos a Fira, nuestro padre supo que él había muerto hacía poco tiempo, entonces visitamos a su viuda, la madre de Grazia —suspiró—. Desconozco si su deseo real era casarse

conmigo, pero nuestro padre y su madre se esmeraron para que ello ocurriese. —Mordió sus labios y mantuvo su ceja alzada por largo rato antes de continuar hablando, esta vez, sin mirarme—. Yo no sabía si ibas a casarte con ese doctor. Después de todo, estábamos lejos, no podía volver por ti y nuestro padre... Creo que él intuía que le quedaba poco en este mundo, porque insistió mucho para verme casado con ella. —Levantó sus hombros y dirigió su foco de atención hacia la nada—. Todo fue muy rápido, Antonia, el cortejo, el matrimonio. Nuestro padre murió luego de una semana de haberme casado con Grazia.

—¿La amas? —interrumpí, fastidiada.

—Todo hombre necesita una mujer y yo además debía obedecer la voluntad de nuestro padre...

—Solo quiero saber si la amas, no quiero pensar en tu «necesidad» de hombre.

—No puedo decir nada más, te amo a ti, siempre ha sido así.

—Debiste avisarme de alguna forma —dije con voz cortada.

—No quise hacerlo —dijo levantándose de mi lado—, sabía que si te lo decía no vendrías a Grecia.

—¡Espera! —dije al instante—. No te vayas, quiero antes pedir tu permiso para salir a recorrer este lugar, antes de que mi vientre comience a crecer...

Me observó dudoso.

—Yo... conocí a una mujer en el viaje, me apuntó su dirección, solo para no pasar tanto tiempo sola... ella tampoco tiene a nadie acá.

Al final sonrió.

—Hablas de la prostituta —aclaró casi sin expresión en su rostro—. Giulianna me comentó algo sobre ella hace un tiempo. —Movié su cabeza hacia ambos lados—. No, no puedes —dijo con firmeza y dulzura al mismo tiempo—, creo que estarás mejor en casa, no necesitas salir, aquí lo tienes todo y por cierto, no estás sola en Santorini, así como tampoco tienes algo en común con esa mujer...

Acarició mi cabello y me besó en la frente.

—Debo salir ahora, pedí a Vittorio algunas cosas y no sé si ya está de regreso en casa, de ser así lo enviaré contigo en un momento.

Sin decir más, salió dejándome atrás con muchas cosas para decir.

Giulianna entró a la sala tras un breve intercambio de palabras con Lorenzo afuera.

—La *bambola* estaba preguntando por usted.

—No vuelvas a llamarlo así. ¡Deja de hablar de él como si no tuvieses más ocupaciones en la vida! —Sabía que se refería a Vittorio, por cierto—. ¿Por qué de pronto tienen todos un estúpido interés en las sábanas de otra persona? Él es la persona más cercana a Lorenzo en esta casa, merece el respeto de todos aquí, sería bueno que aprendieras a cerrar la boca, ¿no?

—Todos lo llaman así, hija. No soy la única, además ¿ha visto tal aberración en esta casa endemoniada?, Lorenzo permite que Vittorio duerma con Tommaso, el cochero.

—Lo sé —murmuré entre dientes con los ojos en blanco,—no estoy en condiciones de señalar aberraciones, ¿tú sí?

Giulianna fijó su mirada en el suelo.

—No, señora.

—Entonces, deja de husmear donde no te llaman, por favor —subrayé cada palabra como si hablara con una niña—, esta no es la primera vez que debo defenderle de comentarios insidiosos. Dile que venga aquí —dije molesta—, pero antes debo decirte algo.

—Diga.

—¿Cómo te atreviste a insinuarle a Lorenzo a mis espaldas que conocí a una prostituta en el viaje? ¿Qué es esto, Giulianna? Juzgas al mundo entero con tus torpes palabras, y por cierto, me dejas sin probabilidades siquiera de poner un pie en la calle para tomar un poco de aire fresco sin tener que ver el rostro amargo de Grazia.

Miré hacia la ventana con ira.

—Estoy presa en esta casa, ¿no puedes medir tus palabras?, ¡¿No puedes dejar de husmear en mi vida?! ¡En la vida de todos!

—Lo siento tanto, yo quiero lo mejor para usted...

—¡Maldición, Giulianna! Déjame sola y dile a Vittorio que venga.

—Lorenzo me pidió que le trajera algo para comer.

—Haz lo que quieras, pero déjame sola.

Al cabo de unos instantes, Vittorio apareció en la sala con un gran embalaje en sus manos.

—La estaba buscando.

—Te escucho —le sonreí.

—Hay algunas cosas que el señor me pidió que hiciera por usted, primero debo entregarle esto... lo traje el pailebot desde la península.

Ubicó el saco de papel cerrado sobre mi mesa. Ansiosa me apuré en desenvolverlo. Dentro encontré bitácoras, algunos libros y una fascinante y lustrosa plumilla con mi nombre grabado en ella.

Me sentí infinitamente feliz y agradecida, aliviada también de poder ocupar mi tiempo en lectura nueva.

—Mi Lorenzo...

Vittorio se mostró entusiasta.

—No sé si usted sabe que dedico algunos momentos a escribir poesía — aclaró su garganta y me sonrió con cierto orgullo—. Don Lorenzo quiere instarla a pasar estos meses escribiendo también, por lo que quería ofrecerle mi ayuda, si es que lo necesitara.

—Claro que sí —dije sin poder quitarme la sonrisa de felicidad por aquellos obsequios, emocionada al mismo tiempo por la idea de intentar escribir mis propios textos—. Gracias, Vittorio, agradezco mucho que quieras acompañarme.

—He escuchado cómo se refiere a mí —dijo intentando permanecer con rostro impávido—. Usted y el señor Lorenzo son los únicos que comprenden... como soy —dijo avergonzado.

—No digas eso, eres generoso y leal, Lorenzo y yo nos sentimos seguros y agradecidos por tu fidelidad y rectitud, no existe nada más importante que aquello hoy para nosotros.

—Siempre permaneceré a su lado.

—Gracias —le devolví la sonrisa—, solo quisiera que te cuides más de las habladorías, a mí no me concierne, puedes hacer de tu vida lo que te haga feliz. Y si Lorenzo está de acuerdo, no existe nada que te coarte, pero la insidia en esta casa es asfixiante. —Suspiré rendida.

Vittorio tomo mis dos manos y sonrió con serenidad.

—Debe estar tranquila, no piense tanto en las cosas que no podemos cambiar, ya ha llorado lo suficiente, solo deje en mis manos lo que necesite.

Asentí agradecida.

—Antes de olvidarlo, debo comentarle que vendrá una costurera de mi confianza para hacer sus vestidos durante todo este tiempo, el señor quiere consentirla y verla hermosa, cada día, como siempre.

Caminó hacia la puerta dejándome una sensación de lealtad inquebrantable, supe en ese momento que de él solo podía esperar un generoso y firme apoyo. Justo cuando necesitaba más que nunca algo de

seguridad en mi vida.

Estaba feliz de sentir que algunas personas deseaban mi bien aun cuando todo parecía serme siempre tan adverso.

Al fin la tranquilidad comenzaba a abrirse paso en nuestra casa después de esta gran tormenta. Todo se había dilucidado para volver a tener un poco de la ansiada paz, aunque sabía que mucho más me esperaba en apenas algunos meses.

Alia

[Fiancée]

Casi sin darme cuenta, mi vientre comenzó a crecer junto con mi sensación de miseria.

Era prisionera en esa casa y pasaba gran parte del día en mi habitación, y al menos durante el período en que mi gravidez era notoria, solo podía bajar previa autorización de Lorenzo a mi sala de piano para distraerme. Estaba permanentemente adolorida, no podía siquiera caminar con agilidad y mi cuerpo delgado se transformó en una masa pavorosa de la que me avergonzaba.

Cada mes la costurera me visitaba para hacer algunos vestidos y corsé a mi nueva medida, pues aunque no pudiese salir de casa, debía vestir siempre refinada tal como mi hermano consideraba que debía ser.

Con rapidez similar al paso del tiempo, Grazia comenzó a acercarse a mí, extrañamente afectuosa después de haber sido el blanco de su odio más latente.

—¿Por qué me miras así, Antonia?

—No lo sé, vienes, me acompañas a comer, me ayudas con mis cosas, haces que Giulianna se retire de mi lado para cuidarme tú... Supongo que tengo derecho a imaginar algo al menos pernicioso, ¿no?, ¿pretendes envenenarme?

—No —dijo en tono jocoso—, tú eres quien dará a luz a mi hijo. —Encogió sus hombros y sonrió con el gusto que le daba el poder sobre mí, luego miró hacia afuera y suspiró—. Siento lástima por ti, esa es una de las razones, pero la más poderosa es que llevas a mi hijo en tu vientre y estoy ansiosa esperando por él. Lo llamaremos como mi padre, ¿sabes? Doménico será su nombre.

—¿Doménico! ¿Lorenzo sabe que quieres darle ese nombre a nuestro hijo?

—No hables de mi hijo como si fuese tuyo, tenemos un pacto.

—Lo sé, solo digo que a Lorenzo no le parecerá un buen nombre.

—Qué tiene de malo, es el nombre de mi padre.

Encogí mis hombros y levanté mis cejas. Aun cuando sentí celos de sus palabras y de la propiedad con la que se había adueñado de mi hijo, sabía que mi hermano jamás le permitiría llamarlo así.

Intenté no darle importancia. Sería ella misma quien se lo insinuara. Esperaba que su humillación y decepción fueran enormes por no poder hacer lo que quería con mi hijo.

De igual forma me sentía descalificada por ella, principalmente por no tener el poder de hacer algo que me liberara del sometimiento ante ellos dos a causa de este secreto despiadado del que yo misma acepté formar parte. Ese hijo me sería arrebatado para cumplir el papel de su primogénito.

Por primera vez, odié la ingenuidad, estupidez, ignorancia y sumisión que arrastraba tras mi hermano. Decidí, como en muchas ocasiones, bloquear la importancia de mis sentimientos para darle paso a la inescrutable verdad, a la realidad que debía asumir sin más.

Grazia, por su parte, debía también permanecer en casa para simular que era ella quien se había preñado. Toda esa situación solo lograba indisponerme. Los silencios se hacían cada vez más incómodos y nuestra vida más insostenible.

Ya no había reuniones y nadie nos visitaba, solo permanecíamos en casa los tres, fingiendo, o al menos intentando que todo en casa funcionaba en absoluta normalidad.

Lorenzo continuaba siendo mi compañía durante las noches, y aunque sentía necesidad de su cuerpo, él se negaba a tocarme.

—No veo lo malo en esto, te amo, necesito estar contigo.

—Antonia, esto no es correcto, nadie lo hace, podemos hacerle daño a nuestro hijo.

—Podemos preguntar al doctor Risatti...

—Dios, ¿qué no puedes contenerte? ¿Quieres que el doctor Risatti se entere de tu necesidad hacia mí? ¿Quieres que él se termine aprovechando de ti? ¿Acaso quieres que él te imagine y te desee también?

—Está bien, Lorenzo, no volveré a hablar de esto —dije resignada.

Ya en estado avanzado de gravidez, Lorenzo prefirió que fuese Giulianna

quien me cuidase, debido a que existían muchas cosas en las que nada más ella podía ayudarme.

Nunca había sido madre, pero él consideraba que como mujer podía ser de más utilidad a mi lado que él mismo.

A pesar de lo ocurrido en mi vida, conforme pasaba el tiempo y lograba percibir a mi hijo crecer dentro de mí, me sentía aún más enamorada de Lorenzo.

Fue ese amor el que hizo de mí una mujer y de algún modo me gustaba sentirme así, en ese constante estado de fortuna por llevarlo en mi vientre, porque era producto del amor por el que Lorenzo y yo veníamos luchando y enfrentando el infierno en vida, tan solo para permanecer juntos, para amarnos.

Sentía que por nuestro hijo iba a ser capaz de sobrevivir y soportar cualquier condena.

§

Lorenzo llevaba ya algunos días sumido en diversas reuniones con los miembros de la asociación de exiliados, por lo que forzosamente debía mantenerse días y noches fuera de la isla.

El poder del conde de Cavour como ministro de Agricultura y Comercio había influido de tal manera en la península, que en corto plazo se transformó en ministro de Finanzas. Los mazzinianos no estaban del todo convencidos, pues su posición tan central y prudente les producía desconfianza. Los revolucionarios no creían conveniente dejar fluir a su antojo sus ideales, pues su postura siempre fue motivo de aprehensiones y disgustos para todos, y tal como fuera en nuestra casa entre mi padre y Lorenzo, aquello solo vaticinaba mayor distancia y considerables discrepancias entre «nacionalistas liberales» y «reaccionarios». Los aliados mazzinianos vivían en eterna sospecha, lo conversábamos a diario, su inquietud se acrecentaba cada día, con mayor razón aún desde que llevaba a su hijo en mi vientre. Ello le ocupaba la mayor parte de su tiempo, ideando la mejor forma de volver a la península. Necesitaba estar allá, puesto que en Grecia no había manera de que su actuar tuviese consecuencias verdaderamente trascendentales para el logro de sus propósitos.

Para mi infortunio, fue durante una de aquellas mañanas sin él, cuando comencé a sentirme extraña, indispuesta como si fuese a necesitar mis

compresas del mes.

Mis caderas y mi espalda adoloridas no me permitían salir de la cama. Con el correr de las horas el dolor fue acrecentándose y mi tolerancia disminuyendo. Giulianna alertó pronto a Grazia, quien se mantuvo cerca para ayudarme. Tenía mucho miedo. Aún no era tiempo de parir a mi hijo. Faltaba al menos un mes para ello, pero era claro que había llegado el momento, pues sentía mi cuerpo afiebrado, adolorido, desgarrado, el dolor era constante, sordo, tan fuerte que era imposible contenerme. Ya casi al anochecer, la partera y el médico de Grazia aparecieron en mi habitación para asistir el nacimiento.

—Voy a buscar a Lorenzo... —dijo Giulianna intentando encubrir sus palabras tras un beso en mi frente.

El dolor me paralizaba, me destruía los huesos. La fiebre comenzó a hacerme delirar, incluso el escenario en el que acontecieron los instantes previos al nacimiento parecían formar parte de mi doloroso desvarío.

Grazia y su médico resolvían qué hacer conmigo en ese momento. Escuché a lo lejos, como si hubiese estado oyendo desde otro lugar, si su preferencia era optar por mi vida o la del niño, a lo que claramente mi cuñada respondió tajante que la prioridad era la vida de «su hijo».

Fue la primera y única vez que celebré en silencio su decisión.

Pronto la aparente normalidad se vio perturbada por Lorenzo, quien apareció en la habitación con Giulianna tras él. No le dio importancia a la intimidad del escenario que rodeaba un alumbramiento y se acercó presuroso a mi lado imponiendo sus reglas. Lo primero: si había que optar por una vida, esa sería la mía. Se acercó a mí para besarme, podía ver el miedo brotar de sus ojos.

—He oído que en otros lugares utilizan cloroformo para evitar el dolor del alumbramiento.

—Señor Castiglione, la Iglesia prohíbe esa práctica. La explicación esencial es el mantenimiento de la «condena divina» sobre la mujer, ella debe sentir el dolor al dar a luz. Lo siento, no hay nada que yo pueda hacer por ella.

—Escuche, doctor, puedo pagar por esto, dígame lo que necesita, aquí no hay nadie de la Iglesia que pueda delatarlo. —Lorenzo estaba encolerizado.

—Me temo, señor, que no puedo, esto ha sido siempre así, ahora permítame ayudarla haciendo que el parto suceda más rápido, es la única forma que tengo de terminar con el sufrimiento de la señorita.

Aun cuando no encontró respuesta favorable de parte del doctor, Lorenzo prefirió tragarse su ira porque no tenía más salida para calmar mi martirio.

—Tranquila, no me voy a mover de aquí, Antonia, y no me importa si puedo o no permanecer al lado de una mujer dando a luz. Yo soy el dueño de esta casa y puedo hacer en ella lo que se me plazca —dijo mirando fijamente al doctor y de paso a las personas que me rodeaban.

Luego de su llegada, hice el último esfuerzo para ayudar a salir a nuestro hijo. Parecía que me despedazaba para dar paso de un fulminante brote todo su pequeño cuerpo. Logré sentir su figura cálida surgir de entre mis piernas, a pesar del dolor. Al cabo de unos instantes el sufrimiento desapareció por completo, dando paso a un letargo solo interrumpido por su llanto firme.

—Déjame verlo, Lorenzo —le pedí.

—Es mejor que descanses —dijo con sonrisa dulce.

—Quiero verlo —insistí.

—Antonia, no es el momento, quiero que descanses.

Pensé que tenía algo, algún problema, pues había escuchado que cuando fruto de una relación entre consanguíneos demasiado cercanos había hijos, estos nacían con algún tipo de complicación física o mental importante.

—Solo quiero saber si está bien —dije angustiada.

—Él está bien —se limitó a decir sin mirarme.

—Déjame al menos pedirte algo.

—Dime...

—Quiero que lleve tu nombre, solo eso, antes de que me lo quites.

—El niño ya tiene nombre —dijo Grazia acercándose a mí con actitud intimidante.

—Antonia, no voy a quitártelo —dijo Lorenzo ignorando a su esposa—, ya hablamos de esto, es lo mejor para todos, ni siquiera él al crecer lo comprendería. Debemos saber callar... todos —y en seguida miró al doctor, a la partera y a Grazia, determinado—. Y claro, será como tú digas, hermana —señaló asegurándose de que cada una de las personas que allí estaban oyeran nuestro parentesco—. Lorenzo Pietro Michele será su nombre. Mi nombre, el de nuestro padre y el de San Michele arcángel.

En rigor pocos sabían la verdad absoluta: mi hermano, Grazia, Giulianna y yo. Los demás creían que mi embarazo era producto de una aventura en Italia, que Lorenzo junto a su esposa se harían cargo y que nunca nadie podía enterarse de la verdad, pues el niño no debía saber su origen. En la práctica,

esto era muy común, por lo que nadie tuvo mayores sospechas al respecto.

Todo estaba preparado para su llegada, se ocuparon de buscar una mujer sana para el rol de nodriza, pero al revés de nuestros perfectos planes yo comencé a sentirme enferma. Dos días bastaron para sentir mis pechos afiebrados y rígidos, el dolor se hacía a ratos intolerable, por lo que decidí rogarle a Lorenzo que me permitiera amamantar al niño.

—¡No! Eso no va a ocurrir, Antonia, no debes hacerlo.

—Lo necesito, Lorenzo, me duele...

—Tú permanecerás tal y como si nunca hubieses dado a luz, tu cuerpo seguirá siendo el mismo, no voy a permitir que te arruines por nada, eres mía, ya te lo he repetido en innumerables oportunidades. Él tiene una nodriza, no te necesita, tú no eres un animal...

La severidad de Lorenzo no permitía apelación.

—Tal vez si fuese un animal sería mejor madre y no permitiría todo esto.

La mirada de Lorenzo fue tajante. No pronunció una palabra más, pero me quedó claro que nada lo haría cambiar de opinión. Resignada, volví a mi habitación sintiéndome presa del inhumano dolor. La fiebre y las punzadas eran una tortura. Giulianna trajo a Grazia a mi alcoba, pero lejos de ayudarme, agudizó mi calvario, pues se apareció con mi hijo en brazos, el hormigueo en mis pechos se acrecentó y pronto comencé a mojar mi vestido como si de ellos brotara un manantial de agua tibia.

—Vine a ver cómo sigues de tu dolor. Tenemos algunas infusiones para lograr que tu leche se trunque, pero si sigues así obligadamente tendremos que pedir que traigan acá al doctor Risatti.

—Grazia, por favor, dámelo, solo lo necesito unos minutos, no sabes el dolor que siento.

Me levanté para mirarlo; su rostro, sus labios, sus ojos, sus pequeñas manos, todo en él era la imagen viva de Lorenzo pequeño; el lunar en su frente, réplica exacta del nuestro, me quebrantó por completo. Toqué con suavidad su rostro dormido y mi alma se rompió en mil pedazos. Caí derrotada en mi cama sin poder contener el llanto. «Tal vez hasta el monstruo más despiadado es mejor madre que yo», me repetía entre sollozos.

Me levanté abatida, solo para dirigirme a Grazia

—¿Quieres dámelo un momento, por favor?

—No puedo permitir que lo alimentes, Antonia, Lorenzo me mataría, además debes acostumbrarte a no verlo como tu hijo, solo lo traje aquí para

que lo vieras.

—¡Maldita Grazia! ¡Malditos todos! ¡Dame a mi hijo, dámelo ahora, me has quitado todo lo que amo en la vida, devuélveme a mi hijo! —grité como una desquiciada.

Lorenzo apareció en mi habitación y me sostuvo firme entre sus brazos mientras intentaba quietarme.

—Qué haces aquí, Grazia, saca al niño de la habitación, luego hablaremos. —Ella nos observó paralizada—. ¡Sal ahora!

Lorenzo me acariciaba el cabello, mientras mis pechos endurecidos empapaban de humedad mis vestidos. Estaba descontrolada, de ansiedad, de ira, de dolor. Tenía el corazón oprimido, de no ser por la aparición de mi hermano, hubiese actuado sin pensar, tal vez hubiese golpeado a su mujer, no podía razonar. Fue un gran trabajo darme calma en aquel momento, pero al cabo de algunos minutos me encontraba en silencio, sintiéndome despreciable y débil.

Mi alma se había desgarrado, dondequiera que mis ojos miraran se encontraban abismos, parecía tenerlos grabados en mi mente.

—¡Maldita vida! ¡Cruel, malditos todos, maldito dolor que me atrapas sin compasión! —Temblaba, mi cuerpo se encontraba al borde de un precipicio sin fondo, mi fuerza ya débil me abandonaba por completo diluyéndose entre las venas.

Al fin, Lorenzo aclaró su garganta y tomó mi rostro entre sus manos.

—Es mejor que lo veas más tranquila, para que de a poco te acostumbres a sentirlo como tu sobrino. Por lo pronto, enviaré a algún sirviente por el doctor Risatti para que te ayude con el dolor.

—Por la noche mi padecimiento formaba parte de un cruel castigo. Gracias al cielo, Lorenzo entró en mi habitación, acompañado del doctor, y se ubicó tras él con aspecto hostil. Mantuvo tensa su mandíbula rozando sus dientes con furia, no me quitó la mirada en ningún instante.

Inmediatamente después revisar mi dolencia, el doctor cubrió mis pechos con compresas cálidas y me dio de beber un tónico amargo que me adormeció el cuerpo en forma leve, para luego proceder con pujantes presiones, logrando así sacar mezcla de leche y parte de espeso líquido amarillento.

—¿Por qué no ha amamantado al niño?

—No se supone que deba hacerlo, existen las nodrizas para ello, ¿no?

Recuerde, doctor, el pacto que todos hicimos en el momento en que ella dio a luz, además eso es cosa de animales —se adelantó Lorenzo encolerizado.

El doctor Risatti, asombrado, intentaba encontrar en mis ojos alguna objeción. Miré hacia la ventana sin decir nada.

—Si no quería amamantar, debió ocuparse antes de buscar algún método para truncar la leche, en este caso, señor, los humanos sí somos como animales.

—¿Cómo se atreve a hablar así frente a mi hermana? —Lorenzo se encontraba a punto de perder el control

—Mis disculpas, pero quiero que sepa que esto podría transformarse en algo muy grave si no es tratado con la complejidad que merece.

—¿Tiene algo que le ayude, doctor? O solo vino a hurgar en su cuerpo?

—Tengo, sí, claro.

Sacó de su pequeño maletín algunas medicinas y las dejó sobre mi mesa de noche.

—Esto debió comenzar a tomarlo desde el día que dio a luz, pero dada la tardanza, hay algunas complicaciones que esperemos desaparezcan con lo que dejaré indicado. —Hizo ciertas anotaciones en su bitácora y arrancó un papel en el que dejó instrucciones, luego de ello me mostró cómo continuar ejerciendo presión sobre mis pechos para vaciarlos a diario, hasta que ya no brotara nada de ellos.

Lorenzo, hipócrita, le agradeció y abrió la puerta de la habitación para quedarnos finalmente a solas. Su respiración se hizo cada vez más enérgica, al cabo de unos segundos dándome la espalda, dio un golpe nefasto en mi tocador y se quedó allí observándome por el espejo.

—¿Tenías que mostrarle tu cuerpo a ese doctor?

—Lorenzo, yo no quería hacerlo, pero no podía soportarlo, perdóname —miré al suelo esperando algún castigo. Se acercó a mí con furia y levantó su mano amenazante para luego dejarla caer con hastío. Se dio la vuelta para alejarse de mí, sin embargo, se detuvo antes de dar un paso más.

—¿Por qué eres tan hermosa? —dijo volteándose hacia mí, con su rostro crispado de ira. Tomó mi mentón con fuerza y me obligó a mantener la mirada fija en él—. No quiero compartir tu cuerpo con otro hombre, no quiero que nadie te vea ni te toque, no quiero siquiera que alguien te imagine, ¿comprendes?

Tocó la piel de mi cuello con pasión y luego me observó desde los pies

hasta mi rostro avergonzado, sin disimular el deseo.

—Me estoy volviendo loco por volver a tocarte, ahora mismo quisiera besarte sin detenerme hasta que ya no pueda respirar.

Sus ojos parecían desorbitarse mientras me hablaba. Mordió sus labios hasta enrojecerlos, me soltó bruscamente y salió de mi habitación con la respiración entrecortada.

Luego de algunos días de tomar la medicina señalada por el doctor Risatti y algunas infusiones preparadas por Giulianna, la presión en mi pecho se fue apagando y ya no sentía la necesidad de alimentar a mi hijo. Así también, días más tarde, pude al fin volver a tomar un largo y cálido baño, y usar mi *Rusma Turcorum*, olvidada durante meses y embellecerme otra vez. Lo mejor fue prescindir de mis compresas y toda la enfermedad que me rodeaba después de nacido mi pequeño hijo.

One

[A capriccio]

Lorenzo decidió volver mi alcoba una vez acabados mis días de «impureza», pero yo sentía miedo, nada deseaba menos que volver a preñarme.

Me sometí a sus necesidades sin objeciones, pero nunca, jamás había sentido hasta ese entonces, aquella aversión hacia su cuerpo.

Lo amaba. Eso no es menos cierto. Pero el trauma fue tal, que muy poco deseo existía desde que mi hijo viera la luz de este maldito mundo.

Rogué para que sintiera mis jadeos como prueba de pasión, pero su experiencia amorosa y el conocimiento absoluto que tenía de mi cuerpo me dejaron al descubierto.

Lorenzo me observó decepcionado, sin embargo continuó hasta que su voz ahogada soltó un quejido suave sobre mis labios lacrados. Sus caderas me embistieron una última vez y su lengua intentó escabullirse buscando la mía. No era un sacrificio para mí, pero el temor me socavaba.

—Pensé que me extrañabas.

—Te amo, pero no estoy preparada aún, perdóname.

—¿Sabes cuánto he esperado este momento?

—Amor mío —dije, intentando ser comprendida.

—No, no lo sabes. —Se giró bruscamente al ventanal—. Volveré a pasar las noches con Grazia, hasta que te sientas de nuevo una mujer.

Había resentimiento en sus palabras y placer de provocarme aquella sensación de culpa, de saber que volvería a acostarse con ella, solo por mi falta de deseo.

Posiblemente aún faltaba un poco para sentirme una verdadera mujer para complacerlo, pero el hecho de verlo regresar a la habitación que compartía con Grazia me descompuso.

Durante un tiempo que me pareció eterno, Lorenzo se mantuvo alejado. Por primera vez desde que nos declaramos amor, me trataba como su hermana. Cada día me resultaba una tortura.

A toda hora, la maldita sonrisa de Grazia se cruzaba con mis ojos y me enrostraba su felicidad. Me sentía abandonada, tan solo Giulianna y Vittorio entraban a la habitación para hacerme compañía. Lo demás era silencio, día y noche.

Lorenzo debía viajar a Agrinio, una de las primeras ciudades liberadas de Turquía en la Revolución Griega. Desde allí los rebeldes italianos preparaban estrategias para hacer lo suyo frente a Austria. No deseaba verlo salir de casa sin antes saber qué estaba ocurriendo entre nosotros.

En un momento de absoluta desesperación, entré en la sala y rompí en cólera. Odiaba toda la decoración monstruosa y recargada, el tapiz de la pared saturado de tonos sin combinación. Grité a Vittorio hasta acabar con mis fuerzas.

No tardó en aparecer.

—Las lámparas están manchadas, son horribles, sácalas de aquí, entrégalas para caridad, no las quiero en mi casa.

—Pero, señorita Antonia, no puedo hacer eso.

—Puedes, puedes hacerlo, y no me trates como una soltera, yo soy una señora —vociferé.

Mi hermano apareció en seguida. En su rostro parecía no haber ninguna expresión.

—Déjanos solos, Vittorio.

Al cerrarse la puerta tras la salida del mayordomo, Lorenzo me observó seriamente.

—No tienes necesidad de llamar la atención como una niña de dos años, sería bueno que tomaras algo de aire hoy. —Suspiró—. Solo un momento.

Y desvió la mirada.

—Amor mío, necesito que regreses. —Me acerqué a él para tocar sus manos.

—Vamos a conversar cuando vuelva —dijo dejando ver en su rostro un gesto duro—, no estás actuando con cordura.

—¡Tú no estás actuando con cordura! Eres tú quién me está abandonando, estoy sola, necesito saber si aún me amas.

—Te amo —dijo, pero su tono fue severo—. Solo intento hacerte ver

cuánto me necesitas. Ve con Giulianna a caminar, yo no podré acompañarte ahora.

Acepté a regañadientes. Intentando tranquilizar mis impulsos, regresé a mi habitación para perfumarme y encontrar alguna prenda adecuada para salir, después de todo, hacía mucho que no despejaba mi mente fuera de aquella casa.

Era el inicio del otoño, el cielo estaba despejado y aunque había un sol radiante, no lograba entibiar el día. Giulianna y yo caminamos en silencio el largo trecho para llegar a destino. El mirador era uno de los lugares más concurridos por los visitantes. La gran escalera de adoquines grises y húmedos se encontraba a esa hora atestada de personas. Nos sentamos en uno de los escalones para contemplar el mar. Giulianna se ubicó atrás de mí y tomó mi cabello, peinándolo suavemente con sus dedos. Relajada, cerré los ojos y aflojé el cuello. Permanecí durante mucho tiempo pensando en la conversación que tendría con Lorenzo. ¿Cuál sería mi destino en esa casa? Había estado demasiado tiempo sola, ya debíamos de resolverlo de alguna forma.

Un rato más tarde, el clima cambió y se puso más frío.

—Prefiero regresar a casa —susurré, encogiendo los hombros.

—Ahora puedo comprender la razón por la que me dejó, Antonia. Este lugar es inmensamente hermoso.

Con aquellas palabras, mi preocupación dio un vuelco indescriptible. Me detuve en el acto sin querer descubrir el rostro y una mano amable se tendió frente a mí para ayudarme a levantar. Alcé la mirada para encontrarme con sus hermosos ojos, no los había olvidado, nunca quise olvidarlos, su rostro iluminado no me entregó la sonrisa ansiada, pero logró hundirme en una emoción inconfesable, su mirada era de amor, sin duda, pero había dolor en ella.

No sabía si abrazarlo o quedarme allí esperando que fuese él quien iniciara todo. Estaba en blanco intentando hilar alguna idea, mientras él no pronunciaba una sola palabra, solo miraba mi rostro como intentando descifrar lo que pasaba por mi mente.

—Su cuñada fue quien me aclaró el porqué de su viaje. —Lo mire descolocada—. No, Antonia, yo no vine aquí a juzgarla, sino a ayudarla a tomar algunas decisiones y eventualmente a llevarla conmigo de regreso a Foggia, si es que aún lo desea.

—¿Qué fue lo que le dijo Grazia, Alessandro?

—Solo lo necesario. Ella no ahondó en detalles. —Tenía una sonrisa entristecida. Mordió sus labios y dio un paso hacia mí con cierto dejo de timidez.

—Su madre al inicio temía mi visita a Grecia, creo que ella sí está al tanto del motivo de su viaje. En rigor, todos en Foggia creen saber el motivo, por ello, doña Enriqueta ha intentando sin mucho éxito mostrarle al mundo que usted tuvo miedo del matrimonio y huyó. Hace un par de semanas logré convencerla de que sería yo quien la llevaría de regreso.

—Escuche, lamento tener que decepcionarlo, pero no regresaré.

Su sonrisa entristecida me impulsó a abrazarlo. Sentí como si realmente hubiese ansiado volver a verlo, al menos para saber que no estaba sola. Cerró sus ojos y acarició mi cabello con tanta dulzura que me pareció estar viviendo un sueño luego de todo lo que había tenido que soportar.

—Sé que no seré bienvenido por su hermano en la casa, debo buscar un lugar para pasar los días que me quedan aquí para convencerla.

—Por Dios, Alessandro, hablaré con Lorenzo.

—No, no lo haga —dijo, deteniéndome con un gesto de su mano—, yo sé por qué está aquí, sé que vino por él y sé también que él querrá matarme cuando me vea aparecer. Pero tendrá que soportarlo, aun así quedarme en su casa no está dentro de mis planes.

En su mirada y en su sonrisa había esperanza.

—Mi pobre Antonia, ese hombre está completamente loco.

—No hable así de él. Yo...

—¿Cree que lo ama de verdad? Entonces tendré que pasar más tiempo aquí del que pensaba.

Tomó mis hombros y besó mi frente. Un año casi exacto había pasado desde la última vez que nos viéramos, la última vez que rogué al cielo convencerme de permanecer en Foggia, y ese día estaba ahí, por mí, y yo aún sin saber si quería escapar o continuar. Lo único que tenía como convicción era que mi hijo estaba en esa casa y no contaba con las fuerzas suficientes para separarme de él.

Me ofreció su brazo para caminar con él, pero sentí temor, imaginaba que Lorenzo se transformaría en un ser completamente irracional si me viese así sin más, caminando por la calle del brazo de su peor pesadilla. De todas maneras lo acepté, sin dejar de lado mis aprehensiones.

Caminé en el más completo hermetismo hacia casa, pensando en todo momento en la sola posibilidad de estar confundiendo mis sentimientos. «Si esto fuese realmente amor, si tan solo imaginara el final de mi vida junto a él», pero nunca había siquiera conjeturado mi existencia sin mi hermano, sin depender de sus decisiones, nunca había tomado una sola iniciativa, toda, absolutamente toda mi vida había girado en torno a Lorenzo. Sin embargo, a partir del nacimiento de mi hijo comencé a cuestionarme si realmente lo amaba tanto como para negarme hasta la posibilidad de ser una verdadera madre. Tal vez era inseguridad, pero después de poner las cartas sobre la mesa, siempre volvía a la misma conclusión: lo amaba y no podía imaginar mi vida sin él a mi lado.

Creía conocer a mi hermano de tal forma que sabía que algo de locura había en él, que jamás me dejaría ir, ignoraba si por su amor irracional o tan solo por la obsesión de tenerme, de no perder, de tener el mundo en sus manos.

Al llegar, un escalofrío se apoderó de mi cuerpo. Vittorio abrió la puerta y nos hizo entrar. Alessandro se ubicó delante de nosotras, en espera de que Lorenzo saliera a nuestro encuentro. La expectación no sería extensa, pues mi hermano apareció casi en seguida en el vestíbulo, junto a Grazia para verificar la identidad de mi acompañante. En cuanto puso sus ojos sobre él, la ira lo embargó por completo. Gruñó breve y estridentemente.

—¿Qué trae al doctor Biava hasta Grecia? —dijo levantando su ceja y estirando sus labios como siempre—. ¿Acaso decidió ser un revolucionario de verdad y fue expulsado de la península por demostrar su hasta ahora inexistente valentía? ¿O aún sigue pensando que mi hermana está disponible para usted?

—Buen día, Lorenzo —dijo Alessandro con su inconfundible sonrisa—. No necesito demostrar mi valentía con usted, bien sabe que las conspiraciones e insurrecciones no me hacen sentido en absoluto, existe una mejor estrategia.

—No tengo interés en su argumento.

—Vengo en efecto a buscar a su hermana. Hace dos años su padre la prometió a mi tío Bartolomé para ser yo quien la desposara, desconozco el motivo por el que esto no llegó a suceder, pero hoy vengo por ella, pues su padre fue un señor de palabra única, como usted imagino.

Lorenzo negó con la cabeza y se rió a la fuerza.

—Yo jamás aprobé su noviazgo con mi hermana, mi palabra nunca estuvo involucrada en esto y probablemente mi padre tampoco estaba del todo convencido de que fuese usted el esposo ideal para su única hija, doctor.

—Intuyo que tampoco fue su deseo que usted sí lo fuera.

El rostro de mi hermano se transformó, iracundo.

—¿Viene usted a insultarme en mi propia casa? —Tenía los dientes apretados. Parecía a punto de perder el control. Sus manos se empuñaron furiosas y caminó decidido hacia nosotros.

Me interpuse sin embargo. No podía permitir que nada imprudente sucediera. Grazia tomó entonces a su marido para no permitirle el paso.

—Le pido disculpas, doctor Biava —dijo la mujer desafiando por completo la violencia y arrebató de su esposo—, por favor siga por aquí, el viaje debió ser agotador.

Lorenzo estaba descolocado. Miró con desconcierto a su mujer y caminó hacia el salón sin decir nada, tragándose la rabia como quien bebe un líquido amargo. Grazia sabía manejarlo, lo tenía de las cuerdas. Nuestro secreto era su salvoconducto para pasar por encima de él cuando le convenía. Su flamante bandera de triunfo.

—Fui yo quien invitó al doctor a venir a nuestra casa. Él aún tiene serias intenciones con Antonia, eso es muy bueno para todos, al fin ella tendrá su vida, su hogar —dijo Grazia, sonriendo.

Sin embargo, Lorenzo prefirió devolverse hasta el vestíbulo, desafiándola de vuelta.

—Contigo hablaré más tarde, así que quédate con tu invitado mientras converso con mi hermana a solas, si me lo permiten. —En seguida se dirigió a Vittorio, quien permanecía cerca—. No quiero interrupciones.

Tomó de mi mano y me llevó a mi habitación. En cuanto entramos, tomó con fuerza mis brazos y me oprimió enérgicamente contra la pared.

—¿Ya sabías de esta visita? ¿Te mantuviste en contacto con Biava todo este tiempo?

—¡Claro que no! Él y yo nos encontramos cuando venía de regreso a casa, te prometo que nada ocurrió. Fue tu esposa quien lo invitó, ella misma lo dijo.

Estaba furioso, pero sus ojos se apaciguaron en tan solo un instante. No me permitió continuar hablando, pues comenzó a besarme con desesperación una y otra vez, mientras me quitaba impaciente la ropa. Lo extrañaba, y

mucho, tanto que el miedo de volver a preñarme desapareció casi por completo, y aunque mi razón decía una cosa, mi cuerpo deseaba ardientemente otra. No podía desprenderme de sus labios, ni menos de sus manos rabiosas rasgando mis caderas. Nuestra cama se llenó del desenfreno añorado, forzándome a olvidar en seguida que Alessandro se encontraba en la casa. Lo amaba y estaba segura de que no dejaría de sucumbir ante su encanto.

—¿Cómo ha sido posible estar tan lejos de ti, mi ángel? Ya no soportaba tu ausencia.

—Ni yo la tuya... No resisto tenerte lejos, no desde que eres mi mujer, solo mía.

Lorenzo me hizo suya sin ningún tipo de reservas, mezcla perfecta de ternura y poder, grabando con sus dientes dolorosas y placenteras huellas en mi piel. Caricias, desenfreno, cobijo y sinrazón.

—Tienes el sabor de todo lo que mi lengua desea ahora, miel... dulzura —susurraba casi sin aliento mientras continuaba dejando deliberadamente sus marcas sobre mi cuerpo—. Eres mía, nadie más debe tocarte nunca.

—Soy tuya —le aseguré, mirándolo con lujuria.

Nadie se atrevió a interrumpir nuestra privacidad, como si supieran lo que estaba ocurriendo. Todos prefirieron actuar como ciegos, abstraerse de la realidad, incluido Alessandro.

Lorenzo salió de mi habitación con aire triunfante, mientras yo me mantuve algunos instantes cobijada aún por la deliciosa calidez que dejó su cuerpo en mi cama. El calor abrasaba del mismo modo mis mejillas y su aroma permanecía impregnado en mi piel. Cerré los ojos y me aferré a las tibias sábanas, encandilada por el recuerdo de su belleza, por su forma de amarme.

Giulianna me sacó del trance cuando entró en mi habitación para ayudarme con el vestido. Estaba un tanto misteriosa, preocupada. Le pregunté a qué se debía su gesto.

—Antonia, hija, si sigue con esto puede volver a preñarse, no queremos que esto ocurra. Mire... —dijo sacando desde su bolsillo una amarillenta hoja doblada.

—¿Qué es esto?

—Sirve para evitar que vuelva a suceder. Existen desde hace mucho, pero me temo que nadie habla de ello, es muy difícil conseguirlo, así como

también será difícil que Lorenzo decida usarlo.

—¿Cómo así que Lorenzo debe usarlo? —lo saqué de su improvisado envoltorio mientras que el rostro de Giulianna comenzaba a enrojecer—. Dios, ¡¿pero qué es esto?! —exclamé riendo al ver la forma que adquirió la alargada tela una vez la saqué de su envoltura—. Es obvio que parece una cubierta, tú sabes para que. —Volví a reír con ganas.

Giulianna parecía tan abrumada que apenas levantó la vista para hablar.

—No estoy segura de cómo funciona, esto no es cosa de sirvientes —sonrió avergonzada—, pero sí sé que él los debe conocer bien, es usted la que debe aprovecharse de ese «amor» que él siente para persuadirlo de que usarlo es una buena idea. —La palabra «amor» salió de su boca como algo inconcebible y odioso—. Invente algo, engañelo, si no hay remedio para ese sentimiento de ambos, al menos cuide de no volver a concebir otro hijo, hágalo por usted. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Me quedé perpleja, no sabía que una simple tela parecida al intestino de un animal evitara la concepción. En aquel momento ya no tenía la certeza absoluta de que sirviera de algo, ni quería pensar en ello, porque en realidad tenía dudas de que Lorenzo me hubiera preñado nuevamente justo después de tener a mi hijo.

Me mantuve silenciosa.

Giulianna me observó esperando una respuesta.

—Sí, lo haré, se lo insinuaré, aunque no estoy segura de la forma en que debo decirlo...

De cualquier forma estaba algo sorprendida, nunca había oído hablar de aquello y menos esperaba que Giulianna me diera consejos de cama. Fue desconcertante, sobre todo después del alboroto que ella misma formó cuando conocí a Nina en el barco que nos trajera a Santorini, pero también comprendí que ambas nos teníamos solo la una a la otra, y ella, en su papel de «cuidadora», no quería verme sufrir.

Creo que también estaba resignándose a mi escabrosa relación con Lorenzo.

Me quedé pensando en ello, mientras elegía mi vestido. El peinado debía ser simple, por lo que yo misma trencé el cabello alrededor de mi frente, dejando en libertad la mayor parte de él. Me acomodé los zarcillos de amatista rosa, mis favoritos. Acentué mis ojos ennegreciendo apenas los bordes y retoqué mis labios con suave color rosa pálido. Decidí usar un

vestido que jamás había intentado llevar, de color rosa oscuro, con hombros descubiertos, muy ceñido al cuerpo, apenas abultado bajo la cintura y una rosa blanca adornando el centro de mi pecho. Recordé que había guardado con mucho cuidado el dije que Alessandro me obsequiara cuando regresó de su viaje a Sant’Giovanni en Italia. Con algo de inseguridad lo puse en mi cuello, relucía maravilloso entre el vestido y los zarcillos. Usé mi perfume de canela acostumbrado y me ubiqué frente al espejo antes de bajar a la cena.

—¡Madonna mía! —vociferó Julianna—. Usted está hermosa, pero ¿qué tiene en sus hombros?

Me observé de cerca y las marcas de Lorenzo comenzaban a hacerse notorias.

—¡Dios, necesito algo para cubrirlos!

Julianna se mostró aprehensiva.

—Lorenzo la golpeó.

—¡No! Él no me maltrató. —Sonreí entrecerrando los ojos—. Ten calma, es solo su impulsividad, tanto amor no cabe en un ramillete de besos, esto no es más que una muestra de ello.

Hizo una mueca de preocupación parecida a una sonrisa a medias y no volvió a indagar.

—Baje tranquila, la señora está abajo con el niño y Alessandro. Él ya sabe que ese hijo es del matrimonio, usted debe permanecer serena por eso.

—¿Y Lorenzo?

—Bajó a la sala del piano. No estoy segura si ya salió de ahí, pero vamos, no quiero perderme las caras de todos cuando usted aparezca, tan hermosa.

En la sala se encontraban todos. Alessandro y Lorenzo se levantaron de sus lugares rápidamente, pero fue mi hermano quien habló primero.

—Estás hermosa, Antonia. Veo que el reencuentro con tu verdadero amor hoy te hizo bien, pareces un ángel —señaló con sutil doblez en sus palabras y malicia en los ojos.

Luego dirigió su triunfante mirada a Alessandro, como si tuviera entre sus manos el premio mayor y se lo enrostrara con arrogancia.

—Me encanta que haya decidido usar mi obsequio esta vez, Antonia, luce precioso en su cuello, agradezco la delicadeza que tiene conmigo, el querer halagarme de esta forma —dijo Alessandro.

Con evidente molestia, Grazia nos invitó a la mesa sosteniendo a mi hijo en brazos. Quise tocarlo, pero ella lo alejó de mí entregándoselo a la nodriza.

Se anegaron mis ojos y tuve que tragarme la pena sin objetar su resentido actuar.

Noté que Alessandro la observaba en silencio, curioso por su actitud. Antes de entrar en el comedor, me tomó de una mano, cuidando que nadie notara sus palabras.

—¿Qué pasa con Grazia que no la deja tocar a su hijo?

—No nos llevamos muy bien que digamos —murmuré nerviosa.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

No alcancé a contestar, Lorenzo y Grazia nos miraban desde adentro, para que pudiésemos sentarnos pronto a cenar. No sabía qué cuentas estaba sacando Alessandro, pero tampoco quería averiguarlo y no quise ser yo quien lo ayudara.

Lorenzo estaba incómodo. Al cabo de unos minutos de perturbador silencio, tomó un sorbo de vino de su copa y lo mantuvo en su boca por un instante, sin dejar de mirar a Alessandro. En seguida tragó forzosamente.

—Y dígame, doctor Biava, ¿qué planes hizo junto a mi esposa mientras conversaba con mi hermana? ¿Algo interesante? ¿Efectivo acaso?

—No creo que necesite ayuda, yo vine aquí a llevarme a Antonia de vuelta a Italia y por lo que veo no debiese existir impedimento para ello —dijo con seriedad.

—En verdad no creo que la señorita Yasmina Moratti se sienta complacida de verlo aparecer en Foggia con Antonia —sentenció Lorenzo con ironía.

Yasmina era la hermana de un antiguo amigo de infancia de Lorenzo en Foggia, Roberto, quien ocupaba un puesto similar a un lugarteniente y quien, estoy segura, lo mantenía informado de todo lo que ocurría en el Monte en relación a sus intereses y muy especialmente en nuestras tierras y nuestra casa. Había visto llegar cartas desde allá, pero imaginé que solo le informaba sobre asuntos de política. No había caído en la cuenta de que las noticias provenientes de Italia incluían amoríos y otras situaciones desconocidas para mí, que sí eran del interés de mi hermano.

Miré a Alessandro con curiosidad y hasta algo de celos, en espera de una señal. Después de todo él venía por mí a Grecia, o al menos era eso lo que decía.

—Pasaron algunos meses en que no quise saber nada desde que Antonia me dejó en Italia —suspiró con tristeza—, hasta que tomé la decisión de cortejar a Yasmina, ella es una de las muy pocas mujeres en Foggia que

participa de nuestras asambleas, es difícil no admirarla, además de su belleza, es una mujer sagaz que cualquier hombre sensato quisiera tener a su lado. Intuyo que usted ha vivido alguna vez en carne propia el hecho de no amar a quien realmente debe, sino a quien el corazón le ordena.

Lorenzo lo miró despectivo.

—Pues bien, entonces decidí pedir el permiso de Roberto, su hermano, para cortejarla. Pensé que así podría olvidarme de usted —dijo mirándose a los ojos.

—No malgaste explicaciones, Alessandro, no creo que a Antonia le interese en realidad y yo ya estoy al tanto de todo lo que sucede en Foggia.

Estaba atónita, pero quería seguir escuchando la historia.

—Sigo enamorado de usted, Antonia. Estoy aquí impulsado por un sentimiento sincero.

Lorenzo forzó una carcajada, mordió enérgico su labio inferior y levantó una ceja con exageración.

—Ella no se va a mover de Santorini, por lo que me temo que su viaje fue inútil, puedo ayudarle con el capitán del pailebot para acordar su regreso si me lo permite, no hay nada peor que derrochar el dinero, ¿verdad?

—Su esposa me indicó que estaban esperando por mí y que ella se va conmigo, no comprendo su posición ahora. Si realmente está informado, debiera saber que mi compromiso con Yasmina fue cancelado hace un tiempo.

—Nunca me gustó usted para esposo de mi hermana, su forma de ver la política, su sentido de rebelión incierto con una postura doctrinaria absurda, contradictoria, tan confusa para mi gusto, ustedes los «moderados» tan temerosos —Sonrió sarcástico—, se dicen liberales, pero retroceden ante la necesidad de actuar y no tienen mayor esperanza que el socorro extranjero.

—Se necesita un plan realista para tener éxito. Una alianza estratégica, planificada por personas astutas y a la vez prudentes con el fin de lograr el propósito de un resurgimiento sólido. Evitar el error en el que se ha caído tantas veces. Si Francia interviene con su ejército, lograremos derrotar a Austria y los Borbones saldrán del sur por añadidura.

—Don Alessandro, siempre hemos sido débiles, siempre fluctuando entre Francia y Austria, es hora de despertar, grabar en el alma lo que su bando pretende escribir en un trozo de papel respaldado por la monarquía a la que aspiran ser vasallos. Yo desconfío de toda aquella diplomacia, recuerde el

motivo por el que estoy en Grecia ahora, la infamia de Francia en favor del Papa nos dejó sin República en Roma y hace algunos años, luego de las tres «gloriosas» jornadas parisienses, aquella «solidaridad» formando falsos comités de ayuda para nuestra independencia, ¿no la recuerda? El día que se contradijeron con la frase «La sangre de los franceses pertenece a Francia», pero no tuvieron reparos en intervenir en problemas internos de otros estados, donde sus intereses sí estaban comprometidos. No puedo actuar ahora como un iluso, creyendo de nuevo en la misión libertadora de otro pueblo que no sea el nuestro.

—Sin embargo, yo sí tengo la convicción del triunfo de nuestra ideología, ese pragmatismo del que usted reniega llegará mucho más lejos que la intransigencia que sus aliados proponen. Se han aprovechado de la ignorancia del pueblo al que supuestamente «defienden», seduciéndolo con la fácil retórica mazziniana. Fecundar la libertad con la sangre del pueblo los conducirá a un rotundo fracaso. Están enviando a morir a su propia gente, traicionándose a sí mismos....

Lorenzo sonrió, irónico.

—Cavour es hábil, veo que ha limpiado su cerebro —dijo sin alterarse—, lo que él quiere es nutrirse de más poder y lujos, mediante una ideología que los llevará de paseo a un desengaño de proporciones. El amor al dinero y a la supremacía que le otorga el poder es lo que lo caracteriza, al menos es lo que he oído de quienes han tenido el placer de conocerlo.

—Perdón, pero usted me parece un mundo de contradicciones, ¿no es acaso un terrateniente colmado de lujos desde el día en que despertó a la vida? Solo piénselo, hasta su propio padre tuvo en su momento un rotundo cambio político.

—¡No hable de mi padre! Usted no sabe de tradición ni de revolución, usted no es más que un reaccionario. —Lorenzo alzaba cada vez más la voz—. Sí, provengo de una familia educada y acaudalada, nuestro núcleo ha tenido por herencia mucho más que el corriente de las personas que habitan Apulia, hemos sido hábiles con el dinero, pero nuestra familia también ha luchado toda su vida por la unificación de la patria, yo soy un italiano, he forjado mi existencia a partir de principios y por sobre todo de intensidad, una sensación que usted, doctor Biava, no conoce. —Parecía a punto de empujarlo o de hacerle daño, pero se contenía—. Yo sé de la grandeza de esta ideología, nuestra valentía al escoger el camino más severo, pero también el

más imponente, desde que comenzamos nuestra tarea de liberación, ninguno de nuestros actos se ha desviado de la línea que trazamos y dadas las condiciones en las que nos encontramos hoy, no es posible resolver de otra manera. No voy a cambiar mis ideales para aliarme a una secta llena de ambigüedades sin sentido. Mi padre apenas simpatizaba con su ideología.

Suspiró y bebió un sorbo de agua, mientras Grazia y yo mirábamos con temor la escena.

—No continuaré esta inútil pugna de ideologías. Y en lo que respecta a mi hermana, la promesa que don Pietro hizo al tío Bartolomé caducó. Nuestro padre está muerto y ahora su padre soy yo. No hay más explicaciones.

—Usted es su hermano y su madre aún está viva, Lorenzo. Fue en gran parte ella quien me impulsó a venir a buscarla luego de recibir la invitación de su esposa. Recuerde que Antonia lleva un año sin dar señales en Italia.

Mis mejillas se enrojecieron al instante mientras veía cómo el tiempo avanzaba más lentamente sobre la cara desconcertada de Grazia. Lorenzo, sin embargo, permaneció imperturbable. Miró a su esposa con indolencia y volvió a tomar la copa para empujarla y beberla por completo.

—Mi madre ya no tiene poder sobre ella y usted tampoco, doctor. Ella sabe perfectamente que Antonia ha estado aquí conmigo. Si no se lo informó antes, debe deducir usted mismo los motivos. Creo que la cena se terminó para mí —dijo levantándose de la mesa y arrojando furioso la servilleta de lino sobre ella.

Grazia no se atrevió a dirigirle la palabra, pero una vez que este desapareció de la sala, me devolvió la mirada, humillada.

—Tu madre está viva. —Hizo una pausa para tragar su dolor—. ¿No debería sorprenderme, verdad? —Se levantó de la mesa de súbito, molesta—. ¿Qué más, Antonia? ¿Qué más debo esperar de ustedes? ¡Háblame! ¡Ya no quiero más sorpresas! Ustedes me tomaron por estúpida todo este tiempo.

Dirigió en forma brusca la mirada hacia Alessandro y continuó su ofensiva.

—¿El doctor Biava sabe que estás enamorada de tu hermano? ¿Sabe que va a llevarse de vuelta a Foggia a una desequilibrada? —señaló agitada y con lágrimas de ira en los ojos.

—Claro que lo sabe, ¿acaso no fue usted misma, «señora Castiglione», quien se lo dijo?

La odiaba, pero a la vez no sabía qué decir ni cómo actuar. Alessandro

estaba acongojado, podía ver sus ojos llenos de culpa por lo ocurrido, pero a la vez comprendía que era su deber el develar lo que realmente estaba sucediendo con nosotros, el motivo de la carta que le envió Grazia y aquello que le ayudase a cumplir su propósito al venir a Grecia.

La situación en general durante la merienda fue tan abrumadora, que apenas pude probarla. Me sentía sofocada, mareada, mi estómago estaba revuelto, pero aun con aquellos inconvenientes, no podía odiar al doctor Biava.

Entristecida y avergonzada no fui capaz de acercarme a Grazia para pedirle ver a mi hijo, sabía que debía estar odiándome por haber sufrido la humillación de creer en las mentiras que inventó Lorenzo con el fin de traerme a vivir a Santorini.

Debido al viaje, la tensión durante el día en casa se hacía a ratos insoportable. Mientras mi hermano deseaba furiosamente que Alessandro estuviera lejos de mí, Grazia se esperaba con la idea de enviarme de vuelta a Sant'Angelo, ojalá antes de que Lorenzo regresara.

Finalmente y bajo la presión de innumerables y funestos sucesos, Alessandro Biava dejó nuestra casa justo antes de que comenzara a anochecer para establecerse en una posada cercana hasta lograr convencerme de salir de Grecia junto a él.

Francamente no comprendía cómo era capaz de soportar tantas humillaciones por mi causa. Yo tenía por seguro que no iba a moverme de Santorini, pero por alguna razón él se empeñaba en lo contrario.

Al día siguiente, Lorenzo se embarcaría hacia Agrinio.

Mi hermano llegó a la habitación más temprano que de costumbre. Había estado pensando en cómo insinuarle que tenía un método para no volver a engendrar un hijo y por cierto que él se dio cuenta de inmediato de mis nervios. Me miró con suspicacia, ubicó su lengua sobre su labio superior con una sonrisa casi imperceptible.

—Estoy esperando, Antonia, ¿qué quieres decirme? —dijo con la risa a punto de estallar.

Me sonrojé en el acto.

—¿Cómo sabes que quiero hablar? —dije algo molesta.

—Por tu rostro, conozco todas tus claves, tan solo con mirarte puedo saber de qué se trata —rió breve, luego se acercó a mí con la sonrisa dibujada en su pálido rostro, puso su mano bajo mi mentón para levantarlo con tanta dulzura

que no fui capaz de decir alguna cosa, me besó largamente e insistió.

—Dime, ¿qué necesitas?

Intenté reponerme de la embriaguez que me provocaban sus besos, ni siquiera pude abrir mis ojos en seguida. Al fin suspiré con algo de temor.

—Yo quiero decir dos cosas... importantes.

—Dilas. ¿Por qué me tienes miedo?

Sus repentinos cambios de humor me incomodaban en demasía y aunque él siempre actuaba de esa manera tan extraña y debía estar ya acostumbrada, mi debilidad y sumisión frente a él me desmoronaban la existencia.

—Está bien, lo primero es que quiero que Grazia me permita ver más a menudo a Lorenzo, aunque nadie lo sepa, aunque sea un secreto, él es mi hijo, necesito verlo, tocarlo —me quebré nuevamente al recordar su pequeño rostro. Miré hacia el suelo esperando alguna respuesta.

—¿Y la segunda cosa que querías decir? —dijo ignorando mi primera petición.

—Escucha, no quiero que pienses de mala forma, pero Giulianna trajo esto para mí, para que pudieras usarlo... tú sabes —dije entregándole el papel doblado, para que lo viera con sus propios ojos.

Lo abrió para sonreír al instante. Luego de un tranquilo suspiro tomó mis manos y me llevó a la cama para acomodarnos en ella.

—De acuerdo, hablaré con Grazia. Ella no puede negarte ver a tu sobrino —dijo con indiferencia.

—¡Él no es mi sobrino! —le contradije afligida.

Me miró con tristeza y me besó en la frente para quedar allí prendido de mí algunos instantes.

—Y luego esto, ¿sabías que esto lo utilizan las meretrices, Antonia? Las personas normales se casan para tener hijos, muchos hijos.

—Lorenzo... —murmuré con timidez—. Las personas normales no tienen hijos con sus hermanos. Nosotros no estamos casados y tú elegiste otra mujer para que fuese tu esposa.

—Nosotros estamos juntos porque nos amamos, con eso basta —se detuvo en mis ojos con preocupación—. ¿Serías capaz de engañarme con Alessandro Biava?

—No entiendo cómo puedes imaginarlo, si sabes que te amo. Esto no tiene que ver con el amor que siento por ti, pero he sufrido demasiado, no quiero volver a tener un hijo para que me despojen de su amor otra vez. —Mis

lágrimas escaparon suavemente por mis ojos.

—No es cómodo, no es lo mismo —dijo mirándolo con desprecio y desconfianza—, no estoy seguro de querer hacerlo.

—Por favor, si me amas debes hacerlo, por mí.

Suspiró deteniendo el aliento por unos segundos.

—No eres tú la que da las órdenes —dijo sin inmutarse—, pero intentaré hacerlo la mayoría de las veces. Para que estés tranquila, tampoco quiero verte sufrir otra vez. No puedo verte llorar, lo sabes —dijo secando con sus dedos mis lágrimas.

Quería preguntar más a cerca de la conversación en la cena, las cartas de Roberto, la relación truncada de Yasmina y Alessandro, saber de mi madre, pero no me atreví a hacer más preguntas. Lorenzo odiaba formar parte de un interrogatorio con él como protagonista, por lo que decidí formular mis inquietudes en otro momento.

Acaricié su rostro y me acerqué para besarlo, pero me apartó con una sonrisa.

—Escucha, luego de la asamblea partiremos a Mesolongi, será un viaje corto, uno o dos días, pero serán muy valiosos. Fue allí donde Byron murió. Justo cuando defendía la independencia Griega.

—Lo sé, me extraña que no hayas ido nunca a ese lugar a honrar a Byron.

—Mi deseo es ir contigo, tal vez cuando regrese podemos viajar juntos, por lo pronto, existe una vía directa que une Agrinio y Mesolongi en poco tiempo de viaje, similar a la ruta que une al Monte Sant'Angelo y Manfredonia, solo por ello pretendo ir brevemente en esta ocasión.

Lorenzo suspiró preocupado.

—Antonia, yo quiero a ese hombre fuera de Santorini, no quiero verlo a mi regreso. No me agrada estar lejos de ti, menos ahora, que ese doctor está aquí con intenciones de arrancarte de mi lado.

Grazia lo había hecho bien esta vez. Parecía una coincidencia macabra, pero era evidente que había planeado la visita de Alessandro justo cuando Lorenzo debía salir de Santorini. Sin duda, estaba dispuesta a todo por sacarme de su casa, de su vida, de la de mi hermano y sobre todo, la de mi hijo.

Am

[Piacévole]

Me desperté más tarde la mañana en que Lorenzo viajó. Giulianna apareció en mi habitación para preparar mi baño y mi ropa, pero me negaba a abrir los ojos.

—Hija —dijo en voz baja—, Lorenzo le envió algo.

Estaba enredada entre las sábanas, aún desnuda. Abrí a regañadientes mis ojos para encontrarme con la figura de la nodriza con mi hijo en brazos. Quise abalanzarme sobre él, pero no conseguí hacerlo solo por no tener algo con qué cubrirme cerca.

Fue Giulianna quien lo aproximó a mí.

Inmediatamente, sus manos suaves comenzaron a jugar con mi cabello. La similitud con su padre era sorprendente, hasta su sonrisa era una réplica exacta de la de él. Aquello me conmovió tanto que no hubo control para mis lágrimas. Estaba claro que él nunca sabría que yo era su progenitora, seguro podría llegar a odiarme por ello.

Unos minutos cobijado en mi pecho me bastaron para sentirlo mío. Su piel me ofrecía la tibieza de ese amor que tanto necesitaba. Tenía los ojos abiertos y me miraba con curiosidad, como preguntándose qué hacía en los brazos de esta mujer que no podía llamarlo hijo aunque quisiera. Sus manos, todavía sosteniendo mi cabello, se movían inquietas sobre su rostro. Parecía un querubín de abundante cabello castaño y ojos grandes. Giulianna y la nodriza nos miraban con ternura, cómplices del encuentro entre una madre y su hijo.

Instintivamente, torció la cabeza hacia un costado y quiso aferrarse a uno de mis pechos, buscando alimento. No sé si fue el dolor físico de su contacto o la emoción de sentirlo, las que provocaron que mis lágrimas brotaran de nuevo. Hipando y sonriendo, miraba la boca del pequeño aferrarse a uno de

mis pezones, succionando en busca del alimento que hacía algunas semanas me vi obligada a negarle.

La nodriza parecía inquieta y de tanto en tanto, salía a ver si su patrona se acercaba.

—No debería dejar que el niño se alimente de sus pechos, hija —dijo Giulianna, preocupada—. Se acostumbrará y ya no querrá alimentarse de la leche que le proporciona la muchacha.

—Sabes que ya no hay leche... —dijo sin mirarla, en un tono de voz más bien marchito.

Dejé que Giulianna se llevara a mi hijo a un costado, mientras la nodriza volvía a su puesto en la habitación, avisándonos que la señora se acercaba. Cuando entró, Grazia tomó al niño y se lo dio a la muchacha, despidiéndola para que saliera a amamantarlo.

—Lorenzo me pidió que te diese más tiempo cerca de nuestro hijo y acepté, pero no te ilusiones con esto, recuerda que todos hicimos un pacto antes de que él naciera.

—Lo sé, no debes insistir, sé que es lo mejor para todos, en especial para él y es solo por eso que me sometí con resignación a esto. —Esperaba que al fin me dejara a solas—. ¿Necesitas algo más?

—Sí, Alessandro está en tu salón de piano. Le dije que podía esperar allí. Yo ahora estoy de salida y no volveré hasta el atardecer. Voy a visitar a mi madre, así que estás en libertad de acción —dijo complacida y con una sutil sonrisa.

—¿Qué pretendes? —pregunté, arqueando las cejas con desdén.

—¿Él no es tu novio?

—¡Claro que no! —le respondí en seguida.

—Sería bueno que olvidaras a Lorenzo, puede verse muy claro que al que amas es al doctor Biava, no te das cuenta de la expresión de tu rostro cada vez que él está cerca de ti, cada vez que te sonrío tus ojos brillan como si hubieses vuelto a la vida. Esta historia con Lorenzo es solo una obsesión, eres terca, no quieres perder, pero él es tu hermano ¡y esto es una historia de dementes!

—Estás intentando convencerme de un amor que no existe, guiándome a tu conveniencia, ¿acaso no ves que eres tú quien está de más en esta «historia de dementes»?; él está conmigo y lo sabes.

—Antonia... —dijo con fingida lástima—, ¿crees que soy solo una figura

en esta casa?, ¿tú crees de verdad que mi marido no se acuesta conmigo?

—¿Y tú crees que yo soy una imbécil? He pasado estos últimos meses sola porque él no pudo soportar mi falta de deseo, mas no ha sido por amor a ti que Lorenzo se alejó, acostarse contigo es su maldita obligación, pero él no te desea y sabes de sobra que está de regreso en mi cuarto.

Lo sabía, pero mi mente bloqueaba aquello, prefería imaginar que Lorenzo la despreciaba, que no la tocaba. Guardé silencio unos instantes dejando en evidencia mi decepción al imaginarlo con ella. Me avergoncé de mi estupidez en el acto y me sonrojé, humillada.

—Cada noche, aunque estés aquí, desde siempre, Lorenzo se comporta como mi esposo en la cama. Créeme, yo sigo siendo su mujer en todo sentido y no he dejado de serlo nunca —dijo sonriendo—. No sé en qué estás pensando, niña, pero es mejor que pongas los pies sobre la tierra y vayas con tu novio.

Al verla salir de mi habitación, le arrojé cuanto había a mi paso. Todo fue a dar contra la puerta y las paredes. Giuliaanna apareció corriendo para calmarme. Me sentía humillada, tan despreciable, que solo quería gritar y maldecir el día entero a Lorenzo y su bendita esposa. Le pedí que preparara mi baño y que avisara a Alessandro que estaría ocupada unos minutos.

Sabía que esto formaba parte del plan de Grazia para sacarme de su camino, pero fue inevitable no seguir con la ruta que ella marcó. Estaba tan enfurecida que quise sacar de mi piel todo rastro de Lorenzo, por lo que prácticamente arrojé sobre la bañera una pequeña botella de esencia de canela para quitarme su aroma.

Volví a trenzar mi cabello como debía ser siempre y me arropé con el vestido de paseo azul que nunca usaba, los guantes blancos con los que habitualmente salía a caminar en el Monte Sant'Angelo y las joyas con las que mi padre me agasajaba para alguna reunión en casa.

Antes de ir al salón, decidí pasar por la habitación de Grazia.

Nunca me había acercado siquiera a su alcoba, de ningún modo había querido saber, ni ver, cómo era la cama en donde Lorenzo pasaba las noches con ella. Me asomé lentamente para que nadie pudiese oírme.

La primera impresión que tuve del lugar fue el aroma a flores horrendo tan característico de Grazia. La habitación era oscura, lúgubre, de colores ensombrecidos, no había libros en ningún lado y la ventana estaba cubierta por una gran cortina verde. El lecho estaba en desorden, por lo que supuse

vendrían pronto a asear. Entonces vino a mi mente Nina y su consejo de no usar «sábana nupcial», quise hurgar, para ver si ellos la usaban, saber si ella era ese mueble patético que yo deseaba que fuese.

Sin embargo, no hubo agujero alguno que avalara mi suposición. Solo un piño de sábanas apestando a sus cuerpos. No había diferencia entre ambas a la hora de satisfacer sus deseos. Lorenzo no hacía distinción.

Ella era mucho más que yo. A mí me escondía, con ella se presentaba ante todos. Ella era su mujer y yo la alternativa de sus noches.

Apreté los puños con fuerza. Después de todo lo que me dijera, no podía creer que ni siquiera fuera especial para él en la cama, que su mujer le proporcionara el mismo placer que yo o más.

Una vez que comprobé, no sin rabia, lo que deseaba, me retiré del lugar a paso firme y me dirigí hacia el salón de piano, donde Alessandro me esperaba. Este me sonrió nervioso desde la ventana. No obstante, decidí que no notaría mi furia, si no que se llevaría la mejor impresión de mí. Como pude, sonreí complaciente y me acerqué a él, tomándole de las manos.

—Usted está radiante, Antonia —dijo impresionado.

—Muchas gracias —dije sin dejar de sonreír.

Él estaba increíblemente perfecto ese día. Su cabello recogido como cuando nos encontramos frente al mar en Manfredonia me hizo recordar la oportunidad que tuve de ser feliz a su lado y no estar viviendo un infierno aquí en Grecia. Intenté mantener la compostura y la sonrisa ante el recordatorio de mi exacerbada sandez y me detuve en sus ojos, sin duda su mayor encanto.

—Supe que su hermano ya dejó Santorini. Pensé que su viaje sería mañana, no debería decirlo, pero me alegra de cierta forma su desesperación al verme inmiscuido en su hogar justo ahora —dijo observando con detención el retrato en donde aparecíamos Lorenzo y yo.

—Grazia se lo dijo, ¿verdad? Ella planificó todo de una forma muy astuta.

—¿Le parece mal? —Me miró avergonzado.

—No es eso. Ella quiere venderme al primero que pase frente a nuestra casa para deshacerse de mí.

—Yo no la quiero comprar —dijo, ofendido—. En mis planes no está comprarla, ni menos obligarla. Yo quiero casarme con usted. ¿Es que acaso no siente nada por mí?

—Disculpe, no quise ofenderlo —dije acercándome para tomar su mano.

Alessandro se ubicó frente a mí con mirada suplicante.

Agobiada con la humillación de saberme tan solo una mujer más en la vida de Lorenzo, decidí quitarme de encima todo rastro de apego y culpa, concentrarme en el ahora, en lo que ahí estaba ocurriendo. Llamé a Giulianna para que trajera mi capa blanca y le pedí a Alessandro su compañía para dar un paseo por Fira. Ella se veía tan esperanzada y feliz con la situación, que no dudó en permitirme salir a solas con él, después de todo, sin Lorenzo merodeando a mi lado el día entero, no había nada que me impidiese continuar con mi antigua y truncada amistad con Alessandro Biava.

Salimos a caminar sin rumbo, sin considerar el inestable clima de otoño, por lo que la lluvia nos hizo presa de su capricho y debimos apurar el paso hacia la posada en donde Alessandro se hospedaba. Al entrar, una mujer lo recibió con una coqueta sonrisa, él la saludó gentilmente y pidió para mí algunas toallas con el fin de secar mi ropa y mi cabello.

Alessandro no necesitaba llamar la atención, su sola presencia inquietaba a quienes lo rodeaban. Tomé su brazo algo molesta por el evidente coqueteo de la muchacha, sin antes advertirle mi molestia mirándola severa, como determinando sin palabras que él era para mí una especie de propiedad privada.

—Discúlpeme, Antonia —dijo Alessandro, y se dirigió a una mucama para preguntar algo que no pude escuchar. Mientras eso ocurría, la mujer que nos recibiera me examinó de arriba a abajo.

—Parece usted muy noble, ¿pertenece a la familia Castiglione? —Su napolitano era apenas entendible.

—Soy la novia de Alessandro —dije casi sin pensar y justo en el momento en que él volvía a situarse a mi lado. Sonrió ante el título que le acababa de dar, pero sin dejar de analizarme. Luego de encontrarse solo con mi sonrisa, encogí mis hombros y miré hacia el suelo avergonzada.

—Si quiere ir a secar sus ropas, puede hacerlo, yo esperaré aquí —dijo también sonrojado.

—Gracias.

La mucama me guió por el pasillo hacia la habitación intentando hacerse comprender sin éxito. Nunca había podido relacionarme con nadie acá, porque no conocía nada del idioma, eso me molestaba mucho, era una de las razones también por las que nunca pedía el permiso de Lorenzo para ausentarme de casa.

Al entrar percibí el olor a humedad de la madera que cubría el piso del lugar. Todo allí era muy oscuro, pero existía en el ambiente una inexplicable calidez. Me acerqué al mueble que contenía algunas de sus pertenencias; sobre él había libros, incluyendo la novela de Ugo Fóscolo que dejé sobre mi mesa de noche en Italia.

Comencé a hojearla, acercándola a mi rostro para sentir el aroma agradable de sus hojas. Leí algunos párrafos al azar intentando sacar el rostro de Lorenzo de mi mente.

De pronto la brisa que escapaba por las ranuras en las ventanas se hizo más fuerte a causa de la puerta entreabierta. Me di la vuelta para cerrarla bien, pero Alessandro estaba allí. Había abierto apenas para cerciorarse de no importunarme.

Tal vez estaba espiando.

Lo miré desconcertada y puse rápidamente el libro sobre el mueble.

Alessandro miró al suelo avergonzado.

—Disculpe, yo pensé que ya estaba dispuesta a salir.

—No. La verdad es que aún no he secado mi vestido —sonreí nerviosa.

—Entonces volveré en seguida —dijo sin mirarme.

—¡No! —dije alzando la voz—. Vuelva Alessandro. Necesito su ayuda.

Sin quitar mis ojos de los suyos, dejé en libertad mi cabello, de esa forma no tendría siquiera que pronunciar lo que en verdad estaba deseando en ese momento.

Se acercó a mi lado con mesura. Le di la espalda y acomodé mi cabello hacia un costado para que pudiese comenzar a desatar los cordones del vestido.

Alessandro intentaba apaciguar su impaciencia exageradamente, podía escuchar cómo tragaba su inquietud e intentaba disimular el temblor ansioso de sus manos. Mientras esto ocurría, mantuve en calma mi expectación imaginando el «siguiente paso».

Una vez cumplida la tarea, me di la vuelta para quedar frente a él y dirigí sus manos hacia mi cintura. Me observó intentando mantener la calma y luego de unos breves instantes deslizó sus dedos delineando mi cuerpo hasta llegar a mi rostro y posó sus suaves labios sobre los míos impacientes.

Al fin decidí dejarme llevar. Estaba sola en el mundo y nadie iba a entorpecer mi momento, aunque fuese por resentimiento o despecho.

Pausado y con algo de dificultad, me despojó de las vestiduras, al tiempo

que yo también quitaba las suyas, su calor aplacaba el frío que recorría mi espalda. Su piel era fuego, la mía hojas secas que prendían con el roce de su cuerpo. Suave pero apasionadamente, nos dejamos caer sobre su cama, mientras sus ojos iluminaban la lúgubre habitación.

No estaba acostumbrada a tanta sutileza, a tanta suavidad en el amor, eso me mantenía seducida, encantada, mucho más que durante la enloquecida exaltación de Lorenzo al estar dentro de mí. Eso logró descolocarme durante algunos segundos.

—Quiero que sepa lo que realmente se siente cuando alguien está con usted por amor —susurró apenas en mi oído.

Su cabello escapaba por sobre su frente haciéndolo aún más atractivo para mí. No podía hablar, sin embargo la fuerte respiración se me hacía incontrolable. Esto le provocó una dosis precisa de fuerza, justa como para desatar sus instintos y transformarlo en una perfecta mezcla entre dulzura y fuego.

La confusión de sus manos evidenciaba inexperiencia, pese a ello, nada parecía más armonioso que la danza inocente de sus dedos recorriendo mi cuerpo. Su delicadeza me estremecía. Me entregaba tanto amor, que era imposible para mí recordar en ese momento cualquier otra cosa, por más que lo deseara. Juntos llenamos la habitación de sonidos agitados, de emoción contenida y de caricias deseadas desde hacía tiempo.

Antes de caer rendido, me miró fijamente a los ojos y fundió sus labios con los míos jadeantes. El vapor que emanaba de nuestros cuerpos nos cubría como un manto brumoso de calor.

Luego de observarme durante algunos instantes, me situó delicadamente a su lado para descansar. Lo miré embriagada de encanto y lo besé en los labios para luego reposar mi rostro sobre su pecho agitado. Alessandro me gustaba, era innegable, pero no lo suficiente como para evitar sentirme sucia, tan trivial, como si lo fundamental que debía ser el amor para llegar a la cama con alguien no significara nada. Al correr los minutos, comencé a sentir el peso aterrador sobre mis hombros, algo que sabía no me concedería paz en ningún momento. Estaba suspendida en aquella húmeda habitación, mirando a mi alrededor sin reconocer la calidez de mi cama, sin reconocermé a mí misma. No tenía palabras.

Alessandro se dio cuenta de mi desánimo y besó mi hombro con dulzura.

—¿Quiere regresar a su casa?

—Si no le molesta, preferiría estar allá ahora.

Me vestí silenciosa, con la mirada perdida en la nada. Pedía perdón a mí misma por intentar engañarme, por más que lo odiara en ese momento y lo hubiera hecho por despecho, una parte de mí ansiaba a Lorenzo.

Al salir de la habitación, la mujer que nos recibió parecía sospechar de nuestro íntimo encuentro. Noté que su gentileza era forzada, lo que me llevó a temer que Lorenzo se enterara por otros de lo que había sucedido con Alessandro. Tratando de no darle más sospechas, le sonreí y mantuve la compostura.

Anduvimos sin hablar durante el camino que nos llevó de regreso. Mi cabeza urdía un plan para que mi hermano no se enterara de nada. Tal vez si hacía que Alessandro volviese a Foggia antes de que él regresara, todo sería más fácil.

Al retornar a casa, Giulianna nos esperaba en la entrada con exagerado entusiasmo.

—Hice preparar algo especial para usted y su visita, deben tener hambre —dijo sonriendo.

Me sonrojé en seguida. Odiaba mi incapacidad absoluta de fingir normalidad cuando algo era realmente inusual.

—Pasó algo entre ustedes, ¿verdad? —murmuró Giulianna con una sonrisa imborrable de su rostro.

—Déjame, luego hablaremos.

Alessandro entró después de mí con rostro preocupado. No hubo tiempo de conversar entre los dos sobre lo ocurrido, por lo que le costó mucho comenzar a hablar.

—Quisiera saber qué es lo que siente por mí, Antonia.

—Sé que tiene intención de llevarme lejos de aquí, pero créame que tengo razones más que poderosas para permanecer en Santorini. Es verdad que usted me hace dudar, me hace sentir cosas distintas, pero no me haga decidir ahora, no es el momento.

—Está bien, no quiero ser inoportuno, discúlpeme por favor —dijo mirando hacia el suelo con tristeza.

Él tenía un especial encanto para mí. Me deslumbraban sus ojos, su forma de tratarme. Me confundía su amor, por lo que no era capaz de ser franca y alejarlo de mi lado de una buena vez, pero si debía elegir, Lorenzo tenía la magia de hacerme decidir por él no solo una, sino mil veces si quisiera.

Además de ser el dueño absoluto de mi amor rotundo e incondicional, él también tenía en sus manos el tesoro máspreciado, mi hijo.

La tarde pasó rápidamente y Alessandro decidió retirarse antes de las seis. Podía notar su incomodidad al encontrar sólo arrepentimiento en mi mirada. No había forma de evitarlo.

Durante la cena, Grazia, quien había regresado lo suficientemente tarde como para asegurarse de que mi tiempo a solas con Alessandro fuera excesivo y provechoso, no me quitaba los ojos de encima, hurgando en mi rostro alguna señal de lo que había ocurrido.

—¿Fue productivo tu día?

—Depende de lo que tú llames «productivo» —dije con rostro huraño.

Ella sonrió con malicia.

—Veo que toqué el punto indicado —me sonrió imitando el típico ademán de mi hermano.

—Si piensas que aproveché mi día con Alessandro para ayudarte con el arduo trabajo de dejar tu camino libre, te equivocas. No hice nada que te conceda mayor ventaja. Lo lamento —dije en tono hosco.

No volví a mirarla. Mi incapacidad de mentir era aterradora, y no quería darle el placer a Grazia de descubrir lo que para ella sería una batalla ganada.

Vittorio me observaba serio desde un rincón de la sala, por lo que al término de la cena decidí seguirlo hacia el despacho de Lorenzo, en donde él normalmente planificaba la administración del hogar junto a mi hermano.

—Vittorio, has sido un buen amigo conmigo.

—A qué vienen esas palabras, señorita.

—No quiero que pienses mal sobre mi salida con Alessandro Biava esta mañana.

—Señorita, yo soy el sirviente más leal de su hermano en esta casa, todo lo que sé o intuyo en referencia al señor para mí es sagrado, así como tampoco dudo en comentar con él todo lo que me parezca que juegue en su contra o hacerle ver en qué situaciones debe cubrir su espalda.

Me observó seriamente e hizo una pausa breve.

—Sin embargo, usted es poseedora de mi confianza y amistad en forma tan incondicional como su hermano. También tengo mis apreciaciones, pero no debo, ni puedo inferir opinión alguna al respecto. En lo que a mí concierne, con relación a usted, no he visto nada, ni puedo dar fe de algún acto de insurrección de su parte.

—Has sido un amigo perfecto para mí, Vittorio.

Sonrió mostrando su belleza y especial carisma. Podía ver la razón por la que Lorenzo lo tenía como su mayordomo en casa. Un sirviente fiel y muy hábil en la administración del hogar, pero también el respeto y dedicación para con él lo hacía merecedor absoluto de la posición superior que mantenía en casa.

Al día siguiente, decidí permanecer a solas. Pedí a Giulianna un día de reflexión, lo necesitaba para poner en orden mis ideas, y aunque tenía claro lo que debía hacer, no dejaba de sentirme prisionera de un sueño. Nada de lo que ahí tenía era lo que realmente deseaba para mi vida y ya se me estaba haciendo una costumbre vivir de la imagen de familia que siempre había anhelado y que en verdad no existía.

Antes de dejarme, Giulianna insistió saber si entre Alessandro y yo había sucedido algo importante, hasta que al fin, después de mucho intentar esquivar el tema, decidí contarle una parte, solo para contentarla de alguna manera, pues ella jamás miró de buena forma mi amor con Lorenzo y claro, para que dejara de importunarme con tantas preguntas. La situación me mortificaba, me sentía tan culpable que hubiese preferido enmudecer o perder la consciencia para no tener que recordar o al menos hablar.

—Él y yo nos besamos.

—¡Solo eso! —reclamó con decepción.

—Dios, Giulianna, no quiero hablar más. Sabes que no tengo intención de regresar con Alessandro Biava a Foggia, no puedo hacerlo. ¡Mi hijo está aquí! ¡Lorenzo está aquí! ¡Deberías saber después de tanto tiempo que lo amo y no hay nadie que pueda cambiar eso! Por favor, déjame sola ahora, no quiero ver a nadie.

El rostro de Giulianna enrojeció de ira. Tomó tanto aire que pensé que por primera vez después de tanto tiempo levantaría su voz contra mí, pero al contrario de lo que imaginé, mordió enérgica sus labios y se retiró sin decir absolutamente nada.

Durante gran parte del día me mantuve mirando por la ventana aquel mar ondulado y eterno que parecía estar dispuesto allí solo para mí. Observé con resignación el descanso de Grazia sentada en el jardín trasero de la casa, leyendo o mirando el mar con mi hijo en su falda. Mi hermano la escogió como esposa y yo además le entregué a mi hijo. Ella era una especie de princesa gobernando junto a Lorenzo, y yo me encontraba siempre debiendo

tomar decisiones en forma obligada, como si realmente lo necesitase, como si no pudiese pararme en frente de todos y ponerme en el lugar de la señora de la casa, cuidar de mi hijo y expulsar a Grazia de aquí.

Tenía demasiada cólera, realmente no tenía ánimo de alguna cosa, por lo que decidí mantenerme recluida en mi habitación el día entero.

Al atardecer, la cena tampoco estaba dentro de mis planes. Decidí recostarme para aclarar mis pensamientos. Pretendía leer algo, pero no fui capaz de concentrarme. Reviví en silencio el largo día anterior. De él, solo tenía dos recuerdos, el preciado momento vivido junto a mi hijo y las sensaciones que disfruté con Alessandro. De esto último no quería retener la imagen, pero tampoco sabía cómo eliminarla de mi cabeza, pues aún permanecía intensa y me hacía sentir culpable el estremecimiento de placer al rememorarlo.

Estaba comenzando a irritarme con el inoportuno repaso de la mañana anterior, cuando Grazia apareció de sorpresa con Alessandro en mi habitación.

—Antonia, disculpa, pero como no bajaste durante el día y yo había convidado a Alessandro a cenar, vinimos a verificar que te encontraras bien —dijo con fingida amabilidad.

—Estoy bien.

—Bueno, los dejaré solos entonces.

—No —dije antes de que desapareciera—, no es correcto que vengas a dejar a un hombre en mi habitación.

Grazia me observó molesta.

—Lo siento —dijo Alessandro, incómodo.

—No quiero ofenderlo, pero esto ha sobrepasado todos los límites.

«Maldita meretriz», pensé mirando a Grazia.

Mis sentimientos se mezclaban, pero no continuaría traicionando premeditadamente al amor de mi vida, por quien había dejado escapar todo, hasta mi cordura.

—Alessandro, quiero pedirle que regrese mañana a casa, le prometo que tendré una respuesta clara y será la definitiva, ya no quiero jugar con usted, no quiero tampoco que sienta que me he aprovechado de su amor.

—No sienta remordimiento... mañana estaré aquí para usted, mi esperanza continúa viva. Solo perdóneme por este momento, fue una torpeza de mi parte, le ruego me disculpe.

Grazia se dio la vuelta exasperada y caminó a paso firme sin mirarnos.

—Está disculpado, Alessandro, ahora necesito estar a solas.

Le pedí a Giulianna que guiase al doctor Biava hacia la salida. Nada podía hacer para volver el tiempo atrás, pero sí podía detenerlo, mis certezas a ratos se desvanecían en un mar de dudas, no tenía la claridad suficiente para saber si algún sentimiento real por Alessandro Biava fue lo que me hizo estar con él en la cama o si en verdad me engañé a mí misma siendo solo el despecho lo que en algún momento consumió mi alma y hasta mi cuerpo.

Fin

[Tempo di cabaletta]

El tormento de hallarme prisionera de una situación que me atrapaba sin clemencia, me hizo dudar por primera vez de todo. Alessandro Biava estaba arriesgando mucho más por mí de lo que nadie jamás se hubiese atrevido.

Lorenzo también había tomado decisiones, incluso mucho antes de que yo decidiera hacerlo. Esta vez, el escenario era perfecto para redimir al fin mi dolor y actuar con sensatez.

Luego de permanecer la mañana de aquel día encerrada en casa, decidí mandar llamar a Alessandro.

De cierta forma, Grazia y Giulianna esperaban verme escapar de aquí de su mano, por lo que me dejaron actuar con total libertad. Buscaban que tomara «la decisión correcta», y aunque Giulianna, que me conocía mejor que nadie, sabía que mi rebeldía y obstinación eran aún mayores que mi buen juicio, guardaba su confianza en que mi reflexión me llevaría de regreso a Foggia.

Alessandro tocó nuestra puerta pasado el mediodía. Sabía que intentaría convencerme de cualquier forma y yo tenía una sola cosa en mi mente: mi hijo.

Al día siguiente, a esa misma hora, un pailebot traería a mi hermano de vuelta a Santorini y para evitar complicaciones debía tomar la decisión antes de que él regresara.

Al entrar en la sala, vestido con un perfecto traje azul oscuro, Alessandro Biava aguardaba inquieto. El aroma de la canela sobre el mueble aún permanecía indeleble dentro de esta habitación. Sentí nostalgia de nuestro Monte, nuestro hogar, nostalgia del amor de Lorenzo y de mi vida antes de

llegar ahí.

—Usted quería verme al fin —dijo despejando su cabello, visiblemente nervioso.

—Alessandro... —Asentí sonriendo.

—Por favor —dijo acercándose a mí con premura—, no quiero presionarla, de ninguna forma.

—No es necesario —interrumpí—. Aunque mi vida está aquí en Grecia, yo... —dudé de continuar hablando.

—Cásese conmigo —Tomó mis manos en señal de súplica—, regrese conmigo a Italia y verá cómo su vida se vuelve un paraíso, si no quiere responder hoy, no se apure, yo puedo esperar. Usted es libre para tomar la decisión que mejor le parezca, pero al menos deme la oportunidad de mostrarle que conmigo será feliz, que usted será la señora que merece ser. Yo la amo. —Alessandro intentó ocultar su impaciencia desviando la mirada, pero cuando volvió a mirarme, sentí que suplicaba para que mi decisión le fuese favorable.

Luego de un instante en que no pude hilar alguna frase, fue él quien sacó la voz:

—Es por Lorenzo, ¿verdad?, ¿o existe alguna razón más poderosa que él para no volver al Monte conmigo? Dígame y le prometo que si es algo realmente determinante para usted, la dejaré tranquila.

Existía, era esa la razón más fuerte que me retenía en Grecia, y aunque había jurado no decir nada, también era necesario hablar. Me sentía acorralada, sabía que debía ir con él, pero me era imposible despegar mi alma de la de mi hijo. Aunque me fue arrebatado, nunca había estado tan cerca de perderlo definitivamente, me sentí miserable de solo imaginarlo lejos de mí, nunca me había planteado siquiera como un fugaz pensamiento el hecho de dejar de verlo, de no poder sentir su calor, o de simplemente no volver a entregarle mi amor de madre en forma silenciosa. No tenía un plan para llevarlo conmigo y sentía pánico de provocar algo aún más grave si todo resultaba mal y Lorenzo se enteraba de lo sucedido estando Alessandro en Fira. Estaba más aterrada que arrepentida de cada decisión tomada.

Alessandro me observó indagando una respuesta.

—El niño, el hijo de Lorenzo... es mío también —dije con apenas un hilo de voz.

Me miró adolorido y desconcertado.

—Voy a matar a ese hombre.

—¡No! Él nunca me ha forzado, aunque es mi hermano, nunca lo he sentido como tal.

Alessandro parecía contrariado, no quería convencerse de aquella historia sórdida, retorcida. Podía ver en sus ojos el desconcierto, la ira contenida debido su carencia de motivos que me hicieran caer en la irrefutable realidad. Intentó decir algo, pero de su boca no salían las palabras. Movi6 su cabeza de lado a lado mirando al suelo.

—Saque a su hijo de aqu4 y venga conmigo, ma1ana temprano un pailebot saldr4 desde aqu4 con destino a Sicilia, podemos permanecer all4 por un tiempo si lo desea —dijo uniendo su frente a la m4a—. Por usted yo podr4 fingir toda mi vida que su hijo tambi6n es m4o.

—Escuche, yo... —Mir6 hacia ambos lados para saber si alguien m4s podr4 o4rme—. S4, yo s4 quiero salir de aqu4 con usted, pero es mi hijo quien tiene m4s poder sobre m4 ahora... ¿y si no puedo llevarlo conmigo? Adem4s, he pensado que tal vez primero deba saber... —volv4 a titubear.

—Yo podr4 hacerla feliz si me lo permite.

—Voy a tener otro hijo —le interrump4 sin medir consecuencias, aunque no estaba realmente segura de que esa informaci6n fuese ver4dica, la ausencia de mi per4odo hac4a al menos dos semanas me hac4a dudar. Aun sin la certeza absoluta de mi pre1ez, decid4 dec4rsele a Alessandro solo para convencerme de que 6l iba a quererme realmente a su lado de cualquier forma.

Me mir6 descolocado.

Luego de unos instantes en los que mantuvo la mirada fija en mi rostro avergonzado, me sonri6 con desgarradora aflicci6n intentando al tiempo conservar su postura.

—Est4 bien, Antonia, diga lo que diga, quiero que usted sea mi mujer, aunque tenga que arrancarla de los propios brazos de ese hombre, no lo dudar4. Hay peores secretos en cada familia, si dos de mis hijos no son realmente m4os, eso solo ser4 de nuestro conocimiento.

Con los ojos anegados se acerc6 a mis labios. Lo abrac6 para sentir su amor, su forma de transformarme sin m4s en alguien especial.

—Voy a casarme con usted —dije con dificultad.

Mi propio caos, el de mi mente, fue el responsable de encontrarme en ese punto de la historia, «siempre existe la forma de retornar» y lo agradec4 aliviada. Advert4 en su gesto el asombro.

—No imagina cuan a menudo deseé que llegara este momento —volvió a besarme cálidamente.

Luego de un instante, separé mis labios de los suyos y alcé la voz para llamar a Giulianna. Ella no tardó en llegar a mi lado.

—Vamos a salir de esta casa ahora mismo, no podemos arriesgarnos a pasar la noche aquí, mañana sale un pailebot de regreso a Italia, Lorenzo solo lo sabrá cuando ya estemos de viaje de regreso.

—No imagina lo feliz que me hace esto, pero también temo que en su descontrol quiera ir a buscarla.

—¿Crees que él me ama? —murmuré casi sin voz para que Alessandro no pudiera oírme.

Giulianna suspiró.

—Que su valentía no se agote por una ilusión —dijo despejando mis lágrimas—, esta es su mejor decisión, confío en que él lo asumirá también. —Se persignó asustada.

—Deberías estar más tranquila entonces. Salvo él, todos en esta casa me quieren lejos y esa razón será mi mejor aliada para salir de aquí en paz. —Me acerqué a ella simulando un abrazo—. Quiero sacar a mi hijo de aquí —susurré temiendo ser oída por Grazia quien, estaba segura, merodeaba fuera de la sala para saber de nuestra conversación—. Por favor, ayúdame, no tengo un maldito plan, ayúdame a llevar a mi hijo conmigo.

Giulianna asintió y salió de mi cuarto de piano.

Lorenzo debía perdonarme algún día. Lo amaba, pero había comprobado ya que mi vida continuaría siendo infeliz en ese sitio, él jamás iba a reconocermme como su esposa, nunca iba a ubicarme por sobre ella y siempre sería yo quien continuaría sufriendo humillaciones, nadie más que yo, relegada a un lugar que no deseaba, pisoteada por el mismo hombre que decía amarme tanto.

Grazia por cierto, me esperaba ansiosa en la puerta de la sala. Sola, sin mi hijo en sus brazos, eso dejaría el camino libre a Giulianna para cualquier idea que tuviese en ese momento.

—Voy a salir de esta casa como tanto deseas, lo haré ahora, subiré a mi habitación con Alessandro para que pueda ayudarme —mis lágrimas surgieron alborotadas.

Grazia volteó su vista al cielo y curvó sus labios forzando una sonrisa.

—Al fin maduras, «hermana» —Su nariz enrojecida delataba el llanto

contenido—, así te llamaba al inicio, ¿recuerdas?, eso, hasta que te transformaste en una desconocida, una enemiga en mi propia casa.

—No escondas tu emoción, «querida hermana», llora hasta saciar tu sed de venganza, llora hasta que aquel desahogo se transforme en un mar de lágrimas. No sé cómo explicarás a Lorenzo mi regreso a Foggia.

—No te preocupes tú por ello, solo vete.

—Intenta mantener ocupado a Vittorio, ve a hablarle, envíalo a algún sitio.

—Solo deja de preocuparte, la señora de esta casa soy yo, por si aún tienes alguna duda, despéjala de tu mente y vete de aquí. —Sin embargo, me detuvo antes de que pudiese seguir mi camino—. Escucha, lo mejor es que no te despidas del niño, algún día, tal vez más temprano que tarde debemos visitarlos en Foggia, y como corresponde, lo verás como cualquier persona ve a sus sobrinos, tal vez en una o dos ocasiones al año. Ten la seguridad de que esta no será una despedida eterna, aunque así desearía que fuese.

Contuve el aliento por un instante y le quité la vista para caminar hacia mi habitación con Alessandro tras de mí.

Grazia suspiró, se dio la vuelta para dirigirse al lugar en donde encontraría a Vittorio y yo subí las escaleras sin mirar atrás. Con el pecho oprimido, no tan decidida como debía estar, pero tampoco tan titubeante como para detenerme.

Alessandro tomó una maleta arrumbada en el armario y la abrió sobre la cama. La observé por unos segundos antes de comenzar a disponer dentro de ella algunas de mis pertenencias, tal como lo hiciera tiempo atrás para correr tras la ilusión que hoy se desvanecía por completo.

Mi amor hacia Lorenzo continuaba inextinguible, pero ya no soportaba la realidad y la oportunidad de cambiar mi vida se encontraba solo en mis manos.

Iba a cerrar la maldita maleta, cuando desde afuera oí la voz de Giulianna gritar mi nombre. Un golpe nefasto en la puerta me hizo girar hacia ella para encontrarme con la figura de mi hermano enloquecido.

Lorenzo había viajado con antelación inmediatamente después de terminada la asamblea que lo convocaba en Agrinio. No quiso viajar a Mesolongi.

Intuía que no estaba tranquilo, sabía que algo así ocurriría.

Con la sonrisa de medio lado observó de pies a cabeza al doctor Biava y caminó hacia él.

—¿Sabes lo que haré con este maldito puerco?—rió enloquecido.

—Lorenzo, por favor, déjalo, fui yo quien tomó la decisión.

Un golpe inclemente en mi mejilla me arrojó a la cama, obligándome a callar. Giulianna apareció en seguida, corriendo hacia mí para contener la caída. Alessandro se abalanzó sobre él en el acto sin medir consecuencias, pero los criados, alertados por el escándalo, lograron rápidamente quitárselo de encima.

—No voy a olvidar esto, Lorenzo, le aseguro que no vivirá en paz durante el poco tiempo que le queda para continuar abusando de ella, se lo prometo.

Lorenzo soltó al instante una risotada irónica.

—No me desafíe, don Alessandro. ¿Qué planea hacer el médico de cuarta categoría? El hijo de una prostituta y un anciano engañado por cuanto hombre pasó entre las piernas de su madre. Maldito doctor de leprosos. Usted es una burla para mí y mi familia, ¿acaso piensa acusarme frente a su héroe de revolucionarios benevolentes? Es un maldito cobarde, solo mírese.

—Ya lo sabrá en su momento, Lorenzo Castiglione, usted puede humillarme ahora, pero debe prepararse. —Se giró hacia mí—. No la dejaré sola por mucho tiempo, estoy solo en este lugar ahora, solo eso me detiene, pero mi promesa sigue en pie.

—Maldito cobarde. —Lorenzo desenfundó su arma y la puso sobre la sien de Alessandro, riendo.

No pude siquiera volver a mirar a mi hermano. Tenía miedo de lo que pudiese suceder. Su estado de era de completa irracionalidad. Vittorio, quien entraba en ese momento a la habitación junto a Grazia, tomó su brazo con suma prudencia.

—Señor, mantenga su buen juicio, calma, este sujeto no vale la pena.

—¡A quién debo matar entonces! —me volvió la mirada—. ¿Querías huir con este cretino mal nacido, Antonia? ¿De verdad piensas que te dejaré salir de aquí con este pobre hijo de puta? —Se apartó de Alessandro dejándolo en manos de sus criados y caminó amenazante hacia Giulianna, tomándola por el cabello despiadadamente—. ¿Y si mato a esta maldita?

Giulianna estaba pálida, temblando aterrorizada. Grazia gritó y trató de detener a Lorenzo, en vano.

—¡Sal de aquí, Grazia! Tú menos que nadie tiene derecho a evitar que la mate. —En seguida se dirigió a la criada—. Dime que pasó entre ellos, necesito saber qué fue lo que permitiste estando yo lejos.

Las palabras de Giulianna surgían con dificultad de sus aterrados labios.

—Yo estuve con ella todo este tiempo —Tomó aire entre sollozos—, ella solo estaba confundida, vulnerable, no la castigue.

—¿Qué es lo que piensan todos ustedes! ¿Que pueden hacer lo que les venga en gana mientras no estoy?! ¿Qué pasa contigo, Antonia?!

Tenía el corazón encogido y los nervios destrozados.

—Lorenzo, no me hagas nada, yo no te he traicionado —articulé con un hilo de voz.

Sin soltar a Giulianna se volvió a sus criados, señalando a Alessandro.

—Saquen a este monigote de mi casa y asegúrense de que no regrese jamás.

—Voy a regresar por ella, si es necesario con ayuda, lo haré.

—Deje de amenazarme, maldita lacra apestosa, si no quiere que lo mate aquí mismo.

—No manche sus manos con la sucia sangre de este hombre, don Lorenzo —se apuró Vittorio.

—¡Pues saquen al maldito de mi vista entonces!

Vittorio salió llevando a Grazia del brazo.

Estaba perdida.

Lorenzo aguardó a que Vittorio cerrara la puerta y enseguida arrojó a Giulianna a mi lado en la cama. En su lugar tomó bruscamente mi brazo.

—¡No te atrevas a mentirme nunca! —vociferó enérgico y con la mandíbula extremadamente tensa, mientras recogía con violencia mi falda y las enaguas para introducir su mano en mis bragas.

—¿Qué haces? —mi voz se oyó amedrentada, su fuerza desmedida me aterrorizó.

Ubicó su rostro tan cerca del mío que solo pude cerrar los ojos y esperar mientras se acrecentaba mi descontrol, mi estómago se hizo mil nudos y un escalofrío me erizó la piel. Mi rostro y sienes palpitantes recibían con pavor su aliento furioso.

Su actitud enloquecida por la ira se tornó vengativa, sacó su mano inquisidora de mi intimidad y la acercó a su nariz.

Me sentí tan humillada que me eché a llorar sin consuelo sobre la cama.

—¡Maldito! Por qué me tratas así —gemí con la voz cortada.

—Dime, Antonia, ¿te entregaste a ese maldito doctor en nuestra habitación?, ¿qué te hizo ese pobre miserable para que comenzaras a

comportarte como una meretriz? Debería matarte por engañarme así, ¡yo soy tu hombre! —Furioso, me tomó por los brazos, apretándolos con demasiada fuerza. Iba a levantar una de sus manos para volver a golpear mi rostro, pero Giulianna se interpuso entre nosotros.

—Por Dios, no le haga más daño —su voz pareció surgir desde el suelo.

Lorenzo me soltó de súbito y parpadeó lentamente, sonrió y en un acto fuera de lógica giró su rostro hacia el de Giulianna y comenzó acariciarla en forma lujuriosa, sin quitarle los ojos de encima.

—Maldita criada traicionera, salvaje, inmunda, sabes lo que voy a hacer contigo ¿verdad?

Era imposible tener un diálogo racional con él, por lo que Giulianna solo guardó silencio.

—Toma tus cosas y despídete de ella —ordenó Lorenzo y en su voz oí una nota de cruel burla—. Voy a arreglar un viaje de regreso para ti. No debes agradecerme, no, por favor —Sonrió con exagerada calma y levantó apenas sus hombros—, lo hago solo para no ser inhumano contigo.

—No me haga eso, señor, no soportaría estar lejos de ella.

—¡Tú me traicionaste! No quiero ver tu sucia cara cerca de ella, mucho menos merodeando dentro de mi casa.

Giulianna iba a arrodillarse para pedir perdón, pero él la arrastró por el cabello hacia la puerta para expulsarla de mi lado sin piedad.

Al fin, ella aclaró su garganta, sacó valor de sí misma e insolente, levántandose del suelo, lo encaró.

—Usted no va a expulsarme de aquí, Lorenzo, no puede hacerlo.

—Claro que puedo —dijo mi hermano—. ¡Tú debías cuidarla, siempre debiste hacerlo y jamás has sido capaz! Eres una inútil, Giulianna. Fuiste tú quién la dejó sola para que ese hombre la tomara.

—Entre ustedes no debía haber nada, señor. Hice todo cuanto pude para separarlos.

—¡Qué pretendes! —dijo Lorenzo paralizado con los ojos fuera de sus órbitas.

Yo estaba congelada, temblando sin control en el borde de mi cama. No comprendía el repentino arrojó de Giulianna; pasar por sobre Lorenzo era algo que nadie en su sano juicio habría considerado. Ella, sin embargo, se acercó a mí para abrazarme por la espalda.

—No me iré de aquí, Lorenzo. Si usted me saca de su lado hoy, no habrá

nada que me impida hablar.

A Lorenzo le llevó un momento salir de la sorpresiva arremetida de mi dama de compañía y en seguida su desesperación se hizo evidente.

Catance

[Confucio]

*«Amor entre las sombras y el infierno,
seguirá inmortal, omnipotente».*

Ugo Fóscolo

Nunca había visto a Giulianna tan alterada. Jamás imaginé que llegaría a tal extremo solo para defenderme.

Sentí lástima de lo que pudiese suceder.

—Giulianna, por favor no sigas, deja que esto pase, voy a estar bien, sal de aquí ahora. —Miré a Lorenzo suplicante.

Ella, pese a todo, se mantuvo firme.

Cerró sus ojos y unió sus labios con fuerza, conteniendo el desahogo.

—No comprendo de qué me hablas, salvaje, solo eres una criada, una estúpida criada con mucha imaginación. Toma tus cosas y sal de aquí ahora, porque puedo perder aún más la paciencia y matarte con mis propias manos si continuas con tu delirio.

—Usted y su familia han hecho siempre lo que han querido con ella y yo jamás he podido dar una sola opinión.

—Calla, Giulianna, nada te perjudica más que esto. —Lorenzo apretó con aún más fuerza sus dientes—. Debiera matarte ahora mismo, pero tendremos un solo inconveniente —arrugó su nariz con aire de profundo desprecio—, nadie en absoluto va a venir a recuperar tu miserable cuerpo de sirvienta de mi casa.

—¿Un cuerpo que a usted le gustaba mucho, no? —preguntó Giulianna con irreconocible determinación.

—¡De qué hablas, maldita puta! ¡Es mejor que cierres tu detestable boca o te arranco los dientes, lo juro! ¡No es una amenaza! —El rostro de Lorenzo, antes enrojecido por la ira, palideció repentinamente.

—¡Qué es esto, Lorenzo! —grité descolocada—. ¡Giulianna por Dios!, ¿qué hiciste?, ¿qué es eso de que a mi hermano le gustaba tu cuerpo? ¿Qué pasó entre ustedes?

De pronto mi mente se iluminó dándole paso a la indiscutible realidad.

—¿Es por eso tu afán de separarme de él verdad? ¡Por eso siempre has intentado apartarme de Lorenzo! ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Estás enamorada de mi hombre! Siempre lo estuviste y ¡yo pensando que me querías como a una hija! ¡Y que tus actos solo respondían a tu preocupación! ¡Al lazo que me une a Lorenzo!

—No, Antonia, no es eso... —dijo Giulianna sollozando con la voz cortada.

Estaba aturdida, me sentía tan confundida, desorientada. No sabía qué pensar, qué más decir.

Lorenzo acorraló a Giulianna con una mano sobre su cuello.

—Si dices una palabra más, te mato. Y tú, Antonia, vete de aquí, vete a algún lugar dentro de esta maldita casa y espérame allí. —Volvió a dirigir su mirada furiosa a Giulianna—. ¡Sal de mi casa ahora mismo, criada del demonio! —gritó, mientras yo no daba crédito a lo que había oído.

Ella intentó acercarse a mí de cualquier forma, luchando en vano contra la fuerza de Lorenzo. Hasta que al fin se detuvo frente a ambos dejando escapar su voz como un trueno.

—No la voy a dejar. ¡Ella es mi hija!, ¡y es tu hija también, Lorenzo! ¡¿Cómo pudiste ser tan perverso?! ¡Tan cruel!

Un frío paralizador recorrió mi espalda.

Repentinamente sentí como si una mano saliera desde el suelo para arrastrarme en apenas un segundo al mismo infierno. Los miré sin palabras deseando que la muerte me llevara en ese instante. Lorenzo cerró los ojos y bajó su cabeza mordiéndose los labios.

—¿De qué hablas, Giulianna? —Nerviosa, mis labios se curvaron en una sonrisa incoherente, en espera de algún retracto—. Lorenzo, dime que esto no es verdad, ¡habla!

Busqué sus miradas, agobiada por la impresión que dejó en mí aquel golpe horrendo, pero ambos mantuvieron la vista en el suelo.

—¡¿Pero qué es lo que pasa con ustedes?! —grité como una demente.

Después de unos instantes la voz de Lorenzo salió como de ultratumba.

—Yo intenté todo cuanto estuvo en mis manos, pero no logré dejarte. Te amo —fijó sus ojos en los míos—, es cierto, te amo, aunque veo que eso no ha sido suficiente para ti.

—No... No intentes revertir la culpa. —Sonreí con la cara bañada en

lágrimas.

—Perdóname.

—¡Tú lo sabías! ¡Lo sabías desde siempre! Y aun así te diste el permiso de seducirme... ¡Eres incapaz de pensar en mí! Tú no me amas, ¡estás enfermo! ¡No sabes cuánto te odio!

—Lo siento tanto, Antonia, lo intenté todo, pero te amo.

—¿Y tú, Giulianna? —pregunté mordaz.

Se veía asustada y a pesar de ello logró hilar algunas frases.

—Desde muy niños jugábamos juntos el día entero durante las temporadas en las que él iba a la hacienda en Barletta con sus padres. Ya al crecer, todo fue distinto, los juegos se transformaron... Éramos apenas unos muchachos, inmaduros. Aquello se trataba exclusivamente de lo que el cuerpo pedía, era la urgencia de lo desconocido, de lo nuevo. Instinto, sí, pero eso no era amor. —Por un momento su mirada y la mía se cruzaron con tal intensidad, que creí que algo aún peor podía salir de sus labios. Sin embargo, estaba tan o más asustada que yo—. Durante aquel verano descubrimos que sentíamos atracción el uno por el otro, hicimos del establo nuestro escondite predilecto, de ahí hasta el final de su estadía en la hacienda. No teníamos excusas, pero las inventábamos. Nos movía la curiosidad y la emoción exagerada de experimentar con lo hasta ahora prohibido.

Su relato me resultaba intolerable, a pesar de que cada palabra retorció mi cuerpo y me quebrantaba por completo, tenía la imperiosa necesidad oír toda la historia.

Lorenzo permanecía en silencio, como si la vida no lo hubiese preparado nada más que para asumir complejidades políticas, eludiendo absolutamente lo que de verdad importa.

—Estuvimos así algunas semanas, escondidos, entregándonos el uno al otro. La estadía de Lorenzo fue más corta de lo esperado aquel año y al mes debió partir. Estaba completamente sola cuando me supe embarazada. Cuando esto salió a la luz, la señora quiso hacerse cargo. Ella quería más hijos y no podía dárselos al señor, usted era su nieta, pero eso no era suficiente para aprobar una «unión» entre su único hijo y la hija de un cuidador de caballos. Gracias a la Madonna, ellos decidieron cuidarla como si hubiese sido su propia hija, sin diferencias. Así nos lo prometieron a mi padre y a mí. Le dieron lo que yo jamás hubiese podido. Siempre agradecí que no quisieran alejarme de su lado.

A Giulianna le temblaba la voz y trataba de ocultarlo llevándose las manos a la boca, juntándolas sobre ella como si de una oración se tratara.

—Lorenzo en cambio tenía otras ambiciones. Él se desentendió por completo, parecía incluso más niño que yo. Y aun cuando siempre lo aceptó, nunca asumió su rol, ni siquiera ahora. —Su voz se quebró por un instante—. Es mi culpa, no tuve los medios suficientes para evitarlo, no sabía qué hacer para no dañarla, ¡ni siquiera fui capaz de impedir el viaje hasta aquí, incluso sabiendo que no habría posibilidad alguna de intentar separarlos! Si tan solo hubiese podido... —Giulianna cerró sus ojos un momento para dejar caer sus lágrimas antes de continuar—. Al principio no quería ver la realidad, pensé que él tenía sentimientos de padre por usted. Me negué tantas veces a aceptar la verdad, cuando usted decidió venir a Santorini no supe qué hacer, iba a hablar con la señora, estuve a punto de hacerlo, pero me aterroricé, muchas cosas horribles pasaron por mi cabeza, lo vi todo perdido, sentí mucho miedo de hablar, era demasiado tarde, Antonia. —Suspiró profundamente—. Sí... no fui capaz de cuidarla como debía. Tiene razón, «señor» —dijo mirando con tristeza e ironía a Lorenzo—, yo debí haber hablado antes, pero si he de ir al infierno, usted se va conmigo.

—Basta, Giulianna —dijo Lorenzo sacando apenas la voz—, sal de aquí... ahora.

—Y tú, cobarde.... ¿No tienes nada que decir? —me impuse desolada suplicando una respuesta.

—Era demasiado joven, demasiado inmaduro —miró fijamente a Giulianna, iba a continuar hablando, pero volvió a ocultarse tras el silencio.

Ella en cambio quiso redimirse intentando abrazarme, pero la rechacé decidida. No quería volver a verla, ni a ella ni a Lorenzo. No podía moverme, no tenía las fuerzas para levantarme desde donde estaba. Les rogué que me dejaran sola. Giulianna se acercó buscando en mis ojos el perdón, pero no pude mirarla, me dolía. Mi cuerpo entero estaba sangrando por las heridas que me provocó su silencio durante tantos años.

—¿Pudiste evitar todo esto no, Giulianna?

—¿Cómo, hija? —la palabra «hija», antes tan normal en ella, ahora me quebraba los huesos—. ¿Hubiese preferido no saber nada?, ¿o saberlo desde siempre?

Lorenzo me observó por unos segundos. Realmente no lo sabía, aunque conocía ya la verdad, no podía dejar de amarlo. La revelación solo logró abrir

mi corazón para dejarlo desangrar de a poco, la agonía era pausada, dolorosa.

—Sal de mi habitación, Giulianna, no quiero volver a verte —dije mirando hacia el suelo.

Antes de ella salir, Lorenzo se acercó a mi lado, abatido.

—¿Existe alguna diferencia para ti entre amar a tu hermano o a tu padre, Antonia?, ¿de qué piensas que se trata realmente el amor?

—Déjame sola por Dios. No quiero seguir hablando con ustedes, déjame antes de que me vuelva loca con la presencia de ambos aquí. ¡Eres mi padre!
—repetí con indignación y al borde del delirio.

Se notaba desesperado y yo le correspondí con una risa desmedidamente sarcástica.

—No vuelvas a llamarme así —balbuceó.

—Oh, cuánto lo siento, ¿hermano te acomoda más?

—Es lo que parece acomodarte más a ti —dijo, escudriñando mi rostro, severo.

—Déjame sola.

Sus ojos se cerraron lentamente y elevó el mentón sonriendo con los labios entreabiertos.

—Ocúltame en tus rezos nocturnos, no me importa que reniegues de lo que sientes por mí, sabes bien que nada logrará adormecer ese amor que me guardas. Intenta sepultar que cada parte de ti me pertenece y no por imposición, sino porque también así lo quieres, no puedes evitarlo. Yo sé que ni después de muerta dejarás de amarme, el polvo de tus huesos no descansará hasta fundirse con mis restos, soy el verdugo de tu herencia, soy tu padre, pero también soy el amor de tu vida.

Se dio la vuelta para cruzar el umbral de mi puerta.

—De todas tus vidas... si es que eso realmente existe...

Antes siquiera de que alcanzara a salir, debí tomar el recipiente del tocador para vaciar mi estómago. Tal vez estuve todo el resto de la tarde allí. Perdí la noción del tiempo arrojada en el piso de la habitación.

Lorenzo me envió a Prisca para hacerme compañía, una criada de su confianza que se haría cargo de mí desde entonces.

Ella y Grazia entraron a la habitación sin pronunciarse. Prisca era muy tímida, pero al verme derribada en el suelo, corrió a mi lado para intentar levantarme. Era verdaderamente hermosa. De inmediato imaginé, al verla de cerca, a ella en amoríos con «mi padre». La sola palabra me mareaba.

La miré con desconfianza, sin embargo, y aunque parecía ser una buena persona, la traición de quienes más amaba no me permitía razonar. Eso, además del dolor que me provocaba la partida de Giulianna, no dejaba espacio para profundizar en la vida de mi nueva dama de compañía, al menos no en ese momento.

Intenté reponerme de las náuseas que sentía. Prisca me ayudó a recostarme y me dejó un momento a solas para traer agua. Grazia aprovechó nuestra soledad para acercarse a mí.

—Debiste ir antes con Alessandro, Antonia. Hubiese dado mi vida por no enterarme de lo que sucedió aquí hoy. —Había lágrimas surcando su rostro.

—Déjame sola, por favor, esta es tu casa, pero no quiero hablar. Hoy no.

Cerré los ojos para intentar dar quietud a mis pensamientos, mientras mi cabeza daba vueltas sin pausas. Grazia suspiró y se puso de pie para salir de la habitación.

Después de algunos minutos, la puerta se abrió lentamente, para luego en el más absoluto silencio, sentir la mano tibia de Lorenzo tomar la mía con desazón.

—Necesito hablarte y tiene que ser ahora.

Permanecí sin abrir los ojos, tragándome mis nervios. Suspiré para darle el pie a que hablara. Él aclaró su garganta y dijo:

—Envié a Giulianna a pasar la noche en una posada, mañana saldrá a primera hora de Santorini rumbo a casa, en el Monte. Vittorio se encargará de hacer cumplir mi orden.

—No tengo interés en saber lo que hiciste con esa mujer —interrumpí.

—Escúchame bien, quise evadirlo, créeme, pero fue imposible. De verdad te amo —lo dijo muy seguro de sí mismo—. Pienso cada día en el orgullo de mi padre por mí, ese orgullo que debe estar más muerto que él mismo. Desde el más allá debe odiarme, se fue de este mundo detestando cada uno de mis actos, y ahora... Estas cosas no pasan en las familias poderosas, los hombres con nuestra reputación y nuestra honra no se enamoran de sus hijas —resopló lastimado—. Ya no tengo honor, estoy destruido, arruinado por ti, sin embargo no puedo evitarlo, no quiero evitarlo.

Cubrí mi cara con mis manos temblorosas y comencé a llorar desconsolada. Estaba rendida, abrumada, no soportaba un minuto más despierta, hubiese dado lo que fuese por haber muerto unas horas atrás.

Intentó poner su mano sobre mi hombro, pero me moví enérgica para que

no lo hiciera. Luego de un rato en silencio, y en forma pausada, me dispuse a devolverle la mirada. Me afligió encontrarme con su rostro desorientado. Sus ojos habían perdido la sensatez de un momento a otro y su cabello revuelto por la locura me recordaba las enardecidas, y ahora patéticas, noches de amor a su lado.

La camisa desastrosamente fuera de su pantalón y el *lavallière* desarmado alrededor del cuello lo hacían ver deplorable, turbado.

No dejaba de beber plantado junto a mí, se tambaleaba y se detenía al instante para no perder la poca de estabilidad que aún lo mantenía en pie. Me provocó tanta tristeza verlo así, que me incorporé de la cama para mirarlo de frente. Iba a decir algo que alivianara su peso, pero de mi boca sólo emergió la verdad.

—No quiero amarte más. Mi vida es una constante condena, primero me enamoro de ti, aun sabiendo que eres mi hermano. Eso me hace sentir sucia, culpable. Luego dejo nuestro hogar en el Monte para venir tras de ti sin importar nada. Cuando ya no hay retorno para mí, me doy cuenta de que escogiste a otra mujer para que fuese tu esposa y debo soportarlo cada día, cada noche, y sobrellevar que me arrebataran a nuestro hijo para hacerlo pasar por el que ustedes no pueden tener. Y ahora esto: ¡Soy tu hija, Lorenzo! —repetí llorosa, sin poder siquiera alzar la voz—. Giulianna y tú son mis padres... —suspiré intentando mantenerme fuerte.

—Olvidas al doctor Biava, por su culpa estamos en esta maldita situación, ¿no? —dijo conteniendo la rabia.

—No, no lo olvido, pero él no tiene participación en esta historia sórdida. Él y mi hijo son la parte buena de todo lo que he vivido —dije sin temor a su reacción—. Alessandro fue alguien a quien no supe amar como debía, él me quería de verdad.

—Yo te amo —dijo tomándome por los brazos con energía desmedida—, nadie más que yo podría amarte así. —De sus ojos se desprendieron lágrimas.

Tomó mi mano y la guió dolido hacia su corazón. Me detuve por unos instantes en su mirada y dejé caer mis hombros. Se acercó lentamente a mis labios para besarme con suavidad. Yo también lloraba, el dolor que me provocaba ser incapaz de terminar con ello me hundía poco a poco, deseaba tanto poder abrazarlo y olvidar todo.

—¿Acaso tiene límite el amor, Antonia? ¿En qué parte de tus ojos encuentro tu desprecio? —Hizo una pausa—. No existe, ¿verdad? No puedes

dejar de amarme, tal como yo nunca logré evitarlo, desde el día en que el maldito Doménico intentó abusar de ti. Sí, yo te engendré, soy tu sangre, tu piel, en cada parte de ti hay algo también de mí, he sido yo mismo quien ha moldeado tu esencia, quien ha hecho de ti una mujer. ¿Te das cuenta de lo que significas para mí? ¡Lo eres todo! ¿Comprendes por qué razón te amo? ¿Comprendes por qué no existe nadie más para mí?

No pude responder, la sensación de salir de mi cuerpo y verme de pie frente a mi padre declarándome su amor y descubrir en mi propio rostro patético el mismo sentimiento de intensidad me obligó a reír, delirante.

Dolido por mi actitud, continuó.

—Esa es mi verdad si querías saberla. No hay otra —dijo antes de salir de mi habitación.

No intenté retenerlo esa vez.

La noche me pareció excesivamente extensa, pero logré revivir cada instante de mi vida junto a él, buscando en aquella historia alguna señal de realidad. Tal vez fueron muchas las veces en las que pude haberlo intuido, tal vez no quise ver.

Me dormí entre exagerados sollozos en un eterno desamparo.

Quince

[Sotto voce]

*«Amor insensato que te niegas a doblegar. Te hundo
en lo profundo de un abismo, Te callo, te oculto...
me niego a sufrir. Amor tormentoso, avaro, sedicioso,
Revolución de mi mundo hostil, peligroso.
Te amarras a mis entrañas, te niegas a renunciar.
Te encierro, enmudezco tu grito, amarro tu lengua con
espinas, Corto tus manos y enveneno tu voluntad.
Amor que tortura, que condena, que persigue.
Muere de una vez, cubre tu esencia de
tierra, fin y recuerdo»*

Marcela Castro Ulloa

Abrí los ojos a la intensa luminosidad de aquella mañana, los rayos del sol descendían sobre la habitación como varas de polvillo a través de los ventanales. Al incorporarme, Giulianna se encontraba sonriendo a mi lado, aguardando para ayudarme con el baño. Dentro de mi bañera se encontraba Lorenzo, desnudo, esperando por mí. Le ordenó con un gesto deshacer mis trenzas, pero me negué por completo.

—¿Qué haces aquí, Giulianna? ¿Acaso Lorenzo no te expulsó? ¿Por qué quieres que entre allí con mi padre?

—Ustedes ya tienen un hijo, ¿qué importa ahora si están juntos?

Lorenzo sonreía maliciosamente, mientras ella intentaba soltarme el cabello. La miré irritada y me dispuse a quitarme la ropa de noche con desconfianza. Entré en la cuenca, confundida, pero al volverme hacia Lorenzo su rostro se transformó fuera de toda racionalidad en el de Don Pietro.

—¿Abuelo? —Mis palabras surgían sin pensar, como si no me costara asumir de pronto toda la realidad que había llegado a mí sin pedirlo.

—¡Antonia! ¿Qué haces aquí, hija? No debes estar aquí, soy tu padre, ¿qué haces?

De súbito, una corriente de aire me enfrió por completo y me despertó del sueño insano. Estaba sobrecogida, demasiadas cosas sucedieron en un solo día, aún los sollozos salían de mi boca involuntariamente. Sentía los ojos

abultados y pesados.

Decidí entonces salir de mi habitación, tal vez tomar algún libro que me sorprendiera desde los librereros de Lorenzo. Cualquier cosa que pudiese despejar mi mente serviría.

Encendí la pequeña lámpara y bajé las escaleras intentando no ser oída, sin embargo, ya en el primer piso, el crujir del suelo en el corredor delató mi andar y para hacerlo aún peor, el picaporte de la puerta del despacho terminó por descubrirme. Un sonido pesado se oyó desde mi salón de piano.

Me asusté, pero aun así decidí cambiar mi rumbo hacia la puerta contigua. Al abrir, me encontré en la penumbra un bulto arrojado en el suelo. Mi lámpara apenas aclaraba el sitio en donde yo misma me encontraba, por lo que encendí la llama de una de las lámparas de la pared. Al instante, el destello de claridad iluminó la sala mostrándome el desastre en el que estaba convertida y en medio de todo, a Lorenzo arrojado en el suelo con algunas botellas a su lado. Di un vistazo al lugar: algunos cristales rotos, manchas en la pared, flores esparcidas, nuestros retratos destrozados... «Debí suponerlo».

Iba a comenzar a llorar de nuevo, pero él se acomodó sin abrir los ojos del todo. Pensé que iba a hablar, pero se hizo a un lado rápidamente para vaciar su estómago sobre aquella calamidad de lugar. Salí en busca de Vittorio y Tommaso, para que me ayudaran a llevarlo a nuestra habitación. Entre los tres logramos con gran esfuerzo cargarlo hasta allí. Al encontrarme a solas con él, me detuve a observar su cuerpo tendido sobre mi cama.

Repasé cada semejanza de su rostro con el mío. Tal vez aquel reflejo indesmentible de su marca en mi frente, el trazo manifiesto de sus ojos, quizá algún gesto.

—Dios... ahora, recién ahora distingo entre mis rasgos su semilla, solo ahora puedo reconocer mi procedencia.

Aun teniendo plena conciencia de que Lorenzo era mi progenitor, era incapaz de aceptarlo del todo, él me transportaba hacia otro mundo, gobernaba y dirigía mi vida y mis actos, cual director de la orquesta de mi existencia.

Quitó su ropa con delicadeza y acaricié con mis dedos la infinidad de su cuerpo, besé sus labios y cada uno de los lunares que conformaban la preciosa constelación sobre su piel. Me aferré a sus fuertes hombros y permanecí allí por algunos instantes, lo cubrí en seguida con la ropa de cama y me recosté a su lado. Me abracé a él con fuerza para sentir la calidez de su

cuerpo junto al mío y murmurar apenas mi nombre. Lo besé en la frente y me dormí con él amparado entre mi pecho con la misma seguridad y protección que siempre y solo a su lado sentía.

—Antonia.

Su voz me despertó súbitamente al amanecer. Retrocedí preocupada, pero me retuvo con sus manos aferradas a mi espalda.

—Espera —su voz aún estaba adormecida—. No te vayas, por favor.

—Perdona...

Sin dejar de mirarme, me aprisionó fuertemente contra su cuerpo ardiente.

—Perdóname, no puedo hacerlo —dije con la respiración entrecortada, a punto de rendirme.

Aprovechando mi debilidad, Lorenzo suspiró y ubicó la lengua sobre sus dientes para luego morder suavemente sus labios.

Observó mi reacción y acarició delicadamente mis manos.

Insensata, me aferré a su cuello húmedo para besarlo. No hubo rastros de conciencia ni cordura en mi actuar.

Enloquecido y con la urgencia del respiro, rasgó mi corpiño y quitó el resto de mis vestiduras con sus manos furiosas, para luego dejarse atrapar por mis piernas impacientes e indignas.

Comenzó a besarme, rozando su cuerpo al mío con locura.

Ni siquiera tuve un momento de lucidez para pensar, perdí completamente la razón, no parecía discernir entre lo que debía hacer y lo que estaba consintiendo.

Sus manos me ataban, su cuerpo se transformó en un exquisito yugo del que no quería huir. Opresión y placentera tortura, mi amor hacia él, a su perversión, a aquella lujuria insolente que me atrapaba con fuerza. Yo era el alimento para su delirio, su control era mi perdición.

En un instante liberé la locura de mi garganta para llamarlo «padre» en medio del fuego que ambos avivábamos.

A él pareció agradarle, pues cada vez que así lo llamé mientras nos amábamos, más se encendía y más me agitaba yo con su cuerpo en llamas.

Luego de aquel momento, me observó sin culpas y me besó largamente sin que yo opusiese resistencia.

No me di cuenta en qué momento volví a cerrar los ojos para amarrarme a su cuerpo y descansar.

Estuve un momento allí detenida entre sus brazos, cuando al fin decidí

incorporarme de su lado para intentar retomar el camino correcto.

Me levanté despacio para que no pudiese notar mi ausencia, pero fue inútil, su voz me inmovilizó duramente.

—¡Vuelve acá!

—No podemos continuar con esto —dije sin mirarlo.

Apuré el paso hacia la puerta de salida.

Me detuve antes de cruzar el umbral y le volví la vista. Él permanecía quieto respirando con excesiva fuerza. Luego de contemplarme unos segundos, giró sus ojos hacia el cielo sin decir nada.

No quería verlo así, no quería permanecer para toda la vida en el lugar y momento equivocados. Ya era suficiente con haber nacido en pavorosas condiciones.

Aquella fue una mañana extraña.

La merienda transcurrió en absoluto silencio, al término de esta, Lorenzo anunció que dejaríamos Grecia.

—Primero viajarán ustedes —dijo mirándonos a Grazia y a mí severo—, luego las seguiré. Carlo las estará esperando allá, está todo dispuesto.

—¿Tendré que volver a casa con mi abuela, Lorenzo?

Tomó un sorbo de vino y lo mantuvo en su boca hasta que tuvo ganas de hablar.

—Todos volveremos a casa de «nuestra madre» —dijo acentuando sus palabras con irritación—. Nuestra cofradía tiene la obligación de participar de las decisiones de Benso. Él quiere llegar a la presidencia del consejo de ministros y hay inquietud por ello.

Mantuvo cortada su respiración por algunos instantes.

—Pretendía regresar solo en el inicio, pero los planes cambiaron y serán ustedes quienes viajarán primero. Por su seguridad, Lorenzo aún es muy pequeño y necesito asegurarme de que ustedes estén bien. Además, debo resolver algunos asuntos importantes acá con los demás camaradas.

—Pienso que sería una buena idea que Antonia vuelva a su casa —dijo Grazia esperanzada.

Lorenzo la miró, resignado.

—No quiero discutir sobre eso hoy, solamente quiero pedir que estén preparadas. Recuerden que no será un viaje corriente y mucho menos de conocimiento público. Lamentablemente aún debo ser cauteloso al entrar y salir de la península.

En seguida se levantó de allí, ordenándome seguirlo fuera de casa.

Se mostraba tenso.

—Hay rumores bien fundados de la intención del «conde» de llegar a la presidencia del consejo de ministros. Queremos participar en todo aquello que él planifique, enterarnos del rumbo que va tomar su plan «nacionalista». No existe aún confianza absoluta en él, su intención siempre ha sido desplazar nuestra filosofía en favor de un propósito que al menos a mí no me parece claro. Cavour es hábil pero no tiene la voz de mando suficiente.

Aspiré un poco de aire para intervenir.

—Creo que están siendo muy obstinados, mi opinión, aunque jamás la preguntes, es que deben aliarse, encontrar un punto de encuentro. Ambos desean la unificación de nuestra península, el medio, las condiciones que ambos utilizan no debe ser el conflicto, el conflicto es Austria, la división de nuestra patria y creo, a nuestro pesar, que el mayor conflicto es la disgregación de nuestras alianzas liberales —dije alzando la voz—. Ya no quiero seguir huyendo. ¿Por qué no llaman a una asamblea? ¿Qué podría salir mal si se unen las fuerzas primero? Yo no voy a alejarme de ti. No voy a volver a apartarme de tu lado.

—Escucha —Ubicó sus manos en mis hombros y me vio a los ojos con severidad—. Sabes bien que vine aquí porque en aquel momento no hubo alternativas, pero siempre he intentado planificar la mejor forma de regresar, con ideas y estrategias renovadas, no voy a actuar de manera irreflexiva justo ahora. Para mí no existe libertad ni unificación sin revolución, nuestro fundamento es y será siempre distinto al del conde. Por ello no quieren darnos el espacio para actuar. Y tenemos todo el derecho de dudar, es la única razón de tener que salir de nuestra comodidad por ahora, porque sé que Austria va a utilizar todo cuanto esté a su mano para evitar los planes de Cavour y es nuestro deber estar ahí, pero debe ser de esta forma, no podemos regresar a Apulia juntos, no olvides que los Borbones siguen allí, esto es por la seguridad de mi familia, debo protegerlos, ustedes están por sobre mis intereses personales.

Buscó en mis ojos algo de comprensión, sin embargo le quité la mirada. Sentí que me abandonaba.

Lorenzo dio un suspiro hosco y tensó su mandíbula antes de continuar.

—No quiero discutir esto contigo, Antonia, debo quedarme algunos meses más acá, resolver algunas cosas, además de desmarcarlos de mí. No será toda

la vida, puede que demore, pero créeme que yo mismo he insistido en que debo estar en Foggia para supervisar de cerca los pasos de los malditos reaccionarios, ya no confío en nadie, el tiempo nos ha dado la razón, intentos tras intentos, todos fallidos. Ahora con mayor razón para mí, ese Alessandro Biava está de parte de Cavour allá en Foggia.

—Lorenzo, esta no es «tu guerra personal» con Alessandro, esta es una revolución, esta es la revolución que cambiará la historia de nuestra península. Olvida al doctor Biava.

—No, no lo olvido y sí, es una revolución, es la revolución de nuestro padre, de nuestra familia, la que nos hará una nación unida, independiente, soberana y es «mi guerra» con Biava, es mi maldita guerra con ese bastardo, él va a buscar la forma hundirme.

Fruncí el ceño con desconfianza, estaba segura de que había algo más, oculto tras esa repentina decisión de regresar.

—Esto puede durar años sin resolverse. ¿Qué es lo que te retiene acá? Sabes que jamás podremos «desmarcarnos» de ti, solas o acompañadas, tenemos tu apellido, ¡Lorenzo lleva tu nombre!

Avanzó hacia mí con cautela. Retrocedí sin mirarlo.

—No quieres que me acerque —dijo mordiendo sus labios.

—Yo, solo estoy evitando...

—Estás evitándome...

—Lorenzo, hay algo que debo decirte. —Suspiré sin poder hablar. En silencio, él rodeó impaciente sus labios con la lengua—. Tu mujer ha soportado todo por permanecer a tu lado, sería bueno que intentes acercarte más a ella.

Su risa me calló súbitamente.

—¿Es eso lo que debes decir? —preguntó arqueando su ceja como de costumbre.

Hice una pausa y miré hacia el suelo sin pronunciar palabra.

—Antonia, hace algunas horas le diste más fuerza aún a tu amor por mí, demostraste que no existe nada en el mundo que haga cambiar lo que sientes y ahora estás intentando enviarme a los brazos de Grazia como si yo fuese un obsequio desechable, viniste aquí por tu propia voluntad, aun considerando nuestro lazo. Me amas, lo sé.

—Cuando llegue aquí no sabía que eras mi padre.

Se me quebró la voz.

Lorenzo se dio la vuelta en completo silencio. Iba a dejarme allí, pero antes de dar el primer paso su voz volvió a salir profunda y afligida.

—No creo estar resistiendo bien tu rechazo.

—Soy tu hija, es lo que debo hacer —dije con voz aún quebrada, soportando la explosión de dolor que estaba por salir de mis labios y mis ojos.

—Eres mi hija. —Se volvió nuevamente hacia mí y me enfrentó con furia contenida—. Hace un momento también lo sabías, hace solo unos malditos momentos estabas entre mis brazos repitiendo «te amo», diciéndome «padre» a cada instante una y otra vez hasta volverme loco...

Quiso continuar, pero aquietó su impulso.

No volvió a mirarme y retomó su camino hacia el interior de la casa.

Permanecí durante mucho tiempo con la mente absolutamente en blanco, no tenía un plan sobre qué decirle llegada la noche, no sabía siquiera si regresaría a dormir conmigo. No tenía seguridad de nada en ese momento.

Tal como pensé, al caer la noche Lorenzo no intentó regresar conmigo y decidió permanecer en los brazos de su mujer. No estaba feliz, sentía que me hacía falta, pero también sabía que eso era lo que debía suceder, por más que me provocara dolor.

A primera hora de la mañana, salí por la puerta trasera de la casa hacia el mirador que me ofrecía la sorprendente vista al mar. El lugar donde vi por primera vez a Grazia y donde también decidí continuar con mi mala jugada. Permanecí en silencio intentando no derramar lágrimas esta vez. Miré alrededor sin comprender aún por qué me encontraba en ese momento angustiante de mi vida pudiendo haber decidido terminar con todo hacía tiempo. Volví a entrar a casa, decidida a darle término de una vez a la decadente historia.

Me acerqué a la habitación de la nodriza y le pedí ver a mi hijo. Ella aceptó con un poco de desconfianza.

—Es mi hijo, por si no lo sabes —le dije sin remordimiento.

Ella me miró imperturbable, pero fui todavía más lejos.

—Es mi hijo, mío y de Lorenzo, y espero que todos en esta casa lo tengan claro algún día, incluso él —dije mirando al niño con dolor.

Dudó en entregármelo, pero se lo arrebaté de sus manos. Lo besé con amor desmedido, mientras él reposaba plácido acunado entre mis brazos.

Permanecí algunos instantes mirando su rostro de ángel para besarlo en

seguida con dulzura. Cuando se lo entregué a la nodriza, tuve que morder mi tristeza.

—Cuídalo, como si fuese tuyo.

Asintió sin decir nada, pero pude ver que en su mirada había lástima hacia mí. Bajé al salón de piano y le pedí a Prisca que se apartara de mi lado. Cerré la puerta, para no ser oída ni fastidiada por nadie. Tomé algunas de las botellas de Lorenzo y las empiné de a una dentro de mi boca, quemándome la garganta. No puedo recordar el resto, solo veo imágenes difusas en relación a lo que siguió luego de ese episodio.

Al día siguiente, abrí mis ojos y vi que Prisca se encontraba a mi lado en mi habitación, acariciándome las manos.

—Voy a avisarle al señor que despertó —dijo con timidez.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Un día entero. Desde la mañana de ayer.

—Dios, no le digas nada a Lorenzo. Necesito hablar con Vittorio.

—Me temo, señorita, que no puedo. El señor dio órdenes de avisarle cuando usted despertara. Lo siento.

Mi cabeza daba vueltas y el dolor se hacía insoportable.

—Tengo sed —dije sentándome en la cama.

—Traeré algo para usted. —Inclinó la mirada, obediente.

Al cabo de unos instantes, Lorenzo apareció en mi habitación. Su ceja arqueada me indicaba que debía disponerme a recibir un exagerado sermón. Miré hacia la ventana, arreglando mi cabello hacia un costado.

—Mírame —dispuso autoritario.

—¿Qué quieres?

Se sentó a mi lado en la cama, mirándome fijamente.

—Deben salir de acá en dos o tres días, no más que eso, este es el momento de hacerlo.

—¿Por qué estás así? —me detuve en su rostro enfermo.

No hubo respuesta.

—Dime qué te pasa —insistí.

—Quisiera pasar esta noche contigo. Quiero volver a tocarte, vivir cada momento a tu lado, como si fuese el primero, o el último. Sólo si tú también lo desearas. —Miró hacia el suelo—. Muchas cosas pueden pasar al llegar a Foggia, al menos dame la oportunidad de mirar tu rostro mientras descansas esta noche.

—No hables así, no me vuelvas a hablar así, me anulas, haces que desaparezcan mis fuerzas, haces que mis decisiones se reduzcan a nada. Yo no quiero seguir siendo... tu amante, no quiero volver a tocarte. —Las palabras salían de mis labios con extremo sacrificio, pero hacía tiempo que se me daba bien mentir. Mirarlo a los ojos y fingir que no quería pasar el resto de mi vida a su lado era difícil, pero no imposible si me concentraba seriamente en nuestro verdadero vínculo.

Me sonrió y luego peinó mi cabello con sus dedos. Ignoró todo lo que acababa de decirle.

—Tu cabello es hermoso, sueño con él a menudo, libre, jugando con el viento. En cambio, yo odio mi cabello, es muy rebelde.

—Como tú —respondí lastimada.

—Como yo —tomó su cabello con la mano que le quedaba libre y lo dispuso hacia atrás intentando fijarlo allí graciosamente.

—No me gusta —dije pretendiendo desordenar su deslucido intento de orden.

Estiró sus labios en una especie de sonrisa fingida, luego tomó mis manos para acariciarlas.

—¿Qué intentabas hacer ayer? —preguntó, manteniendo su mueca acostumbrada.

Miré hacia la ventana nuevamente avergonzada.

—Odio este lugar, odio mi vida, a veces solo quiero morir.

Mordió sus labios moviendo su cabeza de un lado a otro y suspiró profundamente.

—No vuelvas a hablar así, no sabes el dolor que eso me provoca.

—Ambos nos hicimos mucho daño.

Tomó mis manos con delicadeza y las llevó hacia su rostro.

—Te amo —susurró tan cerca de mis labios que correspondí con un beso.

Un beso eterno.

Separó su cuerpo del mío solo para quitarse el redingote, los botines y el pantalón, mientras yo permanecía en la cama observando cada movimiento sin oponerme. Su mirada inquieta me derrumbaba, dominaba mi voluntad.

Se abrigó a mi lado en la cama besándome con apasionada suavidad, sus manos se deslizaban por mi cuerpo como si se tratara de un delicado cristal.

Su forma de amarme fue tan distinta aquella vez.

En su garganta gastada de tantos «te amo» y en los rastros de su alma

cincelados en mi piel con cada beso, descubrí a un Lorenzo para mí hasta entonces desconocido.

Deseaba tanto no apartarme de su lado, quería volver a nuestra vida bajo cualquier circunstancia, aunque no hubiese posibilidad de reconstruirla, ya fuese con Grazia y con todo aquello que pulula a nuestro alrededor intentando separarnos.

Todo importaba muy poco viviendo amparada y cobijada por su presencia.

Perdendosi

Perdendosi

«No existe mayor dolor, que recordar el tiempo feliz en la miseria».

Dante Alighieri

El amanecer trajo consigo algo de caos a la aparente tranquilidad de nuestra casa, algunos muebles en desuso se encontraban cubiertos y la mayor parte del equipaje estaba empacado para el largo viaje. Muy temprano, cuando el pequeño islote frente a Santorini se dibujaba en el mar aún en penumbras, los criados comenzaban otra vez la extenuante labor de recoger ciertas cosas y reservar tantas otras.

Continuaba sin creer que debíamos salir del lugar. La mañana se me había convertido en un enjambre de recuerdos, especialmente del primer día.

Grazia preparaba la última visita a su madre antes de marcharnos, por lo que decidió no merendar en casa para así pasar más tiempo con ella.

—Estoy algo ansiosa. Esto ha sido demasiado repentino —dijo una vez que tuvo todo listo. Detrás venía la nodriza con mi hijo.

—¿Crees que algo saldrá mal? —pregunté.

—No lo sé, llevo días sin tener paz, tantas cosas han sucedido desde que llegaste a nuestra casa. Ha sido un infierno. Ni siquiera sé si quiero salir de Grecia. —Sacó de su bolso de mano un pañuelo con el que secó sus ojos llorosos.

—No me culpes —la miré con tristeza—, jamás hubiese deseado dañar a alguien.

—Es tu padre —interrumpió abatida.

—Por favor, Grazia. No más...

Me acerqué a mi hijo y se lo quité a la nodriza para aferrarme a él unos instantes y encontrar en su calor el sosiego que necesitaba. Él era mi única reconciliación con esta vida maldita.

Grazia me lo arrebató en seguida.

—Quiero salir pronto de esta casa —le dio mi hijo a su criada e hizo un

ademán en señal de despedida.

Un silencio culpable me mantuvo suspendida un momento. Por fin decidí salir a caminar con Prisca durante el tiempo en que Lorenzo aún se encontraba en sus labores fuera de casa.

—En momentos como este extraño tanto a Giulianna. Mi apego hacia ella es tan jodidamente fuerte que no puedo pensarla sin derramar alguna lágrima.

La mirada siempre atenta de Vittorio nos acompañó hasta cruzar el jardín. Apenas traspasé el umbral exterior, dos hombres corrieron presurosos hacia nosotras, impidiéndonos el paso.

—Buen día, señorita. Buscamos a don Lorenzo Castiglione, ¿se encuentra él? —Su acento lo delató. «Malditos austríacos», pensé. Los miré sin responder al saludo.

En tan solo un instante imaginé lo peor, hice todo tipo de conjeturas en relación a nuestros patriotas refugiados en Grecia, pero lo que vino en seguida fue completamente inesperado.

—Usted es su hija, ¿verdad? Antonia Castiglione —preguntó uno de ellos intentando con dificultad mantener un correcto napolitano.

—Sí, soy su hija —confirmé con disgusto.

No comprendí en aquel instante por qué ese hombre sabía de mi verdadero vínculo con Lorenzo, pero pensé que sería bueno para su reputación y seriedad afirmar su enunciado.

—¿Podemos conversar con usted? —tomó la palabra quien parecía tener mayor dominio del idioma. Vittorio corrió a mi lado para preguntar la razón de su visita. Los hombres no le dieron importancia y voltearon la vista hacia mí.

—Su padre está acusado aquí y en Foggia de incesto, señorita, usted debe saber bien de lo que hablo, ¿no?

Mi rostro se desfiguró en el acto.

—No sé a qué se refiere —me apuré intentando salvar la situación.

—¿No lo sabe? —interrumpió con una estúpida risa—. ¿Sabrá algo entonces de la muerte de su abuelo? —Levantó una ceja y me observó con atención durante un momento—. No, creo que no comprende. Existen sospechas en torno a ella, cosas aún no aclaradas. Don Lorenzo podría encontrarse aún más involucrado de lo que usted piensa, un posible asesinato accidental, por ejemplo.

—¿De qué habla! Lorenzo jamás hubiese hecho algo que lastimara a

nuestro padre —reliqué asqueada, recordando, sin embargo, cada discusión de ambos antes de su salida de Foggia.

—¿Y a usted? ¿A usted sí sería capaz de lastimarla? Por lo que entiendo ustedes tienen un hijo.

—Yo no tengo hijos, el único niño en esta casa es el hijo de Lorenzo y su mujer...

—Sabemos que usted y su padre tienen una relación extramarital, muchísimas personas lo han confirmado, es la historia más bullada de este sitio. Hasta una costurera dio fe de haberla visto en estado de gravidez, fue su propio padre quien pidió que fuese ella quien la vistiera como una princesa mientras su hijo crecía en su vientre, señorita. Y en Foggia... usted no podría imaginar todo lo que las personas murmuran allá.

—No sabía que ustedes estuviesen interesados en ese tipo de embustes.

—Es importante hacer cumplir las leyes, es un deber en cualquier parte del mundo anular el actuar de un depravado.

—No comprendo en qué mente tan podrida existiría la certeza de semejante aberración —reliqué agobiada—. Sí, es mi hijo, mi hermano decidió ocultarlo para resguardar mi dignidad después de ser deshonrada por mi novio de ese entonces, don Alessandro Biava —dije sin remordimiento, de alguna manera debía arrancar de toda sospecha a Lorenzo—. El doctor Biava debe estar en alguna parte de Apulia en este momento.

Uno de los hombres soltó una carcajada.

—Usted está tan confundida que aún no asume que don Lorenzo es su padre. Para que tenga conocimiento, el doctor Alessandro Biava es uno de sus más tenaces detractores, él vino a buscarla y usted no quiso irse, fue él mismo quien acusó al señor Castiglione de abuso incestuoso. De cualquier forma nosotros ya teníamos antecedentes del incesto desde Foggia y por cierto, de las exaltadas peleas entre su padre y su abuelo, acá incluso, dentro de su propia casa, hay testigos dispuestos a legitimar cada una de las acusaciones que dejan sin argumento a su honorable padre. Especialmente la forma en la que usted y él se relacionan.

—Una buena excusa —dije sin titubear.

—La suma de muchas situaciones —corrigió.

—¿Le parece si continuamos esto adentro? —Noté que algunas personas ya se encontraban detenidas observando la escena.

—Por el momento nos quedaremos aquí a la espera de su padre, no

queremos que por algún motivo no se presente en casa hoy —replicó con suspicacia—. Dígame, señorita, ¿desde cuándo ha abusado de usted?

—Él nunca me ha lastimado, nunca me he sentido deshonrada, ni maltratada y mucho menos abusada. Dentro de esta casa y en Foggia mienten, don Alessandro miente. Yo francamente no comprendo la hostilidad de ciertas personas con Lorenzo.

—Por favor, no continúe negando lo innegable, eso solo le traerá problemas.

—Lamento su decepción, pero él y yo no tenemos el tipo de relación que otros especulan.

—Todos sabemos que sí —me sonrió con desprecio—, solo queremos saber si él la engañó para cumplir su propósito, si hay algo más que usted deba denunciar, estamos aquí entre otras cosas para ayudarla.

—¿Engaño?

—Alguna cosa o situación que lograra persuadirla, «algo» además de engañarla haciéndole creer que era su hermano y no su padre.

—Todos escondieron la verdad, esa historia no tiene nada que ver con él.

—Pero para convencerla de relacionarse con él en forma carnal no tuvo contemplación, ¿cree que eso es algo normal?

Estaba enfurecida, me parecía de lo más inapropiado que siguiera interrogándome sobre temas que no eran de su incumbencia.

—Dios, ¿qué es lo que pasa con ustedes? Ya le dije que entre él y yo solo existe unión de padre e hija, nada más. Usted no me está ayudando, solo está arruinando nuestra vida, por favor déjenos en paz.

—Usted es hija de un conspirador, ¿cómo puede pedirme paz si su padre no conoce esa palabra? Vino a este lugar a provocar, a amotinarse como un cobarde.

—No me hable así, no vuelva a hablar así de Lorenzo, no si yo estoy presente, como si por el solo hecho de ser una mujer, tuviese el poder de tratarme como una estúpida sin derecho a pensar, ¡esclava del bordado y del matrimonio en este mundo maldito! Yo soy Antonia Castiglione, mi padre vino aquí a luchar por la libertad de nuestro pueblo y no me siento avergonzada de él, ni de mi nombre, si he de calificar cobardía, pues entonces ustedes están coronados por ella.

Ambos rieron ante mi grosera osadía.

—Se equivoca, es por respeto que no decimos lo que realmente pensamos

de todo esto. Pero bien, es mejor por ahora que hablemos sobre su hijo. ¿Es cierto que su padre la hizo enfermar por no permitirle... ya sabe, alimentarlo?

—¿Cómo se atreve a hablar sobre eso? —alcé la voz sofocada por la presión.

—Según lo que sabemos él no quiere compartirla ni con su propio hijo, fue el mismo doctor Risatti quien lo informó cuando se le interrogó.

—Escuche, al parecer Lorenzo no vendrá a casa durante la mañana y ya se ve que no llegará tan pronto. Hemos permanecido mucho tiempo en una conversación absurda y sin ningún sentido, ustedes no son italianos, ni siquiera son Borbones. Lo buscan solo por pertenecer a la asociación de Mazzini, ¿qué otra cosa más podría interesarles de mi casa?

—Claro que no somos italianos, no hay lugar ni mapa en el mundo que envuelva a un grupo de personas a las que se les pueda otorgar aquel título. Eso solo está en su mente, en la mente retorcida de su familia.

—Dígame qué necesitan, no estamos en la península, aquí no pueden hacernos nada.

—Podemos, estamos aquí para hacer valer la ley. Leyes existen en todo el mundo. Hasta para ustedes que viven como salvajes. Solo lo buscamos a él. Para usted no hay castigo, y aunque su actitud nos indique lo contrario, ante los ojos de todos, usted es la víctima, nuestra única víctima y tenemos el «deber de cuidarla». A propósito, quisiera saber, ¿cuántas veces ha salido de casa desde que llegó aquí?

—No me gusta salir.

—Cuántas entonces.

—No lo sé, dos o tres veces, no conozco el idioma, ¿de qué forma podría relacionarme con las personas de este lugar?

—Su padre es muy astuto, mucho, usted está convencida de que ha sido suya cada decisión que él mismo ha guiado a su conveniencia.

No quería llorar, pero estaba llegando a mi límite, ya no sabía cómo responder, ellos querían una sola cosa de mí, me hostigarían hasta conseguir que al fin, después de tantas preguntas, terminara confesando mi relación con Lorenzo. Que él aún no se presentara en casa les daba tiempo de intentarlo. Pero no iba a darles aquel gusto miserable.

—¿Alguna vez presenció una discusión fuerte entre su padre y su abuelo?
Entrecerré los ojos, hostil ante la pregunta.

—Lorenzo siempre honró a nuestro padre, ellos no discutían, no reñían, sus

ideas no siempre eran las mismas, diferencias normales en una familia normal, pese a ello ambos eran muy unidos, eran como una sola persona, eso era lo único que yo veía.

Las mentiras salían de mis labios con fluidez, llevaba tanto tiempo modificando la realidad, que un engaño más no suponía mayor degradación para mi ya herida integridad como mujer. Además de aquella estúpida tesis que se conjeturaba en torno a la muerte de mi padre, debía lidiar con la abominación que todos sentían respecto a nuestra relación.

—Su padre ya no tiene esperanza, si regresa a Apulia todo el rigor de la policía imperial caerá sobre él. En Inglaterra le negaron asilo, entre otros motivos porque hace varios años casi mató a un inglés en Foggia, supongo que sabe del peligro que representa la figura del señor Castiglione.

«Maldito Doménico, sabía que algún día reaparecería su asqueroso nombre en nuestras vidas», pensé, mordiéndome los labios.

—¿A qué se refiere con «no tener esperanza»? —pregunté omitiendo aquella historia de Inglaterra.

Pero no tuve tiempo de saber de qué se trataba. Justo en aquel momento, el peor de todos, el coche de Lorenzo se detuvo frente a nuestra casa.

No quise mirar.

Vittorio se adelantó a abrir el portal exterior. Al cruzar Lorenzo, ambos hombres imperturbables pusieron sus manos sobre él. Serenos, sabían que jamás haría algo que provocara un escándalo fuera de casa.

—Al fin estamos frente a usted, honorable señor. Ha sido difícil llegar hasta aquí, el viaje fue muy largo.

El hecho de tener que «actuar» fuera de la península les anulaba el poder de destruirnos sin contemplación. Su falsa amabilidad acrecentaba mi ira.

—Quiénes son ustedes y qué hacen en mi casa. —Lorenzo movió sus hombros intentando soltarse, pero ninguno de los dos cedió ante aquel intento—. Entremos, por favor, ella no tiene nada que ver con esto, solo quiero protegerla de las miradas y juicios ajenos.

Uno de ellos hizo una señal de avanzar a dos esbirros que podían divisarse un poco más alejados. Ambos se acercaron en calma hasta ubicarse como guardias en nuestro portal. Solo en aquel momento, nuestras «visitas» accedieron a ingresar a nuestra casa.

—Muy bien, señor, usted tiene claridad de sus faltas. Lo que usted haga o represente en la península no le concierne a la ley en Grecia, pero sí cada acto

de subversión y de abuso cometido acá. Manejar insurrección desde aquí lo transforma en un insurgente en el lugar equivocado, un peligro para la tranquilidad de esta isla. Sin contar que abusar de su propia hija lo transforma en la peor clase de persona.

—¿Qué dice?! —Lorenzo interrumpió, descompuesto.

—Y si de sumar hechos se trata, no podemos dejar fuera la muerte de su padre. Esa muerte tan comentada en su momento ocurrió en extrañas circunstancias, una «caída», estaban solos, y siempre hubo peleas entre ambos.

—Ustedes están dementes o simplemente carecen de fundamentos para apresarme. —Negó con la cabeza manteniendo en sus labios una sonrisa llena de sarcasmo, mientras yo especulaba sobre quiénes en Foggia podrían tener tal nivel de desprecio hacia mi familia, como para contribuir gratuitamente a esta desgracia—. Tengo muchos detractores en Foggia, imagino que no le dará crédito a cualquier persona —se defendió Lorenzo.

—Roberto Moratti —interrumpió el hombre con displicencia.

—Roberto... —Murmuré, mientras Lorenzo lucía decepcionado.

—Las señoras Giulianna Servadio y María Ferri son también testigos en su Monte —continuó el hombre leyendo el papel algo rugoso entre sus manos.

—¿Señoras! —interrumpí con más dolor que ironía—. Ellas son sirvientas, le está dando autoridad a un par de criadas sin dignidad.

El hombre me observó severo y luego le devolvió la mirada a Lorenzo.

—El señor Moratti es uno de sus grandes amigos, su confidente, ¿verdad, señor Castiglione?

—Ese pobre cretino no es mi amigo.

—Muchas más personas han hablado de ustedes. La partera que asistió al nacimiento de su hijo, el doctor Stefano Risatti, entre otros, ¿no le parece suficiente que distintas personas, en diferentes lugares del mundo lo señalen a usted cometiendo el mismo delito? Además entiendo, y por favor corríjame si alguien ha mentado, la señora Giulianna Servadio, ¿ella es su madre, verdad, señorita? Realmente ella estaba muy angustiada, mucho, temiendo que su padre atentara aún mas contra su integridad.

Lo observé irritada, con repugnancia.

—Esa mujer está loca. —Las lágrimas asomaron a mis ojos luego de haber permanecido imperturbable. Ya no soportaba un minuto más aquello.

—En Monte Sant'Angelo no se habla de otra cosa que del hijo pervertido

del juez Castiglione, el que se llevó a la propia «hermana» para hacer vida marital con ella. Al parecer nadie en su tierra sabe de su verdadero parentesco.

—Nadie tiene motivo para saber nada en absoluto de nuestra vida — Lorenzo los miró desafiante— y no hay nada más que quiera aportar a toda esta comedia que han venido a montar a mi casa, debo reconocer que es un excelente juego, debí imaginar que arremeterían con cualquier situación que les fuese de utilidad.

—Cada acusación en la que se le involucra, señor, lo lleva irremediamente a ser condenado a la pena máxima exigida por su Alteza imperial. El jefe de la policía imperial de Austria se ha encargado de hacer valer la petición de exterminio a toda mancha de libertinaje revolucionario. Eso es una condena a muerte. Fusilamiento para usted.

—¿Muerte? —interrumpí absolutamente desesperada.

—Silencio, Antonia —dijo Lorenzo—. Eso solo podría suceder en el territorio donde Austria tenga poder, no aquí, ni siquiera en Apulia.

—No se sienta tan seguro, señor. Mazzini y sus seguidores están siendo buscados y juzgados por sediciosos, Su Alteza imperial solo desea limpiar, eliminar toda esta molestia, y es claro que el rey Borbón tampoco quiere más disgustos. Don Lorenzo, usted no solo es un perverso, sino también un rebelde, está acusado de situaciones que escapan al límite del reino al que pertenece: incesto, asesinato, revolución y caos en territorio ajeno. No existe para usted en esta vida posibilidad alguna de adaptación en una sociedad normal, por tanto para nosotros esta es una orden moral, usted es un mal para cualquier sitio en donde se encuentre, esta «persecución» o como quiera llamarle, es la consecuencia que le trajo seguir al salvaje de Mazzini. Hasta fue capaz de alejarse de su propio padre para continuar con esta irracionalidad.

—Yo no maté a mi padre, ni he abusado de Antonia —volvió sus ojos tristes hacia mí—, conozco mis derechos, por eso no tendré problemas para aguardar el proceso.

—¿Proceso? ¿Usted quiere un proceso? —Ambos rieron irónicos—. No existe tal instancia para usted. ¿Qué es lo que no comprende de todo lo que hemos hablado? Usted ya está condenado, y por ahora permanecerá encerrado en una prisión, como debe ser. Mientras, esperaremos el momento de llevarlo de regreso a Apulia. De cualquier forma, tenga en cuenta que solo

la muerte tendrá el poder de devolverle a usted la dignidad perdida, permanecer vivo significaría su ruina, viviría apuntado como un ser despreciable, sumido en el abandono y el absoluto descrédito de la sociedad, ni toda su riqueza servirá de mucho sin honor.

—Claro, usted debe saber en carne propia lo que es vivir sin ambas cosas, ¿no? La «justicia» nunca es tan rigurosa, señor —me entrometí acentuando mis palabras—, a ustedes les conviene anular a los hombres de principios, a quienes luchan por una causa, actúan como marionetas, inventando bajezas para hundir a quienes no los siguen.

Los hombres sonrieron fijando sus ojos en Lorenzo.

—Usted realmente crió a esta niña como si hubiese sido un hombre, tan falta de modales, tan poca nobleza, es ahí cuando se nota que es la hija de una criada y un perverso.

—¡Basta! —Lorenzo intentó desatar su furia, pero ambos hombres se encontraban armados y me transformaron en el blanco de sus amenazas.

—Basta para usted, don Lorenzo, esto se acabó, vamos a sacarlo de este lugar, encadenado, vivo o muerto. Debido a que nosotros hemos sido enviados para hacer cumplir el orden y los decretos establecidos, y tal como usted ha repetido hasta el cansancio «no tenemos mayor poder dentro de Santorini», nos acompañan dos policías griegos. Aquellos señores afuera —señaló hacia nuestro ventanal—, ellos sí tienen atribución suficiente sobre usted y lo que conlleva su molesta presencia en Grecia, usted es simplemente un desequilibrado y todo lo que pueda ser presentado como cargo, hasta la más mínima sospecha, lo inhabilita para defenderse. Usted ya no se encuentra en posición de reclamar derechos.

—Por favor, no se lo lleve... —les rogué derrotada, aún sin comprender en qué momento mi vida tomó esta forma monstruosa.

—Por cierto, señorita —dijo uno de ellos con tono hostil—. Usted no puede salir de esta casa, si es sorprendida escapando, no tendremos consideración ni misericordia. Téngalo presente.

Vittorio se acercó a mí para sostenerme.

—Que la acompañe este invertido. Esta casa está llena de escorias. Ahora habrá una menos, desde hoy puede comenzar a guardar luto y llorar la pérdida.

Así, sin más, como si de un criminal se tratase, aquellos tiranos lo aprendieron y lo arrancaron de mi lado a sangre fría.

Me sentí desnuda, despojada de cobijo. Vittorio intentaba darme consuelo, pero parecía inútil. Tomó mi rostro y secó con sus dedos mis lágrimas.

—No vamos a llorar, lo que debemos hacer es actuar. ¿Quiere ir con su hijo a Foggia? ¿O su preferencia es quedarse?

—Por supuesto que voy a quedarme, ya fui advertida y si intento huir, probablemente voy a exponer a Lorenzo a peores situaciones —di un suspiro desesperado—, sé que pronto podré pensar en un regreso, pero no volveré a Foggia sin Lorenzo.

—Entonces así será. Ahora, usted se mantendrá tranquila en casa, voy a salir de aquí con las pertenencias de la señora y su hijo, ellos no pueden regresar a casa por la seguridad del niño. Debemos aprovechar que la restricción no es para ellos, nadie siquiera los ha visto, y ahora más que nunca deben salir de este lugar, tal y como fue planificado en el inicio. No estoy seguro de cuánto tardaré, volveré a casa en cuanto haya logrado ubicar el lugar en donde tienen a don Lorenzo, creo que tengo una idea del sitio al que lo llevaron, pero además de eso, debo conseguir que podamos verlo.

Me quedé mirando al horizonte sin palabras. Arruinada por no hacer el esfuerzo de salir de Grecia con mi hijo, pero estaba convencida de que todo se arreglaría, que mi hijo y yo estaríamos cerca otra vez, en cambio, si me iba, la culpa se transformaría en el peor tormento de mi vida. Pensar en abandonar a Lorenzo una segunda vez, ya no era una opción para mí.

Aguardé la llegada del anochecer sentada frente a mi pianoforte, anclada a cada recuerdo, sepultada bajo aquel silencio tortuoso. Odiaba la ausencia de su voz, tanto como a mí misma en este instante.

Fijé la mirada en nuestro retrato, el único que sobrevivió a su ira el maldito día en que me encontró intentando huir con Alessandro. Al querer alcanzarlo, distinguí tras él mi nombre escrito en un sobre abierto. Lo abrí temblorosa. En su interior me esperaban las partituras de aquel nocturno que creí olvidado. «Delirio de mi sangre». Me volví al pianoforte para liberar la melodía descarnada que surgió desde mis dedos recorriendo el tibio torrente, envolviéndome en aquel velo de dolor incesante desprendido de su propia alma. Descubrí el infinito en la mecedura armoniosa de aquellos acordes quebrados, reflejo del amor que terminó por devastar su vida.

No pude terminar de tocar, el recuerdo de su mirada me atormentaba, el propio deseo de huir con anterioridad a toda esta calamidad, después de todo el amor que él me entregaba.

Bebí los restos de una botella a medio cerrar sobre la pequeña rinconera, el mismo licor quemante que bebía durante las últimas noches en esta casa, aquellas pavorosas madrugadas en las que deseaba ante todo borrar los besos de su mujer, para volver ansioso a los míos, ahogar aquel sabor indigno del amor a su propia hija, liberarse de la presión de ser el anormal de la gran familia Castiglione.

Arrojé con fuerza la maldita botella contra el espejo, no quería seguir viendo este monstruo en el que me convertí. Una maldita malagradecida... Soy su hija, y ni aún así pudo evitar amarme, protegerme...

—Es mi culpa, todo esto es mi maldita culpa.

Recordar es mi tormento. Imaginar que puedo componer toda esta miseria, saber que pude evitarla si hubiese permanecido en Foggia, hoy casada con ese traidor endemoniado de Alessandro Biava. Y yo... yo también estuve a punto de traicionarlo.

La voz de Vittorio me sacó del trance infame. Se acercó con una triste sonrisa a mi lado y acarició suavemente mi hombro.

—Mañana temprano la señora y el niño emprenderán el viaje hacia la península.

Cerré mis ojos implorando solo el bienestar de mi hijo.

—Y si queremos ver a Don Lorenzo, nosotros también debemos salir de casa temprano, los malditos austriacos se hospedan en la posada y no saldrán hasta tarde de ahí. «Festín nocturno». Él tenía muchos detractores, pero también, más de alguna vez, muchas personas fueron beneficiadas con su ayuda. Ahora tenemos la mano de vuelta. Solo debemos asegurarnos de no ser vistos por alguien.

De mis labios ya no salían palabras, solo podía imaginarlo allí, encerrado, sin abrigo, sin la calidez de casa, sin mí.

Prisca fue quien me ayudó a llegar a la habitación, y allí, quebrada ante el silencio de su ausencia, me dormí buscando amparo en nuestra cama, hundida inútilmente en los vestigios de su aroma, imaginándolo a mi lado, acariciando mi cabello como cada noche.

Sin embargo, no hubo forma de cerrar los ojos esa velada. Di tantas vueltas imaginando finales felices, recordando cada detalle de mi vida, uniendo historias. El descontrol de mi mente estalló en tan solo una noche, la peor de mi vida. No existía alivio para esta tristeza. Lorenzo no estaba conmigo y me encontraba lejos de Italia, de mi familia, de mi hijo, con el vacío horrible que

me dejó Julianna. Quiero culparla, sentir y saber que nadie más que ella fue quien terminó eligiendo esta herida para mí. Mi amiga, mi compañera, mi propia madre. Todo esto se ha vuelto insostenible.

Para mi fortuna, Vittorio está aquí. Solo de su mano puedo volver a caminar en esta oscuridad.

Al amanecer, me levanté de la cama con dificultad, estaba mareada y mi cuerpo afiebrado. Si en algún momento dude de estar preñada, hoy aquello se hacía más claro y certero. Justo ahora.

Vittorio golpeó despacio la puerta de mi habitación.

—Debe usar esto. —Vittorio traía en sus manos uno de sus trajes y sus botas.

Contrariada, hice un gesto de no comprender.

—Es mejor así, para no despertar las sospechas de alguien.

Vittorio era un hombre menudo y sus vestimentas perfectamente podían calzar en mi cuerpo. Cerré la puerta para vestirme y así lograr encubrir mi identidad, trencé mi cabello hacia un costado y tomé el abrigo de Lorenzo para cubrirme del frío. Salí de allí, caminando del brazo de Vittorio con rumbo a un lugar para mí desconocido. Su rostro decaído evidenciaba el desvelo, más que su sirviente fiel, era su amigo y aunque quisiera evitarlo, podía ver su dolor, sentirlo en cada una de sus palabras, en su mirada compasiva.

—Lorenzo está desprotegido, debe estar sintiendo frío. —Mi voz se quebró al imaginarlo.

—Llevo algunas cosas para él. —Vittorio intentaba mantenerse firme.

Miré hacia el suelo sin decir nada. Al subir al coche, se ubicó frente a mí y me observó un momento antes de hablar.

—Usted ha inspirado desde siempre mi más sincero afecto, desde que don Lorenzo me habló por primera vez del gran amor que ambos se guardan. Nunca sienta que se equivocó, todos, absolutamente todos estamos en el sitio correcto, en el momento preciso. El amor no se equivoca —dijo apesadumbrado—, el amor, cuando es real es invencible.

—Lo nuestro no es normal, lo nuestro siempre estuvo mal, Vittorio.

—Es verdad que todo esto parece parte de una muy macabra jugada del destino, pero si de algo sirve perder por la devoción que ambos se profesan, bienvenida sea entonces la muerte. —Levantó sus hombros justificando por completo el cúmulo de malas decisiones que Lorenzo y yo tomamos—. Estoy

seguro de que aún en las puertas del infierno en que habita, no está arrepentido de amarla. —Me sonrió con lágrimas en sus enormes ojos azules.

—Conocí a su padre, a Don Lorenzo, cuando llegué desde Nápoles.

—¿Tú también sabías que él es mi padre?

Una sonrisa benévola me indicó la respuesta.

—Yo siempre he sabido la verdad, de todo.

—Él... —dudé antes de continuar—. ¿Él tuvo algo que ver con la muerte de mi padre?

Esta vez, la sonrisa de Vittorio se tornó triste.

—Tal vez, depende de la disposición que tenga para oírme.

—¿Cómo es eso?

—Para mí, fue solo una discusión más, una de las tantas que ellos tenían, ambos ya no se llevaban bien. Las dudas surgieron por lo mismo, sus diferencias eran conocidas por todos. Un día la situación se hizo insostenible, desconozco el motivo exacto por el que se desencadenó una guerra en esta casa, la señora también estaba aquí, es por eso que en ocasiones el señor le otorga ciertas atribuciones. ¿Por qué cree que debió callar ante la invitación sorpresiva que ella le hizo a su propia casa a Alessandro Biava? Ella cree tenerlo en sus manos sin que realmente exista un solo motivo.

»Aquello fue solo una discusión —encogió sus hombros—, de pronto a él se le detuvo el corazón, no hay más que eso. Al caer su cabeza se golpeó fuerte, una de las dos cosas lo mató, pero no fue don Lorenzo. —Me observó con calma, entrecerrando sus ojos y levantando sus cejas—. A menos que quiera verlo de otra forma. Para mí era obvio que intentarían inculparlo en cualquier momento, esto ha sido una bomba de tiempo, el exilio no es nada fácil, siempre existe el riesgo de ser perseguido, por una u otra razón.

»Conozco lo que le digo, yo también salí de la península porque mi vida estaba en peligro, las excusas para hacerme desaparecer sobraban. Siempre he sido simpatizante de la causa revolucionaria, pero hubo algo que se transformó en una agravante para ellos, por lo que debí huir sin mirar atrás si deseaba mantenerme en libertad y conservar la poca dignidad que aún me quedaba.

Lo observé en silencio, mientras intentaba sacarse de encima aquella pesada coraza de la que no se desprendía.

—Sodomía —murmuró lleno de cólera—. Como si se pudiese elegir, como si no deseara ser lo que todos quieren que sea. El amor no transgrede, no es

un pecado, el amor es desprenderse del alma, es arrancarse la piel para brindar cobijo al ser amado, nada importa más que la entrega, no existe deseo mayor que sentir el abrazo que funde los corazones. Nada es más sincero que el amor que es reprimido, solo aquel amor vedado, el que condena a la muerte y que aun así se mantiene invencible es amor verdadero. El mismo amor por el que usted continúa aquí.

»¡Por años! ¡Por siglos! Nos han enseñado a culparnos por amar, por sentir, nos llenan de obstáculos la vida por no seguir la línea, por no complacer ideales, por «entorpecer» la enseñanza que quieren dar a sus hijos. He sido humillado por «*estar en el otro lado de la acera*», es esa la razón por la que he aprendido a vivir mi realidad oculto. —Hizo una pausa y tragó su dolor con dificultad—. He sido burlado y despreciado desde que era solo un niño, sin comprender el rechazo, la desidia, la intolerancia, y hasta el dolor que yo mismo hacía sentir a mi madre, sin quererlo. Fui perseguido por enamorarme de un Patriota, amigo de don Lorenzo, de Liguria, «tiranos malditos», ellos lo ejecutaron en batalla, por insurgente y se ensañaron por sus «afectos raros», fue por ello que su padre decidió ayudarme, me dio asilo en su propia casa, aun sabiendo que por ello, también podrían señalarlo... su abuelo tampoco me quería aquí, pero don Lorenzo es implacable, nunca le importó la opinión intrusa, como ha sido la tónica en su vida, él es fiel en demasía a sus ideas y a su palabra, por ello me ubicó en un lugar de prestigio para que nadie pudiese dañarme. Así me transformé en su sirviente más leal y su amigo. No quiero imaginar mi vida fuera de aquella casa, allí yo puedo hacer de mi existencia lo que quiera sin ser juzgado.

Sin decir nada, me aferré a él con fuerza. Había lágrimas en sus ojos, contenidas lágrimas, como las que supuse debió contener toda su vida. Vittorio era la única persona en el mundo que podía comprender aquello por lo que Lorenzo estaba al borde de ser ejecutado, nadie más validaba en forma tan honesta nuestro amor. Sólo nos teníamos uno al otro como apoyo.

Al llegar al lugar donde se encontraría Lorenzo, noté que las calles aún se encontraban vacías. Aquella casamata descascarada, perdida en medio de pastizales secos, se impuso frente a mí como un monstruo abandonado y sombrío. Imaginé su frialdad, las torturas sufridas por quienes se encontraban dentro.

Antes de descender del coche, cubrí mi cabello con una capa. Me sentí indigna. Siempre escondiéndonos, siempre huyendo, como si lo

mereciéramos.

Un hombre delgado corrió casi en puntillas hacia nosotros y nos guió en silencio hasta la entrada. Allí, un muchacho de aspecto infantil nos abrió una puerta angosta, en donde se encontraba el corredor por el que Vittorio y yo debíamos seguirlo. El pasillo iluminado por algunas antorchas ensambladas débilmente a una de las paredes, tenía puertas a ambos costados, pero no se oía nada. El olor allí era repugnante, lo que en mi estado se hacía aún más insostenible. De pronto el hombre se detuvo y dio a Vittorio una pequeña lámpara de mano.

—Tienen poco tiempo, no puedo arriesgar más que esto.

—Estamos agradecidos —se adelantó Vittorio.

A tientas toqué el umbral con mis manos. El frío caló mis huesos, mientras se acrecentaba el miedo a encontrarme de frente con un Lorenzo totalmente herido.

Al entrar allí, mi corazón se desbocó.

Me acerqué lentamente hacia un sutil rayo de luz proveniente de un pequeño agujero abarrotado. En un rincón, al menos cinco hombres se encontraban juntos intentando irradiar entre ellos algo de calor. Al alzar la mirada, la tenue luminosidad les desnudó el rostro dejándome sin habla.

Ni aún en mis peores sueños pude vislumbrar aquella imagen devastadora. La realidad. Aquella infame realidad, la debilidad reflejada en su rostro maltratado, en el temblor de su cuerpo arrojado en aquel suelo inhumano me golpeó en el alma.

Descubrí mi rostro y me arrodillé frente a él para tomar suavemente sus manos frías y guiarlas hacia mis labios. Las lágrimas que me ennegrecían la mirada rodaron sobre sus dedos.

Debí contener un «te amo».

Abrió levemente sus labios para decir algo, pero su mirada endurecida se quebró al encontrarse con la mía.

Me quité su abrigo para cubrirlo de aquel frío inhumano y me aferré a su cuerpo desesperada.

Vittorio se acercó para ofrecer algo de agua a Lorenzo y a todos los hombres allí encerrados. Reconocí algunos rostros sin nombre, ahora sí tenía certeza que esto solo se trataba de un asunto político, pues quienes se encontraban allí no eran más que mazzinianos. Tal vez encerrados con falsas y estúpidas excusas.

Al cabo de unos instantes, Lorenzo intentó ofrecerme una sonrisa.

—No deberías estar aquí.

—El lugar en dónde debo estar es a tu lado.

Tomó mis manos y mantuvo su mirada en ellas.

—Grazia y mi hijo, ¿salieron ya de Santorini?

—Van camino a Apulia, como querías.

—Debí suponer que no te irías —negó con su cabeza y dio una mirada a Vittorio, quién se acuclilló de inmediato a nuestro lado.

—Saca a Antonia de Santorini, busca el nombre de Giuseppe Varesi, sabes dónde encontrarlo, él es el único que puede sacarlos a ambos de este sitio — dijo en un murmullo.

—Así lo haré, señor.

—No me iré de este lugar sin ti —interrumpí—, además, también estoy privada de libertad, yo tampoco puedo salir de Santorini.

—Puedes... ellos no están realmente pendientes de ti —su semblante se tornó algo molesto—. No quería que me vieras así, esto que ves aquí no es honor, Antonia. Cualquier hombre en posición de mártir de guerra solo enaltece el nombre de su familia, sin embargo estoy aquí a causa del despotismo de aquellos tiranos. Ellos han encontrado la forma de asesinarme en vida aplastando nuestro nombre. —Su voz se quebró provocando una pausa conmovedora—. Si debo morir que sea con orgullo, con la hombría que ellos no tuvieron para apresarme por una causa justa, ellos se han bastado de una historia que no les corresponde para mostrarme como un maldito desgraciado frente a todos.

—No... yo no voy a poder vivir así, sin ti —murmuré con apenas un hilo de voz.

Tenía ganas de gritar, de decirle cuánto es que lo amaba, pero no era posible hacerlo, si es que aún existía una esperanza, debía mantener la farsa y esconder mi amor por sobre todo, evitándole así más complicaciones de las que ya le he dado... no fui capaz de alguna cosa, ni siquiera pude decirle que estaba segura de tener otro hijo creciendo en mi vientre. No podía causarle más dolor. —me detuve unos instantes para despejar el nudo de mi garganta—. Fue mi culpa, yo debería estar en Foggia, casada con Alessandro...

—No digas eso —murmuró desolado—. Al estar fuera de su territorio, no podían poner las manos sobre mí de otra forma, necesitan silenciarme y

aplacarme de alguna manera. Tú no eres la causante de todo esto, no continúes sintiéndote así.

Repentinamente el sonido de la puerta me indicó la despedida.

—Deben salir de aquí ahora.

Me acarició el rostro tan suavemente que me hizo estremecer al instante.

—Perdóname —se silenció mirando hacia el suelo—, perdón por no causarte más que tristezas.

—Dios, Lorenzo —dije entre sollozos—, no puedo salir de aquí, prefiero morir contigo.

Lorenzo estrechó su mano a la de Vittorio—: Prométeme que vas a cuidarla.

Vittorio asintió sin decir nada.

El tiempo se detuvo para mí, vi cómo su mirada se apagaba perdida en la pequeña ventana en lo alto de la pared.

—Señor —insistió el hombre.

Iba a dar la vuelta para salir de ahí, pero no era capaz de hacerlo por mi propia voluntad.

—Necesito quedarme con él por favor —me prendí con fuerza de su cuello y a lo poco que me quedaba de fe.

Lorenzo tomó mis hombros y los alejó en forma leve de su cuerpo, luego me acercó su rostro para mirarme de frente.

No poder besarlo transformaba todo en una tortura mayor.

—Mírame. Nada hay de mí que esté apartado de ti. Nada. Nosotros nunca estaremos separados, tú y yo somos uno, no olvides que tu sangre es la mía también.

Aunque me resistí con la poca fuerza que me quedaba, Vittorio logró sacarme de su lado. Quise volver a buscar consuelo en su mirada, pero fue inútil. Al apartar de mí sus ojos, comprendí que aquello era el final.

Caminé vencida hacia la puerta para tomar el camino sin retorno. Aquel corredor se me hizo eterno. Me sentía tan desolada, enferma, que en forma repentina sentí una incontenible repulsión obligándome a vaciar el contenido de mi estómago, al instante mi vientre se endureció con fuerza y un sordo dolor me inmovilizó por completo. Vittorio me sostuvo conmovido.

—No puedo soportar esto, Vittorio.

—Si puede, yo estaré a su lado —dijo opacado por mi sufrimiento.

Caminamos hacia el carro en el más absoluto y hondo silencio.

A poco andar, los caballos tomaron galope rápidamente, aquel vértigo

constante y despiadado hizo preciso detener la marcha por un instante. Me sentía morir. Debí engancharme al brazo de Vittorio para no desvanecer. El dolor de mi cuerpo no era comparable al de mi alma, pero si convertía cada momento en un infierno paralizante. No podía sino sentir el destrozo desde el corazón hacia la piel, como una serie de golpes que me dejaban sin aliento. Este tormento no daba tregua.

Deseaba estar muerta.

Aunque ya lo estaba, sufriendo el dolor de quedarme sola, abandonada, vacía. El solo hecho de respirar para sentir el calvario en mi piel, en mis entrañas, me hacía desear desaparecer.

Quisite

[Morendo]

*«¡Ven a mí, dulcísima Muerte!
No me seas cruel, pues debes ser noble, a juzgar por dónde has estado.
¡Ven a mí, que tanto te deseo!
¿No ves que ya tengo tu mismo color?»*

Dante Alighieri

Vittorio me dejó caer sobre la cama y se retiró un momento. Estaba tan debilitada que cerré mis ojos al instante, sintiéndome bajo el efecto de algún tipo de pócima prohibida, mareada, el cuerpo adormecido.

Sin embargo, no me dormí. Traté de mantenerme despierta, pero la sensación no mejoró. Intenté acomodarme y al hacerlo mi cuerpo se contrajo, obligándome a pujar con fuerza. Un grito apaciguado escapó de mi garganta. Debía ponerme a salvo y llegar lo más rápido posible al cuarto de baño. Una vez allá, me deshice del pantalón de Vittorio empapado de mi sangre, y la sensación de expulsión cesó. Lo sentí caer entre mis piernas, lo vi empapado, inconcluso. Ya había vivido un dolor similar, pero esta vez no hubo fruto de aquel dolor; esta vez solo había silencio y soledad. Mi cabeza daba vueltas a punto de explotar, no hubo expresión en mi rostro.

Todo lo que me quedaba como resultado de este amor que sentía por Lorenzo era el hijo que, solo ahora, sabía que estuvo en mi vientre, y que ya no estaba más.

No me quedé mucho más en el cuarto de baño. Ni siquiera me importó que otros vieran el desastre, la sangre y el inmóvil cuerpo del nonato. Con algo de dificultad, logré cubrir mi cuerpo y regresar a la cama.

No quería moverme, sentía el desgarró de mi alma y el dolor de mis entrañas con tanta profundidad que no hubo espacio para llorar. Permanecí allí arrojada sin pensar en nada. Lorenzo se estaba llevando todo con él.

Ya no tenía nada atándome a esta vida, aquello que amaba me fue arrebatado sin retorno.

«¡Dios no existe! ¡No existe! ¡Es una maldita ilusión! ¡¿Dónde está Dios ahora?! ¿Acaso no me amas? ¡Nunca me amaste!, me odias, yo no soy tu hija,

¡debo ser hija del demonio! Debí surgir desde el infierno y ahora debo volver allá...», pensaba, tratando de hundirme entre el colchón y las colchas. «Todo es mi culpa. Fui yo. Yo no debía estar aquí.»

Sentía que perdía la razón a cada segundo. Por mero impulso, me puse de pie y busqué entre mis vestidos el favorito de Lorenzo, ese que tenía puesto el día en que me hizo suya por primera vez. Lo cambié por el que tenía puesto, sobre mis ensangrentados atuendos íntimos, huella incuestionable de mi segundo hijo, ahora solo el despojo de todo lo que me quedaba para vivir.

Esperé la llegada de la noche sentada en mi sillón frente al mar, pretendía estar consciente de mis decisiones, pero la cobardía pudo más. Decidí tomar el resto del vino que dejé de la noche anterior, al menos lo suficiente para mantenerme en pie.

Aunque de mi cuerpo y en forma intermitente aún brotaba sangre, caminé hacia la puerta de la casa. La fiebre y los temblores me martirizaban de vez en cuando, pero veía necesario el sufrimiento, la culpa era mayor conforme pasaban las horas.

Tomé la lámpara de mano, encendida previamente, y abrí la puerta con cuidado para emprender mi rumbo al destino escogido. Nadie me vio salir. Intuí que a nadie le importaría mi desaparición, a excepción de Vittorio.

Me abrí camino por las estrechas calles de barro y piedra. El suelo rugoso y lo inclinado de este lugar me hacían más pesado el rumbo, por lo que debí detenerme unos instantes. Arrojada en el portal de una casa aledaña dejé salir los miedos y las lágrimas, aquel dolor que no me otorgaba descanso llamó la atención de una pequeña mujer de grandes ojos verdes y cabello color miel muy rizado. Se ubicó detrás de mí con una cobija, dispuesta a ampararme de la fría noche. Me sonrió acogedora; nunca tuve amigas, nunca salí de casa.

Era extraño encontrarme con el mundo, un mundo que ignoraba mi dolor, justo ahora que caminaba certera a extinguir mi luz.

Le agradecí con una sonrisa débil y negué con la cabeza su ayuda. Ella aguardó dubitativa, pero finalmente encogió los hombros pronunciando palabras que no comprendí.

—Gracias —dije sin mirarla.

Me levanté apenas con el impulso que me produjo la esperanza de terminar pronto con todo. Sentía dolor, frío, pero sabía que estaba cerca el momento en que mis heridas se curarían para siempre, y volvería a ser parte de este paisaje que me vio florecer y también morir por su causa.

Muchas imágenes cruzaron ante mis ojos durante el camino, mi niñez, Giulianna llevándome en sus brazos a la cama, sus caricias en mi cabello para dejarme dormida. Su compañía cuando sentía miedo. Los paseos con mi madre, la mirada de Lorenzo y nuestro encuentro luego de permanecer alejados durante mi niñez, como si la vida y el amor se trataran de un perfecto engranaje, sin casualidades.

Me aterró continuar el camino a solas, las casas habían desaparecido y la pobre iluminación fuera de ellas también. Me eché a llorar como una niña perdida, sin cobijo, con mi pequeña lámpara aún encendida. Caminé un poco más, justo lo que alcanzó mi fuerza para continuar en pie, fue entonces cuando llegué al lugar en donde nos juramos regresar para disfrutar en libertad nuestros momentos a solas y al cual nunca volvimos.

Me acerqué para intentar ver en penumbras la inmensa laguna desde arriba. Santorini es en realidad un enorme y hermoso acantilado, tan precioso que parece un sueño. Se asemeja mucho a nuestro Monte en Foggia, tanto que no pude dejar añorar mi vida allá. El Monte Sant'Angelo fue el origen, la génesis de mi existencia, el lugar desde donde surgí y donde palpita hoy la existencia del verdadero amor de mi vida, mi hijo.

Mirando la luna radiante sobre esta parte del cielo, iluminando mi mar brillantado, volvió a mí el rostro del hombre que venero, que es parte de mi propia esencia, mi propia carne... Sí, soy el delirio de su sangre, sangre que también es mía y que permanecerá eterna, como nuestro amor.

Reviví el momento en que le di vida a mi hijo, el mágico instante en que vi por primera vez su pequeño rostro. Tuve luego la visión del sufrimiento de Lorenzo esta mañana, imaginé su triste y dolorosa agonía, lenta y martirizante, su cuerpo cálido ya no lo sería más, pero yo iba a adelantarme en el viaje. Debía hacerlo.

Cerré mis ojos para abandonarme a la inmensidad que anhelo, respiré por última vez la placentera bruma, y repetí las últimas palabras que escuché de sus labios antes de desprenderme al fin de la eternidad de este dolor: «nada hay de mí que esté apartado de ti».

Allegretto

[Andante Mesto]

«El sol no había nacido todavía. Hubiera sido imposible distinguir el mar del cielo, excepto por los mil pliegues ligeros de las ondas que le hacían semejarse a una tela arrugada. Poco a poco, a medida que una palidez se extendía por el cielo, una franja sombría separó en el horizonte al cielo del mar, y la inmensa tela gris se rayó con grandes líneas que se movían debajo de su superficie, siguiéndose una a otra persiguiéndose en un ritmo sin fin».

«Las Olas», Virginia Woolf

Inmóvil bajo el haz de luz que brotaba a través de la minúscula lumbre, Lorenzo permaneció en resignado silencio oyendo el doloroso final.

De un momento a otro su risa ensordecedora perturbó el sitio y lo colmó de su voz.

Luego del bullicio, retornó el silencio mientras sus ojos se mecían con letargo.

—Estás mintiendo. —Lorenzo quebró el sosiego—. Óyeme, Vittorio, no te creo, ella es frágil, siente temor de todo si no estoy a su lado...

—Cuánto lo siento, señor.

—Debe ser otra mujer, asegúrate de ello.

—La vi... no es otra persona.

—¡Pues vuelve allá y pruébame que es ella la que decidió dejarme!

—También yo quisiera convencerme de estar equivocado. —Vittorio se le acercó lentamente y extendió su mano revelando ante sus ojos la prueba necesaria—. Su anillo.

Lorenzo inclinó la cabeza y se llevó las manos hacia el rostro rompiendo en lágrimas como un niño. Agobiado bajo el cruel peso de la nostalgia y de aquel inmenso amor que lo condena cada día.

—Te pedí que la cuidaras...

—Ella no me dio tiempo de alguna cosa, señor, salió de casa sin decirle a nadie. —Dirigió su mirada hacia el suelo—. Tal vez no tengo perdón, pero crea cuán importante era ella también para mí.

—¿Cuánto tiempo crees que podré vivir así? —Desesperado, ancló sus manos en los hombros de Vittorio—. Estaré aquí para usted, cada día, no descansaré hasta sacarlo de este lugar.

—Déjame morir, no quiero seguir vivo.

—Puede continuar... tal vez será difícil.

—No quiero —le interrumpió desolado—. No puedo.

La nostalgia de encontrarse fuera del país transforma el patriotismo en pasión, despiertan los recuerdos y se aviva aún más el fervor de la revolución. A dos meses de su captura, Lorenzo Castiglione, entre varios prisioneros políticos, logró liberarse del hasta ese momento severo yugo del tirano. Varios motines estallaron en diversos puntos de Europa, las colonias de conspiradores italianos fuera de la península eran muy unidas, por lo que gendarmes, policías y espías, quienes conformaban una minoría frente a los rebeldes, se vieron obligados a abandonar sus casas de reclusión. Tal desbarajuste les hizo más fácil el escape.

Pese a la sentencia que aún cargaba sobre él, y que acabaría junto al renacer de Italia, aquel escándalo deplorable de mantener una relación incestuosa con su propia hija y las sospechas no aclaradas respecto a la muerte de su padre, carecían absolutamente de peso. Nadie, ni en Italia ni en Grecia desconoció que la única y verdadera causa que lo llevó a tal decadencia fue su irreprochable y bien ganada fama de «insurgente», un dolor de cabeza constante para quienes dominaron y separaron a su amada patria y también para aquellos quienes se llamaban a sí mismos «liberales», pero que nunca comprendieron su modo de dirigir y concebir una verdadera unidad como república.

Aquel hombre que alguna vez fue uno de los más brillantes patriotas revolucionarios de la historia de Italia, se encontraba entonces rodeado por un surco profundo de desconfianza y prejuicios, muchas veces señalado con recelo por quienes anteriormente se inclinaban ante su presencia.

La independencia nacional italiana comenzó a realizarse no por los caminos revolucionarios y republicanos que buscó Mazzini. Finalmente, el objetivo de los liberales moderados con el conde de Cavour en frente, fue alcanzado con éxito el 17 de marzo de 1861. La construcción del resurgimiento comenzó con la proclamación de Vittorio Emanuele II como rey de Italia.

Vittorio lo acompañaba fiel, en uno de los tantos refugios clandestinos en donde el enemigo no podía seguirlos. Lorenzo había aprendido ya a mantenerse siempre en constante cambio. Oculto en lugares libres de uniformes blancos espías.

Esta vez el abandono definitivo del refugio era inminente, Italia lo

aguardaba.

—Nuestra revolución no puede morir aquí, solo hemos sido nosotros quienes luchamos por nuestra patria unificada, la sangre de nuestros mártires es un ejemplo de devoción y fuerza. No podemos fallar, debemos llegar hasta el final, la liberación de Venecia y principalmente de Roma es lo que hoy me mueve.

—Muchos han desertado ya...

—Y ello es respuesta al falso triunfo de los moderados —interrumpió Lorenzo—, ellos de manera absurda han luchado contra nosotros y no contra quienes deben hacerlo. Quieren fundar una Italia mendigando a la monarquía, al apoyo extranjero, separándose del pueblo. Solo los cobardes han cedido ante la falta de doctrina, no son más que malditos «politiqueros», aduladores del poder, nuestro ideal siempre estuvo fundado sobre principios, no sobre intereses.

—Hemos de entrar a Italia con orgullo, usted ha dedicado su existencia a defender nuestros principios y objetivos republicanos, peleando valientemente hasta entregar su propia vida por el resurgir de la patria, ha sido siempre leal a la palabra entregada a nuestro hermano Mazzini, como nadie ha sido capaz.

—Mi conciencia ha sido y continuará siendo inviolable, nunca cambiamos de bando para correr tras el triunfo fácil, mi propia vida ha sido una constante lucha por aquello que acertado o no ha sido mi propia verdad.

»He sido un mazziniano y para muchos de quienes aún pueden llamarse revolucionarios, esto aún no acaba. He sido anulado, perseguido y relegado a una escasa participación en la labor de unión y libertad que forjamos, y de todos aquellos que juraron fidelidad a la asociación ya no queda casi nada. Mi vida ha sido tal y como Dante dijo, un viaje desde el martirio a la paz, pese a ello, la conspiración que destruyó mi existencia, no me ha hecho perder la fe y menos arrepentirme de cosa alguna. Mi orgullo siempre será mayor, si no fuera porque en medio de toda esta guerra perdí a mi mayor tesoro, mi paz sería absoluta. Si Antonia estuviese viva hoy tendría treinta años... —Lorenzo observó largamente el anillo que ella dejó sin proponérselo, como parte de su recuerdo.

—A partir de su regreso todo será distinto, señor, será como nacer de nuevo.

—Fue lo que dije al regresar a casa después de estudiar y permanecer fuera

durante ocho años. —Lorenzo sonrió con añoranza—. Fue cuando volví a ver a Antonia... No podía creer que ella fuese mi hija, ni siquiera parecía una niña. —Alzó sus cejas proyectando una sonrisa—. Nunca pude verla como mi propia hija. Tal vez nunca debí salir de casa, debí verla crecer.

—Perdónese, no malgaste su vida flagelándose por haberla amado. —Vittorio se detuvo tras Lorenzo con un ramo de rosas entre sus manos—. El carro nos espera.

Lorenzo era un hombre duro, siempre lo fue, pero al evocar el encanto de aquella piel que aún a pesar de los años amaba, su corazón marcado a fuego se estremecía.

Solo cerca de Antonia encontraba consuelo.

Aferrado a los recuerdos, acarició con sus dedos las letras que forman su nombre en la fría lápida de la tumba que ella comparte con su padre.

—Aún no logro comprender qué designio se oculta tras toda esta miseria, por qué el paisaje de esta isla no fue más que el Aqueronte ante a mis ojos.

—Todo se dio en su contra por el ataque del que fue víctima, tanto odio solo podía traer consecuencias nefastas.

—Fue tanto mi amor que a la vista de todos solo parecía lujuria. —Estiró sus labios en el típico ademán que lo caracterizaba mientras sus ojos intentaban retener la añoranza a punto de derramarse.

—Solo quiero volver a sentir su piel cálida deslizarse bajo mis manos. Lejos de ella todo se ha vuelto tan cruel... Cada una de las notas que dan vida a su voz dentro de mí, cada sitio que fue nuestro, el otoño que ella amaba, hasta el más pequeño episodio en mi vida lleva su recuerdo a mis ojos. Yo ya he vivido en el infierno, pasé noches enteras sintiendo su sangre llamarme desde algún sitio...

—Ella está en un mejor sitio, la muerte también es un renacer. Piense en usted, en su hijo, volveremos a Italia con la frente en alto.

Lorenzo se detuvo un instante antes de marcharse

—Aun cuando el corazón se congeló en tu pecho, tu alma sobrevive. —Se acercó a la tumba y depositó sobre ella las rosas—. Te amo, Antonia. Si algún día, sin querer, mi memoria borrara tu rostro, tu nombre, sé que no habrá nada que haga desvanecer lo que siento. Ni el tiempo, ni la muerte serán suficientes. Lo sabes... nada hay de mí, que esté apartado de ti.

Lonfano

*«Liberación, ¡Oh! sí liberación de todo
De la propia memoria que nos posee
De las profundas vísceras que saben lo que saben
A causa de estas heridas que nos atan al fondo
Y nos quiebran los gritos de las alas»*

«Altaz0r», Vicente Huidobro

Oscuridad
¿Cerrar o abrir los ojos a la oscura realidad? No hay diferencia. Después de todo, algo en mí estaba ya irremediablemente muerto. El viento sopló en mi rostro y mi corazón se aceleró, desplomándome justo antes de dar el paso final.

No puedo hacerlo.

Empuñé mis manos desgarrando con furia la tierra húmeda bajo mi cuerpo, intentando retener el llanto ahogado en mi garganta. Quería morir, pero ya no tenía fuerza para algo más. O tal vez la fuerza era desbordante, tan incontrolable que logró de alguna forma amarrarme a esta vida.

Perdí la noción del tiempo arrojada allí, implorando un pequeño impulso, algo de entereza para levantarme y salir de una vez de esa prisión. No reconocía mi propio cuerpo cobarde tendido como un despojo justo en el borde del precipicio. Cuánto desprecio debí sentir por mí misma, que no fui capaz de lanzarme y menos de salir corriendo de ese lugar para rescatar algo de mi dignidad.

Oscuridad y confusión.

Me di la vuelta para contemplar las estrellas que otorgaban algo de luz al cielo y durante un corto instante me mantuve suspendida en la visión de la noche. Momentos más tarde, reconocí la voz de Vittorio llamándome a lo lejos. No le fue difícil descubrirme, pues nunca desvié mis pasos del sendero que tocaba la cumbre.

A medida que se aproximaba, su lámpara transformaba la oscuridad en algo más que penumbras. Al encontrarme, una mezcla de compasión y alivio se

dibujó en su rostro. Tras él, la mujer que hacía algunos instantes me encontrara llorando en su portal.

Hubo un abrazo sin palabras.

Luego de un instante logré sacar la voz con debilidad.

—Aquí estoy, mi cuerpo sigue vivo —murmuré.

—No diga nada, ahora solo necesita cuidados y descanso.

La noche... las noches se me hicieron eternas en ese lugar. Desde que llegué a Grecia, no tuve descanso. La casa está vacía. Casi todos escaparon como gallinas, no así Prisca, ni Tommaso, ni mucho menos Vittorio. Ellos decidieron no abandonar a Lorenzo, y Prisca, ella parecía aún más comprometida conmigo que la propia Giulianna en el momento que más debió mostrar valentía.

Durante la mañana siguiente aguardé noticias de Lorenzo. En cambio, Vittorio reapareció en casa después del mediodía acompañado de una pareja de italianos bastante mayores. No se me hacían conocidos, pero ellos me otorgaron la más condescendiente y afectuosa mirada.

Por la expresión de sus rostros, me di cuenta de que ya sabían algo de mi vida, sin embargo me oculté bajo el talante parco de quién pareciese no necesitar compañía.

Mordí mis labios en la espera de alguna explicación.

—Antonia. La familia Brescia... de Liguria. Creo que alguna vez le hablé sobre ellos.

No podía recordar, pero noté en su rostro algo de añoranza.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarles?

—La verdad —respondió la mujer con una sonrisa maternal— estamos aquí para lo contrario. Por favor, no lo tome como ofensa, venimos a ofrecerle algo de la protección que perdió.

—Yo no lo necesito —repliqué, arrogante.

—No, no comprende —dijo el hombre—, no es algo económico, no es que pensemos que necesite de nuestra caridad... hablamos de una familia.

—Una nueva vida —interrumpió Vittorio—. Usted la necesita, hoy más que nunca.

—¿Y Lorenzo? ¡Él está vivo aún!

Vittorio miró hacia el suelo intentando ocultar su dolor.

—Será dentro de poco, al parecer, ni siquiera es preciso que lo lleven de regreso a Apulia para que la condena se ejecute...

Resoplé desesperada. Sin embargo, Vittorio continuó imperturbable.

—Antonia, ayer usted quería desaparecer del mundo, ahora que puede, hágalo, váyase, salga de este infierno, tal como quiere, pero de una mejor forma, solo salga de aquí y entierre esta historia. No hay nada ya que se pueda recuperar de esto, lo sabe, pero existe la posibilidad cierta de volver a empezar, usted puede volver a florecer. Esta es la oportunidad. Nacer de nuevo...

—Escuche, hija —la mujer me habló compasiva—, saldremos en dos días de Santorini, vamos a la América de Garibaldi, allí podrá comenzar una vida. Hace pocos años perdimos a nuestro hijo por causa de esta revolución y usted está perdiendo a su padre, lo único que tenía. Denos la posibilidad de entregarle la vida que merece. Aún es tiempo de empezar de nuevo.

—Lo siento. —Incómoda, les devolví la mirada—. ¿Puedo tener una conversación a solas contigo, Vittorio?

Asintió desanimado y luego salimos de la sala.

—Antonia —Puso sus manos en mis hombros—, hágalo por su vida... don Lorenzo solo descansará cuando esté seguro de que usted está a salvo lejos de aquí y que honrará su memoria siendo feliz.

Me aferré a él sin poder contener el llanto inconsolable.

—Hágalo, ya no malgaste más oportunidades. Cuando don Lorenzo muera, yo también estaré perdido, si me apresan, estará sola en este mundo maldito y si la encierran a usted, eso será el infierno en soledad. Por favor, ellos son gente de bien, adinerados, como usted ha sido siempre, y van a América por más. Están solos también y su único deseo es una hija, descendencia, una familia. Tienen hasta su misma ideología, qué más puede pedir. Los conozco bien, además lo saben todo y sin ningún tipo de cuestionamiento han aceptado darle un nombre y protección.

Me resistía a dejar atrás mi historia, mi vida. Deshacerme de todo a sangre fría, sin mirar atrás. Me mantuve en silencio, titubeante, sin saber qué hacer.

Vittorio sostuvo mis manos implorándome sin palabras reaccionar en forma juiciosa. La verdad es que no había tiempo de sopesar otra alternativa. Simple y rápidamente decidí como nunca tomar el control de mi propia existencia y desechar sin más lo vivido. Un nudo en mi garganta enmudeció mi voz por un instante. Solo tenía una alternativa sensata.

Para renacer, solo hacía falta morir.

—Toma —entregué mi anillo a Vittorio—, quiero que él muera con esto en

sus manos, esta será la prueba de que viviré con él eternamente. Atada a sus dedos hasta que ya no quede nada. Dile que solo viviré por él, porque fue quien me dio esta «bendita vida» y no debería despreciarla... aunque quiera hacerlo. A los demás, si es que alguna vez alguien me reclama, díles que estoy muerta, manda a hacer una lápida y ponla en la tumba de Lorenzo. —El llanto me ahogó durante un momento al decirlo—. Inventa algo. Sé bien que alguna cosa podrás hacer.

—Haré lo que me pide, aunque de cualquier forma, nunca nadie podría encontrarla en el lugar donde irá, así es que manténgase siempre serena, que este secreto morirá con nosotros.

Un abrazo selló su promesa y nuestra despedida. Esa misma tarde salí de la casa en dónde creí encontraría mi felicidad y me instalé en el hogar de mi nueva familia, para desde allí emprender el viaje sin regreso. En dos días mi mundo ya no existiría más.

Aquella mañana, antes de salir del cuarto, decidí enterrar mi vida y todo lo que me ataba a esta existencia como Antonia Castiglione. Vestida con las ropas que Vittorio me dejó para no ser descubierta por quienes me arrebataron a quien más amaba, contemplé con detención mi rostro frente al espejo. Allí, suspendida frente al tocador vacío, aprecié cada una de las líneas que perfilaban la herencia Castiglione en mi semblante. Mi cabello, aquel que fue siempre el más intenso objeto de deseo de Lorenzo, caía sobre mi cuerpo como hiedra enredada en algún húmedo árbol de la foresta umbra. Tomé una por una cada hebra y las corté sin piedad, decidida a acabar con la que fui.

El cabello tendría la oportunidad de crecer.

También yo.

§

El viaje se hizo eterno y el tiempo dio alas a mi mente para recordarlo, para inventar historias que ni en mis sueños podrían volverse realidad. ¡Maldita realidad! No podría alguien imaginar la intensidad con la que deseo volver a verlo, aunque fuese de lejos para asegurarme de que pudo escapar, que algún milagro lo rescató de la muerte. He implorado al menos sentir su alma rozar mi almohada cada noche.

En las tinieblas de mi vida partí a aquel lugar desconocido y llegué un día al alba, con otro nombre, como si de un verdadero un nacimiento se tratara, arribé a mi destino despojada de historia, sin pasado.

Otro aire, otro idioma, un lugar tan ajeno a mí, tan apartado en un extremo del sur de América, que de no estar ahora aquí, no hubiese creído jamás que encontraría en él un vínculo que lo conectara tan profundamente con mi Monte en Italia. Parecía estar destinada a recordar.

Una casa llena de lujos nos aguardaba y mi habitación tan amplia y blanca parecía digna de una princesa de cuentos. El ventanal frente a mi cama se abría para dar paso al enorme balcón curvo de estilo francés que daba la vuelta hacia la calle principal, la antesala a la visión paradisíaca del océano azul oscuro. Todo para mí.

Lorenzo... mi amado, en la soledad de este espacio en el que habito, pienso en ti y te hablo cada día, a cada instante, como si realmente estuvieses a mi lado, como si el inconfundible abrazo con el que solías envolverme por la espalda, continuara aquí, latente sobre mi cuerpo.

Qué pensarías si supieras que estoy en otro sitio, que casi me arranco la vida por no poder vivirla contigo, que decidí escapar para no tener que verte morir... Sí, tal vez sigo viva solo para llorar eternamente tu muerte en este sitio tan lejano a lo nuestro. Quiero creer que tu último pensamiento fue para mí y que este amor que te guardo aliviará de alguna forma mi camino sin tu presencia.

Lentamente el tiempo adormece al desconsuelo y muy despacio, mi tristeza se transforma en resignación y añoranza. Pero mi alma no puede olvidar.

Tengo grabado en el rostro el dolor de la pérdida de mi propia vida, la sensación continua de estar asistiendo a mi propio funeral y encontrarme sola en él, pero aceptar y respetar mis propias decisiones es lo que abrazo hoy con fuerza. Cada momento es una decisión y esta es sin duda, la que me guió hacia la paz que tanto deseaba. El precio es alto y he debido aprender a vivir con ello.

Nunca volví saber algo sobre mi familia en Italia, ni mucho menos de mi hijo, no supe nada sobre la muerte de Lorenzo, ni siquiera volví a tener alguna noticia de Vittorio.

De mi vida pasada, solo me queda Prisca y el placer por la música.

El Décimo nocturno de John Field es siempre el inicio para cada uno de mis alumnos en su primera clase de piano. *«Solo cierra los ojos y siente la vibración de cada nota... la música debe ser sentida, vivida como si fuese parte de ti, que este pianoforte sea la extensión de tus manos...»*. Las palabras de Lorenzo siempre forman parte de mi discurso... solo yo lo sé, solo yo

guardo en secreto sus palabras y todo lo que viví junto a él.

Hay quienes sostienen que la verdadera revolución corresponde esencialmente a un cambio rotundo y trascendental. Salir brusca e inesperadamente del camino que ante todos parece el más correcto, para ir tras otra dirección. Tal vez la más difícil. Un revolucionario sigue a su corazón, deja tras de sí aquella pesada caja de recuerdos y camina en absoluta libertad. Sin equipajes.

Aprendí de mi padre, a ser una revolucionaria y como él, he muerto defendiendo mis propias certezas.

He vuelto a nacer, pero mi esencia continúa intacta y algo de él permanece eternamente aquí. Conmigo.

«Delirio de mi sangre, locura de mi esencia. Herencia tortuosa que dictamina mis deseos y la cordura de un amor aniquilado.

Delirio de mi carne, de mi piel ansiosa que te añora. Labios sentenciados por lujuria incestuosa, condena cruel que censura el amor, que lo ata, lo coarta, lo doblega, lo somete a las penumbras de la clandestinidad.

Delirio, locura, desvarío del alma trémula por amarte...

Delirio de mi sangre, de tu sangre..., razón perdida por enajenación desmedida, que implora existir en medio de lo inaceptable.

Delirio que me elevas al cielo y me arrojas a las llamas, sucumbe sin pudor en mi pecho, olvidando la sangre que te dio origen...»

Marcela Castro Ulloa

Esta es una historia imaginada, sin embargo, para escribirla fue necesario documentarme de toda la biografía de un país que por geografía «no me pertenece». Por ello me siento agradecida de la historia y la literatura, que unidas me otorgaron el privilegio de transitar en libertad por cada hecho significativo y por cada sitio que mis personajes abrazaron.

Ante todo, expreso la más profunda gratitud a mi familia; ellos creyeron en mi proyecto, dándome el respaldo y el espacio necesario para trabajar en él. A mi esposo Gabriel; a Mamá, Papá y mi hermano Luis; mis hijos: Rafaela, Mateo y Lorenzo. Los amo y agradezco desde la paciencia hasta cada detalle que han tenido conmigo (y más).

Mercedes aquí y Rosa en el infinito, las dos están orgullosas de su nieta y yo de ustedes, porque de las dos saqué una parte del carácter de mi protagonista, que de cierta forma, soy yo misma.

Mi aprecio y gratitud infinita a Carolina Varela, que con su apoyo altruista, dedicó su tiempo en aplicar conocimientos y su mirada siempre inteligente a mi trabajo. De no ser por su trabajo minucioso, sus sugerencias, percepciones y su valioso respaldo, no hubiese cumplido a cabalidad mi deseo de hacer de esta novela una conjunción perfecta de historia, amor y música. Te estaré agradecida siempre por todo esto.

Mi reconocimiento al apoyo incondicional del escritor Maikel L. Sandoval. No solo por apoyar firmemente mi decisión de escribir sobre un enjambre de ideas aún no encaminadas, sino que también por brindarme la posibilidad de conocer y trabajar con una gran editora.

Nancy Sáez, la profunda amistad que nos une desde algún tiempo inmemorial me inspiró a moldear a algunos personajes a su imagen y

semejanza (supongo que la filosofía tiene la culpa). Gracias por tu ánimo, por tus enseñanzas y por el cariño que le tienes a mi novela. Me has entregado mucho más de lo que siquiera logras imaginar.

A mis «CJ» Marisol Bustos, Jas Ibarrola y Jeka. Amor y gratitud por acompañarme y ser mi apoyo incondicional durante todo este tiempo.

Marcela, mi amiga, mi hermana, autora de dos de los poemas escritos especialmente para esta novela. Me siento tan agradecida por tu compromiso y lealtad, no solo conmigo sino que especialmente con este proyecto, porque lo sientes parte de ti. Por ello y por ser mi amiga y compañera en este camino. Gracias.

A la Fabi por su apoyo y alegría en los momentos precisos.

A la Van por su inmenso apoyo, su compañía como siempre aunque esté lejos.

A Cristian León, por ser una especie de inyección de energía cada día, no sabes cuánto agradezco tu amistad y tu ánimo cuando mas lo necesité.

A la escritora y poeta chilena Ingrid Odgers Toloza, por su respaldo, sus clases de literatura y su valioso regalo de enseñarme siempre algo más que de letras y libros en este comienzo.

A Lysette, por aportar con su ojo de psicóloga al perfilado final de la construcción de personajes.

A Juan Carlos Barroux, por interesarse en mi primer borrador, entregándome sus ideas y puntos de vista como lector y editor.

A Belén Cereceda, por diseñar la portada de mi libro. Muchas gracias.

Con el corazón, agradezco a quienes decidieron sin ningún tipo de condición leer, escuchar y aportar desde el punto de vista del lector con comentarios, sugerencias y hasta simplemente animándome a continuar. Aprecio sinceramente el valor que le dieron a mi trabajo.

Gracias a Rafael Sanhueza, Antonia Moreno, Monserrat Sanhueza, Gise Muñoz, Andrea Rivera, Fancy Martínez, Helen Garcés, Vivi Fuentes, Geysi Troncoso, Gloria Sagredo, Paula Quintana, Pamela Rivera, Damaris Fuentes, Carolina Fuentes, Kathy Martínez, Marisol Vera, Claudia Ortiz, Maribel Silva, Claudia Cubillos, Carmen Sagredo, Mauricio Rebolledo, Mariel Letelier, Natalia Moreno, Raúl Gutierrez y Camila Aguayo.

Al infinito universo onírico que me permitió «ver» y escribir esta historia.